



Identidad Educar en la memoria

Claudio Altamirano

IDENTIDAD

Identidad

Educar en la memoria

Claudio Altamirano

colección
DE ESO NO SE HABLA



Altamirano, Claudio

Identidad : educar en la memoria / Claudio Altamirano ; prólogo de Estela Barnes de Carlotto ; Carmen Nebreda. - 1a ed. - Ushuaia : Ediciones UNTDF, 2018.

464 p. ; 21 x 13 cm. - (De eso no se habla ; 6)

ISBN 978-987-46807-2-3

1. Dictadura Militar. 2. Desaparición Forzada de Personas. 3. Identidad. I. Barnes de Carlotto, Estela, prolog. II. Nebreda, Carmen, prolog. III. Título.
CDD 982.064

Universidad Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur

Autoridades

Rector

Ing. Juan José Castelucci

Vicerrectora

Ing. Adriana Urciuolo

Director del Instituto de Ciencias
Polares, Ambiente y Recursos Naturales
Dr. Daniel Fernández

Directora del Instituto de Educación
y Conocimiento
Lic. Daniela Stagnaro

Director del Instituto de Cultura,
Sociedad y Estado
Lic. Luis de Lasa

Director del Instituto de Desarrollo
Económico e Innovación
Lic. Gabriel Koremblit Pellegrini

Secretaria de Extensión y Bienestar
Universitario
Mg. Karín Otero

ediciones UNTDF
Director: Francisco Lohigorry
María Victoria Castro
Carolina Padilla
Fernando Venezia

Colección **DE ESO NO SE HABLA**

© Universidad Nacional de Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur, 2018.
Fuegia Basket 251, Ushuaia (9410), Tierra del Fuego, Antártida e Islas del Atlántico Sur,
Argentina. Tel.: (54) 2901-434163. ediciones@untdf.edu.ar
<http://www.untdf.edu.ar/extension/ediciones>

Investigación general de esta edición: Sol Peralta

Ilustración de tapa: Identidad, Nerina Canzi

Diseño gráfico de la colección: Macarol-Stambuk Diseño

Corrección: Francisco Lohigorry

Tipografías: <http://omnibus-type.com/> (SIL Open Font License, 1.1.)

Unna - Jorge de Buen Unna & Omnibus-Type Team

Asap - Pablo Cosgaya & Omnibus-Type Team

ISBN: 978-987-46807-2-3

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

Impreso en La Imprenta Ya. Alférez Hipolito Bouchard 4381, Munro, Argentina
Octubre de 2018.

A mis hijos, Violeta y Pablo

A mi compañera, Silvia

Agradecimientos

Quiero agradecer profundamente a todos aquellos que hicieron posible que este nuevo desafío pueda plasmarse, acompañando, brindando apoyo o dando testimonio ante los chicos y chicas de nuestras escuelas.

A las Abuelas, a las Madres, a los Nietos, a Adolfo Pérez Esquivel.

A quienes desde las escuelas permiten con su compromiso en el aula construir la Memoria de nuestro pasado reciente garantizando el NUNCA MÁS.

A los jóvenes estudiantes por el protagonismo asumido en cada encuentro, que nos invita a mantener viva la esperanza de un futuro basado en la Memoria, la Verdad y la Justicia.

A quienes cada día me acompañan solidariamente brindando su apoyo y comprometiéndose con la Memoria y los Derechos Humanos desde el espacio del Programa Educación y Memoria: Nicolas Olivieri, Sol Peralta, Marcela Poczymok, Mariana Sequeira, Flavio Gabaldón, Marcia Wainer y Brian Koziner. Del mismo modo, hacia Mónica Lamas, Florencia Martínez y Milva Benítez, en nombre de todos los compañeros que han participado de este espacio a lo largo de una década de trabajo. Y a Esteban Schoj, quien sumó su aporte solidario en la producción de entrevistas.

Índice

Prólogo. Estela Barnes de Carlotto.....	11
Prólogo. Carmen Nebreda	13
Introducción	17
Las Abuelas van a la escuela	19
Abuelas de Plaza de Mayo.....	21
Estela Barnes de Carlotto.....	25
Delia Cecilia Giovanola	51
Buscarita Ímperi Navarro Roa.....	57
Rosa Tarlovsky de Roisinblit	64
La Madres van a la escuela	71
Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora	73
Mirta Acuña de Baravalle	76
Carmen Aguiar de Lapacó	90
Nair Amuedo de Maddalena	106
Aída Bogo de Sarti	121
Elia Espen.....	137
Josefina García de Noia	146
Haydeé Gastelú de García Buela	161
Sara Laskier de Rus	171
Carmen Loréface.....	181
Lydia “Taty” Miy Uranga de Almeida	191
Nora Morales de Cortiñas.....	200
Aurora Morea de Pedrini	212
Marta Ocampo de Vásquez.....	217
Enriqueta Rodríguez de Maroni	231
Vera Vigevani de Jarach.....	235
Aurora Zucco de Bellocchio	252

Los Nietos van a la escuela	265
Nietos restituidos	267
Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad	269
José Sabino Abdala Falabella	273
Martín Amarilla Molfino	281
Juan Cabandié Alfonsín	295
Jorge Castro Rubel	306
Horacio César Pietragalla Corti	311
Leonardo Fossati	324
Adriana Garnier Ortolani	332
Manuel Gonçalves Granada	340
Hilda Victoria Montenegro Torres	356
Juan Pablo Moyano Altamirano	370
María Victoria Moyano Artigas	378
Martín Ogando Montesano	386
Guillermo Pérez Roisinblit	393
Tatiana Ruarte Britos Sfiligoy	398
Alejandro Pedro Sandoval Fontana	409
Marcos Suárez Vedoya	419
Mariana Zaffaroni Islas	427
Los Referentes van a la escuela	439
Adolfo Pérez Esquivel	441
Cecilia de Vicenti	458

Prólogo

Estela Barnes de Carlotto

Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo

Es una enorme alegría encontrarse nuevamente con un libro del profesor Claudio Altamirano. Como docente, me produce una enorme satisfacción el excelente trabajo realizado por el maestro en el libro *Identidad. Educar en la memoria*. Su vocación y compromiso en la formación ciudadana de alumnos de escuelas públicas y privadas sobre la Verdad, la Justicia y la Memoria han dejado como legado estos escritos.

Las Abuelas de Plaza de Mayo hemos acompañado a lo largo de los años su persistencia en transmitir a los jóvenes alumnos la importancia de una historia que hasta hace unos años los textos escolares no mencionaban, pero que ya forman parte del plan de estudios. El profesor Claudio Altamirano acompaña esta política generando encuentros entre alumnos y Abuelas, entre estos jóvenes ávidos de conocer qué pasó en los momentos más tenebrosos de nuestra Argentina y nuestros nietos restituidos. Esos encuentros son experiencias que se graban en mentes y corazones de esos jóvenes, que entienden que lo que nos ocurrió a todos los argentinos fue la peor historia y que no debemos volver a sufrirla nunca más.

En este libro se registran esas expresiones, nuestras voces y la de nuestros nietos, y así se reconstruyen nuestras

historias. Están los momentos alegres, cotidianos, simples; están también los dolorosos, inciertos, injustos. Pero lo interesante y más hermoso es que todo lo expresado pasa por el tamiz de una hermosa juventud estudiantil que lo pregona y lo envuelve en enorme ternura, amor y cuidado.

Y no queremos olvidarnos y agradecer a todas las comunidades educativas que han demostrado que la escuela pública es el mejor lugar para que la memoria se haga, se afiance y crezca.

Estamos convencidas de que los lectores reconocerán en estas páginas el valor y la relevancia de la tarea que este maestro lleva adelante y compartirán el orgullo que nosotros sentimos de formar parte de este proyecto.

Prólogo

Carmen Nebreda

Docente, miembro de la Unión de Educadores de la Provincia de Córdoba y ex diputada nacional. Promotora de la publicación de la primera edición de Relatos

Nada más educativo para un pueblo que el conocimiento de su propia historia. Así lo ha entendido Claudio Altamirano tanto en la organización de los encuentros en las escuelas como en la elaboración de este libro, que concedió a la Biblioteca del Congreso de la Nación el privilegio de publicar su primera edición.

*IDENTIDAD. Educar en la memoria*¹ resulta un instrumento preciso para la formación integral de los estudiantes y docentes de la escuela argentina.

Abuelas, madres e hijos apropiados de nuestros compañeros y compañeras detenidos desaparecidos construyen un relato común, el relato de una experiencia de horror y de una acción ineludible destinada a la reconstrucción del cuerpo social a través de la búsqueda de justicia, verdad e identidad. Una acción que de haberse estancado en el odio solitario hubiera privado al mundo de una de las más nobles

¹ El título de la primera edición es *Relatos. Educar en la memoria*.

enseñanzas de nuestro siglo: cómo la lucha en común, asociada a la esperanza, puede vencer la parálisis del miedo.

Certera y poética síntesis la de Victoria Montenegro Torres, cuyo verdadero nombre resultó premonitorio:

Se acabó el miedo. El miedo se fue con María Sol. Yo soy Victoria.

MEMORIA, VERDAD Y JUSTICIA

Introducción

IDENTIDAD. *Educación en la Memoria* recupera las voces imprescindibles de los protagonistas de la historia reciente: Madres, Abuelas y Nietos narran en estas páginas algunos de los principales episodios que han dejado una profunda huella en nuestro país. Como referentes de Derechos Humanos, nos acompañan habitualmente en nuestra labor con estudiantes de escuelas primarias, secundarias y terciarias, ante quienes brindan charlas educativas dentro del marco del Programa Educación y Memoria. Sus testimonios son semillas que sembramos para que germine una sociedad que comprenda que el NUNCA MÁS es posible si a la indiferencia le oponemos la Memoria y si se apela al compromiso de cada uno, dejando de lado las posiciones individualistas.

En esta oportunidad, tomamos sus palabras cargadas del amor y la esperanza que rodean cada historia de búsqueda y de encuentro para elaborar un material imperecedero que pueda contribuir al tratamiento de estas temáticas dentro de todas las escuelas. Muchas de sus declaraciones han sido respuestas frente a inquietudes propias de los estudiantes y reflejan la solidaridad ante las situaciones de mayor adversidad, la valentía para enfrentar y superar el miedo y la constancia en el camino por la verdad, anteponiendo siempre el pedido de justicia, con la certeza de que es el único camino válido.

Con elocuencia, los entrevistados entrelazan los ideales de aquella juventud de los setenta que quedaron truncados por la dictadura cívico-militar con los hechos vivenciados, que se

transformaron en hitos de nuestro tiempo, enriquecidos por el “aroma” de las anécdotas familiares y de la vida cotidiana de estas personas que, sin quererlo, se convirtieron en historias de una memoria colectiva que perdura y trasciende más allá de un tiempo y un lugar.

Para que fuera posible la primera edición de “Relatos”, la entonces diputada Carmen Nebreda llevó la iniciativa a la Comisión Administrativa Bicameral de la Biblioteca del Congreso, donde el proyecto fue votado por unanimidad. Así fue como Alejandro Santa, director coordinador de la Biblioteca, dispuso la impresión de los primeros 5000 ejemplares. Seis años después, en 2018, acompañando a Estela de Carlotto a la Universidad de Tierra del Fuego, la institución se ofreció generosamente a publicar esta segunda edición. En nombre del Programa, le agradezco a las autoridades de la Universidad que nos permitan así llegar a más escuelas públicas con un material pedagógico que contiene enseñanzas de un valor inestimable para las generaciones presentes y futuras.

Este compendio se ha constituido en una herramienta para una Educación en la Memoria, llevando las voces de los referentes a cada aula de cada escuela porque con estas voces se harán presentes aquellas otras silenciadas. Y, con ellas, se harán oír los sueños y el compromiso de los jóvenes desaparecidos y la perseverancia de quienes no bajaron los brazos ni claudicaron en su búsqueda y sus reclamos, levantando las banderas de la Memoria, la Verdad y la Justicia.

LAS ABUELAS VAN A LA ESCUELA

Abuelas de Plaza de Mayo

El 24 de marzo de 1976 las Fuerzas Armadas usurparon el gobierno constitucional en la República Argentina por medio de un golpe de Estado. Desde ese momento, el régimen militar, que se autodenominó “Proceso de Reorganización Nacional”, llevó adelante una política de terror. La “desaparición”, forma predominante a través de la cual se ejerció la represión política, afectó a 30.000 personas de todas las edades y condiciones sociales que fueron sometidas a la privación de su libertad y a la tortura. La inmensa mayoría continúa desaparecida. Entre ellas, también fueron víctimas centenares de criaturas secuestradas con sus padres o nacidas en los centros clandestinos de detención a donde fueron conducidas las jóvenes embarazadas.

La cantidad de secuestros de niños y de jóvenes embarazadas, el funcionamiento de maternidades clandestinas (Campo de Mayo, Escuela de Mecánica de la Armada, Pozo de Banfield, etc.), la existencia de listas de familias de militares en “espera” de un nacimiento en esos centros clandestinos y las declaraciones de los mismos militares demuestran la existencia no solo de un plan preconcebido de secuestro de adultos, sino también un plan sistemático de apropiación de niños.

Los niños robados como “botín de guerra” fueron inscriptos como hijos propios por los miembros de las Fuerzas de represión, dejados en cualquier lugar, vendidos o abandonados en institutos sin ninguna identificación. De esa manera,

los hicieron desaparecer al anular su identidad, privándolos de vivir con su legítima familia, de todos sus derechos y de su libertad.

La Asociación Civil Abuelas de Plaza de Mayo es una organización no-gubernamental que tiene como finalidad localizar y restituir a sus legítimas familias todos los niños secuestrados desaparecidos por la represión política y crear las condiciones para que nunca más se repita tan terrible violación de los derechos de los niños, exigiendo castigo para todos los responsables.

Nada ni nadie nos detuvo al buscar a los hijos de nuestros hijos. Tareas detectivescas se alternaban con diarias visitas a los Juzgados de Menores, Orfelinatos, Casa Cunas, a la vez que investigábamos las adopciones de la época. También recibíamos –y seguimos recibiendo– las denuncias que el pueblo argentino nos hace llegar, como una manera de colaborar en la tarea de ubicación de los pequeños. Ese es uno de los resultados de nuestra labor de concientización de la comunidad.

Con el fin de localizar a los niños desaparecidos, las Abuelas de Plaza de Mayo trabajamos en cuatro niveles: denuncias y reclamos ante las autoridades gubernamentales, nacionales e internacionales; presentaciones ante la Justicia; solicitudes de colaboración dirigidas al pueblo en general y pesquisas o investigaciones personales. En años de dramática búsqueda sin pausas, logramos localizar a 128 niños desaparecidos (N. del E.: cifra de nietos actualizada al 30 de agosto de 2018).

Para su trabajo, la Asociación cuenta con equipos técnicos integrados por profesionales en los aspectos jurídico, médico, psicológico y genético.

Cada uno de los nietos tiene una causa abierta en la Justicia a la que se agregan las denuncias que se van reci-

biendo con el correr del tiempo y que conforman elementos probatorios que determinan su verdadera identidad y la de los responsables de su secuestro o tenencia ilícita.

Para asegurar en lo sucesivo la validez de los análisis de sangre, hemos implementado un Banco de Datos Genéticos, creado por la Ley Nacional N° 23511, donde figuran los mapas genéticos de todas las familias de embarazadas desaparecidas o de quienes entonces eran niños y fueron secuestrados junto a sus padres.

Trabajamos por nuestros nietos –hoy hombres y mujeres–, por nuestros bisnietos, que también ven violado su derecho a la identidad, y por todos los niños de las futuras generaciones, para preservar sus raíces y su historia, pilares fundamentales de toda identidad.

Historia de Abuelas en www.abuelas.org.ar

ESTELA BARNES DE CARLOTTO

*Presidenta de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo.
Presidenta del Comité Argentino de Seguimiento y
Aplicación de la Convención Internacional sobre los
Derechos del Niño.*

Estela nació el 22 de octubre de 1930 y se casó con su primer novio, Guido Carlotto, con quien vivió hasta que enviudó. Juntos tuvieron cuatro hijos: Laura Estela, del 21 de febrero de 1955; Claudia Susana, del 26 de junio de 1957; Guido Miguel, del 22 de enero de 1959, y Remo Gerardo, del 21 de diciembre de 1962. Mientras tanto, trabajó durante muchos años como maestra, también fue directora de la Escuela Nacional ‘Coronel Brandsen’ y presidenta de la Junta de Calificaciones de Escuelas Nacionales.

Siempre imaginó su vida entre su familia y el desarrollo de su vocación. Pero cualquier sueño y todos sus planes terminaron alterados tras el secuestro de su hija Laura, estudiante de Historia en la Universidad Nacional de La Plata. Se la llevó un grupo de tareas el 26 de noviembre de 1977, durante la última dictadura cívico-militar, cuando estaba embarazada. Tras intensas gestiones, ese mismo año la familia pudo recuperar su cuerpo, que tenía claros indicios de que había dado a luz.

A partir de allí, la vida cambió en forma radical para Estela, que se dedicó incansablemente a la búsqueda de su nieto, nacido en cautiverio. Recién el 5 de agosto de 2014, experimentó la máxima recompensa a todo su esfuerzo: ese día, la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo supo que ese ser tan anhelado había aparecido. El pequeño era ya un adulto de 36 años y tenía como nombre Ignacio Hurban. Se había acercado a Abuelas de Plaza de Mayo porque intuía que era hijo de desaparecidos y, concretamente, soñaba con ser el nieto de Estela. El Banco Nacional de Datos Genéticos confirmó que sus padres fueron Laura y Walmir Oscar Montoya.

‘Mi mamá no se va a olvidar de lo que me están haciendo y los va a perseguir’, sé que dijo mi hija en cautiverio, y yo desde entonces perseguí la Justicia y busqué a su hijo. Imagino que ahora, desde el cielo estará diciéndome: ‘Mamá, ganaste’. Y el premio es para todos. Ya tengo a mis 14 nietos conmigo. Los portarretratos vacíos que lo esperaban van a tener su foto.

Y en la promesa implícita hubo una recompensa extra porque el nieto recuperado número 114 tiene una hija llamada Lola, bisnieta adorada por la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo.

Si bien, gracias a la tarea de las Abuelas, se ha logrado restituir la identidad de 128 nietos secuestrados por el gobierno militar (N. del E.: cifra de nietos hallados al 30 de agosto de 2018), incluyendo a su propio nieto, la búsqueda de Estela aún continúa. Y con cada reencuentro resurge una historia, la de toda una familia, que concluye un arduo ciclo.

Memoria y Educación están estrechamente ligadas a la libertad del pueblo. La desmemoria nos hace dependientes, cautivos, sometidos a la esclavitud, con los riesgos de que las dictaduras se repitan.

LA HISTORIA DE ESTELA

Estela tenía una vida como la de cualquiera, pero la violencia de la dictadura la llevó de un golpe a reemplazar su guardapolvo de maestra por un pañuelo blanco en reclamo de justicia.

Yo puedo decir que tengo dos vidas. La primera, en un hogar de padres muy buenos, con una enseñanza y un cariño que me formó junto a mis hermanos. Me casé, tuve cuatro hijos maravillosos a los que quise mucho y me aguantaron, porque yo como maestra estaba más tiempo con mis alumnos que con ellos. No podía asistir a las fiestas escolares de mis chicos porque tenía que estar con mis otros hijos, mis alumnos. Pero tuve que cambiar esa vida para transformarme en una mamá-abuela, en busca de aquello que la dictadura me robó: una hija de 22 años, que tuvo un bebé en un lugar secreto, y a ese niño, que hoy es un hombre.

A partir de esta búsqueda, surgió el encuentro con otras mujeres que, como ella, querían saber dónde estaban sus hijos y nietos.

En mi diccionario, el 'no puedo' no existe. Existe el 'no quiero', pero cuando me propongo algo que creo que es bueno, no me rindo. Lo voy a trabajar de todos los lados que pueda hasta conseguir el objetivo. Cuando desapareció Laura no pude comunicarles a mis maestros o a la sociedad lo que me pasaba porque temía recibir agravios. Esto cambió porque escuché un muy buen consejo de una de mis consuegras, la señora Nelba Falcone, mamá de María Claudia Falcone, una de las niñas desaparecidas durante 'La noche de los lápices'. Ella me dijo: 'Estela no estés sola, hay otras señoras como vos que están buscando a sus hijos y sus nietos. ¿Por qué no vas?'. Me dio un teléfono y el nombre de Licha de la Cuadra. La llamé y en su casa me encontré con las compañeras que tengo hasta hoy. Aquel grupo que se gestó en La Plata y se unió a los grupos de Buenos

Aires y sus alrededores venía a exigir respuestas a la puerta de la Casa de Gobierno y del Ministerio del Interior. Otras estaban desde el 76, solitas, juntándose de a una o de a dos. La agrupación se empezó a llamar Abuelas en octubre del 77 y se fue consolidando. Yo me sumé en el 78, unos meses después del secuestro de Laura. Se alegraron mucho cuando se acercó una maestra porque podía ser útil para hacer notas y otras cosas. Cada una daba y sigue dando lo que sabe, aprovechando que somos de diferentes culturas, religiones e ideologías. Para mí, esa compañía y la integración profunda con otras señoras que tenían el mismo dolor y encaraban la misma lucha fueron un gran alivio. Me fortalecieron los llamados, las reuniones tanto en La Plata como en Buenos Aires, compartir los cuidados y recaudos que debíamos tomar para preservarnos, ya que podíamos desaparecer también nosotras.

Estela resalta la importancia de todos aquellos que le tendieron una mano en ese momento tan difícil. También da cuenta de cuán arduo fue fomentar lazos de solidaridad en una sociedad que tenía miedo y comenzaba a actuar bajo la doctrina de “no involucrarse en nada”.

Yo recibí apoyo de mis maestros de la escuela cuando se enteraron de que había desaparecido Laura y de gran parte de la sociedad. El cariño que nos teníamos hacía incomprendible para muchos que yo hubiera podido guardar ese dolor y esa lucha cotidiana sin que lo supieran en la escuela. Gente de la cooperadora, del barrio, gente sencilla, todos quisieron tenderme una mano en ese momento pese a que había mucho miedo y era todo clandestino. La gran mayoría no quería hablar del tema. Se decía: ‘No mire porque le va a pasar a usted’; consignas que culpabilizaban a los padres de los chicos militantes. Ese fue el mensaje para atemorizarnos. La solidaridad era difícil de expresar y, si se hacía, era en secreto. La familia era la que estaba más

cerca de quienes teníamos algún desaparecido. Por otra parte, en el 76, los docentes no estábamos agrupados gremialmente, ni los estatales, ni los privados. Existía la CGT, que tenía una fuerza increíble, pero los gremialistas, perseguidos y secuestrados, fueron víctimas de la dictadura. Además, los gremios estaban proscriptos. Entonces, ¿qué podían hacer como gremios? Nada.

El miedo acechaba las puertas de todos, pero no era obstáculo suficiente para detener la lucha de mujeres como Estela, que avanzaban con el deseo inquebrantable de encontrar a sus seres queridos.

Tenía miedo, claro. Empecé golpeando puertas en las cárceles, en los regimientos, en la Justicia, en la iglesia y también las de los políticos, los sindicalistas y los militares, donde nunca me dieron respuesta. No sabía hacerlo y tuve que aprender. Le dije a mi marido y a mis hijos varones, que estaban con nosotros: ‘Espérenme que yo salgo, ya vuelvo’, pero lo cierto es que nadie sabía si volvería porque la dictadura secuestraba a la gente que le resultaba molesta. Y así fue como se llevaron a mi marido, que estuvo 25 días en una cárcel secreta, donde lo torturaron y de donde salió enfermo. Eso también podía pasarme a mí, pero el miedo no me iba a paralizar. No me podía quedar quieta en casa y salía igual, no porque fuera valiente o una heroína, sino porque soy mamá. Cualquier mamá haría lo mismo. Aunque nunca creí que iba a poder dar una respuesta frontal, desafiando al miedo, la soledad y el dolor.

Es que toda su templanza y su calma se transformaron en energía para la lucha, una batalla interminable que ha sido siempre destacada como pacífica, justa y, sobre todo, paciente.

Cuando secuestraron a Laura y después de que mis otros hijos, Claudia y Guido, fueran perseguidos por la dictadura, salió la otra Estela. Hice todo aquello que creí que no podía hacer... desafiar el miedo, ocultar mi dolor para que no me

agredieran y buscar sin aflojar. A veces me preguntan si alguna vez dije 'basta'. Una sola, ya perteneciendo al grupo de Abuelas de Plaza de Mayo. Pero mi esposo, gran compañero, me dijo: 'No dejes de ir porque las Abuelas te necesitan'. Después, siempre estuve dispuesta a afrontar todo, a seguir, a poner lo que sabía hacer, a construir, para apoyarnos y consolidar este trabajo de tantos años, que no termina con nosotras. Va a finalizar cuando se encuentren los 400 nietos que todavía faltan y las 30 mil personas que asesinó la dictadura.

ESTELA MAESTRA

Yo me recibí de maestra normal nacional y bachiller en 1950, año del Libertador General San Martín. Había elegido la carrera con mucha vocación docente y ganas de estar en contacto con el niño.

Su sueño se hizo realidad cuando a los 20 años comenzó su carrera docente.

Mi deseo era, una vez recibida, trabajar para contribuir con mi sueldo a mi casa. Papá era empleado de correo y mamá no trabajaba; si bien nunca nos faltó nada, nos venía bárbaro un poco más de dinero. Pensaba seguir estudiando Filosofía y Ciencias de la Educación, después quise estudiar Farmacia. Y no pude, porque me salió un nombramiento como maestra interina en una escolita Láinez. Por la ley Láinez, que decía que las escuelas de la Nación podían estar en lugares desfavorables en donde las provincias no tuvieran la posibilidad de sustentarlas. Esta escolita nacional N° 102 estaba en Coronel Brandsen, que entonces era una ciudad pequeña. Y si bien quedaba a apenas 40 kilómetros de La Plata, a veces tardábamos dos horas en llegar porque tomábamos un trencito que era lento como una carreta y paraba en todos lados. En el viaje aprovechábamos

para preparar materiales para la clase, conversar con las compañeras, tejer o hacer cosas prácticas.

Su primera tarea como docente no fue nada fácil. Tomó un cargo como maestra en el que daba clases en cuatro grados conjuntos.

Yo empecé a trabajar con 3°, 4°, 5° y 6°. Me ayudó que hubiera programas muy buenos para implementar en todo el país, adecuados a cada provincia, con sus especificidades y por grados. Me arreglé perfectamente bien con un aula de poca cantidad de chicos. Eran tan solo catorce o quince, muy respetuosos, chicos del barrio... gente muy humilde. En esos primeros años pude volcar todo lo que quería dar. Era duro por el clima, por la distancia, por el tiempo que insumía el viaje, pero era muy gratificante.

Su experiencia como maestra le trajo muchas satisfacciones y allí no solo depositó sus conocimientos profesionales sino sus valores, aquellos que quiso sembrar en todos sus alumnos.

¿Cómo era el día a día en la escuela?

Yo había soñado toda la vida con ser maestra, a mí me gustaba enseñar. A esa primera escuela, llegué sin experiencia, pero lo más importante es el amor, el respeto para los chicos, para los padres, para la comunidad. A mí siempre me gustó cantar y bailar. Entonces, lo hice con mis alumnos. Les enseñé bailes criollos. Todo eso que yo había aprendido en la escuela: el pericón, la zamba, la chacarera, el gato. Para las fiestas escolares, se vestían de gauchos. No era difícil porque ellos usaban bombachas de campo con zapatillitas, así que con una especie de cinturón de tela y una camisita ya representaban a un paisano. Si yo podía, les llevaba los trajes de gaucho que tenía de mis hermanos. Y las paisanitas se disfrazaban con polleras amplias

que las mamás podían hacer. También fundé el Club de Niños Jardineros porque había un terreno donde se podía cultivar verduras. A mis alumnos les enseñaba a sembrar, a cultivar, a ver crecer esa naturaleza y a estudiarla no en un cuaderno o en un libro, sino en vivo. Hasta tuve contacto con el INTA para explicarles a las mamás cómo reservar productos de temporada. También creé la Cruz Roja en la escuela, para que se atendiesen ellos mismos en los accidentes que pudiera haber en los recreos. Si algún chico se caía o tenía una lastimadura, los que pertenecían al Club de Cruz Roja corrían para asistirlo. Hice el Club de Títeres, donde les enseñé a hacer títeres con papel, harina y agua; a modelarlos sobre frasquitos y pintarlos con témperas para lograr el personaje que deseaban. Me acuerdo que escribía los libretos para esas obras de teatro que representaban. Los chicos además aprendían a modular su voz haciendo de malo, de bueno, de niño o de grande. ¡Esas obritas me encantaban! Tenía alumnos muy humildes, que para el día del maestro me traían una flor de su jardín. Ese era para mí el más maravilloso de los regalos. Así, hice realidad los sueños que tuve cuando era chiquita. Y la maestra es un poco eso: la mamá, la amiga, la que tiene que respetar y querer siempre a los chicos.

En el año 1964, luego de ganar un concurso de antecedentes, Estela comenzó su cargo como directora titular y, a partir de entonces, pudo seguir concretando sus sueños para su querida escuela.

¿Qué otras cosas pudo hacer como directora?

Encaré mejoras en el edificio de la escuela, que era una casa antigua alquilada, muy precaria. No teníamos ventilación, ni calefacción, ni iluminación natural porque era una casa tipo chorizo, con un salón grande adelante, que habría sido un almacén, los cuartos atrás, con piso de ladrillo, y un baño en el fondo.

El patio era de tierra. Yo quise corregir ese lugar, hice nuevas aulas, para llevar a esa escuela al nivel de las provinciales, que tenían unos edificios preciosos. Otro problema era que algunos chiquitos venían sin comer, por lo que se dormían sobre el pupitre. Por entonces, en las escuelas de la provincia se daba comida, pero en estas no. Yo me preguntaba por qué comen los chicos que son del pueblo y los de los alrededores, que lo necesitan mucho más, no reciben nada. Hice notas al Ministerio de Educación de la Provincia y a la Escuela N°1 de Coronel Brandsen, la más grande, que aceptó enviarnos cierta cantidad de porciones. Y así fue como en la escolita de los suburbios los niños muy humildes pudieron tener su almuerzo. No obstante, faltaba resolver el transporte para trasladar la comida, que se preparaba a unas siete cuabras. Un chiquito se ofreció a traerla con su carro junto con un compañero: cargaban la comida en ollas y las traían. Ahí estaba la mesa preparada y las maestras la servíamos.

Tras esta inolvidable experiencia, Estela comenzó su tarea en la Junta de Clasificación en La Plata para estar más cerca de su familia. Luego, fue convocada por el Ministerio de Educación de la Provincia y terminó su ciclo como docente en la Escuela platense N° 43.

En el año 1966, el Consejo de Educación de Buenos Aires me convoca para ofrecerme que sea su representante en la Junta de Clasificación ante la seccional de Escuelas Láinez que funcionaba en La Plata. Esto consistía en una comisión formada por una maestra titular, que era yo, una suplente y otras maestras del gremio docente. Entonces, me despedí de los chicos pensando en volver el año siguiente, pero no regresé. Me quedé en esa función que me beneficiaba porque estaba en La Plata, cerca de mi familia. Yo ya tenía cuatro hijos y de esta forma también podía dedicarme a otras cosas importantes relacionadas con la docencia. La Junta de Clasificación tenía que interpretar el

Estatuto del Docente en cuanto a ascensos, traslados o reclamos. Fue un maravilloso grupo de amistad durante varios años. Y nos encontró en esa función la transferencia de las escuelas nacionales a provincia. Fue así como dejaron de existir las Escuelas Láinez. Había que transferir a los docentes al Ministerio de Educación de la Provincia y me convocaron para ese trabajo. Estuve ahí por poco tiempo, pero fue también una experiencia muy importante de la vida. Luego pedí la reubicación en el distrito de La Plata por la cercanía a mi casa. Me trasladaron entonces a la Escuela N° 43. De 40 kilómetros y casi dos horas de viaje que realicé durante diecisiete años, pasé a tardar cinco minutos, ya que mi nueva escuela estaba a dos cuadras de casa.

Pero su intención de continuar con su rol docente se estrelló contra una realidad socio política que le cambiaría la vida.

¿Cuándo decidió retirarse de la docencia?

Yo pensaba seguir dando clases hasta que me sintiera capaz, pero el 24 de marzo de 1976 me sorprendió una dictadura que secuestró a mi hija mayor, nació un nieto en la clandestinidad y decidí terminar mi vocación específica y formal para jubilarme y así tener todo el tiempo de buscar a Laura y su hijo. La vida tiene ironías: el 25 de agosto de 1978 asesinaron a Laura y su velatorio fue la revelación de una Estela que era desconocida para sus compañeras de escuela y las personas de la cooperadora. Yo había sufrido toda mi lucha anterior en silencio, sin contagiar al trabajo con mis problemas, porque mi vocación era estar plena para esos chicos y darles a ellos todo lo que necesitaban de una directora. Solo dos maestras sabían de mi angustia. El resto se enteró en una empresa fúnebre. No tenían palabras. Y lo más ridículo que pasó es que tres días después de esa fecha me llegó la jubilación. Me despedí de esa etapa, de mis maestras, de la gente, para ser otro tipo de maestra.

La dictadura trajo consecuencias nefastas: prohibiciones, censuras, persecuciones que afectaron todos los ámbitos de la sociedad y la cultura. Dentro de ellos, la educación fue una de las áreas más golpeadas, ya que había poco margen para gestar una verdadera pedagogía de la liberación, como se venía promoviendo en la década de los setenta.

Yo me jubilé dos años después de comenzar la dictadura y durante esos dos años existió siempre el temor de la denuncia, el tratar de no ver en el otro a un enemigo porque era eso lo que infundía la dictadura: ‘Vigile usted al vecino, a ver qué hace; si hace algo malo, denúncielo’. Esa era la consigna, pero no lo consiguieron, muchísima gente fue protectora de nuestros hijos, los preservó cuando eran perseguidos. O sea, la sociedad argentina no se contaminó tanto. Recuerdo cuando la dictadura prohibió ciertos libros, por nombrar uno, El Principito, también la matemática moderna, la gramática estructural. Para ellos todo era subversivo. Transformaron la escuela en una payasada porque los cánones educativos se perdían y nosotros éramos el vehículo de eso.

EL REENCUENTRO CON SU NIETO

Como el embarazo de su hija era tan reciente, Estela pudo confirmar el nacimiento de su nieto gracias a una testigo que había estado secuestrada con Laura.

En 1980 el Papa Juan Pablo II vino a Latinoamérica y viajamos dos Abuelas a Brasil para verlo, gracias a la ayuda del arzobispo Monseñor Arms. Fue ahí donde me enteré de que Laura había estado en un centro clandestino de detención conocido como La Cacha, que hoy es un Sitio de Memoria. Una pareja de exiliados a los que les preguntamos dónde habían estado, qué recordaban, contó que una chica llamada Rita había tenido un

varón, al que se habían llevado para entregárselo a la mamá, había sido liberada dos meses después, el 25 de agosto de 1978... Me di cuenta de que estaban hablando de Laura, por los datos y porque sabía que le decían Rita. Cuando les dije que no, que en realidad la habían asesinado, me relataban que no podía ser porque la habían hecho cambiar de ropa para encontrarse con su familia. Pero no. A pesar del dolor, volví con la certeza de que tenía un nieto varón y dejé todo desde entonces para empezar a buscarlo. La Plaza de Mayo ya es el mundo, porque lo que buscamos, nuestros nietos, están desperdigados por todo el mundo.

Fueron pasando los años y ese anhelo se convirtió en una búsqueda colectiva que la destacó como una referente mundial en la lucha por los Derechos Humanos. Pero el destino quiso que fuera su nieto quien la encontrara a ella. En junio de 2014, Ignacio le envió un mail a las Abuelas de Plaza de Mayo contando que se acababa de enterar de que quienes siempre había considerado sus padres biológicos no lo eran y a mediados de julio se presentó en la sede de la institución porque sospechaba que podía ser hijo de desaparecidos. Después de entrevistarlo lo recibió la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (Conadi), que dirige Claudia Carlotto, y se encomendó a que le hicieran análisis de sangre para cruzarlos con las muestras del Banco Nacional de Datos Genéticos. Así, el 5 de agosto de ese mismo año, los resultados confirmaron que era hijo de Laura Carlotto y Walmir Oscar Montoya, convirtiéndose en el nieto N° 114.

Ignacio Montoya Carlotto fue criado en el paraje rural Colonia San Miguel de Olavarría y cuando cumplió 12 años sus padres de crianza decidieron mudarse a la ciudad para que él pudiera estudiar música. Desde entonces, desarrolló su carrera artística y llegó a tocar en Música por la Identidad antes de conocer su origen.

Estela, ¿cómo se dio el encuentro con él?

El 5 de agosto de 2014 estaba trabajando junto con Raúl Porchetto, organizando una actividad de Arte por la Identidad, cuando recibí el llamado de la jueza María Romilda Servini de Cubría para darme una noticia. La fui a ver y me contó que el análisis de un joven había dado positivo con mi familia, por lo que era el nieto que tanto había buscado. Y yo, que soy tranquila y hablo despacio, empecé a pegar gritos de alegría. Salté y me abracé con ella. Fue un momento inolvidable, como una luz de ese milagro que por fin estaba sucediendo. Este encuentro me dio una cuota de felicidad enorme, que es incompleta porque falta Laura, pero sé que desde alguna estrellita nos está iluminando.

En la conferencia de prensa que se organizó para presentarlo, Ignacio expresó la profunda emoción que había sentido al conocer su nueva identidad: “Me parece maravilloso y mágico todo esto que está pasando y quisiera que esta situación que hoy me toca vivir sirva para potenciar la búsqueda de otros nietos y que todos entendamos la importancia que tiene cerrar las heridas que se han abierto hace tanto tiempo. Tengo la suerte de ser parte de este pequeño proceso de cicatrización. Siento una gran admiración por toda la gente que trabaja para restituir la identidad de tantas personas. Más allá de que no tuve nada que ver con Abuelas, mi vida artística, docente y cotidiana tuvieron siempre un tinte cercano a lo que pregonan las Abuelas. Comparto su idea de comunidad y de construir con los elementos que uno tiene a mano un mundo mejor”.

EL RECUERDO DE LAURA

Yo tuve cuatro hijos: Laura y Claudia, las dos mujeres mayores; luego Guido y Remo, los dos varones que les seguían. Una familia

bastante grande. Y me tomaba el tiempo para atenderlos junto con mi esposo, que era un pequeño comerciante químico. Tenía muy buena relación con todos ellos. Siempre digo que los educamos con mucha libertad. Los escuchábamos, no éramos de esos padres castradores que dicen: ‘No, de eso no se habla; eso no se hace’. Les decíamos: ‘A ver, contame’. En la década del 70 mis hijas eran adolescentes y les tocó una etapa histórica muy movida en la cual la juventud empezaba a decir públicamente lo que pensaba. Laura ya estaba en la universidad, donde comenzó su militancia política estudiantil. Conformaba un grupo de estudiantes universitarios que criticaban tanto al gobierno constitucional que realizaba homicidios y secuestros, como luego a la dictadura. Hablábamos mucho, le aconsejábamos, teníamos miedo de que le pasara algo, a veces le decíamos que no lo hiciera y ella nos explicaba por qué iban a continuar haciendo una política universitaria contra ese gobierno de facto.

¿Cuál fue el mejor momento que pasó con ella?

Durante el noviazgo con quien fuera después mi marido, soñábamos con una hija que se llamaría Laura. Era un sueño romántico a partir del título de una película de época muy linda que habíamos visto, con una melodía que me acompaña hasta hoy en día. Por eso, el mejor momento que viví con ella fue cuando nació, el 21 de febrero de 1955. Lo primero que miré fue si estaba sana, que es lo que hacemos todas las mamás con nuestros hijos. ¡Era linda! Siempre digo que Laura fue una joven que vivió apurada, más rápido que el común de la gente. Se puso de novia a los trece años con un muchacho de 18. Nosotros le decíamos que era grande, pero ella me respondía: ‘Mirá mamá, hay dos opciones: que te mienta y lo vea igual o que aceptes que yo estoy enamorada de él’. Y yo le contesté: ‘Acepto y te acompaño, te entiendo’. Luego, se casó muy joven, a los 18, tuvo dos embarazos

que no llegaron a término y, lamentablemente, perdió los bebés en esos intentos de maternidad. Después, empezó su militancia fuerte, apurada también. Quería hacer todo rápido, parecía que sabía que iba a vivir poco y tenía que dejar mucho. Y fueron muy buenos momentos los que viví con ella, acompañándola en sus sueños, en sus ilusiones y también en la construcción de una militancia que asumí con gran compromiso, sabiendo, incluso, que podía morir. Creo que sus 23 años fueron todos muy buenos para mí.

¿Cómo era de niña?

Fue una buena alumna. Tenía responsabilidades y era muy, muy madura. De mucho carácter, cuando quería una cosa y creía que era justo, la defendía a ultranza. Además, era muy coqueta, le gustaba arreglarse y era una hija amorosa, una hija excelente que solo me dio satisfacción.

Laura estaba estudiando el profesorado de Historia cuando la secuestraron.

Ella egresó como bachiller y comenzó a estudiar el profesorado de Historia en la Universidad Nacional de La Plata. Es decir, ella quería ser profesora de historia, pero no pudo terminarlo porque la secuestraron y asesinaron.

LA LUCHA DE LAS ABUELAS

Cuando llegó el golpe militar no sabíamos lo que pasaría. Pensábamos que era una dictadura más. En nuestro país, desde 1930, justamente el año en que nací, hubo permanentes dictaduras cívico-militares. Las llamamos así porque a los militares los acompañaban civiles que interrumpían el proceso democrático del presidente elegido constitucionalmente. Así llegó, en el 76, esta dictadura con un proyecto siniestro. Pronto nos dimos

cuenta de que las cosas eran muy distintas y tuvimos miedo. Secuestraron a 30.000 personas de todas las edades. Chicos y jóvenes, como los de la llamada ‘Noche de los lápices’ de la ciudad de La Plata, donde niños de 13 o 14 años que estaban pidiendo por el boleto escolar fueron secuestrados y desaparecidos. Se llevaban a todos, grandes, chicos, ancianas que estaban de visita en una casa, no importaba. Y robaban niños. Eso fue lo más siniestro que hizo esa dictadura. Pero una mamá da la vida por su hijo. Es lo más sagrado que tenemos. Y con esa fuerza, pudimos vencer el miedo, la incertidumbre, el dolor y transformar las lágrimas en lucha. Salimos a hacer lo que debíamos: buscar a nuestros hijos y que la sociedad conociera lo que estaba pasando. Corríamos el riesgo de ser secuestradas, pero eso no nos importaba. Había que buscarlos por cielo y tierra. Ninguna Abuela desapareció. Sí, en cambio, fueron secuestradas y desaparecidas Madres.

Estela ingresó en la asociación Abuelas de Plaza de Mayo en 1978. En este camino, se transformó en la voz de las Abuelas, levantando las banderas de la Memoria, la Verdad y la Justicia y ejerciendo la presidencia de la organización desde 1989. Por su ineludible lucha, obtuvo numerosas distinciones nacionales e internacionales. Entre ellas, la Orden de la Legión de Honor del Gobierno de Francia, el premio ‘Defensor de la Democracia’, otorgado por la Acción Global de Parlamentarios; el premio ‘Liderazgo en el interés superior del niño’, de Unicef; la Orden del Mérito en el grado de Comendador de la República Italiana y varios doctorados Honoris Causa de universidades nacionales e internacionales.

La búsqueda de los nietos ha sido muy ardua, sobre todo en los casos de las mujeres que fueron raptadas estando embarazadas tuvieron a sus hijos en cautiverio sin que las familias pudieran conocer a los bebés. Esto dificultó la tarea

de encontrarlos, ya que no había fotos o indicios que permitieran conocer su verdadero destino.

¿Cómo hacen para encontrar a los nietos?

Es difícilísimo, los robaron cuando eran bebitos, recién nacidos, se los quitaron a las mamás. Mi hija Laura tuvo su bebé en una cárcel clandestina. Ahí nació mi nieto y se lo dejaron tener solo unas horas. Por suerte, hay personas en la sociedad que nos ayudan en nuestro trabajo de investigación. Los primeros tiempos éramos nosotras las que investigábamos, en algunos países nos llamaban 'agente 007', decían: 'Ustedes son detectives'. Ahora es mucho más serio. O sea, si alguien nos cuenta dónde puede haber un nieto, ahí vamos, averiguamos, siempre con mucho respeto y cuidado. También se da que como ahora esos chicos ya son grandes, a veces ellos mismos dudan de quienes dicen ser sus padres. Entonces muchos vienen a la Casa de las Abuelas a buscar su identidad. Y ahí entonces se conversa y se investiga. Y hay una cosa que es fundamental: el examen de sangre. La herencia de la sangre de papá y de mamá no puede cambiarla nadie. Como ellos no están, usamos la sangre de las abuelas y los abuelos para identificarlos, y es un examen seguro, irrefutable, que no engaña, que no miente y nos garantiza que ese chico es un nieto encontrado. Estas son las metodologías que tenemos las Abuelas para recuperar a nuestros nietos.

El reencuentro con los primeros dos nietos, Anatole Boris y Victoria Eva Julien Grisonas, se dio del otro lado de la cordillera y fue muy gratificante.

¿Cómo reaccionaron cuando encontraron al primer nieto?

Fue hace mucho, en 1979. Eran dos hermanitos de papás uruguayos y los encontraron en Chile, donde habían sido llevados y abandonados en una placita para que los agarrara quien

quisiera. Y los encontró la Justicia de Minoridad. Les buscó una familia adoptiva, ya que no sabían que eran chicos buscados. Los crío un matrimonio muy bueno, de esos que quieren dar amor y que con toda la ley de su lado crían una criatura como si fuera su hijo propio. Cuando la abuelita supo que estaban ahí voló a Chile y se volvió a encontrar con ellos. En ese caso, su abuela los conocía ya que no nacieron en cautiverio, así que no hubo necesidad de identificarlos. Se sabía que eran Anatole y Victoria. Los conocimos mucho después, ya siendo grandes. Y cada vez que hay alguna reunión o un festejo en la Casa de las Abuelas, ellos viajan desde Chile –porque viven ahí todavía– a visitarnos y comparten con los demás nietos recuperados la fiesta que hacemos en Abuelas.

Tras la recuperación de la democracia, los organismos de Derechos Humanos coincidieron en que, a partir de entonces, debía ser el Estado el que buscara a los desaparecidos –el término ya había sido acuñado en toda Latinoamérica–. Mientras que su rol sería el de colaboradores en la tarea.

Los primeros tiempos del alfonsinismo fueron muy buenos, se llevó a muchos militares a juicio y nosotros sumamos todos los elementos que pudimos juntar. Era espeluznante verlos. Yo, al igual que otras Abuelas y Madres, fui testigo. No nos dejaban entrar con el pañuelo y la prensa no tenía acceso. Fue duro, pero muchos fueron condenados.

Por entonces, se creó la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep), pero, en contracara, los juicios a los genocidas no llegaron a abarcar todas las líneas de mando y quedaron congelados por la sanción de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida.

Entonces nos dimos cuenta de que no se termina de un día para el otro con una dictadura tan feroz.

Luego, durante el gobierno de Carlos Menem, los organismos le solicitaron al Poder Ejecutivo vía libre para formar una comisión dentro de la Conadep, integrando al gobierno, para que el Estado colaborara con la tarea de las Abuelas de Plaza de Mayo.

Amnistía Internacional nos ayudó mucho desde el comienzo y así se dio el nacimiento de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (Conadi). Luego, durante el gobierno de Néstor Kirchner logramos que se anularan las llamadas ‘leyes del perdón’ –Obediencia Debida y Punto Final–.

¿Qué sienten las Abuelas ante un nuevo nieto restituido?

Cada encuentro es una alegría, un milagro que se produce. En la Casa de las Abuelas tenemos paneles con las fotografías de nuestros hijos, en algunos casos con algún bebito en los brazos, que es el bebé que desapareció. De repente ese bebé que duerme en brazos de la mamá es ese hombre o esa mujer que está frente a nosotros, es como un milagro de resurrección. Abren un camino de verdad y para nosotros es un triunfo frente a lo que pretendían los militares, que era que nosotras no los busquemos, que no los encontremos. Es ganar una lucha, darles la libertad. Es recuperar su identidad. Comienza a saber cómo se llama, quién es su mamá y su papá, quiénes son sus abuelos verdaderos, hermanos, primos, y se encuentra con una vida propia, no la que le dio la dictadura.

La alegría de encontrar un nuevo nieto es indescriptible. Estela narra cómo las Abuelas se preparan para cada reencuentro, depositando toda su alegría y renovando la esperanza para seguir luchando sin descanso.

Cuando encontramos a un nieto es una fiesta. Las Abuelas somos alegres, tenemos ganas de vivir y de encontrar más vida. Vienen todos los chicos que están trabajando con nosotros,

para hacer el brindis en honor a ese nuevo nieto que hemos encontrado y que es el nieto de todas porque todas lo buscamos. Nos abrazamos porque es el triunfo de la verdad sobre la mentira, de la vida sobre la muerte. Sobre todo, es romper con el plan siniestro de la dictadura que pretendía que nuestros nietos nunca conocieran a su familia. Ellos creían que los iban a criar como ellos querían y no lo consiguieron. Por eso, cada vez que aparece uno, nace un nuevo chico en la libertad y para nosotros es la confirmación de que hay que seguir. Ha pasado que muchos nietos no nos querían conocer porque les habían dicho que éramos unas brujas, pero se encuentran con amor, comprensión, cariño. Los queremos tanto, por eso los buscamos, para hacerlos libres, para que recuperen sus derechos. Y en este caso, el derecho a la identidad porque cada uno nace de una mamá y un papá y no de otro lugar. Y ahí debe vivir o, si no puede vivir ahí, tiene abuelas, tiene tíos, tiene familia y nunca un niño debe ser sacado de ese lugar que es en el que le corresponde vivir. Y debe tener un nombre. La identidad es todo eso.

La búsqueda continúa porque aún quedan por encontrarse alrededor de 400 nietos. Pero como relata Estela, ya no son solo las Abuelas las que los están buscando, sino toda una sociedad comprometida e informada que ha adoptado su legado.

Los militares creían que nos íbamos a cansar pronto porque somos mujeres. Pero hemos construido una institución súper reconocida y hemos sabido caminar todos estos años, con momentos buenos y malos, siempre construyendo. Y descubrimos la fórmula para encontrar a los nietos, que es el Banco Nacional de Datos Genéticos. Seguro que por la edad que tenemos las Abuelas no vamos a terminar todos los encuentros, pero ya tenemos el relevo. Los nietos recuperados que pueden están con nosotras trabajando por encontrar a los que ellos llaman ‘sus

hermanos'. Este país está aprendiendo que la memoria no debe borrarse. Hay que recordar para que esto no vuelva a pasar.

Como se relató anteriormente, la búsqueda sigue intacta pese a las numerosas dificultades que las Abuelas tuvieron que sortear en su camino y, aún hoy, continúan sobrellevando.

¿Cuáles son los obstáculos en su tarea?

Primero, los que robaron los nietos saben dónde están, pero no hablan, no confiesan, no se arrepienten. Están siendo juzgados por esos crímenes por la Justicia, pero no dicen nada, no nos ayudan a encontrarlos. La otra dificultad es que hay gente que sabe algo porque fue testigo, por ejemplo, de que una vecina cuyo esposo era uniformado apareció con un bebé sin dar explicaciones. Se conoce lo que hicieron, pero tienen miedo y no hablan. En esos casos se necesita celeridad, ya que estamos buscando seres humanos, estamos frente a una persona a la que es necesario devolverle sus derechos. Pero la Justicia actúa, a veces, sin entender que hay que hacer las cosas rápido porque se nos van los años. Cuando un gobierno constitucional tiene a los Derechos Humanos como bandera, como meta, como necesidad, se hace más fácil y se consiguen muchas cosas en menos tiempo.

EDUCAR EN LA MEMORIA Y EN LOS DERECHOS HUMANOS

Estela recupera la importancia de visitar las instituciones educativas para que los chicos y chicas puedan conocer lo acontecido en nuestro pasado reciente desde una fuente directa, aprovechando la riqueza que ello implica.

No se les puede decir ‘No, de eso no se habla’. Cuando, por ejemplo, preguntan quiénes son las Abuelas, les tienen que responder; o cuando preguntan qué pasó en la época de la dictadura, los padres y los maestros tienen que contestarles. Los niños están en formación democrática, por lo tanto, tienen el derecho de que todos les resolvamos esas dudas. Por eso las Abuelas visitamos mucho las escuelas primarias, secundarias y las universidades, para hablar con los que tienen derecho a saber. Necesitan conocer la verdad. Ahora bien, esa verdad debe ser dicha con respeto, sin mortificarlos, sin torcerles la imaginación. Y diciéndoles siempre que la violencia no sirve, que hay que hacer las cosas en paz.

Los Derechos Humanos abarcan múltiples aspectos de la vida social que deben ser resguardados y garantizados para que todos los individuos vivan en plena libertad de acción y pensamiento. En esta línea, Estela ha defendido a lo largo de su vida la vigencia plena de estos Derechos tanto en sus palabras como en sus actos.

Hay una Convención por los Derechos de los Niños, Niñas y Adolescentes que está en la Constitución de nuestro país desde 1994, que obliga al Estado –y el Estado somos todos– a cumplir lo que dice. Esta ley es completa, abarca todo lo que el niño necesita para ser feliz y eso es una obligación de todos los adultos. El niño no puede trabajar, debe comer todos los días, estar con papá y mamá, venir a la escuela, tener una casa cómoda y padres que puedan trabajar, poder jugar y tener momentos de ocio porque el descanso es parte de la vida. Cuando un niño en este país rico y extenso se muere de hambre, es la violación más terrible a los Derechos del Niño. Cuando el niño tiene que comer basura, se está violando su derecho a la vida. Esos derechos se deben cumplir y cada uno de nosotros tiene que hacerlo. Entonces, para que esto no pase en ningún lugar del

mundo, y en particular en la Argentina, cada uno de nosotros tiene que ser solidario y colaborar. Si yo tengo y el otro niño no tiene, ¿por qué no voy a compartir?, ¿por qué no lo voy a ayudar? Formar alumnos solo en el saber no sirve si no se acompaña con una formación humana y moral que nos enseñe a compartir y escucharnos, que nos prepare para la tolerancia con el diferente y para ayudar al que no tiene. Enseñar todo esto, es la labor de la escuela.

Es importante identificar el rol de la escuela y también el de los docentes para ver cuán importantes son en la reproducción y garantía de los Derechos Humanos.

¿Cuál es el papel del sistema educativo en la defensa de los Derechos Humanos?

Los maestros de vocación tenemos un rol muy importante que es el de recuperar el bienestar para el país desde la enseñanza. Decimos que lo que hace falta para corregir tantos males son la cultura y la educación, ya que son lo que promueve el cambio de conductas. Todos asumimos nuestro lugar como ciudadanos y decimos qué es lo que está mal y qué es lo que está bien. Pero la maestra, el maestro, el formador de esos jóvenes o niños es quien tiene que transmitirlo desde el amor y con la seguridad de que la enseñanza le otorga el sello que necesita cada persona, con sus particularidades. Los niños no son iguales y hay que comprenderlos y acompañarlos. Felizmente, la historia me ha permitido estar y ser parte de la formación docente en Derechos Humanos, para preparar a los futuros docentes en cómo tienen que enseñarlos, que no se remiten solamente a los desaparecidos, sino que está relacionado con el ser solidario, pensar en el otro, compartir y el respetar al diferente, a los mayores, a los profesores. Enseñarle al chico con paciencia el camino si es que se torció, para que sea un hombre o una mujer de bien. El maes-

tro tiene que despojarse de su ideología para poner en práctica la ley. Debe enseñar la historia reciente, las consecuencias de esa dictadura y tratar de repararlas para que todos recuperen la dignidad. Enseñarle a hacer sus propias cosas, dejando de lado el consumismo. Y que no se deprima ante la falta, sino que se rebele contra eso.

La joven democracia es la clave vital de un escenario de cambio. Su recomposición y fortalecimiento no debe ser solo una tarea de aquellos organismos que defienden los Derechos Humanos, sino de la sociedad en su conjunto.

Estamos en un camino democrático, en el que se debe reconstruir un país destrozado. La última dictadura, más todas las anteriores, dejaron un país sin cultura democrática. Cada golpe de Estado no era cuestionado por la mayoría, salvo estudiantes y obreros. A esto hay que sumarle la economía maltrecha, la pobreza, la cultura destrozada, la salud mal atendida. O sea, dejaron un caos que hubo que recomponer. Ni hablemos de Malvinas, que dejó su lastre de dolor y de muertos. En los primeros años de democracia, lo que había que hacer era estudiar la realidad para darle la nueva estructura de una Argentina digna, una Argentina con justicia social, que se fue haciendo con sus defectos y sus virtudes. Pero falta mucho, falta mucho todavía. El Estado tiene que cumplir con sus obligaciones, pero la sociedad civil también tiene que colaborar.

EL LEGADO DE ESTELA

Luego de tantos años de búsqueda, Estela continúa con las mismas fuerzas que en un comienzo y con el reconocimiento ganado tanto a nivel nacional como internacional por su trayectoria destacada e ineludible. Y sigue siendo Laura quien la guía a cada paso.

¿Quién la inspira para seguir luchando luego de tantos años?

Fundamentalmente, mi hija Laura. Porque recuerdo cada una de las palabras con la que nos convencía a su papá y a mí de que lo que estaba haciendo era lo justo y lo que debía hacer a pesar de que supiera que podía morir. Llevo el dolor en el corazón, pero también un gran orgullo porque con sus 23 años dejó todo por el otro y quiso un país feliz. Ella quería que no hubiera pobreza, que todos tuvieran una infancia linda. Yo pienso en ella, me acompaña, me da fuerza. Me inspiran también mis otros tres hijos. Están todos luchando por lo mismo, por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Y mis nietos que están juntos, en familia. Y también mis compañeras, las Abuelas, cada una con su historia. Y tanta gente de este bendito país porque cada abrazo significa amor, calor y fuerza. Todo eso me inspira.

Estela y las Abuelas hicieron un aporte destacadísimo para que la sociedad avanzara en la convicción de la defensa de los Derechos Humanos y en el desafío por promover la Memoria, la Verdad y la Justicia. En ese camino, continúan en la búsqueda de un mañana mejor.

Pero hay algo que me ayuda más todavía, y por lo que seguiré trabajando mientras pueda, que es el anhelo de dejar una Argentina mejor. Donde los niños y los jóvenes, que son la preocupación de las Abuelas, crezcan libres, sin miedo de pensar, de participar ni de hablar. Y que sus papás tengan trabajo para que puedan comer todos los días. Queremos dejar un país más digno para el futuro. Todo eso me da fuerza para seguir y, mientras tenga vida, acá está Estela.

¿Cuál es su meta con las Abuelas de Plaza de Mayo?

Seguir. Hay abuelitas que ya no están, otras ya están muy viejitas, pero las que estamos seguimos organizando reuniones para conversar de lo que hay que hacer en la Comisión Directiva de la

que yo soy presidenta desde 1990, pero en la que soy una Abuela más. Yo siempre digo, un poco en broma que ‘cada vez hay más bastones’. También es cierto que cada vez nos sentamos más juntas y nos decimos ‘Habla más fuerte que no te oigo’. Estamos envejeciendo en la lucha. Mi meta y la de las Abuelas es seguir encontrando Verdad, Justicia y Memoria. Esa es la lucha.

PALABRAS FINALES

Las Abuelas seguimos trabajando porque falta mucho por hacer, muchos nietos por encontrar, y porque falta mucho de lo que queremos dejar. En este sentido, qué bueno que es ir a una escuela y hablar con los chicos sobre todo lo que pasó, para que no vuelva a ocurrir. Saben que vamos a dejar la vida en esto, pero que ellos tienen que ser ciudadanos activos. Aunque sean chicos, tienen que estudiar porque al que sabe no lo engaña ningún vivo. Y les aseguro que lo mejor es reunirse: en torno a un deporte, a un arte, a un estudio... pero siempre es bueno estar unidos para activarse. Lo importante es que no se aíslen y participen de lo que les gusta con sus compañeros porque así seguramente se van a sentir muy bien. Sean siempre buenas personas. Respeten a sus maestros, a sus mayores, al otro, al diferente. Valoren la libertad y defiendan la democracia junto con sus familias.

DELIA CECILIA GIOVANOLA

*Abuela de Plaza de Mayo
Fue una de las 12 fundadoras del organismo*

Era muy joven cuando perdió a su marido y desde entonces crio sola a su único hijo, Jorge, quien sería secuestrado y desaparecido por la dictadura cívico militar junto a su compañera. La pareja tenía una nena de tres años, Virginia, que fue entregada a la familia. Pero también esperaba un nuevo hijo, quien nació en cautiverio. En el camino de su búsqueda, Delia se convirtió en una de las doce fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo. Finalmente, en marzo de 2015 logró encontrar a Diego, su nieto. La hermana del joven se había quitado la vida cuatro años antes.

Delia Giovanola nació en La Plata, provincia de Buenos Aires, el 16 de febrero de 1926. Su infancia y su adolescencia fueron plenas de todo lo que necesitaba. Terminó el secundario en la Escuela Normal N° 1 Mary O. Graham de la capital bonaerense y luego se recibió muy joven de maestra en la misma ciudad.

Soy docente de alma, de vocación. Me encantó la enseñanza y siempre fui docente en mi casa.

A los 37 años recibió un primer golpe: su marido, Jorge Ogando, murió de cáncer de pulmón. Su hijo, Jorge Oscar Ogando, era un adolescente de 15 y ella tuvo que salir a trabajar. Como fue becada para estudiar bibliotecología, iba al empleo de día y estudiaba de noche.

Lo hice peleando la vida, pero siempre con humor porque había que seguir y yo tenía un hijo que criar.

Transcurridos cinco años, se volvió a casar y se mudó a la localidad de Villa Ballester, de donde era su segundo esposo, Pablo Califano. Pero su vida cambiaría para siempre el 16 de octubre de 1976, cuando secuestraron su hijo y a su nuera, Stella Maris Montesano, quien se encontraba embarazada de ocho meses. Esperaban a Martín, el nieto al que Delia buscó incansablemente durante casi cuatro décadas y con quien pudo abrazarse casi 40 años después.

LA HISTORIA DE JORGE

Era alegre, siempre estaba cantando y se trepaba a los árboles. También le encantaba correr, ¡tenía una velocidad impresionante! Y vivía con su bicicleta. Creo que tuvo una infancia muy feliz. Era simpatizante de Estudiantes, como todos en la familia. Más grande estudió algo de zoología porque era muy bichero. Creo que fue un buen padre y buen marido; se llevaba muy bien con Stella.

El día del secuestro de su hijo y de su nuera comenzó otra nueva vida. Una más en la historia de Delia. No solo porque debía buscar a Martín, sino porque también quedó a cargo de Virginia, su nieta de tres años, que fue devuelta a la familia por los militares.

Me tuve que transformar en una abuela con función de madre. Y no fue fácil hacerlo con todo el dolor que tenía por la desaparición de mis chicos. ‘Abuela, ¿hoy no llorás?’, me preguntó una noche Virginia cuando la llevé a dormir. Yo no me había dado cuenta hasta entonces de que lloraba todas las noches cuando la acunaba. Me ponía una toalla en la boca para no gritar de la impotencia. ¡Era mi querido hijo único! El hijo deseado, mimado... qué se yo. Era todo para mí.

Pero a pesar de tanta angustia, el humor es la característica que, según ella misma asegura, la mantuvo “viva y con fuerza” y no pudo ser desaparecido.

¿Cómo se hace para mantener la fortaleza luego de 39 años?

Yo tengo una máscara de humor para poder hacerle frente a esta realidad que estuvo ausente de afectos directos. Es una forma de sobrellevarlo y la lucha es lo que me sostiene. No tengo otra forma de sobrevivir. Afortunadamente, gozo de buena salud.

¿Jorge y Stella eran militantes?

Nunca supe y sigo negando su militancia. Jorgito no mamó la política y no entendía un pomo, tal como no lo entiendo yo ni aún después de tantos años porque no soy activista política. Yo siempre digo que no soy política: soy una Abuela de Plaza de Mayo con un hijo desaparecido y un nieto a quien buscar (N. del E.: Cuando Delia concedió la entrevista para este texto, Martín aún no había aparecido. Fue identificado en noviembre de 2015). Él tenía viviendo en su casa a la mujer de un compañero, que era primo por parte paterna, que hacía reuniones y tenía actividad política. Jorge y Stella al principio no querían participar y se iban, pero a veces se quedaban, supongo, y participaban. Virginia tenía el deseo de que sus padres hubieran militado, pienso que necesitaba que su desaparición tuviera un justificativo.

JUNTAS A LA PAR

Nunca le oculté nada a mi nieta. Ella fue muy desenvuelta de chiquita y nunca pidió por su padre y su madre. Recuerdo que una sola vez lloró pidiendo por su mamá, con un desconsuelo muy grande. Fue algo inusual y, a partir de entonces, no hizo

más preguntas. Fuimos parte de la vida de Virginia, criándola, y ella le escapaba al tema de sus padres, hasta que empezó a trabajar en el Banco Provincia, donde había trabajado Jorgito. Ahí le recomendaron que buscara a su hermano.

Ese “despertar” en Virginia hizo que, por primera vez, se sumara a la búsqueda de su hermano.

‘¿Cómo hago, abuela?’, me preguntó. Esa fue la primera vez que encaró su condición de hija de desaparecidos y confesó que antes no había querido enfrentarse a la realidad. Pero estaba hambrienta de buscar a su hermano y se sumó totalmente de lleno, de manera organizada. Entonces se pegó a los nietos recuperados: integró el movimiento de HIJOS y el de Hermanos.

El 14 de agosto de 2011, Virginia se suicidó en la ciudad de Mar del Plata, a los 38 años.

Estaba activa... no sé qué pasó con ella, realmente. Puede haber sido por no encontrar a Martín o por todo lo acumulado, que tuvo oculto dentro de ella durante tanto tiempo. Lo cierto es que cuando vino una compañera de cautiverio de la madre Virginia tuvo una caída tremenda, un cuadro depresivo, y no quería ver ni hablar con nadie. Se trató con psicólogos y psiquiatras, que la medicaron y le dieron licencia en el banco. Antes no había demostrado nada, todo aquel que la conoció recuerda su alegría.

Yo le prometí que iba a seguir buscando a Martín mientras tuviera fuerza, porque la historia de mi vida es la búsqueda de los nietos.

EL SUEÑO DEL ABRAZO

Entre 2006 y 2008 Abuelas había recibido denuncias que advertían que Martín había sido anotado como hijo propio por una pareja, pero las averiguaciones no condujeron a

un desenlace positivo. Y recién el 30 de marzo de 2015, él se acercó a las oficinas del organismo, donde fue atendido por el equipo de Presentación Espontánea. La investigación siguió sus carriles en la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad y se hizo la extracción de ADN a través del consulado. Tras cuatro décadas de búsqueda, en marzo de 2015, Delia encontró a su nieto.

En la conferencia de prensa en la que se anunció la recuperación de la identidad de Martín, resumió todas sus emociones.

Cumplí con mi hijo. Cuando se lo llevaron, hice la promesa de buscar a su bebé y cuando se fue mi nieta le prometí buscar a su hermano. Hoy me siento realizada. No tengo más que palabras de agradecimiento y emoción. Se me vino la familia encima y fue muy grato. Parezco una abuela babosa, ¡y lo soy!

¿Qué sienten en Abuelas cuando recuperan a un nieto?

Esperanza y alegría porque cada joven es un pedacito de cada una de nosotras. Recibimos tanto cariño de ellos que los sentimos un poquito de nuestra familia. Yo tengo una debilidad especial por Leonadro Fossati, que nació en La Plata, en una comisaría. Él fue un amigo cercano a Virginia desde el momento en que recuperó su identidad y me trata con tanta ternura que lo siento como si fuera mi nieto, al igual que a Victoria Montenegro, que es una dulce y fue muy amiga de Virginia.

¿Cómo fue la primera conversación telefónica con Diego?

La llamó por teléfono el día que confirmó su identidad y ella le preguntó si estaba seguro de querer hablar.

Martín no dudó: “¿Por qué no? Si sos mi abuela”. Con su mayor sueño cumplido después de 39 años de lucha, una gran sonrisa invadía su rostro.

VISITA AL MUSEO MALVINAS CON EL PROGRAMA EDUCACIÓN Y MEMORIA

Cuando iba entrando levanté la vista y me ví en la pared. Me quedé helada y la miré a la chica que me acompañaba. ‘Esa soy yo!’, le dije. Ella me miraba a mí y miraba la foto. ‘¡Sí, es usted!’, dijo ella, sorprendida. Al rato volvió a aparecer con un camarógrafo, un fotógrafo, un periodista... trajo a medio mundo y me pidieron que contara la historia de la foto, pero yo apenas me había enterado de que estaba ahí.

La historia cuenta que un día de 1982, en Plaza de Mayo, Delia mostró un cartel con una frase que se le había ocurrido la noche anterior: “Las Malvinas son argentinas, los desaparecidos también”, decía el reclamo de su puño y letra. Y uno de esos fotógrafos la inmortalizó.

Teníamos que ser ingeniosas para encontrar la manera de que el mundo supiera lo que estaba pasando, aunque jamás soñé que esa foto se podría convertir en un símbolo.

Un año después de aquella primera vez, Delia visitó el Museo en una jornada educativa organizada por el Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires, acompañando a 4.000 chicos de escuelas primarias públicas porteñas, a quienes les dirigió unas palabras.

Quiero que ustedes sean custodios de la memoria. Hoy son niños y jóvenes, pero mañana van a ser hombres y mujeres. Ustedes serán los guardianes de la democracia, la van a respetar y cuidar con amor para que no vuelvan a ocurrir nunca más hechos dolorosos como la Guerra de Malvinas, que sembró tanta muerte, y como la dictadura, que se llevó tantas vidas.

BUSCARITA ÍMPERI NAVARRO ROA

Abuela de Plaza de Mayo

Como muchas de sus compañeras de lucha, Buscarita tuvo una vida dedicada a sus hijos, alterada por la desaparición de su hijo mayor: José Poblete.

Yo soy Buscarita Roa, soy Abuela de Plaza de Mayo y soy Madre de José Poblete, detenido y desaparecido el 28 de diciembre de 1978. Ese mismo día, también secuestraron a su esposa, Gertrudis Hlaczik, y a su pequeña hija, Claudia Poblete Hlaczik, que en ese momento tenía solo ocho meses.

Soy chilena, nací en una ciudad llamada Temuco, el 15 de septiembre de 1937, pero me crié en Santiago de Chile porque mis padres murieron cuando yo tenía tres años y mi tía me llevó a vivir con mi abuela. Estudié poco. A los diez añitos, tuve que empezar a trabajar. A los trece, catorce años, conocí a un chico, me enamoré y a los dieciséis tuve a mi hijo, José Poblete, quien después desapareció en Argentina. Mientras el papá de José hacía el servicio militar, yo cuidé sola a mi niño y cuando volvió quedé embarazada de Lucy, que hoy vive en Estados Unidos. Después, él se enamoró y se casó con otra persona y yo me quedé con mis dos hijos. Trabajé mucho, en hospitales, en casas de familia. Tuve mucha fuerza de voluntad para seguir adelante. Hasta que encontré al amor de mi vida y con él nació Fernando. Pero me volvieron a dejar, así que crié a los tres hijos sola. Después conocí a quien fue mi marido y tuve a mis otros

cuatro hijos. Con mi marido estuve dieciocho años y después nos separamos. Pasé las mil y una, pero debo tener mucha fuerza de voluntad para haber soportado todo eso.

Sin embargo, los golpes de la vida no impidieron que encontrara fuerzas para convertirse en una Abuela de Plaza de Mayo.

Yo soy una de esas abuelas que salieron a la calle sin saber nada. Simplemente, yo era una persona que trabajaba, un ama de casa. No hacía cosas realmente importantes, pero he ido aprendiendo. Mi hijo me enseñó a caminar durante ese tiempo que vivió.

EL RECUERDO DE JOSÉ

Desde su infancia, José demostró un fuerte compromiso y preocupación por otros jóvenes como él, que vivían en condiciones adversas.

Chile era un país muy pobre en esa época. Los niños tenían que salir a vender diarios y caramelos, niñitos de siete u ocho años, para traer alimentos. Y eso veían mis hijos. Veían chicos trabajando desde muy niños. Y él me decía: ‘Mamá, yo creo que todos tenemos que colaborar’. Y bueno, Pepito tenía convicciones políticas a pesar de que en mi casa no se hablaba de política. Y andaba por ahí, por las villas miseria, enseñando a leer, a escribir, a poner un nombre.

A los dieciséis años, su hijo José sufrió un accidente ferroviario que lo impulsó a venir a la Argentina por un tratamiento de rehabilitación.

Cuando Pepito tenía dieciséis años, se accidentó. Era un estudiante cuando se cayó de un tren que cortó sus dos piernas. Había quedado inválido y se vino a la Argentina con la idea de ir a un instituto de recuperación. Acá estuvo solito dos años.

Al tercer año, no me aguanté más y me vine para estar más cerca de él. Vendí y regalé todo lo que tenía y viajé con los ojos cerrados. Con todos mis niños y separada de mi marido. Y acá empecé de vuelta. Me gustó Argentina y me quedé.

Aquel compromiso militante que José manifestó en sus primeros años de vida en Chile continuó en territorio argentino, cuando las necesidades de los otros se encarnaban como propias, y comenzó su militancia en la Unión Nacional Socioeconómica de Lisiados y Cristianos para la Liberación.

En el instituto donde estaba, en Barrancas de Belgrano, conoció a mucha gente y personas con discapacidad. Algunos andaban con bastones, en sillas de ruedas. Y, entonces, ahí se hace un grupo grande de amigos. Y mi hijo empieza a hablar y ver todas las carencias que tenían los compañeros. En esa época había mamás y papás que no tenían dinero para visitar a sus hijos en el instituto.

El 28 de noviembre de 1978, secuestraron a José, a su mujer Gertrudis Hlaczik y a su bebé, Claudia Victoria, de ocho meses.

Cuando desapareció José, arranqué la búsqueda con mi consuegra, yendo a todos los lugares donde podíamos. Poco después, mi consuegra cayó en una depresión muy fuerte y se suicidó. Ahí me sentí muy sola... Así fue que me uní a otros que pasaban por lo mismo, estuve en Madres, en el SERPAJ, en Familiares hasta que llegué a Abuelas. Luchamos juntos todos nosotros porque éramos muchas madres, muchas personas, muchos familiares buscando desesperadamente a nuestros hijos. Sin saber a dónde ir, con quién hablar. Hasta que nos fuimos conociendo. Yo fui una de las últimas en entrar a la Plaza porque mi hijo desapareció en 1978 y para esa época ya habían comenzado las rondas de las Madres.

LA BÚSQUEDA Y EL REENCUENTRO CON CLAUDIA

Claudia fue secuestrada junto a su madre en un operativo militar. Ambas estuvieron cautivas en El Olimpo por dos días.

El trabajo de las abuelas ha sido muy intenso. El Banco Nacional de Datos Genéticos es donde todos los familiares hemos dejado nuestra sangre, para que cuando nuestros jóvenes quieran saber la verdad puedan encontrarla.

Gracias a la búsqueda de Abuelas, Buscarita pudo reencontrarse con su nieta en el año 2000.

A mi nieta la encontramos con la búsqueda de las Abuelas. Muchos dicen que fue por una denuncia anónima que llegó a la casa de las Abuelas. Así, pudimos mandar el caso a los Tribunales de Justicia y poder hacer un seguimiento con el juez al que le correspondía la causa. Cuando se la llevó el Coronel Ceferino Landa, tenía ocho meses.

Al encontrarla, me dio una alegría enorme. Su llegada fue maravillosa. Cuando encontré a Claudia, estaba pensando en irme a Estados Unidos. Mi hija Lucy se había nacionalizado para que me fuera a vivir a allá. Así que me fui con todos los papeles en regla como para quedarme a vivir, pero no pude... Estaba Claudita.

El reencuentro con su nieta después de 22 años no fue fácil. Era necesario reconstruir ese lazo entre abuela y nieta, que compondrían con el tiempo.

Yo la había dejado de ver a los ocho meses y, entonces, nos miramos y junto con una tía de ella por parte de su mamá le entregamos un montón de fotos que llevábamos en el paquetito. No hubo mucho diálogo y en un momento le digo: 'Bueno, hija, yo soy su abuela y cualquier cosa que necesite yo quiero que usted sepa que yo estoy'. Ella estaba muy enojada con la vida, estaba enojada con el mundo, ella me contesta y me dice: 'No

necesito nada'. Claudia fue criada por una familia muy mayor. El Coronel con su mujer no podían tener hijos y ya tenían bastante edad. Entonces, ella al ser adolescente sacaba cuentas y decía: 'No me daban los números porque no me pueden haber tenido a esta edad'. Pero ella no quería ni preguntar. Era hija única, la llevaron por todos lados, la tenían bien. Recién a los 22 años, se da cuenta de que no era hija de esta gente, que a sus padres los habían matado, que ese mismo hombre que era Coronel podría haber tenido participación en la muerte de sus padres. Es un dolor inimaginable. Y otra cosa es que ella tenía trabas en un montón de cosas, no había aprendido a manejar, no había aprendido a andar en bicicleta y se crio en una familia de dinero, que tenían todo. Ahora ella dice: 'No tengo más miedos, se me quitaron los miedos'. El tío le enseñó a manejar, aprendió a andar sola, aprendió un montón de cosas que, como tenía miedo, no podía aprender.

En sus relatos, Buscarita cuenta que fueron necesarios varios años para que Claudia pudiera abrazarla por primera vez.

Hubo que tener mucha paciencia y mucho amor para ir dándoselo por todo el tiempo en que no pudimos. Así nos fuimos acercando. Ese acercamiento tardó cinco años. Fue muy de a poquito hasta que los vínculos se fueron acrecentando y se dio cuenta de que tenía una abuela, tíos, un abuelo materno, una familia enorme que la buscaba y la quería. Pasaron cinco años para que me pudiera decir 'Abu', para que ella se pudiera sentir protegida conmigo (...) Claudia se casó, tiene una hijita, así que estamos muy contentas y felices.

LA LUCHA DE LAS ABUELAS

Buscarita es la más joven de la Abuelas de Plaza de Mayo. Su lucha por la verdad y la justicia no terminaron a pesar de

haberse reencontrado con su nieta Claudia. La búsqueda con las Abuelas continúa sin interrupciones, con la esperanza y la fuerza de aquel lejano comienzo. Sobre las dificultades en la búsqueda, Buscarita explica:

Es un problema bastante grande porque los chicos, cuando tienen dudas de su identidad, a veces no se atreven a salir a preguntar quiénes son porque tienen mucho miedo de que a los apropiadores los vayan a detener. Porque los apropiadores han cometido un delito. Los chicos, por lo general, no están con personas que los hayan adoptado, están con personas que se los robaron. Hay casos en los que hay personas que han adoptado chicos de buena fe porque no sabían que eran hijos de desaparecidos, pero en la mayoría de los casos los apropiadores los robaron desde los centros clandestinos donde nacieron o donde llegaron con algunos meses de edad. Entonces, estos chicos son criados con estos apropiadores pensando que son sus verdaderos padres. Cuando ellos encuentran su identidad, lo que sucede es que ellos dicen 'yo perdí dos veces, porque encuentro mi identidad, pero me doy cuenta que perdí a mis padres'. O sea, es un momento muy difícil para ellos. Ahora, cuando ellos buscan su identidad, ellos tienen dudas de su identidad durante toda su vida, o durante su adolescencia se empiezan a dar cuenta de que no se parecen a nadie, es distinto porque busca su identidad y al buscarla y al encontrarla es como que encuentra gran parte de su historia. Entonces es mucho más fácil. Ahora, cuando nosotros buscamos a los nietos, y no es una búsqueda de ellos, les cae con mucha sorpresa, con mucho dolor. Y creo que al encontrar a su familia se les abre un camino en la vida. Al encontrar su identidad se sienten libres. Esa es la verdadera palabra: libres.

En esta lucha, Buscarita ha acompañado al Programa Educación y Memoria en numerosas oportunidades, transmitiendo su testimonio a los chicos de las escuelas:

Las abuelas estamos con los brazos abiertos porque para nosotras los chicos son los nietos de todos. Son los nietos de la Argentina. Tenemos muchos maestros desaparecidos. Estudiantes, trabajadores, sindicalistas. Tanta gente que pensaba diferente. Pensaban que el mundo podía ser diferente. Los maestros quieren que conozcan esta verdad desde chicos para que sepan que hubo un genocidio, para que conozcan lo que nos pasó y por eso les daremos siempre las gracias.

ROSA TARLOVSKY DE ROISINBLIT

*Abuela de Plaza de Mayo
Vicepresidenta del organismo*

Rosa Tarlovsky de Roisinblit, vicepresidente de Abuelas de Plaza de Mayo, es la madre de Patricia. Ella fue secuestrada junto con su compañero, José Manuel Pérez Rojo, y la hija de ambos, Mariana Eva, de quince meses, el 6 de octubre de 1978. La joven estaba a punto de recibirse de médica y de tener a su segundo hijo, ya que tenía un embarazo de ocho meses. La niña fue devuelta a su familia y criada por sus abuelos. Y Rosa comenzó la búsqueda de su hija, su yerno y su nieto.

LA HISTORIA DE ROSA

Nació en Moisés Ville, en la provincia de Santa Fe. Fue la tercera de los siete hijos de un matrimonio de inmigrantes para la colonización judía de Argentina, que llegaron escapando de la ferocidad de los pogromos zaristas.

Su infancia se desarrolló en el campo, dentro de una familia de pocos recursos económicos. Rosa era una niña traviesa, pero excelente alumna. Apenas terminada su etapa escolar, se fue a Rosario a estudiar obstetricia a la entonces Universidad Nacional del Litoral y tras unos años ganó por concurso el cargo de partera jefa de la Maternidad Escuela de Obstetricia.

En 1951, ya instalada en Buenos Aires, se casó con Benjamín Roisinblit y el 8 de diciembre de 1952 nació Patricia Julia, su única hija. Los sábados la llevaban a la Escuela de Niños Pintores del Instituto Vocacional de Arte Lavardén, además de acompañarla a practicar deportes y estudiar inglés. También la apoyaron en sus estudios y en el ingreso a la Facultad de Medicina.

En 1972, Benjamín falleció de un cáncer y la vida de Rosa y Patricia experimentó una fuerte sacudida.

MILITANCIA Y COMPROMISO

Patricia Julia Roisinblit nació el 8 de diciembre de 1952, en el sanatorio porteño donde trabajaba su madre.

Desde el jardín de infantes hasta el final de su escuela secundaria, cursó sus estudios en el Normal N° 8 de Balvanera. Fue una alumna sobresaliente, querida y valorada por sus compañeras y docentes. Seguía siendo una alumna destacada en sus estudios universitarios y tras la muerte de su padre empezó a trabajar en el departamento didáctico de una escuela y también a interesarse por los cambios que se gestaban en el país y a militar en política. La gente que la rodeaba en aquella época la recuerda como una enamorada de la vida, apasionada, convencida, generosa.

¿Cuándo comenzó a preocuparse por el destino de Patricia?

Un día, después de volver muy tarde a casa, se quedó dormida. Yo la desperté y le dije: ‘Patricia, ¿qué estás haciendo? Tenés que ir a la facultad’. Eso pasó un día, otro y otro. Ella seguía durmiendo y no salía de casa. Hasta que me dijo: ‘Mamá, no me insistas. No voy a volver a estudiar porque los compañeros me avisaron que no vaya más, que ya me fueron a buscar ahí’. Le faltaban

cuatro materias para recibirse de médica. Ya las había cursado; solo tenía que rendirlas y no pudo porque tuvo que dejar de ir.

También tuvo que abandonar su trabajo en la escuela y un día le anunció a su madre que pasaba a la clandestinidad: se fue a vivir a un lugar cuya dirección no pudo darle.

Su militancia había comenzado en el PRT y luego se incorporó a Montoneros, en el área de Sanidad, como médica en situaciones operativas. Ahí conoció a José Manuel Pérez Rojo, de quien se enamoró y con quien decidió formar una nueva familia. Cuando Patricia le contó que estaba embarazada, Rosa le pidió que se casara. Pero ese pedido era imposible: ni ella ni su compañero podían asentar sus firmas en ninguna documentación que permitiera identificarlos porque sería el primer paso para que los ubicaran y los persiguieran.

En junio de 1977, nació Mariana y Rosa estuvo todo el tiempo junto a su hija en el Sanatorio Güemes de la ciudad de Buenos Aires. Cuando Patricia fue dada de alta, volvió a zambullirse con su compañero y su bebida en aquella vida de militancia que continuaba siendo desconocida para su madre. Cada tanto la iban a buscar en su auto y salían por ahí, pero se veían muy poco. Rosa les pidió que se fueran del país, pero Patricia contestó que “el que se va es un cobarde”.

El 6 de octubre de 1978, fueron secuestradas Patricia, estaba embarazada de ocho meses de su segundo hijo, y Mariana, de quince meses, quien fue entregada a sus abuelos. Se las llevaron de su casa, mientras que a José lo detuvieron en su negocio, en la localidad de Martínez, provincia de Buenos Aires.

Por testimonios de algunas personas que fueron liberadas del centro clandestino de detención de la Escuela de Mecánica de la Armada se supo que el 15 de noviembre Patricia dio a luz a un varón, al que puso el nombre de Rodolfo Fernando. Había sido trasladada allí desde la Regional de Inteligencia de

Buenos Aires, de la localidad bonaerense de Morón, donde había sido recluida junto a su compañero.

UNA BÚSQUEDA DESESPERADA

A los diez días del secuestro de su hija, Rosa recibió una llamada de ella y poco después otra, de un hombre, quien le decía que Patricia necesitaba que se fijase si las vacunas de la nena estaban en regla. Sabiendo lo metódica y ordenada que era su hija, comprendió que le estaba dando señales de vida.

Cuando pasó la fecha de parto, Rosa comprendió que no la liberarían y dependía de ella encontrar a su nieto. Emprendió la búsqueda de toda la familia en soledad, siguiendo todo rastro que fue encontrando, hasta que dio con un grupo de mujeres que se reunían con sus mismos objetivos. Así fue como se incorporó a las Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos, que luego tomaron el nombre de Abuelas de Plaza de Mayo.

Se desempeñó como tesorera de la Comisión Directiva entre 1981 y 1989, año en que pasó a ser la vicepresidenta de la institución.

Desde 1982, asistió anualmente a las reuniones de la Comisión de Derechos Humanos de la Asamblea General de las Naciones Unidas en Ginebra, hasta la disolución de dicha comisión. A partir de entonces, ha viajado por el mundo llevando su misión de la búsqueda de los niños secuestrados y de difusión de la tarea de Abuelas, manteniendo encuentros con personalidades de todas las áreas sociales que pudieran colaborar con sus objetivos.

Su imagen y su voz aparecen en enorme cantidad de publicaciones y documentales. Ha ofrecido charlas, conferencias y testimonios en infinidad de eventos nacionales e internacionales en diversos países del mundo entero. Del mismo modo, ha

trabajado el tema en establecimientos educativos de todos los niveles. Su memoria, su precisión y la claridad de su lenguaje en la explicación de los aportes de Abuelas respecto de temas jurídicos y científicos a nivel mundial (especialmente en el desarrollo de las técnicas de investigación del ADN y el Índice de Abuelidad), así como su capacidad didáctica, salpicada con acotaciones cálidas y humorísticas, le han valido infinidad de invitaciones de todos los rincones del planeta.

Es miembro de la Sociedad Internacional para la Prevención del Niño Maltratado y Abandonado y de la Asociación Latinoamericana contra el Maltrato a la Infancia. También ha obtenido premios y distinciones a título personal, por su trayectoria y actuación en favor de la paz, la justicia y la defensa de los Derechos Humanos, en especial, el Derecho a la Identidad.

Paralelamente a su actividad, se dedicó desde el principio a la relación con su nieta Mariana, que había quedado viviendo con sus abuelos paternos desde la desaparición de sus padres. Compartió con ella juegos, música, lecturas y viajes. Mariana es licenciada en Ciencias Políticas, dramaturga y se doctoró en Letras en Alemania.

EL SUEÑO HECHO REALIDAD

Rosa logró encontrar a su nieto en el año 2000 gracias a denuncias recibidas en Abuelas de Plaza de Mayo. Había sido criado por un agente civil de inteligencia de la Fuerza Aérea y por su esposa, quienes fueron enjuiciados por apropiación ilegítima y sustitución de identidad.

¿De dónde sacó fuerzas para seguir trabajando?

Pienso que mi actividad va un poco más allá del objetivo principal de Abuelas, que es el Derecho a la Identidad. Siento que

mi compromiso con la vida es para siempre, con todos los que padecen la falta de justicia y de libertad en el mundo entero. Para siempre. Hasta el último día de mi vida.

¿Qué opina sobre la idea de que en la sociedad debe darse una reconciliación?

Yo no tengo que reconciliarme con nadie porque yo no estoy peleando con nadie. Estamos pidiendo, rogando y exigiendo que nos devuelvan a nuestros nietos. Nada más. Nada más ni nada menos que eso. Hemos perdido algo tan caro a nuestro corazón que creo que no estamos en el camino equivocado si pretendemos que nos los devuelvan. Pero ellos, los que se los llevaron, nunca pidieron perdón. Entonces, ¿cómo nos vamos a reconciliar? Reclamamos verdad y justicia. ¿Memoria? Ya nos encargamos nosotras de que se conserve la memoria.

¿Qué se modificó en su tarea diaria a partir de haber encontrado a su nieto?

La lucha no cambia para nada. Yo vengo todos los días a la Casa de las Abuelas y si bien estoy muy contenta de haber encontrado a mi nieto, no estaba acá solamente para buscarlo a él, sino a todos los que faltan. Encontré al mío, me sentí privilegiada, pero también me sentí responsable y obligada a seguir buscando, sin olvidar a los padres de esos jóvenes por los cuales también estamos luchando hasta el día de hoy. Y cada nieto nuevo al que se le restituye su identidad significa una gran satisfacción, un convencimiento de que lo que hacemos es lo lógico, lo normal, lo que debíamos hacer, y que los logros que obtenemos son la más grande compensación a todo el trabajo. Cada vez que encontramos a un nieto, brindamos con champagne. Siempre nos preguntamos qué más podemos hacer. Y siempre encontramos un qué más.

PROGRAMA EDUCACIÓN Y MEMORIA

Mi infancia fue hace muchos años y la educación ha evolucionado desde entonces enormemente. Iba a la escuela y era una chica muy aplicada. Me gustaba cumplir y nunca iba a clase sin saber una lección. Todas las noches, a la luz de una lámpara a querosene, después de cenar y antes de dormir, mis padres nos contaban a mí y a mis hermanas la historia de por qué tuvieron que venir de Europa a la Argentina. Eso también quedó muy grabado en mí.

Así como ella escuchaba de la voz de sus padres esa historia familiar, se alegra de que hoy se haga lo mismo, pero a nivel educativo en las escuelas.

¿Quiénes son las Abuelas cuenta cuentos?

Son las que asisten a las escuelas primarias y a los jardines de infantes para dar charlas. Claro que no son las mismas explicaciones que le daríamos a un adulto. No se procede de forma brusca: los cuentos se van incrustando en el cuerpo, la mente y en el corazón de cada uno de los chiquitos de manera que no sea chocante ni los pueda alterar psicológicamente. Los chicos van tomando lo que se siembra durante la infancia. Se perdura. Y por eso siempre nos dirigimos a ellos con todo el cariño. Eso es muy importante. No vamos como grandes profesionales para sentirnos superiores a ellos, sino que una se pone a la altura del interlocutor y todo sale muy bien.

¿Cómo reaccionan los chicos y las chicas?

Ellos traen un cuestionario que es una maravilla. Algunos vienen preparados por sus familias y otros por sus maestros. Nosotros nos dirigimos a ellos con las mejores intenciones porque los Derechos Humanos no se refieren solamente a la desaparición de personas. También incluyen una buena educación.

LAS MADRES VAN A LA ESCUELA

Madres de Plaza de Mayo

Línea Fundadora

Las Madres hemos recorrido un largo camino que se inicia un 30 de abril de 1977, en plena dictadura militar, a instancias de Azucena Villaflor de De Vincenti, cuando catorce mujeres hacen pública la “desaparición forzada” de sus hijos a través del accionar genocida del terrorismo de Estado.

Sobre la base de los principios de la Doctrina de la Seguridad Nacional, a partir del golpe militar perpetrado en 1976 en nuestro país, la violencia del Estado avanzó contra la vida y la integridad de las personas. Ya en 1974 y 1975, el accionar terrorista de la Triple A (Alianza Anti comunista Argentina) durante el gobierno constitucional de Isabel Perón provocó que hubiera alrededor de 2000 detenidos y desaparecidos.

En un principio, nos preguntábamos “¿a vos te pasa lo mismo que a mí?”, no nos importaba, ni nos importa, la ideología, ni la religión, ni la condición social de cada una, marchábamos unidas en el desgarror por el dolor del hijo ausente, enloquecidas porque nos habían arrebatado lo más entrañable.

Con el tiempo, el dolor se transformó en lucha y la lucha en resistencia activa que, lejos de paralizarnos, nos movilizó y nos dio valor.

Comenzamos a construir nuestra identidad identificándonos por un pañuelo blanco, que luego llevó los nombres de

nuestros hijos a fin de rescatarlos del anonimato, mediante la toma de un lugar público, la Plaza de Mayo. Comenzamos a girar alrededor de la Pirámide y este accionar se continuó todos los jueves de 15:30 a 16 h., gestándose así la histórica ronda de las Madres. Este espacio, en el que actualmente se encuentran pintados los pañuelos blancos, ha sido declarado “Sitio histórico” por la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Allí surgieron las primeras consignas que se gritaban al finalizar cada ronda: “Con vida los llevaron, con vida los queremos”, “Aparición con vida”.

La unión de las Madres trascendió lo individual, adquiriendo valor como movimiento de conjunto que supo enfrentar al terrorismo de Estado.

Durante todos estos años sigue vigente el reclamo de Memoria, Verdad y Justicia, valores que se instalan en la sociedad como memoria colectiva. Esta Memoria es el resultado de una construcción conjunta que tiene como objetivo transformarnos en testigos de lo que pasó en nuestro país. A través de la palabra y nuevas narraciones, le damos a la Memoria el lugar que merece: la transmisión de la Verdad que permite una nueva revalorización de la historia a partir del horror vivido.

Nosotras, como organismo de Derechos Humanos, decimos No a la violencia, pero también, con la misma fuerza, No a la resignación. Nuestra acción fue, es y será una resistencia activa basada en el respeto a la dignidad humana por y para la vida. Es decir, enlazamos el permanente pedido de Verdad y Justicia con las reivindicaciones actuales de los Derechos Humanos, defendiendo los derechos económicos, sociales y culturales de las personas y de los pueblos. El tener memoria es luchar contra la impunidad, es rescatar de la fantasmal categoría de “desaparecidos” a los miles de seres humanos

que, por aspirar a una sociedad verdaderamente justa y ejerciendo una militancia política y social, fueron secuestrados, torturados y asesinados. Impulsamos la reconstrucción de la Verdad, unidas a la vida y la militancia de nuestros hijos, sus proyectos y su participación política, que respondían a las opciones que cada uno había elegido. Formaron parte de una generación comprometida con la historia de su tiempo y de su pueblo, caracterizada por la solidaridad, el compromiso y la entrega.

Todos y cada uno de los detenidos-desaparecidos viven en la memoria de compañeros y amigos que compartieron su compromiso. También están presentes en los ideales de aquellas personas que, aunque no los conocieron, hoy siguen luchando por la dignidad del ser humano y de nuestro país, la educación, la salud, la justa distribución del salario, en los sindicatos, en escuelas, en centros asistenciales y en tantos lugares más y, por sobre todo, están vivos en nuestro corazón y en el accionar cotidiano de nuestras familias y lo estarán por siempre mientras tengamos vida.

Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora en:
www.madresfundadoras.org.ar

MIRTA ACUÑA DE BARAVALLE

*Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora
Abuela de Plaza de Mayo*

Es madre de Ana María Baravalle, secuestrada el 27 de agosto de 1976 junto con su marido Julio César Galizzi. En ese entonces, Ana María, de veintiocho años, estudiaba Sociología y tenía un embarazo de cinco meses de gestación. A partir de ese momento, Mirta comenzó la búsqueda incansable de su hija y de su nieto, que se presume fue dado a luz en cautiverio.

Mirta es una de las fundadoras de la agrupación Madres de Plaza de Mayo y fue una de las catorce mujeres que por primera vez se juntó en esa plaza para reclamar por sus hijos un 30 de abril de 1977. A la vez, Mirta fue una de las doce madres-abuelas fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo, que con el lema 'Buscamos a nuestros nietos, sin olvidar a nuestros hijos' comenzó el largo camino por la recuperación de la identidad de los niños secuestrados o nacidos en cautiverio.

Hoy, luego de tantos años de lucha y reclamo, Mirta sigue siendo un símbolo en la defensa de los Derechos Humanos. Se la encuentra cada jueves en la ronda de las Madres en Plaza de Mayo.

Yo siempre digo que mientras tenga fuerza, mientras mentalmente más o menos pueda seguir hilvanando y mientras física-

mente el cuerpo me responda yo seguiré en esta lucha de reclamo de justicia social y por los Derechos Humanos en la actualidad.

Con esas palabras, Mirta resume su compromiso por la Memoria y el Presente.

De las rosas nacieron nuevas rosas y de estas seguirán naciendo rosas... Es el devenir eterno, la integración en el todo, lo absoluto de lo transitorio. Mientras tanto, vivo por la alegría, por la alegría lucho y por la alegría moriré. Eso es lo que quiero. Nunca sufras por mí. Piensa que nada ni nadie logrará derrumbarme. Es cierto, puedo ser junco al que quiebren los hombres. Pero estoy bebiendo, insaciable, para poder calmar, aunque sea un poco, esa sed tremenda de los que sufren.¹

LA HISTORIA DE MIRTA

Mirta Baravalle es una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo. El 27 de agosto de 1976, un grupo de militares irrumpió en su casa y secuestró a su hija Ana María embarazada de cinco meses. Aún continúa la búsqueda de ese nieto o nieta que, nacido en cautiverio, nunca fue restituido a su verdadera familia.

Mi nombre es Mirta Baravalle. Hemos adoptado el apellido de nuestros esposos para que nuestros hijos desaparecidos sean conocidos. Mi hija desapareció el 27 de agosto de 1976. Entraron a nuestra casa más de 30 individuos vestidos del ejército con pasamontañas en altas horas de la madrugada. Se colgaban saltando paredes vecinas. Todos con armas largas. Yo sentí ruidos. Salí a la galería porque estábamos en la cocina. Estábamos mi hija, mi yerno, mi hermano y yo, jugábamos al scrabble y el que perdía cebaba mate. Eso era lo que estábamos haciendo esa

¹ Texto escrito por Ana María Baravalle en una carta dirigida a su madre en 1972.

noche. En ese momento, registraron la casa, pero no se llevaron a nuestros chicos. Se habían llevado a un vecino buscando atemorizar a todos los vecinos. Y se llevaron alhajas, dinero y todo lo que podían. Pensamos que se habían ido y a los diez minutos sentimos los golpes en nuestra casa. En la entrada preguntaron por nuestra hija Ana. Y en ese momento Ana sintió que había una situación crítica. Me amenazaron. Yo les decía que Ana era mi hija. Y ahí ella avanzó y dijo: 'Yo soy Ana'. Ahí es cuando se llevaron a mi hija. Nosotros hicimos lo imposible para saber algo más de esa noche, pero nadie hablaba. Con el correr del tiempo pensamos que hicieron dos operativos casi simultáneamente.

La doctrina de la seguridad nacional hunde sus raíces en el período de la guerra fría y se utilizó para dar cuenta de los procesos de defensa militar y seguridad interna frente a las nuevas condiciones de avance del socialismo y la inestabilidad del capitalismo. Supuso una concepción militar del Estado y fundamentó su ocupación por parte de las fuerzas armadas. En América Latina, se construyó sobre la base de la existencia de un enemigo interno cuya intención era subvertir los modos de vida tradicionales, desde estrategias militares que no respondían ya a las guerras conocidas hasta ese momento. De esta manera, se difundió la idea de una 'guerra interna', donde el Estado debía dar batalla ya no contra otros Estados que amenazaban su soberanía, sino contra 'la subversión', infiltrada en la vida cotidiana e invisibilizada en la ciudadanía. Todos estábamos bajo sospecha. La teoría de la guerra interna también sostuvo la versión de igualdad de condiciones entre dos ejércitos que libraron enfrentamientos:

Los militares tiraban tiros desde casas vecinas y desde adentro. Parecía un juego de intercambio de tiros. Por eso los vecinos pensaban que había un enfrentamiento con terroristas. Mi yerno intentó esconderse en el patio y, de acuerdo a lo que

me contaban mis vecinos, los militares decían: ‘matalo’. Cuando terminó todo, encontré en el fondo de la casa las balas.

Así, comenzó su lucha, siendo una de las primeras en animarse a salir a la calle a decir lo que le pasaba y cuál era su búsqueda.

SU HIJA ANA MARÍA

Ana María nació el 20 de marzo de 1948 en la Ciudad de Buenos Aires y ya de joven era, como la define su mamá, “una militante de la vida”.

Ana tenía veintiocho años y Julio, veinticinco. Yo sabía de la militancia social de mi hija. Ella se recibía ese año de socióloga y trabajaba en el Ministerio de Hacienda. No podían estar ajenos a lo que pasaba en el país. Mi hija era una militante de la vida. Se ponía el despertador a la madrugada para ir a la villa. ‘Si no llegamos a que el pueblo sepa sus derechos, que no tienen que estar sometidos y que sean ellos mismos los hacedores de este país, no va a quedar nada. Si esto no se cambia, en 25 años no va a quedar nada de los argentinos’, me decía.

Solía levantarse muy temprano a llevarle comida a la gente que estaba en la calle y decía que no quería que el pueblo se sometiera si no que se integrara.

Ana María estaba comprometida con su militancia y su situación de estudiante. Peleaban por revertir lo que consideraban injusto y fomentar una sociedad más equitativa.

En el segundo bimestre salió y dijo: ‘yo ahí no sigo estudiando más’ porque no estaba de acuerdo con la enseñanza que le estaban dando. Y yo sabía que el objetivo de ella en la vida era estudiar. Eran conscientes de qué querían y lo que estaba mal, y por eso los llamaban rebeldes. Yo creo que si uno no tiene estudios lo manejan como quieren y ella, al estudiar y querer

transmitir a los demás lo que aprendía, no era así. Ahora, quizás, entiendo por qué los venían a buscar. Ellos sabían y no se dejaban doblegar. Tenían ideales.

Ellos querían defender los derechos y eso lo sabían esos gobiernos. Ese era el peligro. El peligro de saber. Por eso esa generación no está. Eran jóvenes valiosísimos. Esto no se dio solamente en Argentina, eso se dio a nivel Latinoamericano. Porque estaba el Plan Cóndor, en todos los países era igual. Ahí había un imperio que se agazapaba para poder mover todas las riquezas de los países de la tierra. No tuvieron en ningún momento ningún tipo de rechazo a ese 'querer apoderarse'.

Fue su compromiso y su preocupación por los otros lo que los condujo a su irracional desaparición. Ellos consideraban la posibilidad de ser juzgados, pero les era imposible advertir el horror al que se enfrentarían.

Pienso que cuando ellos se dieron en cuerpo y alma a buscar ese cambio pensaban que, si de alguna manera eran un estorbo para los que manejaban el poder, a lo sumo irían presos, tendrían un juicio, sabiendo, además, que en un tiempo serían padres.

LA BÚSQUEDA DE ANA MARÍA

Inmediatamente después del secuestro de Ana María, Mirta salió a buscarla recorriendo todos los espacios que estaban a su alcance. Pero esta búsqueda, que inicia en forma solitaria, al poco tiempo adquiriría características históricas.

¿Cómo inició su búsqueda?

Al día siguiente, salimos a la calle. Fui a la Iglesia de Lourdes en Santos Lugares para ver la posibilidad de tener alguna información de los chicos. Creo que todo familiar a quien le fue arrancado

ese ser querido de su lado inmediatamente salía a la calle a buscarlo. Inmediatamente porque quería saber por qué se lo habían llevado. Desde ese momento empezó esa búsqueda. ¿Y dónde? ¿Y por qué? Preguntaba en cada uno de los lugares a los que iba.

Primero comencé la búsqueda en soledad. Recorrí las cárceles, las comisarías, las Fuerzas Armadas, los Ministerios. Pero nadie sabía ni decía nada, nadie respondía a mis preguntas. Más tarde me di cuenta de que había otras madres. Todas estábamos en la misma situación. Fuimos caminando y fuimos, sin pensarlo, sin conocernos, a distintos lugares buscando lo mismo. Especialmente, al Ministerio del Interior que funcionaba en la Casa Rosada. A partir de ahí, nos dimos cuenta de que todos nos daban la misma respuesta irónica. Fue cuando surgió la idea de petitionar en un grupo. Nosotras éramos los familiares, no decíamos ‘las madres’. Desde ese momento, teníamos personas cercanas desaparecidas, algunos a su esposo, a un hermano.

En un momento iba a Villa Devoto –cárcel de Devoto– todos los días. Veía a muchas personas delante de mí, la mayoría eran familiares de presos políticos, pero había otros que también buscaban a sus hijos secuestrados que no sabían dónde estaban. Ahí me fui informando hacia dónde podía dirigir mis pasos para saber sobre ellos. Hice hábeas corpus, causa 616 –los hacía a mano–. Una vez en 1978 logré que me sellaran uno por el bebé y en 1981 hicimos la presentación en Casa de Gobierno.

¿Cómo comenzaron a juntarse las Madres de Plaza de Mayo?

Todas hacíamos los mismos recorridos, buscábamos respuesta en los mismos lugares. En un momento, llegamos a ser cinco o seis esperando alrededor de la Plaza, sentadas en algún banco o caminando como al descuido. De esta forma comenzamos a vincularnos.

Lo primero que hicimos fue ir a ver al vicariato castrense. Un día, Azucena Villaflor dijo que teníamos que ir todas juntas a Plaza de Mayo y decidimos hacerlo el 30 de abril (1977). Esa primera vez fuimos 14 mujeres. No nos habíamos dado cuenta de que era sábado porque no teníamos idea de qué día era y decíamos: 'Pero no hay nadie'. La primera madre en llegar ese día fue Pepa Noia. Pero un sábado no era un buen día para reunirse, no había gente en la plaza y apenas nos vieron los militares, nos sacaron. Entonces, decidimos reunirnos el viernes siguiente en horario bancario. A los militares les iba a costar visualizarnos entre tanta gente. Así lo hicimos varios viernes y éramos cada vez más. Más adelante, una madre, Emma Panells, propuso reunirnos el jueves porque decía que el viernes era día de brujas.

Y con el paso del tiempo la columna de Madres fue aumentando y aumentando. Por un lado, porque iban desapareciendo los jóvenes y, por otro lado, porque los familiares se iban enterando de a poco. Se acercaban con mucho temor. Fue muy difícil, pero seguimos adelante. Así que ese fue el comienzo.

Mirta también fue una de las doce madres-abuelas fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo. En un principio, se agruparon con el nombre de 'Abuelas Argentinas con Nietitos desaparecidos' y en 1980 comenzaron a utilizar su denominación actual: 'Abuelas de Plaza de Mayo'. "Buscar a sus nietos sin olvidar a sus hijos" fue la consigna que las agrupó.

Y las Abuelas, ¿cómo comenzaron a juntarse?

Cierto día fuimos a la casa de una abuela con Mary Ponce de Bianco, la madre que después fue secuestrada por Astiz. A esa abuela le habían llevado el hijo con su bebé y nosotras fuimos para ayudarla a hacer un hábeas corpus por su nietita, Clara Soledad. Recuerdo que lo redactamos sobre la cama, arrodilladas en el piso de su dormitorio. Ese hábeas corpus fue publicado

en La Opinión, de Timerman, y resultó un escándalo porque se trataba de una bebé. Al poco tiempo, una monja dijo que en la Casa Cuna había una bebé con las características de Clara Soledad.

¡Y efectivamente era ella! Ahora la abuela tenía que obtener la tenencia. Fue difícil porque cuando se llevaron a la bebé tenía once meses y para entonces tenía más de un año. En esa época no existían las pruebas de ADN y el Juez Sarmiento, a cargo del juzgado de menores, negaba la tenencia hasta que se demostrara el vínculo. Aparentemente no había forma de lograrlo. Entonces, la abuela recordó que Clara Soledad tenía un lunar en la plantita del pie, y efectivamente era así, el Juez lo corroboró. Clara Soledad fue la primera bebé que recuperamos. Recuerdo que se hizo una misa de agradecimiento en la Santa Cruz, en abril del 77. La iglesia estaba llena, pero esa fecha fue fatal...

¿Por qué?

Porque a esa misa asistió Astiz, fue la primera vez que lo vi. Luego lo volví a encontrar en la primera reunión de familiares y madres que hicimos en la iglesia de la Santa Cruz. ¡Es como si todavía lo estuviera viendo! Me generó mucho rechazo, nunca me convenció su historia, no me gustaban sus planteos. Por ejemplo: nos decía que teníamos que tener un mayor conocimiento acerca de las actividades que realizaban nuestros hijos. Se lo dije a mi amiga Mary Ponce de Bianco, pero ella no pensaba lo mismo. Yo no fui más a esas reuniones porque presentía que iba a suceder algo terrible. El 8 de diciembre de 1977, Mary me invitó a la Santa Cruz para firmar una solicitada, yo ya la había firmado en la Iglesia Bettania, así es que fui a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos para ver si obtenía alguna información. ¡Esa noche se llevaron a Mary y a todos los demás en la puerta de Santa Cruz! Astiz los había

entregado. El 10 de diciembre, el diario La Prensa publicó la solicitada de las madres. Ese mismo día secuestran a Azucena en la puerta de su casa, Astiz la había señalado cuando la besó en la puerta de la Santa Cruz.

¿Qué pasó luego con las Madres secuestradas?

Finalmente supimos lo que pasó. A principios de 1978, aparecieron unos cuerpos en una playa de la costa atlántica. Entonces se hablaba de que podían ser las madres que habían sido secuestradas. Nunca se habló nada más, nadie supo lo que pasó, hubo un silencio total, imposible de poder llegar a nada y así fue pasando el tiempo.

El 15 de julio de 2005 se supo la verdad. Sus cuerpos fueron ubicados en el cementerio de Lavalle. Se decía que allí habían sido llevados los cuerpos de varias de las personas secuestradas. La investigación comprobó que eran los cuerpos de las madres, que luego del secuestro habían sido llevadas a la Escuela Mecánica de la Armada. Después se fue sabiendo que habían sido torturadas, que las llevaron y las tiraron al río.

Lo más significativo, y que a nosotras nos conmovió profundamente, fue que los tres cuerpos arrojados al mar aparecieron juntos; el mar los devolvió a la costa, a la playa, junto con una monja, la hermana Léonie Duquet, que había desaparecido en esa fecha. Y una piensa, cómo en la inmensidad del mar, cuerpos caídos desde el aire llegan a la playa, sabiendo que fueron tiradas más personas ahí. Sin embargo, las tres madres y la hermana se juntan en esa playa. Hay cosas tan significativas, porque si los militares y los jueces negaban ser cómplices, estas madres vinieron a decir, a ser ellas directamente testigos de la tragedia, sus cuerpos están ahí. Con su encuentro se confirma toda la infamia, toda la criminalidad, que tanto ha costado reconocer, que esto pasó en este país, nuestro país. Hemos tenido

personajes tan siniestros que llevaron a un pueblo al dolor y no solamente de una generación, de la desaparición, de no saber de ellos, de saber que fueron torturados y victimizados de una manera tan atroz.

¿Cómo hacían las Abuelas para buscar a sus nietos?

Como Abuelas nos encontrábamos en el Café Tortoni. Íbamos a festejar cumpleaños imaginarios. En ese momento se encargaba de convocar Chicha Mariani, que por entonces era la presidenta. Con Vilma González y Julia Rebollo nos encontrábamos en distintas casas, en lugares lejanos. Los reclamamos que hicimos a nivel internacional nunca obtuvieron respuesta.

Desde Abuelas hicimos muchas actividades en conjunto. Sabíamos de muchas personas detenidas desaparecidas que no eran denunciadas y nosotras salíamos a buscarlas. Esas familias no sabían que existía Abuelas. No solo nacieron bebés en cautiverio, también secuestraron a niños con sus padres. Hacíamos todo para recabar la mayor cantidad de información posible. Como sucedió con María Eva Duharte: una sobreviviente nos contó que ella había dado a luz estando secuestrada. Vivía en Grand Bourg y fui hasta allá a ver a su familia. Su mamá me dijo que era imposible, que María Eva no estaba embarazada, pero una chiquita que estaba presente también en esa cocina, dijo: ‘Sí, mamá estaba embarazada. Yo lo sabía’.

Y muchos casos fueron así. Sabemos que hay cientos de nietos a recuperar todavía.

Las madres que estaban por dar a luz sabían que los represores se quedaban con sus hijos, por eso retardaban lo más que podían su fecha de parto. No se entiende esa maldad, esa perversidad tan tremenda, sin límites. Yo pienso que la generación de nuestros hijos subestimó la criminalidad del enemigo.

Las Abuelas nos juntamos en principio, quizás, por el egoísmo de encontrar al propio nieto. Pero después sentimos que cada nieto era nuestro. Nos llamábamos Abuelas Argentinas y al comienzo éramos trece: Clara Jurado, Haydeé Falino de Lemos, Señora de Caimi, Julia Rebollo de Grandi, Irma Cisariego de González, Beatriz de Neuhaus, Chicha Mariani, María Eugenia Goyena, Alicia de la Cuadra, Elia Califano, Vilma González.

Como Abuela participé de la recuperación de muchos de los niños. Paula Logares fue la primera nieta recuperada por medio de los análisis. Tenía 22 meses cuando la secuestraron y ella, tan chiquita, se señalaba y decía 'yo, Paula'. Defendió su nombre con 22 meses. La encontramos cuando tenía ocho años y le decían que tenía seis. Otro de los primeros casos fue el del sobrino de la actriz Menchu Quesada. El nene la reconoció en la televisión, cuando la vio dijo 'tía'. Y también el de los hermanitos Anatole, que dejaron en Valparaíso.

Con la Abuela Hilda Toranzo hicimos en 1982 una gira de dos meses por distintos países: Austria, Alemania, Francia, Suiza y España. Siempre estaba lleno cada lugar donde íbamos. Desde Canadá, recibíamos miles de cartas por día. Para nosotras era como renovar las energías porque teníamos que corresponder todo ese apoyo. Llegaban más de cien cartas por día a mi nombre, las leía una por una a la noche en mi casa, cuando llegaba de andar todo el día. Tengo unas seis mil o siete mil cartas.

¿Alguna vez sintió miedo?

Una vez que se llevaron a mi hija embarazada, ¡lo peor ya me había pasado! Después de eso, no sentí miedo. Sentí muchas cosas, dolor, impotencia, bronca. Pero miedo no sentí.

Mirta sigue buscando a su nieto o nieta, con la incertidumbre doble de una Madre y una Abuela que no bajó los brazos con el correr de los años.

¿Qué pudo saber de su hija y su bebé?

El día que secuestran a Ana María había ido al médico para saber cómo estaba su embarazo. El médico le había dado una fecha para antes del 15 de enero y la había felicitado por su embarazo perfecto. Es así que uno después hace conclusiones de esas cosas, consideraba que el bebé, estando en perfectas condiciones, estaría vivo. Al principio, me decían que entregaban al bebé cuando pasaban seis meses. Estuve esperando durante varios meses.

Por intermedio de un conocido, supe que el 12 de enero de 1977 Ana María había dado a luz. Ese día, eran más de las once de la noche, golpean a mi puerta con mucha urgencia. Salgo corriendo con el corazón en la mano y veo a un amigo que me dice ‘los tres están bien’. Él tenía que llegar a su casa antes de las 12, estaba corriendo y vivía a veinte cuadras de casa. Al otro día, esa persona fue secuestrada. Nunca llegué a saber si es nieto o nieta, hasta ahora no hemos encontrado a Camila o Ernesto—porque si era mujer se llamaría Camila y si era varón, Ernesto—. Tampoco pude saber en qué lugar estuvieron detenidos ni qué fue de ellos.

EL LEGADO DE MIRTA

En distintas entrevistas, Mirta reconoce la importancia de asumir la responsabilidad ciudadana, la necesidad de comprometerse con los demás y con uno mismo.

Creíamos que solamente la responsabilidad de hacer las cosas era de los gobernantes y de los que estaban insertos en el gobierno. Y que nosotras éramos ciudadanas que aceptábamos o no las pautas de los políticos, pero nada más que eso, ciudadanos que teníamos que cumplir con el voto. Y nuestros hijos nos enseñaron a ver la vida. Nos enseñaron con su vida.

En cada una de sus visitas a las escuelas, Mirta deposita su esperanza en sus interlocutores: los chicos y chicas que escuchan con respeto la historia que ella tiene para contar.

Nosotros tenemos esto: la esperanza en ustedes. En esa generación que está latente. Es como un reemplazo de esa generación que, por querer cambiar el mundo, no está hoy. Pero están presentes hoy y siempre.

Mirta supo dar cuenta de la ruptura en su núcleo familiar y cómo, pese a la pérdida de su hija, supieron salir adelante con la fuerza suficiente para seguir luchando por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Mis otros hijos quedaron marcados por la pérdida de su hermana. Esas vidas no son las mismas que eran antes porque también perdieron su vida, lo que eran en su momento, porque cambió todo, todo. Entonces desintegraron las familias. Y los nietos siguen todavía también sufriendo esa consecuencia. Eso es lo que nosotras queremos que nunca jamás vuelva a pasar algo parecido. Eso es por lo que luchamos.

SU COMPROMISO

Uno tiene un compromiso y no es un compromiso formal, sino un compromiso de alma, un compromiso de corazón, un compromiso de amor. Yo siempre digo, mientras tenga fuerza, mientras mentalmente más o menos pueda seguir hilvanando y mientras físicamente el cuerpo me responda, yo seguiré en esta lucha de reclamo de justicia. Pero no solo justicia directamente por los desaparecidos, sino que seguiré reclamando por la justicia social, la justicia actual. No es que dejemos de lado lo que pasó sino que también luchamos por los Derechos Humanos actuales, por lo que nuestros hijos dieron su vida, por lo que toda esa gente sufrió, por querer cambiar a la sociedad, por querer

una igualdad para todos. Entonces, yo tengo ese compromiso, y mientras lo pueda hacer, lo voy a hacer, y lo hago de corazón. Porque mis hijos, nuestros chicos de esa época, harían lo mismo, como quienes ahora también están comprometidos con un cambio, están comprometidos con la gente porque ven su sufrimiento, lo sienten. Nuestros hijos estarían acompañándolos también, junto a esos jóvenes, y acompañando a esa gente que pide de alguna manera que los acompañe. Entonces ya es una lucha indefinida y espero que me queden muchos años más todavía para continuarla.

PALABRAS FINALES

La importancia de seguir...

Yo siempre digo que quiero ser digna madre de mi hija porque yo sé cómo era ella desde siempre. Y no quiero estar delante de mi hija, sino a su lado. Porque donde yo estoy, mi hija está también, porque yo sé que es ahí donde ella querría estar.

Van a hacer 41 años y estoy como el primer día. Cambiaron nuestros núcleos familiares. Cada niño recuperado es una historia, sus padres proyectaron una vida para esos niños. Es necesario recuperar a todos, tienen derecho a saber su historia y sus familias tienen derecho a saber dónde están.

CARMEN AGUIAR DE LAPACÓ

*Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora
Fue Integrante de la Comisión Directiva del CELS e integrante de la Comisión Directiva de Memoria Abierta*

Carmen Aguiar de Lapacó fue la madre de Alejandra Mónica Lapacó, su única hija, detenida desaparecida el 16 de marzo de 1977.

Alejandra nació en la provincia de San Juan el 15 de noviembre de 1957. A los diecinueve años, era profesora de francés y estudiante universitaria de la carrera de antropología. El 16 de marzo de 1977, Carmen Lapacó fue secuestrada junto con su hija, Marcelo Butti –novio de Alejandra– y Alejandro –su sobrino–. Luego de permanecer en el Centro Clandestino de Detención conocido como Club Atlético, Carmen y su sobrino fueron liberados el 19 de marzo de 1977. Alejandra y Marcelo continúan desaparecidos. Carmen tenía 52 años cuando fue secuestrada, era profesora en el secundario y había enviudado hacía cuatro años.

A partir de ese momento, Carmen comenzó la búsqueda incansable de su única hija, transformándose en una referente de la lucha por los Derechos Humanos hasta la actualidad. Fue miembro de la agrupación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora, el Centro de Estudios Legales y

Sociales (CELS), la Comisión Directiva de Memoria Abierta y la Comisión pro Monumento (Parque de la Memoria).

A pesar de las situaciones dolorosas que tuvo que atravesar en todos estos años, recorrió las escuelas transmitiendo su mensaje de esperanza: “Seamos optimistas, hemos durado tantos años porque siempre pensamos que va a haber algo mejor”.

Necesito horas, muchas horas para agradecer a mamá el cariño que tuvo conmigo y ella solo pide un beso y una flor. Esa eres tú mamá.

Tu hija querida, Alejandra (Escrito por Alejandra Lapacó, en segundo grado).

Carmen falleció el 13 de diciembre de 2017, a los 93 años, y para honrar su memoria compartimos un reportaje que le realizó el Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires en 2012.

LA HISTORIA DE CARMEN

Carmen Lapacó fue una activa militante por los Derechos Humanos y Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora. En 1977, la armonía de su hogar se vio interrumpida por la violencia del Terrorismo de Estado. En ese momento, vivía con su madre y su hija Alejandra, había enviudado pocos años atrás y era profesora en un colegio secundario.

Yo soy Carmen Lapacó, mamá de Alejandra Mónica Lapacó Aguiar. Llevo el apellido de mi hija porque cada una de nosotras hemos dejado de lado nuestro apellido para llevar el de nuestros hijos/as y sentirlos siempre cerca. Alejandra tenía diecinueve años cuando la secuestraron y de eso ya pasaron 33 años. Noso-

tras con nuestra edad estamos todavía en la plaza, esto quiere decir que a pesar de todo hemos continuado.

A pocos días de cumplirse el primer año del gobierno de facto, un operativo militar realizado en la casa de Carmen la secuestró junto a su hija Alejandra, su sobrino Alejandro y Marcelo, novio de Alejandra.

Era el miércoles 16 de marzo de 1977, Alejandra tenía que rendir una materia el viernes e iba a ir a estudiar a la casa de una compañera, pero como pasaron el examen para el lunes, no fue. Me dijo que iba a repasar el sábado y domingo. Si ella no hubiera estado en casa, tampoco habría estado su novio Marcelo. Y fue esa noche. Estábamos Alejandra, Marcelo, mi madre, mi sobrino Alejandro –que había venido de San Juan a rendir unas materias para recibirse de abogado– y yo. En casa vivíamos tres mujeres solas, Alejandra, mamá y yo, entonces cuando había gente joven en la mesa era pura risa, se hacían bromas entre ellos y uno las seguía. En eso, tocan el timbre, muy despacito, y digo yo ‘me parece que han tocado el timbre’. Me levanto, miro por la mirilla, y digo ‘no es acá’, y ahí me gritan ‘¡Fuerzas Conjuntas en Acción, abran la puerta y si no la rompemos!’ Inmediatamente los chicos me gritaron que abriera y entraron unos hombres fuertemente armados. A mí no se me olvida la imagen de esos tipos entrando: mi mamá abrazando a mi hija y los dos chicos ahí parados, tiesos. Entraron, revisaron toda la casa. Robaron, rompieron, se llevaron fotos y todos los materiales de mi hija del secundario y la universidad. Teníamos una biblioteca que llegaba hasta el techo y tiraron los libros. Se llevaron el libro Antropología del sumergido que había comprado Alejandra. No dejaron nada. Después de unas cuantas horas en casa, se llevaron unas joyas de mi mamá, una gargantilla y una pulsera de oro, mis ahorros en dólares, se llevaron ropa

y dos valijas llenas. Y se llevaron lo principal que había en mi vida: mi hija. Tenía diecinueve años cuando la secuestraron.

Nos llevaron a nosotros cuatro y la dejaron a mi mamá. Nos sacaron al pasillo y nos pusieron contra la pared. A Marcelo le pusieron una capucha naranja y a nosotros pañuelos, a mí me tocó uno de gasa, y como la gasa es transparente podía ver todo lo que pasaba. Iban preguntando nuestros nombres y los leían en una lista. Cuando llegan a mí, siento la voz y muevo la cabeza, entonces uno de ellos me agarró de los pelos y me empezó a pegar contra la pared. Después reconocí que eran el 'Turco Julián' y 'Colores'. Nos dejaron a mamá y a mí afuera en el pasillo e hicieron entrar a los chicos. Yo no escuchaba lo que preguntaban, pero sí la voz de Marcelo al contestar, porque él hablaba en voz alta para que yo escuchara. En un momento dado dice: '¡No! la señora (por mí) no sabe nada y ni le interesa la política'. Después empezó a hablar de Alejandra y dijo: 'Esta miedosa no va a participar en la política, de ninguna manera', y de mi sobrino decía: 'Este es un maricón provinciano', como echándose la culpa de que solo él sabía de política, pero a pesar de eso, nos llevaron a los cuatro. En mi caso, supongo que me llevaron porque vieron una carta a medio escribir que le estaba haciendo a una compañera de la facultad de Alejandra, le habían matado al marido y ahora estaba en Brasil.

Carmen vivió el horror desde adentro del Centro Clandestino de Detención, conocido como 'El Club Atlético'. Allí sufrió la violencia de los represores durante tres días.

Yo estaba vendada con el pañuelo transparente y podía ver, aunque simulaba no ver. Nos sacaron de casa y había dos autos parados en la vereda. Me subieron con mi sobrino a uno de los autos y al otro los subieron a Alejandra y Marcelo. Íbamos por la 9 de Julio hacia el sur, luego doblamos en una calle que después supe que era la avenida San Juan, y nos llevaron a un lugar que

en la jerga de ellos llamaban 'El Club Atlético'. Entramos ahí y nos hicieron colocar contra la pared. Había unas ventanitas al ras de la vereda. Había un escritorio y una persona que nos daba una letra y un número. Nos hicieron sacar los anillos y a mi sobrino le sacaron un Rolex. Llenaron unas fichas que eran medio verdes, nos pidieron los datos y dijeron: 'Ya dejan de llamarse como antes'. Yo era F52, Marcelo F50, Alejandra F51 y mi sobrino F53.

Al traspasar una puerta, había que bajar unos escalones. Llegamos a unos cubículos pequeños, nos pusieron cadenas en los pies y nos hicieron sentar. En ese momento yo medía 1,63 metros así que se me salían bastante los pies. Me tiré de panza al piso y miraba para un lado y para el otro. Sentía pasos y los vi a Marcelo y a Alejandro, pero a Alejandra no la podía ubicar.

El último encuentro entre Carmen y su hija Alejandra se dio precisamente ahí, en este infierno del que muy pocos pudieron salir.

En un momento dado, miro y veo que estaba Alejandra cerca mío, entonces paso la mano y la toco, ella pega un grito y entonces le digo quién soy. Nos abrazamos, nos besamos y me dijo: 'Mamita: no resisto más la tortura, me estoy muriendo'. Fue el último abrazo y beso de mi hija. Vinieron y se la llevaron.

Después me llevaron dos veces a declarar. A Alejandro lo vi golpeado y a Marcelo lo vi muy mal, tiene que haber estado muy torturado porque estaba muy caído. Cuando me llevaron a declarar me preguntaron de qué hablábamos en la sala de profesores, si se hablaba de política. Les dije que no, que hablábamos de recetas de cocina, de la materia, de cualquier cosa, pero de política no. También me preguntaron si con las alumnas hablaba de política y les dije: '¿Cómo voy a hablar de política con las alumnas? Yo soy una profesora que se respeta'. Yo hablaba de esas tonterías porque pensaba que de esa forma podía salvar a mi hija, no sé.

Recuerdo que me preguntaron por qué estaban las fotos de Evita y Perón en la casa y les dije: 'Porque somos peronistas'. Luego dijeron alguna cosa que no me gustó y entonces dije: 'Perón no ganó solo por mi voto y acá cuántos de ustedes lo habrán votado', entonces el que estaba frente a mí –que era el que me interrogaba– me pegó una cachetada, después le vi la cara y supe que era el turco Julián. Es triste recordar esas cosas...

En un momento me vinieron a decir que me iban a dejar en libertad. Me llevaron para sacarme las cadenas de los pies y entonces me pidieron que diga el número del candado de las cadenas. Yo dije que no me habían dado ningún número, creo que no me lo dieron, y agarraron con la cadena y me pegaron atrás, por eso he quedado siempre muy débil.

Unas horas más tarde me sacaron junto a mi sobrino. Nos llevaron a una furgoneta que repartía alimentos. Yo no quería subir porque quería que viniera mi hija. Me dijeron que suba y que en el otro coche iba mi hija. Nos llevaron a un lugar y nos ordenaron que bajemos y vayamos retrocediendo. Con Alejandro nos agarramos de las manos, él me dijo: 'Aquí nos matan', yo le dije que sí, que nos iban a matar. Me destapé los ojos porque quería verles las caras, pero ya se habían ido.

SU HIJA ALEJANDRA

Alejandra fue la única hija de Carmen. Nació el 15 de noviembre de 1957 en la provincia de San Juan y ya desde pequeña comenzó a destacarse entre sus compañeros:

Alejandra fue una niña que siempre estuvo un poco más adelantada para su edad. Recuerdo, un día, que la maestra de jardín me llamó y me dijo de pasarla a primer grado porque se aburría con los chiquitos de su edad. Yo entonces la llevé a hacer dos test para ver si estaba en la edad para poder entrar a

primer grado. Efectivamente, sí, era un año y ocho meses mayor a su edad cronológica. Entonces, con mi marido resolvimos que ingrese al Lenguas Vivas. Ahí cursó toda su primaria y secundaria, y paralelamente estudiaba francés y se recibió de maestra elemental de ese idioma. Era bastante inteligente, estando en segundo grado hacía versos. Cuando terminó la secundaria, ella tenía dieciséis años y, faltando quince días para terminar las clases, cumplió diecisiete.

Luego, se decidió a estudiar antropología y quería hacer bellas artes al mismo tiempo. Recuerdo a una amiga que le decía que si no se casaba con un muchacho rico, con las dos profesiones que ella quería seguir, se moriría de hambre. Pero eso es lo que ella quería, y yo no iba a torcer su rumbo.

También le gustaba mucho la música. Cuando era chiquita la mandamos al colegio de música y aprendió a tocar la flauta dulce y la guitarra. Cuando vinieron estos monstruos a casa, le rompieron la guitarra contra uno de los sillones. A ella le gustaba mucho la música: los Beatles, Serrat, Les Luthiers. Una vez, la mamá de una de las amigas le pidió que vaya a la escuela a cantar y ella fue. Nosotros fuimos a buscarla y luego fuimos a un bar y ella iba con la guitarra, entonces una señora le preguntó si sabía alguna canción en árabe y mi marido le dijo: 'No, en idish', le gustaba hacer esa clase de bromas. Recuerdo que mi marido decía: 'En esta casa no hay plata, pero hay risas', y eso era importante. Esas risas se cortaron de golpe, pero yo creo que uno tiene que seguir sonriendo y buscando las cosas buenas de la vida, pero sin olvidar lo malo.

Desde chica, ella tenía una cierta sensibilidad que a lo mejor no todos los chicos de su edad tenían. Siempre en casa se hablaba de política, ella se crio en un ambiente en el cual la política no era prohibida. Recuerdo que una vez los Reyes Magos le habían traído unos juguetitos, y me dijo: 'Mamá, los Reyes

Magos son malos, porque les traen a los chicos que tienen plata y a los pobres no les traen nada'.

Otra vez, Alejandra tenía doce años y pasaba a primer año. Llego, estaba llorando y le pregunto: '¿qué pasa que estás llorando?'. Y me cuenta que la muchachita que teníamos de empleada le había contado que ella recién a los doce años entró a primer grado y que los chicos se burlaban porque era grande y ella, Alejandra, con doce entraba a primer año. Entonces lloraba por eso.

Ya tenía esa sensibilidad por la injusticia y por lo que les pasaba a los demás, tal vez nos escuchaba conversar con mi marido o tal vez la sensibilidad de ella era así. Además, tenía una fuerte personalidad, pero no de capricho, sino de aclarar las cosas.

¿Cómo era la relación de Alejandra con la mamá y el papá?

Su relación conmigo era muy buena. Yo trabajaba mañana y tarde y cuando venía del colegio conversaba con ella de una cosa, de otra. Entonces mi marido decía '¿por qué tienen ustedes que conversar tanto?' Entonces yo le respondía 'es importante escuchar'. Yo sabía escucharla, él no, pero adoraba a su hija. Yo tuve problemas de maternidad, tuve dos pérdidas antes de ella y dos pérdidas después. Ella nació porque estuve siete meses en la cama. Nació antes de tiempo, y me la quitaron antes de tiempo.

Como era hija única tal vez fuimos más severos. No queríamos que se criara como hija única, caprichosa. Pero a veces me arrepiento y digo '¿Por qué no la dejé que fuera caprichosa, cuando no le gustaba una comida, o esas cosas?'. Así que a lo mejor fuimos severos, pero en esas pequeñas cosas, uno ahora dice 'si hubiera sido...'. No quisimos nunca que fuera caprichosa y que se hiciera su voluntad, en vez de lo que correspondía.

La relación con el padre, el padre estaba bobo por su hija, más aún porque era inteligente y por sus ideas, eso lo ponía más tonto... Eso sí, ella podía manejar más al padre que a mí.

¿Cómo era la relación de Alejandra con la política?

Nosotros venimos, por parte mía, de una familia de políticos. Mis abuelos, mis padres, mis tíos, todos fueron políticos. Mi padre fue diputado, mi tío senador, digamos que siempre en casa se hablaba de política. Y mi marido era periodista en sección política, ella se crio en un ambiente en el cual la política no era prohibida y en el cual pensábamos que la política era la forma de pensar y expresar uno sus deseos. Nunca pensábamos que iba a llegar donde llegó...

En la facultad de Filosofía y Letras, donde estudiaba antropología, empezó a militar en la Juventud Universitaria Peronista. Además trabajaba en una editorial. También fue preceptora en el colegio donde yo trabajaba durante un año, pero a Alejandra no le gustaba ser preceptora porque decía que eran represores.

Para ese entonces ya había muerto mi marido, de manera que no recibía pensión y tenía que mantener la casa con mi sueldo de profesora, que no era mucho que digamos. Vivíamos en Marcelo T. de Alvear al 900 y Marcelo, el novio de Alejandra, vivía en una pensión a tres cuadras de casa y a veces venía a cenar. Él estudiaba historia en la misma universidad y trabajaba en un banco.

LA BÚSQUEDA: DE LA DICTADURA A LA DEMOCRACIA

Cuando empezaron a desaparecer compañeros, yo les dije: ‘Chicos: yo veo que las cosas se están poniendo muy feas, ¿por qué no dan unos pasos atrás y después siguen militando?’ Y ellos, muy confiados, me decían: ‘Nosotros no hacemos nada malo, solo política’. Pero en ese momento la palabra política era mala palabra para los militares.

Carmen fue liberada junto con su sobrino tres días después de la fatídica noche en la que fue secuestrada. A partir de ese momento, comenzó la larga búsqueda de su hija.

Yo nunca me quise hacer la valiente, nacía de mí, como cuando empecé a ir a la Plaza. Yo tenía miedo, pero lo que me guiaba era el amor a mi hija.

A mi hermano, el papá de mi sobrino, le habían dicho que hablara con un abogado muy importante, pero pedía mucho dinero... Mi hermano le explica que nosotros no somos una familia de dinero, entonces el abogado le dijo que debía ir a Tribunales porque ahí nos iban a enseñar a hacer un hábeas corpus. Yo no sabía que el habeas corpus podía hacerse un día sábado o domingo, así que fui el lunes.

Ahí en Tribunales, una chica que me estaba tomando la declaración me aconsejó que no dijera que había estado desaparecida porque así podía ser que ellos me contesten y dejen a Alejandra en libertad. Yo creo que lo dijo honestamente, como queriéndome ayudar.

Presenté muchos hábeas corpus y siempre contestaban negativo, con la excepción del juez Sarmiento, que lo siguió un poco más y llamó al portero del edificio a declarar, que era el que había abierto la puerta. Volvió tan contento, me decía: 'Va a aparecer Alejandrita. Me han llamado para declarar y yo les he contado todo'. Pobre, él no se daba cuenta, lo habían llamado a declarar porque yo les había dado su nombre.

Después me enteré que se podía ir al Ministerio del Interior, que funcionaba en la misma Casa Rosada, pero entrando por el costado, y ahí fui. Había oído que había un grupo de mujeres que buscaban a sus hijos y se reunían en la catedral. Fui por primera vez un miércoles y la catedral estaba cerrada. El jueves también estaba cerrada, pero desde las escalinatas vi un grupito chico de mujeres en la esquina de Balcarce e Hipólito Yrigoyen,

me fui acercando y noté que me miraban. Se me arrimó Tita Maratea y me dijo: '¿Vos tenés a alguien desaparecido?'; le contesté: 'Sí, ¿cómo sabés?'; entonces me respondió: 'Por la cara de tristeza que tenés'. Uno ni se daba cuenta que la cara reflejaba los sentimientos.

De la búsqueda solitaria que había desarrollado Carmen en los primeros tiempos, pasó a formar parte de una búsqueda colectiva sumándose a diferentes organismos de Derechos Humanos.

Empecé con Madres, un grupo chico, veintitantas, yo habré ido a mediados de abril. Antes iba a la iglesia Stella Maris, ahí fue donde Azucena Villaflor dijo: '¡Vamos a la Plaza, que acá estamos perdiendo el tiempo!'. Como el cura era de la Marina, les daba a los marinos la información que le dábamos, en el Ministerio del Interior hacían lo mismo.

Y ahí empecé a militar en Madres, yendo a la Plaza. Un día se acerca un policía a decirnos que no podíamos estar en grupo porque había Estado de sitio y no podíamos estar más de dos personas juntas. Entonces salimos de ahí, nos pusimos de a dos, y dimos vueltas alrededor del monumento a Belgrano, todavía sin pañuelos. Cuando se daban cuenta que estábamos ahí, intentaban sacarnos, entonces salíamos por una punta y entrábamos por otra, el caso es que durábamos media hora.

En el 78, con el asunto del mundial de fútbol, vinieron los periodistas del exterior, donde se sabía más de lo que pasaba que en nuestro país porque acá estaba prohibido dar las noticias. A veces algún diario del exterior sacaba las noticias, como el Buenos Aires Herald, que estaba escrito en inglés. Cuando vinieron los periodistas pusieron una hilera de policías para que no pasáramos. No era fácil, nos llevaban detenidas pero yo siempre supe escaparme. Mientras tanto, los Padres que no figuraban en las vueltas de las Madres, estaban en las veredas cercanas

esperando a ver qué pasaba. En general, había abogados y, si nos llevaban, se iban rápido a la policía para tratar de sacarnos.

Recuerdo una vez que iba a ir a un viaje a Europa que nos habían invitado. Me dijeron que no se me ocurra ir a la plaza el día antes de viajar. Yo, como buena desobediente, fui a la Plaza igual, pero vino la policía y nos empezó a correr. Sentí que una tipa me agarraba del brazo y le pregunté: '¿Quién sos vos para agarrarme el brazo?', me dijo que era policía y yo le dije: '¡Te disfrazás de persona porque tenés vergüenza de usar el uniforme!'. Entonces una de las Madres me agarró y me apartó porque si no un día antes de viajar capaz me llevaban por pelear. Otras veces nos escapábamos y nos metíamos en el subte. Esas cosas hacíamos para sobrevivir. Ya son 33 años que vamos a la Plaza y yo sigo.

Para la época en que pasó eso de Europa, empecé a trabajar en el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), que habían fundado Emilio Mignone, Augusto Conte, Boris Pasik y Alfredo Galleta. Yo entré como colaboradora. Como estábamos organizando un acto subversivo contra el gobierno, nos llevaron presos a los cinco. Estuvimos presos una semana y yo era la única mujer.

La búsqueda por la Verdad y la Justicia llevó a Carmen a realizar diferentes reclamos en el país y en el exterior, como así también diferentes acciones judiciales.

En plena dictadura también empecé un juicio. No lo hice por valiente sino porque no tenía nada que perder. Después, cuando se declararon las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, se pidió el Juicio por la Verdad: que los militares declararan la verdad, sin castigo. Yo quiero saber la verdad de lo que pasó con mi hija. El doctor Emilio Mignone decía que eso nos iba a servir en el futuro, entonces yo lo hice por el Ejército y la Policía y Emilio por la Marina. Mi juicio siguió su curso, continuamente rechazado, incluso por la Corte Suprema. Pasó bastante tiempo.

En los Juicios por la Verdad me presenté en la OEA (Organización de los Estados Americanos), en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Cuando estaba hablando en la Comisión, presentando mis quejas, había un representante defendiendo la posición del gobierno argentino (en ese momento era el gobierno de Menem que ya había dado los indultos). En la Comisión me escucharon muy atentamente e impusieron al gobierno argentino que los familiares de desaparecidos tengan el derecho de saber la verdad, instando al gobierno a que presentara fiscales y jueces que se dedicaran a eso. Yo conocía de antes a la persona que fue representante del gobierno en Washington y en un momento me dice: ‘No creas que yo estoy en contra tuyo, estoy representando al gobierno y tengo que hacer este papel’, le contesté: ‘Bueno, hacé el papel que a vos te interese, yo hago mi papel’.

En los juicios que se están haciendo ahora, están sirviendo las declaraciones de mi mamá y del portero como testigos, aunque ellos ya no estén. Yo estoy también como testigo en los juicios orales, el 24 de octubre declaré en el TOF 5 (Tribunal Oral N° 5). Es bastante doloroso, ahí están los defensores de los tipos y uno de los milicos se defendía solo...

¿Cómo pudieron ubicar el Centro de Detención donde usted estuvo secuestrada?

Como les contaba, yo tenía en los ojos ese pañuelo de gasa. Vivía en Marcelo T. de Alvear entre Suipacha y Carlos Pellegrini y vi todo el viaje. Nos subieron al auto y tomaron la Avenida 9 de Julio. Y yo el sur lo conocía todo, por esta razón sabía por dónde estaba este lugar, pero no podía localizarlo con precisión. Después nos juntamos seis sobrevivientes de este lugar y fuimos con la abogada a caminar por los barrios y decíamos: ‘Me parece que era aquí, por las ventanitas’. Pero en ese momento había muchas casas con esas ventanitas. De manera que era difícil

encontrarlo, pero cada uno de nosotros fue aportando algo. Y era en ese lugar donde construyeron la autopista y demolieron todo el edificio. Después, el gobierno, de ese momento, nos ayudó con las palas mecánicas para abrirlos. De lo que teníamos miedo era de que a los sótanos los hubieran tapado. Pero, por suerte, esto no pasó. Ellos les ponían nombres extraños para disimularlos. El día que estuvieron excavando estuvimos desde las 10 de la mañana con unos nervios... Excavando.²

Al principio, cuando aparecieron las paredes del edificio a donde ya había estado, les voy a decir lo que sentí: alegría y tristeza. La alegría de haber encontrado el lugar y la tristeza de que mi hija quedó ahí y yo salí viva.

¿Cómo continúa su tarea en la actualidad?

Yo sigo acá luchando... Hasta hace un tiempito estaba trabajando en seis organismos: Sobrevivientes del Atlético, Madres de Plaza de Mayo, CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), Memoria Abierta, IEM (Instituto Espacio para la Memoria) y en la Comisión Pro Monumento. Pero el médico me dijo: 'mirá Carmen, te necesitamos viva'. Así que renuncié al IEM y sin renunciar a los Sobrevivientes del Atlético, lo sigo más por computación. Yo ya estoy viejita para andar de acá y allá... Yo sé que los jóvenes lo siguen, entonces uno ya va dejando los espacios necesarios. Y ahora sigo con el CELS porque sé que va a perdurar y porque está haciendo los juicios y las denuncias que se ven en

² Debajo de la autopista, en Paseo Colón y Cochabamba, el 13 de abril del 2002 comenzaron a realizarse excavaciones para encontrar rastros del Club Atlético, un campo de concentración que funcionó durante la dictadura militar en 1977 y por donde se calcula que pasaron alrededor de 1800 detenidos desaparecidos. El lugar fue diseñado como un centro de torturas y estaba ubicado en el subsuelo de una dependencia policial. En el trabajo de exploración, el primero de estas características en el país, participan distintas áreas del gobierno de la Ciudad, Autopistas Urbanas Sociedad Anónima (AUSA) y grupos de derechos humanos.

Página 12. Además, sigo en Madres, Memoria Abierta y en la comisión Pro Monumento. Esa es la esperanza de uno, allí hay más de nueve mil nombres y seguirán más.

Va a quedar para la historia porque pronto las Madres van a ir desapareciendo y seguirán HIJOS, Hermanos, pero el monumento queda firme, está al lado del río en la costanera norte.

LA ESCUELA Y LA MEMORIA

Carmen atribuye una importancia destacada al hecho de contar su historia a los estudiantes y contribuir de esta forma a la construcción de la Memoria.

La posibilidad de haber podido contar mi historia en la escuela con los chicos tiene un valor infinito. Cuando yo era profesora y me presentaba ante los alumnos, decía: ‘Mi nombre es Carmen y quiero aclararles que tengo a mi hija desaparecida y soy de Madres de Plaza de Mayo’. Quería que lo supieran de mí y no por los cuchicheos. Siempre me respetaron. Un día me encontré en la calle a una ex alumna y me dijo: ‘¿Usted sabe, señora, cómo la respetábamos? Porque usted enfrentaba y nos decía las cosas de frente’.

Después me jubilé muy joven porque tenía que seguir con la lucha y en ese momento nos podíamos jubilar con 25 años de servicio y sin límite de edad. A partir de ese momento, me dediqué directamente a los Derechos Humanos.

Es importante que los chicos en las escuelas conozcan las historias de vida de cada uno y es importante usar distintos lenguajes para enseñar, porque yo a un chico universitario le puedo hablar con un lenguaje más grave que a un chico de secundario o a un nene. Una vez, en una escuela, unos nenes de ocho años se interesaron tanto que, cuando yo me iba, me corrieron y me dijeron: ‘Seño: siga contándonos’, porque yo se

los había hecho tipo cuento. A mis sobrinos nietos los padres, desde chiquitos, les han contado las cosas, desde chicos pueden diferenciar las cosas.

EL LIBRO DE ALEJANDRA

Para guardar en la Memoria la historia de Alejandra, su familia decidió armar un libro para el recuerdo:

Mis sobrinos nietos decidieron hacer un librito porque pasaba lo siguiente: ellos sabían que Alejandra estaba desaparecida, pero no sabían la historia de ella. Como querían saber más sobre su historia, les dije que agarren los pocos papeles que habían quedado de ella y lo armen. Entonces pusieron cuando era joven, mi niña y mi marido... Además hay un texto que lo escribió un señor que hace poemas, lo escribió como si Alejandra estuviera viva: 'Con tu pañuelo blanco cual símbolo de plata, tenés tantas hermanas como dos gotas de agua'. Esto es un aporte a la memoria familiar, dedicado a mis sobrinos que la conocieron y amaron, y a mis sobrinos nietos porque no la conocieron como tampoco vivieron la dictadura. Es decir, son cosas para la memoria... Son recuerdos muy lindos.

PALABRAS FINALES

A pesar del dolor por la pérdida y luego de más de treinta años de lucha, Carmen conserva un mensaje esperanzador hacia el futuro:

Seamos optimistas, hemos durado tantos años porque siempre pensamos que va a haber algo mejor. Las utopías, como se dice. Una utopía es avanzar dos pasos y la utopía retrocede dos, entonces seguimos avanzando y la utopía retrocediendo, pero en algún momento se alcanzará.

NAIR AMUEDO DE MADDALENA

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Nair es la mamá de Patricia Rossana Maddalena de Romero, secuestrada y desaparecida el 28 de agosto de 1976 a los diecinueve años de edad.

Patricia nació el 1 de abril de 1957 y era la segunda de tres hermanos. De pequeña, ya sentía la necesidad de ayudar a los otros siguiendo el ejemplo de su familia. Al igual que muchísimos jóvenes de su época, Patricia compartía el compromiso político y social en la búsqueda por una sociedad más justa e igualitaria. En su adolescencia, dedicaba su tiempo libre a realizar acciones solidarias cuidando niños en hogares de tránsito o niños con discapacidad.

A los quince años, se casó con Juan Ramón Romero, 'Tato', y de ese amor nacieron dos hijos. El 28 de agosto de 1976, en un operativo ocurrido en Villa Tesei, Patricia fue secuestrada y desaparecida. Su esposo murió en aquel suceso y los dos niños de la pareja, de dos años y cuarenta y seis días respectivamente, fueron dejados en casa de unos vecinos pudiendo ser entregados a los abuelos.

Comenzó entonces la incansable búsqueda de su hija. Tiempo antes, en 1975, había sufrido la desaparición de su hermano Elios Amuedo, encontrando su cuerpo dos días después del secuestro. De esta forma, comenzó su lucha por

la Verdad y la Justicia en la Organización de Familiares de Detenidos Desaparecidos por Razones Políticas. Luego, en 1977, se une a las Madres de Plaza de Mayo.

Como todas las Madres, se caracteriza por una increíble perseverancia:

Nosotras, las Madres, decimos que mientras podamos caminar seguiremos en la Plaza de Mayo. Y confiamos en los hijos y en toda la sociedad para que siga la ronda. Yo ya no estoy en la Plaza por mi hija, sino por los 30.000 desaparecidos.

La apertura de los Derechos Humanos es algo que no soñábamos y de lo que estamos orgullosos. Esto es algo universal que se debe respetar en todo el mundo. Llevar nuestra historia a las escuelas nos permite hablar de la lucha de nuestros hijos, de sus ideales más dignos y cómo buscaban una vida mejor para todos.

NAIR Y SU HISTORIA

Nair Amuedo vio interrumpida la cotidianidad de su vida familiar un 28 de agosto de 1976, cuando la violencia y la barbarie del Terrorismo de Estado se hicieron presentes:

El 28 de agosto de 1976 se llevaron a mi hija Patricia y a su esposo Tato lo dejaron asesinado en la casa. ¡Por suerte, les entregaron los hijos a los vecinos! La nena tenía 46 días, el nene, dos años y cuatro meses. La orden del jefe del operativo fue que los dejen ahí. Para nosotros significó un golpe terrible, no inesperado porque sabíamos que pasaban estas cosas con las personas que eran luchadores sociales.

A partir de ese momento, Nair asumió la difícil tarea de la búsqueda de su hija.

Después, fui a la comisaría a averiguar por qué la casa estaba toda rota y mis hijos no estaban. Entonces, ahí me dijeron que había sido un operativo de las Fuerzas Conjuntas y que tenía

que ir al Ministerio del Interior, donde fui el lunes siguiente, esto ocurrió un sábado. Enterramos a Tato el lunes y el martes 31 de agosto fue cuando yo me convertí, sin imaginármelo, en esto que me llevó toda la vida. La mitad de la vida nuestra, o más. Porque yo ya voy a cumplir 80 años, imagínense cuántos años de lucha, cuántos años de angustia, de dolor.

Pero su búsqueda y su lucha tuvieron la particularidad de tener que asumir el cuidado y la crianza de los dos pequeños hijos de Patricia y Tato. El terror a una nueva pérdida la llevó a tomar decisiones difíciles.

En mi caso, al dolor del secuestro de mi hija tuve que sumarle otra cosa que fue muy terrible también, porque tenía dos chicos. La nena tenía 46 días y empezó a tener problemas con la leche de la mamadera. Estábamos desesperados, no sabíamos qué hacer. El nene lloraba continuamente pidiendo por sus padres. Anduvimos de médico en médico hasta que encontramos a alguien que le dio leche de soja a la nena y entonces con eso pudimos criarla. Yo seguí yendo a la Liga y ahí se formó el grupo de familiares al que pertencí por mucho tiempo. De ahí nos daban las directivas de lo que teníamos que hacer, a quién teníamos que entrevistar, dónde teníamos que escribir. Y un día me entero de las Madres que estaban yendo a la Plaza de Mayo. Yo, en ese momento, lo que hacía era viajar continuamente con mis nietos de un lado para otro. A Jujuy, a Misiones. A todos los lugares donde tenía familiares, yo iba, porque mi papá me había dicho que podían quitarme a los chicos, que los podían venir a buscar. En ese tiempo teníamos esa angustia tan grande. Cuando estábamos en Buenos Aires, vivíamos en hoteles, no íbamos a la casa porque teníamos mucho miedo.

Como en todos los casos, la búsqueda de su hija llevó a Nair a transitar espacios desconocidos hasta entonces con resultados permanentemente desalentadores.

En el Ministerio del Interior no nos dieron nunca una buena respuesta. Entonces fui a la Liga por los Derechos del Hombre, que sabía por mi padre que era un lugar donde se podía ir. Allí me enteró de que era mucha la gente secuestrada. Además de los asesinatos que ya sabíamos. Y que me aconsejaban hacer un hábeas corpus y la denuncia en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Luego de seguir esos pasos, con mi marido empezamos a recorrer todas las guarniciones militares, las seccionales de policía. Todo lugar donde podían estar nuestros hijos. A todas las madres nos pasó lo mismo, la respuesta era hacernos esperar mucho tiempo, burlarse de nosotros y decirnos que ellos no tenían nada que ver.

EL RECUERDO DE PATRICIA

Como toda madre, Nair guarda los mejores recuerdos de su hija Patricia.

Mi hija Patricia nació el primero de abril de 1957. Era la hermana del medio de tres hijos. Jugaba mucho con su hermana mayor que la protegía siempre, porque se llevaban dos años nada más. Cuando eran chiquitas jugaban a las muñecas, a esas cositas. Después cuando eran más grandes lo que hacían era disfrazarse mucho, se vestían y juegos así, de criaturas, de chicas. Pero siempre fueron muy, muy compañeras.

Patricia se destacaba por su dulzura, porque era una criatura hermosa. Además, era alegre, era un sol. Era buena, era compañera. Es decir: yo tenía dos hijas mujeres con dos años de diferencia. Ella me ayudaba en todo: cuidaba su ropita, tendía su camita, estudiaba sin que yo le dijera nada. De los tres hijos que tuve, era la nena buena, era la nena alegre, era la nena sol. Los otros también eran buenos chicos, pero ella se destacaba por la dulzura que tenía y todo el mundo la quería.

¿Qué anécdotas o travesuras puede contarnos de la infancia de su hija?

Lo que siempre cuento de ella, y que contamos en familia, es una noche que estábamos de vacaciones en una casa en La Lucila. Habíamos alquilado una casita que tenía mucho patio, mucho sol para que las nenas tuvieran donde jugar. Entonces, como eran chicas, nosotros pusimos las camas de las nenas juntas arrimadas a la pared. De noche yo corría la camita y quedaba como una cama grande y así dormíamos para que no se cayeran. Una noche se despierta Patolita, como le decíamos a Patricia, y dice lloriqueando ‘mamá, mamá’. Le pregunto qué le pasa. Ella me dice ‘no puedo dormir, no puedo dormir’, le digo ‘bueno, cerrá los ojitos, cómo no vas a poder dormir, ¿tenés miedo?’. Ella insiste: ‘¡no, no, no puedo dormir, no puedo dormir!’. Le digo ‘Bueno, acá está mamita, está papito para cuidarte. ¿Y qué te pasa?’. Me contesta: ‘No, no puedo acostarme porque estoy parada’ (se ríe) Claro, las dos camas estaban arrimadas y se había quedado parada entre las camas. ¡Por eso no podía dormir!

Eran muy, muy simpáticas. Patricia era muy ocurrente. Siempre desde chiquita. Cuando era chica, que todavía no hablaba bien, lo primero que hacía cuando se despertaba era preguntar ¿hay tol? Para ver si había sol y era muy dormilona a la mañana. Entonces yo la despertaba, la despertaba, y bueno, a duras penas conseguía que ella se despertara. La vestía dormida, la cambiaba media dormida, la traía al living para que se terminara de despertar y entonces, ¿qué hacía ella? Se apoyaba en el sillón parada, apoyaba los bracitos, ponía la cabecita y seguía durmiendo. Nos daba mucho trabajo despertarla. Era muy simpática, muy compañera, salíamos mucho con mi marido, era una época donde habían hecho en Olivos –en ese momento vivía en Olivos– un restaurante donde se comía pollo con la mano,

es decir, servían en una canastita el pollo hecho a la parrilla y guantes de esos transparentes y no se ponía cubiertos. Entonces los llevábamos siempre. A las nenas les encantaba comer en ese lugar porque era muy lindo, salíamos mucho a caminar, íbamos a la playa, al puerto...

PATRICIA Y UNA HISTORIA DE AMOR Y COMPROMISO

La adolescencia de Patricia estuvo marcada por el amor y el compromiso social. A los quince años se casó con Juan Ramón Romero:

Patricia se casó muy jovencita, ella tuvo un noviecito siendo muy jovencita. En la época en la que iban al secundario se usaba que las chicas tuvieran un compañerito con el que salían, que iban a distintas partes, a reuniones. Ella tenía la hermana más grande, que era quien la protegía. Pero después conoció, a los quince años, a quien fue su marido. Ahí sí, ella estuvo muy, muy enamorada. Yo lo conocí primero porque él estaba en la casa de mi hermano ayudándolo a pintarla. Mi hermano recién se había mudado y yo había estado hablando con él. Patricia era una jovencita que no salía a bailar, que no salía a ningún lado, ella leía mucho. La hermana sí, pero la hermana tenía diecisiete años y ella tenía quince años. Entonces, charlando con este muchacho, yo pensaba ‘¡Cómo me gusta este muchacho para Patricia! Pero qué lástima que es tan grande para ella’. Porque él era doce años más grande que ella. Esas son cosas que se nos ocurren a las mamás, que uno ve a alguien y dice: ‘¡qué lindo para mi hija!’. Bueno, en un momento mi hija empezó a ir mucho a la casa del tío. La verdad es que no sé cómo se conocieron. Un día ella me contó que había conocido a un muchacho que se llamaba Jorge –pero él no se llamaba Jorge, se llamaba Tato–, es decir, me dijo otro nombre. Bueno, pero en ese momento no era un noviazgo

serio. Y un día para Navidad voy a la casa de mi cuñada y veo una planta de azalea toda florecida, hermosa, hermosa, sobre la mesa. Y digo ‘¡Qué linda planta!’. Mi cuñada me dice que se la había regalado Tato y yo me quedé pensando. No podía ser que él se la regalara a mi cuñada porque ella era una mujer casada. Cómo le iba a hacer un regalo así tan bonito, tan poético. Ahí me di cuenta de que en realidad era para Patricia. Y así fue. Se conocieron y se enamoraron enseguida. Absolutamente. Y tal es así que ella viene un día y me dice: ‘mamá, tengo que pedirte algo: que me dejes salir con Jorge porque queremos ir a ver una película’. Querían ver una película muy linda, italiana. Y me dice que no iba a poder venir a las diez de la noche, que era el permiso que tenía, porque este Jorge trabajaba y no podían volver antes de las 12 de la noche. Bueno, entonces yo le digo: ‘Mirá, yo te dejo ir porque sé con quién vas’. Entonces, con las dos manos se tapó la cara y dice: ‘¿Vos, sabés?’. ‘Sí’, contesto. Y me dice: ‘Ay mamá, ¿no decías nada?’. Ella pensaba que nosotros no íbamos a aceptar a ese chico porque era obrero y mi marido era un industrial, tenía una fábrica. Nosotros teníamos una casa, un coche, vivíamos muy bien. Y él era más humilde. Entonces le digo: ‘¿A vos te gusta?’. ‘Sí, mamá. No sabés cómo es’. Y ahí empezó a hablar de él, de la maravilla que era ese muchacho. Entonces, ahí se blanqueó la situación de ellos y ya empezaron a salir como novios. Tenía quince años. Pero era una cosa que vos los veías, cómo se miraban, porque se comunicaban entre ellos con la mirada. De casados también.

Tal es así que a los quince años ella se casó. Iba al colegio, tercer año, y una tarde viene y me dice: ‘Mamá, va a venir Tato porque queremos hablar con vos’. Conmigo, no con el papá, conmigo. Le digo: ‘bueno, bueno, cómo no’. Yo pensaba que era para ir a algún lado y salir tarde. Cuando ella viene del colegio –iba al Cardenal Copello, en San Fernando, un colegio

religioso—, con la pollerita de gimnasia, las medias soquetes, las zapatillas, la remerita blanca y el pelo agarrado, era una nena, una nena... y llega Tato. No estaba mi marido. Entonces me dice: 'queremos casarnos'. ¡Yo me quería morir! Les pregunto cuándo, será el año que viene, pensaba. Y me dice: 'No, ahora'. Entonces le pregunté si estaba embarazada, y me dijo '¡Mamá!', toda ofendida. Entonces, él me explicó: 'No, señora. Son tiempos difíciles y queremos estar juntos'. Era el año 1973 cuando se casaron, eran, realmente, años difíciles. No hubo manera de convencerlos de que esperaran. Así que ella se casó de blanco en la Iglesia de Victoria donde vivíamos nosotros. Se fueron de luna de miel a Córdoba porque querían ver nieve. Y era una risa, cuando ellos se iban de un lugar, al otro día nevaba. Iban persiguiendo la nieve pero no pudieron ver nevar. Así que mi hija no conoció la nieve. Fue un casamiento muy, muy lindo.

Al año del casamiento, nació su primer hijo. Dos años después, la niña. Pero lo que caracterizaba a la pareja de Patricia y Tato era el profundo amor que compartían, a lo que sumaban los ideales comunes de querer construir un mundo más justo e igualitario.

Ella era muy jovencita. Al año del casamiento, nace el nene, el 4 de abril. Así que ella quedó embarazada enseguida después de casarse. Cuando me lo dijo a mí no se animaba porque ella no quería quedar embarazada enseguida. Y después, al año y pico, queda embarazada de la nena. Cuando a ella la secuestran, la nena tiene cuarenta y seis días y el nene tiene dos años y cuatro meses. Pero ellos fueron muy felices. Se reían, disfrutaban. Hacían una vida muy linda. Salían poco cuando estaban casados porque con el nene chico no podían salir. Un día yo le digo a ella '¿no se aburren ustedes sábado y domingo?', y me contesta 'mamá, ¿qué me voy a aburrir con el marido que tengo! ¿Sabés por qué? Porque los imita a todos ustedes'. Él nos hacía burla.

Nos imitaba a todos. ‘¡No sabés lo que me hace reír!’; decía. Y el hijo, Alejandro, que es el primero, el mayor, siendo muy chiquitito un día veo que se pone un trapo en la cabeza y se lo ata. Me dice ‘tiabela’, también estaba imitando a la tía abuela. De chiquito era muy simpático. Los dos hijos de Patricia y Tato son muy simpáticos porque sus padres eran muy, muy simpáticos. Las reuniones en mi casa, era una alegría tan grande de reírnos, nos juntábamos mucho, muy seguido. Daba gusto estar con ellos, visitarlos, ir a la casa, ver cómo vivían.

¿Qué acciones solidarias realizaba Patricia?

Todos los chicos, en todos los colegios, tenían compromiso político y social porque en los colegios se armaban grupos en defensa de una cosa o de otra. Entonces, todos los chicos tenían reuniones y hablaban mucho de política. Pero eran tiempos difíciles. Eran tiempos muy difíciles. Ellos se casan en el 73. Es difícil entenderlo ahora porque era otra la vida. Yo me acuerdo que, en esa época, cuando Cámpora dice que va a largar a los presos políticos, ella estaba de novio con Tato y se van a Devoto. Yo tenía un miedo terrorífico, pero ellos se van a Devoto porque dicen ‘si no los largan hoy no los largan más’. Cuando vuelven, yo, con un susto bárbaro, les pregunto cómo les fue. Ahí me cuentan que los corrió la policía. ‘¿Y vos cómo hiciste?’; le pregunto a Patricia. ‘Y, Tato me agarró y me trajo volando’, me contesta. Es decir, yo vivía tranquila respecto a ellos porque sabía que Tato la protegía mucho.

El de ellos era un amor distinto porque era un amor con compromiso. Ella era una nena que, cuando estaba en el colegio, salía y se iba al hogar de tránsito, donde están los chicos en tránsito para ser dados en adopción. Entonces, ella iba a cuidarlos dos veces por semana, o tres, a la tarde. Y tuvo que dejar de ir porque los chiquitos, cuando ella se iba, se ponían a llorar. Entonces, ella, jovencita como era, con quince años, se iba llorando también.

Fue así como le dijeron que no fuera más. Entonces, se conectó con gente de la Iglesia del barrio para ir al Don Orión a atender, charlar y cuidar a los chiquitos minusválidos. Cuando venía, me contaba que había un nene que no tenía brazos, que tenía aletas. Yo admiraba el coraje que tenía ella para cuidar a esos chiquitos.

Así que ella desde muy chica ya tenía un fuerte compromiso social. Mi otra hija también lo tenía. Ella se iba a la villa a llevar una nenita que se había quemado los brazos porque la mamá trabajaba todo el día. Entonces, antes de ir al colegio, se levantaba a las 6 de la mañana y se iba a la villa a llevar a la nena al hospital y después en vez de entrar a las 8 entraba a las 9. Ya tenía permiso de las monjas. Esto es lo que hacía mi hija, la mayor.

Así que todos tenían algún compromiso social: juntar ropa para los chicos cuando había inundación, o ayudar por grupos. Era otra manera de vivir porque había muchos ideales hacia el más humilde. Y como yo las eduqué muy cristianas a mis hijas –porque yo siempre fui y soy muy cristiana– les inculqué la base del cristianismo: el amor al prójimo. Eso lo tenían muy, pero muy incorporado, era muy natural en ellas.

Yo decía, gracias a Dios son así, pero después pensé que si no hubieran sido así, ella, quizás, no hubiera perdido la vida. Así que está la creación de un ideal humanitario, pero con una consecuencia tan funesta que deja a uno sintiéndose mal. Muchas veces pienso que si hubiera sido criada de otra manera, sin tanto compromiso, quizás... Yo también había tenido compromiso; no pertenecía a ningún grupo, pero me había hecho cargo de toda una familia que tenían mamá y no tenían papá, eran cuatro chicos. Y yo iba a la villa, les llevaba ropa, compraba y tejía en la máquina. De la ropa de las chicas mías, les hacía ropa a ellos, les compré botas de goma porque había mucho barro. Les conseguí camperas, de todo. Es decir, era otra manera de vivir que es difícil de comprender hoy.

Mucha gente no entiende cómo pudo suceder una cosa tan atroz. Fue tan atroz lo que pasó porque había mucho compromiso social. Eso es lo que llevó a toda esta juventud a tener esos ideales que los llevaron a la muerte. La verdad es que yo estoy muy orgullosa de mis hijos, mi yerno, de mi familia en general. Porque también tengo un hermano al que mataron antes de que su hijo lo conociera. Ese amor de humanidad, el amor al prójimo, el amor a otro ser humano que necesita más que uno, es un ideal muy fuerte. Y que en ese momento se convirtió en el peligro máximo porque iba en contra de otra parte de la sociedad.

NAIR JUNTO A LAS MADRES

Nair no se quedó sola en su búsqueda, al poco tiempo comenzó a formar parte de las Madres de Plaza de Mayo.

Bueno, pasado un año, cuando se empezaron a encontrar las Madres, yo me sumé a ellas y ahí empezamos a caminar. No a caminar todas juntas, a encontrarnos nada más. Así es que, después, comenzó la marcha, de dos en dos porque, como todos saben, había estado de sitio y la policía nos decía que caminaríamos de dos en dos. Fue así como comenzó la marcha alrededor del monumento en la Plaza de Mayo. No justamente de la pirámide, donde lo hacemos ahora, eso llegó después.

¡Nosotras estábamos tan seguras de que nuestros hijos iban a volver! Jamás pensamos ni que el movimiento de Madres iba ser tan importante, ni que íbamos a estar tantos años en la lucha. Ninguna madre pensó que su hijo no iba a volver. Algunos volvieron. Pero no sabíamos todo lo que supimos después. Esto pasó como con los nazis, cuando se destapó y se empezó a saber todo, se escandalizó todo el mundo. Y todavía seguimos asombrándonos cuando escuchamos a los políticos, las

cosas que han hecho, también seguimos sorprendiéndonos del horror de lo que ocurrió. Así que en un principio no sabíamos qué pasaba: primero, no entendíamos que eran desaparecidos; después, empezamos a saber que eran torturados. Pero nunca nos imaginamos el horror que había sido.

¿Alguna vez pudo comunicarse con su hija después de su secuestro?

Sí, sí. Esa fue una historia que fue cuidadosamente guardada. En ese momento, yo no se lo conté ni a mi madre ni a nadie porque era muy riesgoso y muy peligroso. Un día, un policía me llamó, nos encontramos y me dijo que mi hija estaba entre 16 personas que estaban en un sótano en Martínez. Mi hija me envió la lista de personas y me mandó a decir que fuera con un obispo, un periodista extranjero y alguien más para ver si los podíamos rescatar. Al otro día, me trajo ese papelito escrito y firmado por las chicas que estaban ahí. La mayoría eran matrimonios. Yo recuerdo bien las cosas que me fue contando este hombre. Ella estuvo desde septiembre hasta enero, cuando vino él y me pidió que le mandara ropa porque mi hija estaba en camión. La encapucharon y la sacaron en camión y descalza. Él me había dicho que una chica de ahí estaba descalza, pero que un compañero varón le había dado un par de botas y él se había quedado en medias. Así que me dice que le dé ropa porque era el mes de enero y los iban a llevar para recuperación a Mercedes. En ese momento, creí sinceramente que mi hija volvía. Y continuó la búsqueda.

¿Cómo pudo sobrellevar su dolor durante ese tiempo?

Todo ese tiempo fue muy, muy doloroso. Yo he estado a punto del suicidio. Pero, en vez de suicidarme, fui a una psicóloga y le pedí por favor que me atendiera porque me iba a matar. No soportaba

pensar que no iba a ver más a mi hija. No lo soportaba. Yo quería que eso terminara y la manera en que terminaría para mí era la muerte. Hablando con otra madre me comentó: 'Mirá, yo, cuando iba a un subterráneo, me ponía contra la pared porque tenía miedo de arrojarme delante del subte'. Eso es para que se den cuenta cómo nos han perjudicado, cómo nos han causado tanto dolor, tanta angustia. Eran tan perversos que aún hoy uno no puede imaginar, por más que lo piense, cómo han sido capaces de hacer semejante cosa. Nunca hicieron lo que nosotros ahora hacemos, que es juzgarlos a ellos y condenarlos por lo que han hecho.

Al igual que otras Madres, para Nair, el encontrarse en la Plaza la salvó del aislamiento, transformando su búsqueda y su dolor en un proceso colectivo que la ayudó a seguir adelante.

Nosotras al silencio lo combatimos los jueves en la Plaza. La Plaza nos salvó porque nosotras el dolor lo teníamos escondido. Yo digo que nosotras pusimos el cuerpo y escondimos el corazón.

¿Por qué? Porque no podíamos manifestar tanto dolor. Ni en tu casa ni a tus familiares, tus amistades. ¿Por qué amargarles la vida a los otros? Pero en la Plaza cada una sabía que el dolor de la otra era igual. Entonces, nosotras podíamos hablar de nuestros hijos. Y contarnos unas a otras la lucha de ellos y dónde estaban y cómo eran. Esto que pasó en la Plaza ha servido como ejemplo para la lucha en otros países. Porque somos mujeres, porque somos madres, porque salimos de la casa y enfrentamos una lucha en un momento terrible. Eso nos sirvió a nosotros para seguir viviendo y para seguir aprendiendo. Porque hoy entendemos un poco de política, sabemos del dolor ajeno, sabemos de la lucha de otros países. Y estamos enteradas de muchas cosas.

Sobre la lucha de las Madres, Nair resalta:

Siempre se suele resaltar que las Madres nunca realizaron un acto de venganza por mano propia. Y esto es así porque jamás nos pareceremos a ellos, sinceramente lo digo.

EDUCAR PARA LA MEMORIA

Actualmente, Nair recorre el país transmitiendo su historia y construyendo la Memoria en el ámbito educativo.

Usted va mucho a las escuelas, ¿qué le parece que podemos hacer desde las escuelas?

Mucho se puede hacer desde las escuelas. Lo importante es reivindicar los ideales de nuestros hijos. En los colegios, generalmente hablamos de lo que nos pasó a todo el pueblo, de las consecuencias de la creación del movimiento de Madres con un solo fin, que era conocer por qué se habían llevado a nuestros hijos y dónde estaban. Era lo que queríamos saber nosotros realmente. Hablamos de ese movimiento tan grande, tan fuerte y que es conocido en el mundo entero. También es muy importante el tema de los juicios. Esto es lo que nosotras no solo queríamos, sino que nunca pensamos que lo íbamos a ver.

Así que, gracias a todo el compromiso generacional de los últimos tiempos, nosotras tenemos una paz que antes no teníamos. Primero, la paz vino sola de a poco cuando pudimos ir aceptando que nuestros hijos no volverían, que ya estaban muertos. La desgracia es que nunca sabremos en qué momento, ni cuándo, ni dónde, ni por qué murieron. En realidad, el por qué ya lo tenemos claro, el por qué le quitaron la vida. Porque después se vieron las cosas que han hecho. No se necesita mucho para darse cuenta cuál era el problema de esta gente: el predominio de toda la situación económica. Todo viene por la economía porque a ellos lo único que les interesaba era que la

gente pensara lo mismo que pensaban ellos, entonces, trataron de imponer las cosas por la violencia, por el miedo, por el terror. Por eso se llama 'terrorismo de Estado'. Es decir, son terroristas como los terroristas, pero desde el Estado porque las fuerzas legales se convierten en terroristas. Nosotras queremos que quede claro eso para que no vuelva a suceder.

PALABRAS FINALES

Nair, luego de 35 años de lucha, continúa soñando y planteando nuevos desafíos:

Que cada chico, que cada ser humano tenga la libertad de elegir como se elige ahora, votando, el derecho a votar y a tener los ideales que le gusta. Eso es lo principal para nosotros, que los chicos se den cuenta del momento que estamos viviendo, el momento de libertad, de democracia, de lucha. Es decir, hay huelgas, hay pedidos, la gente puede expresarse. Hay personas que se quejan porque se cortan las calles, pero para mí es una alegría ver que la gente se puede manifestar. Eso es una cosa que nos alegra el corazón.

AÍDA BOGO DE SARTI

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Aída Bogo nació en la Ciudad de Buenos Aires el 25 de junio de 1929. Se casó con Julio Sarti y fruto de este matrimonio nacieron Beatriz y Claudia, sus dos hijas. Beatriz realizó sus estudios en la Escuela N° 43 de Lanús y fue socia del Club Atlético Talleres de Remedios de Escalada, donde con un grupo de jóvenes con inquietudes sociales se convirtió en una activa militante.

La casa de los Sarti fue allanada en forma violenta en tres oportunidades en busca de Beatriz. A los 22 años, el día 17 de mayo de 1977, Beatriz fue secuestrada en el barrio de Monte Chingolo junto a su novio, Ángel Arias. Desde ese momento, Aída comienza la búsqueda incansable de su hija. Forma parte del primer grupo de mujeres que acompañó a Azucena Villaflor en los primeros tiempos de las Madres de Plaza de Mayo.

Es integrante de Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora y desde hace ocho años se encarga de organizar el Archivo de la institución. En el año 2008, Aída Sarti fue declarada Ciudadana Ilustre de Lanús. En la actualidad, la esquina delimitada por las calles Don Orión y Timote, en el barrio de Remedios de Escalada de dicha localidad, lleva el nombre de su hija Beatriz.

A cualquier madre que le hubiera pasado lo mismo hubiera salido a la calle, y la prueba está en que después se repitió –y lo digo con orgullo– en las madres a las que les fueron pasando

diferentes cosas: las madres del dolor, las madres de las violaciones, que salen a la calle y forman organizaciones, y creo que en eso somos el ejemplo al habernos enfrentado miles de veces con la dictadura.

LA HISTORIA DE AÍDA

Aída Bogo era una mamá dedicada a su familia y a sus hijas Beatriz y Claudia, hasta que la violencia del terrorismo de Estado invadió su casa a pocos días de iniciarse la última dictadura cívico-militar.

Beatriz ya no vivía con nosotros, ya se había ido. Supongo que ella sabía que estas cosas estaban pasando. Nosotros sufrimos tres allanamientos. Pero el primero fue terrible, tenía un nivel de violencia que nosotros desconocíamos. Fue el 9 de abril de 1976.

Por esos tiempos, Beatriz había desarrollado un fuerte compromiso social con una militancia activa que continuaba aun conociendo los riesgos que asumía.

Ella me dejaba cartitas abajo de la almohada. Ella sabía que iba a morir, estoy segura, segurísima. Me decía que yo era su madre pero que había un montón de madres sufriendo por sus hijos. Yo decía que eso parecía una especie de misticismo. Una cosa así de dar todo, dar la vida, de repente influenciarse de una manera tal. Porque fue una influencia así de fuerte, de los dos; aunque el ERP y Montoneros eran distintos, iban por la misma cosa. Me parece que fue un sacrificio tan inhumano, tan inocente en algunas cosas, que hacían cosas que no se podía creer que no se dieran cuenta que el peligro estaba, que en cada esquina mataban a alguien y que teníamos que bajarnos del colectivo para que nos revisaran. Y todo eso lo sabían. Pero era como una religión. Esto que les cuento lo aprendí en siete años de trabajar en el archivo de Madres de Plaza de Mayo. Todos

los días me asomaba al infierno y no puedo terminar de leer La Voluntad (de Martín Caparrós y Miguel Anguita). Hago lo posible, me encanta leer, antes de dormir siempre leo de todo, pero no lo puedo leer.

A Beatriz la secuestran el 17 de mayo de 1977 junto a su novio, Ángel Arias, del departamento que compartían en la zona sur del conurbano bonaerense. Los vecinos relataron que escucharon muchos disparos y que encontraron manchas de sangre en las paredes de la vivienda. También contaron que la oyeron gritar, llamando a su pareja.

Nunca supimos nada de ellos. Ni siquiera sabemos si se los llevaron vivos o muertos. Lo único que sabemos es que se los llevaron.

A partir de ese momento, Aída inició la búsqueda incansable de su hija, formando parte desde los inicios del grupo de Madres de Plaza de Mayo. Este compromiso aún perdura. Actualmente, es responsable del archivo de la Asociación de Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

EL RECUERDO DE BEATRIZ

Beatriz nació el 14 de febrero de 1955. La primera nena que tuve, mi primera hija... Le puse el nombre Beatriz porque tuve una amiga entrañable que se llamaba Beatriz, que conocí en el trabajo, a quien no volví a ver, pero que en ese momento le dije: 'si llego a tener una hija le voy a poner Beatriz porque me gusta mucho ese nombre'.

Beatriz era una niña tan inquieta como inteligente. Su personalidad se destacó desde los primeros años de jardín de infantes. A los cinco, comenzó la escuela primaria en Barracas y fue una alumna ejemplar. Luego, se mudaron a Escalada y allí continuó sus estudios.

Bety fue una chica inquietísima desde chica y muy especial. A tal punto era inquieta que el pediatra me dijo que lo mejor sería llevarla al Jardín. Pero en esos años nadie sabía de jardines, así que fui averiguando y la llevé a una escuela de Barracas donde yo había estudiado, la Escuela N° 11 en la calle Lafayette. Tenía 3 años, no estaba segura de querer mandarla. Le hice el delantalcito, la bolsita, todo. Un día me mandaron a llamar y me dijeron: ‘Es muy inquieta’. Le querían enseñar a vestir a una muñeca, para enseñarle así como se vestía uno, pero ella hacía todo lo contrario: la bombacha se la ponía en la cabeza. Eso para mostrar el carácter que tenía. Y eso lo hizo a los tres años, a los cuatro y a los cinco años. La directora nos dijo que Bety era muy inteligente, fuera de lo común. A los cinco años –porque ella nació en febrero y en marzo empezaban las clases– la pusieron en primero inferior. Yo no le cambié nada, no le compré cartera ni nada, se fue con su bolsita como si fuera al jardín. Era extraordinario, la maestra les contaba la vida de Sarmiento y la mandaba por todos los grados a ella para que, a su manera, con los cinco años, contara toda la historia de Sarmiento que había aprendido. Toda la escuela estaba sorprendida, hasta la directora, pero para mí era una chica normal. Sabía que tenía diferencias, en el sentido de que no le gustaba jugar con muñecas o ponerse vestidos, como hacen todas las nenas –todo lo contrario de lo que fue la hermana–. Después, esa escuela fue para varones e hizo el segundo grado, que en aquel entonces se llamaba primero superior, en la calle Luzuriaga, también en Barracas, cerca del Parque Pereyra. Luego, ya nos mudamos para Remedios de Escalada, Lanús. Ella hizo casi todo el primario ahí y mientras vivimos ahí fue al Club Talleres. Inclusive ahora hay una placa puesta con su nombre. Yo no estaba muy de acuerdo porque la placa era toda como de cementerio, pero,

bueno, accedí porque ya estaba puesto el nombre de ella en la cuadra donde nosotros vivimos en Escalada.

Beatriz demostró un marcado carácter desde chiquita y a diferencia de la mayoría de las nenas sus juegos eran armar figuras y letras.

Yo era modista y había trabajado en una de las casas más importantes de Buenos Aires, donde se hacían cosas muy lindas, así que Bety siempre estaba muy bien vestida, siempre muy arreglada. Pero las muñecas no le gustaban. Un día encontré una en el centro que era de trapo, la Periquita, y vine toda contenta pensando 'esta le va a gustar' y, sin embargo, no le gustó. Le gustaba recortar papeles. En aquellos años, había esas cosas de madera para armar las letras.

¿Cómo fue su vida familiar y social?

Ella vivía el 'rioba', con los chicos del barrio tenían su barra. Los chicos iban mucho al club y ahí hacían todo: iban al baile, les daban de comer puchero a los jubilados, hacían natación, fiestas. Todo con una escala de valores muy marcada. Mis hijas fueron muy queridas por los abuelos, y eso era fundamental. Los abuelos se volcaron muchísimo a ellas. En mi casa siempre hubo lo que se llamó la 'comunidad gallega', nunca se sabía si el domingo el puchero tenía que ser más grande o más chico porque venían todos los paisanos, que era una forma de ser de la familia, del pueblo, de la aldea. Y a mí nada de eso me llamaba la atención. En mi casa era común que hubiera tanta gente, venían y nunca se sabía cuántos eran. Mi mamá hacía esos pucheros a la gallega y se vivía esa cosa de comunidad y de hacer mucha relación. Y se hizo también con los vecinos. Los vecinos de ese pasaje, en donde todavía tengo la casa, se ayudaban unos a otros, se iban muriendo y se cuidaban en la enfermedad. Y ellas vivieron todo eso. Por eso fueron como fueron mis hijas.

SU JUVENTUD Y SU MILITANCIA

Beatriz cursó sus estudios secundarios con muy buenas notas. Sólo una vez se llevó matemática y la aprobó con 10. A la par, trabajó desde los trece años en un taller de gráfica. Hizo dos años de magisterio y luego ingresó en la Facultad de Medicina.

Una vez, me mandó a mí a que fuera a buscar la nota. Yo ya estaba viendo algo raro en ella. Entonces, cuando entro en la Facultad de Medicina, casi me agarra un ataque de locura porque empecé a ver todos los quioscos. Yo le digo quioscos a los espacios de JP, Montoneros, el ERP, y otro, y otro. Unos en blanco y negro; otros en rojo y negro, con todos los papeles que puedas pedir; el Che Guevara, ni hablar. Y voy a mirar la cartelera y tenía la mejor nota, pero no llegó a entrar. Ella hizo el sacrificio de hacer esos dos años de magisterio trabajando en el banco, que quedaba en Once, se tomaba el subte y corría las cuadras hasta llegar. Tenía unas notas buenísimas, pero no quiso saber más nada con eso.

¿Allí se inicia su militancia?

Ella ya había empezado a cambiar. Esto yo lo digo con conocimiento y haciendo un mea culpa –aunque a veces tengo diferencias con las Madres–. Nadie puede no darse cuenta que su hijo tiene una militancia, sobre todo una militancia de ese calibre. Y dos años antes o tres de que se la llevaran, ella ya estaba en la militancia, empezó el cambio. Primero era la vestimenta. Antes se vestía con lo mejor, esperaba a la noche para ir al baile los sábados y tenían mucha barra e iban a todos lados. Después, dejó de hacer esas cosas. No se vistió más de esa manera, solo vaquero y zapatillas. Empecé a preguntarle qué pasaba que no venía más a cenar. No hacía la vida rutinaria que se hacía

siempre, una cosa son los sábados y domingos, pero era en la semana que nosotros cenábamos juntos. Pasando los diecisiete años ella comenzó a cambiar, empezó a andar con un chico, le decían el Flaco. Él había intentado entrar en Medicina, pero nunca pudo. Pero igual, de todas maneras, también pertenecía a una familia gallega, muy buen chico, muy buena familia. Pero, siempre estaba el 'pero'. Un día me hablaron del 'hombre nuevo', pero qué era eso del hombre nuevo. Todo eso lo vivía yo porque mi marido trabajaba. Le dije: 'escuchame una cosa, a mí no me va a negar nadie que ustedes están metidos en algo'. Entonces: 'vamos a hablar'. Y me contestó: 'mami quedate tranquila que no voy a abandonar ni el estudio ni el trabajo'. Y después empezaron a traer compañeros. Esto es la verdad, lo que nos pasó. Por muchísimos años, estuvimos calladas y aunque muchas de las madres no lo dicen pasaron por eso: traía los paquetes y nosotros le decíamos que no los traiga, que no traiga nada, ni a nadie. Un día voy a la carnicería y me dicen: '¿qué hacía su hija el otro día a las dos de la mañana entrando paquetes a su casa?'. Ya se había puesto a pleno a militar. Dejó el banco y fue a trabajar a una fábrica (Águila) porque parece que una de las normas de ellos era esa, el trabajo en fábrica. Y traía chicos a casa. Una vez trajo un chico que se había quedado sin habla porque le habían matado a su chica y estuvo como dos semanas. Pero le tuvimos que decir que no podía estar ahí porque nosotros corríamos riesgo, cosa que pasó después con el allanamiento. Con mi marido, le hablamos, le dijimos que en este país no se podía hacer lo que ellos pensaban, que era un país con mucha clase media, que eso no iba a cuajar, que iba a ser un desperdicio, que había mucha juventud y que esa juventud no pasaba ningún problema, no eran indigentes. Llegó un momento en que no había manera de convencerla, de hablarle políticamente, como le hablaba mi marido.

¿Compartía su militancia con la familia?

Yo tengo una carta escrita por el novio de Bety cuando todavía no estaban en esto o estaban medianamente, en la que hablan de política con mi marido, que hace unos elogios increíbles. Hace poco que la encontré adentro de un sobre escrita para mi marido, para Julio, 'Para Don Julio'. Porque mi marido sabía mucho de marxismo, había un clima de izquierda en mi casa, pero nunca se militó. Mi marido sabía de todo, había leído de todo, pero su vida había sido muy dura y realmente no se metió en eso. Y después pasó lo que pasó con nuestra hija. Le hablábamos mucho junto a los otros chicos que venían, que también querían oír a mi suegro que tenía esas ideas. A mi suegro le faltaba una pierna, pero igual se paraba en la calle y se ponía a hablar con los chicos del barrio y estaban locos con él. Pero no hubo manera de convencerla, como no hubo manera de convencer a ninguno.

Beatriz afianzó su compromiso político y su actividad militante y, pese a la resistencia de sus padres, dejó su casa familiar.

Un día, decidió que se tenía que ir de casa. Mi marido tenía horario rotativo, una semana trabajaba de mañana y otra de noche. Ese día, a las doce de la noche, me dijo: 'Me voy'. Y yo le contesté: 'No te vas a ir si papi no está acá. ¿Por qué te vas a ir?'. Para mí era un mundo que no podía ser. Entonces me dijo: 'Espero hasta mañana que está él pero acá no puedo hacer lo que tengo que hacer. Hay cosas que no puedo contar porque son tan graves que son imposibles de decir'. Entonces, al día siguiente se levantó el padre, que ese día trabajaba a la tarde, y le dijo, mientras él planchaba un pantalón: 'Papi yo me voy a vivir a otro lado'. Mi marido nunca tocó a sus hijas, siempre se habló mucho, pero en ese momento la agarró, la puso sobre la

mesa y le rompió el pantalón. Ella, furiosa, me dijo: 'lo siento por vos, no por él', y se fue.

Pocos días después del golpe militar, el 9 de abril de 1976, allanaron por primera vez el domicilio de los Bogo-Sarti. Bety ya no estaba, pero la agresión contra la familia fue brutal. Le siguieron dos más: uno al mes siguiente, en ausencia de la familia, y veinte días más tarde el tercero.

El primer allanamiento fue el más terrible de todos: a las tres de la mañana, rompieron la puerta, en vez de tocar el timbre o golpear. La que me levanté primero, enseguida, fui yo. Claudia –mi otra hija, que tenía once años– estaba en la otra pieza, medio dormida, con esos babydoll finitos, que eran como una especie de camisita transparente. Entraron, trajeron un chico y dijeron: '¡Aída, dónde está Aída! –Aída, por mí– porque él dice que te conoce y que vos sos modista y que tu hija se llama Peti' –no Bety–. Él se vio acorralado y anduvo rondando la casa, entonces lo torturaron hasta que dijo la verdad. También fueron a la casa de los padres de él porque después me trajeron a la madre del novio de Bety y al nieto también. Yo negué todo. Tenía una sed que me moría, me metieron adentro del taller, empezaron a buscar, me robaron todo. Lo que encontraron fue una foto del Che Guevara –no era una foto, era un telgopor con el dibujo–. Estaban todos disfrazados, ninguno con un traje de fajina que te dieras cuenta de que eran militares, todos con vincha y esos pantalones camperos. La más castigada fui yo. Luego, fueron arriba, donde estaban las dos piezas, abrieron los placares y sacaron todo lo que les venía bien. En un momento dado escucho llorar a Claudia. Yo ya tenía mucha sed, estaba en el baño y no me dejaban tomar agua. Había debajo de un vidrio una cédula de Bety que la había perdido –yo la encontré adentro de un libro y la puse ahí abajo–. ¿Por qué cuando trajeron al muchacho dije que no lo conocía?, no lo sé. Yo lo conocía, era

Rafael. Sangraba por todos lados. Él ni abrió la boca y entonces me dijeron: '¿lo conocés o no lo conocés?' Y dije: 'no lo conozco'. Él no decía nada, ni una palabra, estaba todo lastimado. 'Pero dice que vos sos modista', me dijeron. 'Sí, soy modista, pero no lo conozco', contesté. Lo sacaron a la vereda, murió en la vereda y en ese interín me traen a la suegra de Bety con el nieto, ahí sí dije que la conocía, era diferente la situación. Yo no analicé por qué dije que no lo conocía, pero a ella no podía negar que la conocía. Volví a sentir que lloraba Claudia y fui. La habían desnudado, estaba en el comedor y me puse como loca, le habían tirado la ropa y yo la arropé. Uno vino, me tomó de atrás, me llevó de vuelta a donde estaba y me dijo: '¿ves estas balas? –eran como veinte, que salían de ese caño, de un arma larga– te las voy a meter en el cuerpo'. Yo le contesté: 'Sí, pero a mi hija no la tocás'. Fui y la arropé con lo que encontré, con un mantel y ellos se reían. Luego, me volvieron a llevar al taller y encontraron en esa biblioteca un librito chiquito que se llamaba La célula roja. 'Mire jefe, mire lo que tienen acá' y les dije: 'ese es un libro de Medicina' y lo dejaron. Todo esto duró tres horas. Después supe que fueron al fondo y cuando vieron a mis suegros se fueron. Se llevaron todo lo que habían robado. Se habían ido, pero volvieron a golpear la puerta. '¡Que venga la chica!', gritaron. Querían ver de nuevo a Claudia. Yo estaba atrás con mi marido –a él lo lastimaron de un culatazo en la cabeza–, 'no, no es ella', dijeron desde el auto. Eso nos lo contaron los vecinos que vieron todo desde sus ventanas.

Contrariamente a lo que hubiesen imaginado, los vecinos de los Sarti 'se portaron de maravillas', llevándoles comida y reponiendo algunas cosas que les fueron robadas. Al día siguiente del siniestro operativo, a las 9 de la mañana, Beatriz llegó a la casa de sus padres. 'Te vas ya, nos hicieron un allanamiento', le dijo su padre. 'Ni eso la convenció de lo que

le podía pasar a ella y cómo nos exponíamos todos’, recuerda su madre.

Finalmente, el 17 de mayo de 1977, Beatriz fue secuestrada junto a su novio y Aída nunca tuvo noticias del paradero de su hija.

LA BÚSQUEDA DE BEATRIZ Y LA LUCHA CON LAS MADRES

Aída, como tantas madres, inició una búsqueda incansable de su hija. Fue parte del primer grupo de mujeres en busca de sus familiares y fundadora de Madres de Plaza de Mayo.

Que desapareciera mi hija fue una cosa terrible y lo sigue siendo hasta hoy. Hubo un antes y un después. Acá hay madres que tienen dos hijos, hay madres que tienen tres hijos desaparecidos.

¿Cómo se vive? Es una atrocidad. Yo creo que una de las cosas que nos salvó fue el haber podido reunirnos en Plaza de Mayo y hacer esa catarsis. Después de la ronda de los jueves, a la noche, era como unos culebrones porque se decía: ‘Vos sabés que ayer yo levanté el teléfono y me dijo dos palabras nada más, pero era él, era él’. Cada una contaba su historia. Éramos un grupo de mujeres muy diferentes. Porque había algunas de clase baja, pero también hubo muchísima gente de clase media alta. Muchas veces nos preguntan por los padres, pero ellos tenían que trabajar, había otros hijos, y entonces había que seguir adelante. Además, nosotras no queríamos que vinieran porque creíamos que a las Madres no las iban a llevar, pero sí a los padres. Teníamos los cinco padres protectores: Augusto Conte, Alfredo Galetti, Emilio Mignone, Eduardo Pimentel y el otro no me acuerdo el nombre que siempre andaban rondando por la plaza por cualquier cosa.

¿Estuvo cerca de Azucena Villaflor hasta su desaparición?

Yo estuve muy cerca de Azucena Villaflor, la fundadora de Madres. Íbamos de un lado a otro, de una Iglesia a otra. Azucena fue la única que dijo '¡Vamos a la plaza, qué hacemos aquí!'. Si no lo hubiera dicho, seguramente, se hubiera ido diluyendo este grupo y hubiera quedado todo ahí porque el miedo era muy grande... Y Astiz estaba siempre cerca, Astiz estaba con nosotras teniendo las carteras porque perseguía a Azucena, y tal es así que ella un día le dijo: '¿qué haces acá?, vos no tenés que estar acá, sos un chico joven'. Bien atildado siempre con camisa, pelo corto, yo no le daba mucha bolilla porque no me parecía nada. Pero tuve una pequeña duda: una vez él llevó a la plaza al chico que decía era de la hermana desaparecida. Cuando en junio de 1977 fuimos a hacer los 159 hábeas corpus volvió a llevar al chico, pero no era el mismo chico. Yo pensé 'el otro chico tenía el pelo castaño y este, pelo duro, más gordito'. Pero se me pasó porque estábamos con el lío de los hábeas corpus. Después seguimos haciendo cosas y teníamos que hacer algo que al mundo le llamara la atención e hicimos esa solicitud tan importante... Porque hacíamos de todo, las Madres: Azucena visitó a Borges, a Victoria Ocampo, y yo con otra madre me metí en todas las radios.

¿Cómo impactó el secuestro de las Madres?

Astiz ya lo había planeado porque él andaba todo el tiempo atrás de ella. Un día le dijo: '¿Pero, vos, por qué estás acá? A ver, escribime en este diario –llevaba un diario ella– cómo te llamás'. Puso Gustavo Niño. Ya lo tenía pensado. En otros lados dijo otros nombres, pero a nosotras nos dijo ese. Empezó a estar detrás de ella, a tal punto que casi lo lleva a dormir a su casa. Fue así: el 8 de diciembre, nosotras nos fuimos a la Iglesia Betania, pero Astiz nos esperaba en la Iglesia Santa Cruz, ahí él traía un papel, una cosa enrollada y dijo: 'A vos, a vos, a vos te digo'. Con eso estaba

señalando a cuál se tenían que llevar. 'Porque ahora yo vuelvo, a traer más plata'. Beatriz Neuhaus era una madre que tenía una carita que parecía una muñequita, que era muy suavecita y dijo: '¿Pero qué están haciendo?'. 'Esto es un operativo por drogas, señora' y las empujaron a las tres. Ellas se dieron cuenta de lo que estaba pasando. '¡Se la llevan!', gritaron cuando vieron que se llevaban a la monja. 'Se la llevan, se están llevando todo'. Y ellas vieron cómo se llevaban a Esther Careaga, a María Ponce y a la monja. El día 9 de diciembre fue el día de la solicitada: desde las 11 de la mañana me tocó estar en La Nación, en Florida. Yo no sabía de qué disfrazarme, desde las 11 de la mañana hasta las 6 de la tarde. Todas estaban haciendo la carta, pero manuscrita. A la tarde la presentaron y les dijeron: 'Manuscritas, no; tiene que estar escrita a máquina'. Yo ya sabía que nos iban a poner ese problema. Como el marido de Nora Cortiñas trabajaba en el Ministerio de Economía, se fue corriendo para hacerla ahí. En ese momento se jugaron los empleados y en dos horas, a todo vapor, la pasaron con máquinas de escribir. Volvieron alrededor de las 5 y media, por ahí, no me acuerdo bien, pero sé que a las 6 de la tarde cerraban las rotativas. Faltaba pagar. Teníamos monedas y, encima, en la Santa Cruz, Astiz se había llevado todo el dinero que teníamos. Yo ni siquiera tenía idea de lo que pasaba, que me podía haber pasado algo. Salía un poco a la calle, a la vereda, alguien me podía haber agarrado y llevarme. Los empleados del diario se pusieron locos. Mitre –no sé si el nieto o el hijo– dijo: 'Agarren todo, llévenlo adentro'. Claro, ya no nos podían ver ni pintadas. Nos fuimos con la duda de si iba a salir o no, con tantos inconvenientes. En la calle, Azucena me dice: 'Vos ahora te vas a la Plaza y le vas a decir a la familia de Careaga que le llevaron la madre'. Y yo: '¿Cómo le voy a ir a decir eso yo?'. 'Sí, vos vas porque yo hace tres días que falto de mi casa. Vos te vas allá y después te vas a lo de tu mamá. Te bañas

y a las ocho te espero en mi casa'. Era en Sarandí, yo estaba en Barracas. Llegué a Plaza de Mayo, ya estaban todos llorando, así que mucho no pude decir. Me volví a la casa de mi mamá y a las ocho estuve en su casa, no pensé en lo de la Santa Cruz, fui igual. Muy nerviosa, nos repartió a cada una de nosotras una poesía de Benedetti que se llamaba 'Estás conmigo' o algo así. Y a mí me la dio en la casa. Tenía todo lleno de papeles... Azucena estaba muy nerviosa, tomando mate íbamos de acá para allá, mirando la ventanita que daba a la calle, era un día tormentoso. Y le digo: '¿Qué te pasa que mirás tanto para la calle, qué pasa?'. Yo tampoco sabía cómo actuar porque nunca nos habíamos visto en una cosa de esas. Entonces me dice: 'Te voy a decir algo: si te parece que hay una duda de alguien, te tirás al suelo, empezás a gritar'. '¿Por qué me decís todo eso, qué es lo que pasa?' La hija dice lo mismo: 'Mamá ¿te pasa algo, qué te está pasando?'. No me dijo nada de lo de Santa Cruz. Nada, de nada. Yo siempre digo que ella me salvó la vida porque ellas vieron, ellas sabían. Las que estaban ahí, que fueron a lo de Emilio Mignone, contaron que lo primero que vieron fue a la monja, que la metían adentro del auto. Y le dije: 'Mañana vengo. A las 7 estoy acá'. Cuando me acompañaron a Mitre a tomar el colectivo para Barracas, le dije: '¿Por qué vamos a ir a ver a la monja; qué le pasó? Yo la estuve esperando'. Ella sabía lo que había pasado y me dijo: 'No vengas porque me lleva Pedro', por el marido. Entonces me enojé: 'Yo vengo mañana, voy a estar a las 7 acá'. 'No vengas porque me lleva Pedro y se pone muy nervioso'. Me salvó la vida porque si me lo hubiese dicho, como soy yo, hubiese estado ahí un rato antes y hubiésemos ido a buscar el diario juntas. Y el 10 de diciembre fue así: ella fue a buscar el diario, pero estaba borroneado, hasta eso, estaba borroneada una parte de la solicitada. Entonces fue a buscar otro diario y ahí se la llevaron, en la mitad de calle Mitre. El diariero que vio todo dijo que se defendió como una loca

porque era fortachona, pero no hubo caso, la metieron adentro y se la llevaron.

EL ARCHIVO DE LAS MADRES

Aída es responsable del valioso archivo de Madres de Plaza de Mayo, demostrando ser una militante de la Memoria y la Justicia.

Cuando nos reunimos por primera vez en este lugar de las Madres y empezamos a acomodarlo, yo me estaba yendo, me paró Marta y me dijo: ‘Vos te vas a ocupar del archivo’. Entonces le respondí: ‘yo no tengo ni idea de archivo’. Nosotras no teníamos archivo, nadie lo tenía. El archivo eran unas bolsas grandes, llenas de papeles. Nosotras estuvimos en el SERPAJ mucho tiempo, en una piecita, y después también en el MEDH. ¡Fue la gloria cuando nos vinimos para acá! Yo ahí, con todos los papelitos. ¡Si me hubieran sacado una fotografía hubiera ganado un premio! Yo adelante con cuatro, cinco sillas, me senté en el suelo, agarré las bolsas y empecé a sacar uno por uno los papeles y así fui empezando a poner y a sacar; cuando me quise dar cuenta, lo estábamos organizando. Después, Memoria Abierta nos mandó un profesional que pagan ellos y se fue haciendo de a poco. Tuvimos secretaria, cosa que no habíamos tenido en la vida. Y todo eso nos fue ayudando. Tenemos una biblioteca hermosa, hicimos unas pancartas que hubo que recuperarlas. Pero ya tengo ochenta años, me alcanza y sobra con todo esto que tengo que hacer.

PALABRAS DE DESPEDIDA

Como muchas Madres, Aída visita las escuelas llevando su testimonio y su mensaje a los jóvenes.

Una vez, los nenes de una escuela me preguntaron: si yo tuviera que identificar a mi hija con un animal ¿cuál sería ese animal? Sin duda, ella sería una leona, porque lo fue siempre, fue muy especial, como todos en la época, fue una generación muy especial. Pero fue una luchadora. Ella no quiso irse del país porque, para ella, tenía que hacerlo todo estando acá. Y ella sabía lo que estaba pasando, pero siguió luchando. Entonces, después de todo, chicos, lo único que les puedo decir es que luchen, que sigan luchando como puedan, aunque sea difícil, como nos fue difícil a todos nosotros.

ELIA ESPEN

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Elia Espen es la mamá de Hugo Orlando Miedan, quien estudiaba Arquitectura en la Universidad de Buenos Aires y mantenía una militancia comprometida con su tiempo. Fue detenido el 18 de febrero de 1977 a la edad de veintisiete años. Elia, mamá de seis hijos, inmediatamente comienza su búsqueda, iniciando un camino constante e ineludible en la defensa de los Derechos Humanos.

Integra las agrupaciones Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora, Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas y Memoria Abierta. El 24 de marzo de 2010, Elia le entregó su pañuelo blanco, símbolo de la lucha de las Madres, a María Victoria Moyano, nieta restituida por las Abuelas de Plaza de Mayo representando el traspaso generacional en la búsqueda de la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Elia Espen contribuye a mantener viva la Memoria llevando su testimonio a las escuelas, para que estas historias no se repitan:

Mantener la memoria es muy importante. Y eso es lo que yo quisiera que se consiga. No sé si lo voy a llegar a ver, pero para los jóvenes o para los que vengan, es importante que tengan las cosas claras o por lo menos que las investiguen.

El sueño de Hugo era querer cambiar el mundo, que haya más justicia, que no existan tantos pobres. Estudiar para ayudar. Tenían ese sueño de poder cambiar la historia.

LA HISTORIA DE ELIA

Elia Espen es mamá de Hugo Orlando Miedan, detenido-desaparecido por la última dictadura cívico-militar.

Yo soy Elia Espen. Mi hijo está desaparecido desde el 18 de febrero de 1977. Él se llama Hugo Orlando. Tenía veintisiete años y estaba en cuarto año de Arquitectura.

Elia tuvo seis hijos y una vida de trabajo dedicada a su familia para que no les faltara nada. La solidaridad y el esfuerzo compartido era lo que les posibilitaba salir adelante.

Nosotros éramos una familia no te diría de clase baja, pero tampoco media. Una familia trabajadora. Yo era ama de casa, estudiaba para ser masajista, pero era más de estética lo mío. Y después me dedicaba a mi casa. Con mis seis hijos, no tenía mucho tiempo para hacer otras cosas. Y bueno, con la ayuda de Hugo, que trabajaba, y las chicas, que eran grandes, salimos adelante.

La violencia del terrorismo de Estado entró en la casa de Elia. No solo le arrebataron a su hijo, sino que además tuvo que padecer la humillación en su propio hogar.

En mi caso, cuando estos militares vinieron a casa, aparte de llevarse todo, absolutamente todo y no dejar nada, nos maltrataron de una manera muy violenta. Yo fui tremendamente golpeada. En ese momento, tenía una nena de once años y la levantaron de la cama con una ametralladora y le quedó la marca. Cuando entraron, estábamos durmiendo. A mi otra hija, que tenía en ese momento 22 o 23 años, le levantaron el camisón y la manosearon.

Desde ese momento, Elia comienza la desesperada búsqueda de su hijo y desde entonces mantiene viva la memoria y trabaja incansablemente por la verdad y la justicia.

Por esto, pienso que para todo eso que hicieron, tanto la desaparición de mi hijo como todo lo demás, no hay olvido ni perdón.

Como muchas madres, Elia comenzó su búsqueda en soledad pero luego fue encontrándose con otras, que, como ella, buscaban a sus hijos.

Nosotras éramos un grupo en el que todas estaban dispersas con cara de angustia y empezábamos a ir a los mismos lugares. Así, nos fuimos conociendo y, por suerte, tuvimos a Azucena Villaflor. Ella fue quien nos organizó.

EL RECUERDO DE HUGO

Elia recuerda a su hijo con mucho amor. Ya de pequeño mostraba su inclinación por las construcciones y su vocación por la arquitectura.

¿A qué jugaba Hugo cuando era chico?

Me acuerdo que una vez para Reyes le regalamos un camión. Como estaba muy silencioso y no se escuchaba nada, me acerqué para ver qué estaba haciendo. ¡Lo había desarmado! Entonces le dije: ‘Hugo ¿para qué hacés eso?’. ‘Y... para ver, mamá, si puedo construir otra cosa’, me contesta. Eso es lo que más le gustaba: armar y desarmar. Así fue que terminó estudiando arquitectura. Ya se veía de chico que era eso lo que le gustaba.

¿Qué otras cosas le gustaba hacer?

Le gustaba mucho arreglar las cosas de la casa. Pintar, por ejemplo, me ayudaba a mí porque la pintora era yo. Él me ayudaba a arreglar todo, por ejemplo, el calefón o lo que se rompiera en la cocina. Me acuerdo que un día me dijo ‘mamá, aprendé porque algún día no voy a estar yo y vas a tener que hacerlo sola’. Y así fue. Gracias a él, aprendí un montón de cosas.

¿Cómo festejaban los cumpleaños?

Nosotros éramos una familia trabajadora, así que para los cumpleaños yo preparaba tortitas individuales. Las hacía con una velita y así le festejábamos los cumpleaños. Pero él fue creciendo y entonces yo le preguntaba '¿qué querés para tu cumpleaños?'. 'Pastel de papa, mamá, que lo hacés muy rico', me contestaba Hugo. 'Bueno, te hago pastel de papa', le decía yo. Así fue que desde el día en que desapareció al pastel de papa no lo puedo hacer más.

Hugo, como todo hijo, dejó una huella imborrable en su madre y en su familia. Era un gran compañero de Elia y de sus hermanas.

Era muy protector, a mí me protegió un montón. Y la hermana más chica, cuando él desapareció tenía once años. Hugo era como su papá, su amigo y su hermano. Era el que jugaba con ella, era el que le revisaba los cuadernos, era el que la llevaba a pasear para todos lados. Cuando él desapareció, mi hija perdió a su papá, su hermano y su amigo; las tres cosas. Por eso lo sufrió tanto, porque él era muy cuidadoso y atento de todo.

Con orgullo y emoción, Elia comparte una anécdota que muestra el amor de su hijo:

Y esa era su lucha, llegar a recibirse de arquitecto. Estaba en cuarto año de Arquitectura cuando lo secuestraron. Y un día, me llama y me dice: 'Vení, mamá, sentate'. Y agarró una hoja grande, empezó a dibujar ahí y me dijo: 'Esta va a ser tu casa mamá; cuando me reciba, esta es tu casa'. Bueno, más bien que me emocioné y me sigo emocionando.

Al igual que muchos de los jóvenes de su generación, Hugo quería cambiar el mundo. Buscaba una sociedad más justa e igualitaria.

Nosotros teníamos muchas charlas Por eso a mí no me tomó por sorpresa lo que pasó, para nada. Porque él, cuando venía

de la facultad, me decía: ‘Sabés, mamá, que en la facultad se llevaron a otros chicos’. O venía y me decía: ‘Mamá, ¿no te sobra un pantalón?, ¿no te sobra un par de zapatos?’. ‘No, yo no uso zapatos de hombre’, le contestaba. ‘Mirá, estamos juntando para un chico que no tiene’, me explicaba.

¿Cuáles eran los sueños de Hugo?

El sueño de Hugo era cambiar el mundo, que haya más justicia, que no existan tantos pobres. Estudiar para poder ayudar –por que eso era lo que decía siempre–. Por ahí iba a una villa, por ahí ayudaba a los mismos compañeros de la facultad. Era el único sueño que tenía en verdad. Yo creo que la mayoría de los chicos tenían ese sueño de poder cambiar la historia. Siempre hablábamos de esto y Hugo me decía: ‘Mamá, algún día va a cambiar’. ‘Bueno Hugo, ojalá que así sea’, le decía. ‘Sí, mamá, va a costar, va a costar mucho, pero puede llegar a cambiar. La cuestión es que nosotros pongamos lo que hay que poner para cambiar las cosas, como lo queremos hacer’, me explicaba.

TIEMPOS DIFÍCILES: LA DESAPARICIÓN Y LA BÚSQUEDA

Elia sabía que la situación política del país se complicaba cada día más y que el terrorismo de Estado impuesto por la Dictadura estaba teniendo consecuencias atroces en distintos sectores de la sociedad.

Así fue que, cuando cada vez había más desaparecidos, un día le dije: ‘Hugo, te voy a decir algo, ¿no te querés ir?’ La mirada de él fue terrorífica te puedo asegurar y me dijo: ‘Nunca, mamá. Vos sabés porque te conté que hay muchos chicos de la facultad que están secuestrados, entonces yo no me puedo ir y dejar a los chicos que están secuestrados’. Así que bueno, nunca más le

dije de irse. A mí me había salido el instinto de toda madre, de querer protegerlo, pero se ve que era el destino de él. Y así fue

Pero a pesar de conocer lo que estaba pasando, apoyó y acompañó a su hijo en sus decisiones.

Por eso cuando empezó a militar, que era la única de la casa que sabía, porque ni su papá ni sus hermanos sabían nada, le dije: '¿Vos estás seguro de lo que estás haciendo?'. 'Estoy seguro', me contestó. Y bueno, ahí se terminó. Y lo acompañé en todo lo que pude. Nuestras conversaciones eran largas y creo que constructivas porque aprendí mucho de él.

Hugo fue secuestrado el 18 de febrero de 1977 y a partir de ese momento Elia comienza su propia lucha. Recuerda la unión de las Madres en esta búsqueda desesperada y el rol que cumplió Azucena Villaflor en la organización:

Lo primero que se nos ocurrió fue ir a un tribunal a denunciar. Ir a las iglesias a hablar con el párroco. En las comisarías y la iglesia, éramos rechazadas. Nos quedaban los Tribunales, pero teníamos, pienso yo, caras muy especiales en ese momento. Las Madres nos fuimos conociendo totalmente en los tribunales. Enseguida te preguntaban 'y vos ¿quién sos?' y '¿qué te pasa?'. Y ahí empezamos a armar lazos entre nosotras y teníamos, por suerte, a Azucena Villaflor.

Azucena Villaflor cumplió un rol decisivo en la lucha de las Madres y en la conformación de las Madres de Plaza de Mayo. Sin embargo, no pudo vencer la represión de la Dictadura y fue secuestrada el 10 de diciembre de 1977 en la puerta de su casa.

Ella fue la que nos organizó pero tomó parte del todo también. Fue de las primeras que formaron Madres de Plaza de Mayo. Yo la conocí porque también estuve con ella. Y era tan amorosa y tan cálida. Ella venía con unos papelitos preparados y decía: 'Bueno, vos anda acá y vos a otro lado'. Mayormente

a las iglesias. Juntábamos firmas para sacar algún dinero para poder sacar las solicitadas. Y, justamente, ese día que desaparecieron las Madres en la Iglesia Santa Cruz, yo estaba en la Iglesia de Betania juntando firmas. En un momento, cae un muchacho y me dice: ‘Te vas’. Yo no me quería ir, pero me explicó que se habían llevado a las madres de la Iglesia Santa Cruz. Entonces, agarré lo poco que había juntado y me fui. La desaparición de estas Madres creo que nos unió mucho más. Nos ayudó a seguir la lucha.

¿Pudo saber qué pasó con su hijo luego del secuestro?

Yo supe la trayectoria de mi hijo, en parte. Mi hijo estuvo en el Atlético. Porque yo iba a la plaza con esta foto que llevo siempre, y un día se acercó un muchacho y me preguntó: ‘¿Vos qué sos de él?’. Y le dije: ‘la mamá’. ‘Bueno, yo estuve con él en el Atlético’, me dijo. Entonces, le pedí que me contara qué le había pasado. Esta persona no quería contarme, pero yo lo convencí. Porque si hay algo que yo dije e hice toda mi vida no es suponer, porque yo no quiero suponer, quiero saber. Y eso les dije a mis hijos: ‘Hay que saber la verdad por más cruda que sea, pero suponer no sirve’. Porque por ahí suponés mal y te destruye. Entonces, este muchacho al final me contó que había estado en el Atlético, que lo tenían encadenado, que él se había trastornado por las torturas, y que sentía que a veces gritaba: ‘Mamá, mamá’. Y después le dieron el vuelo de la muerte, eso fue lo último para él.

Conocer el destino de su hijo, hizo que Elia redoblara la fuerza para continuar en el camino que había trazado.

Cuando me despido de este muchacho, me pregunta: ‘¿Y ahora qué vas a hacer?’. ‘Ahora voy a pelear más todavía ¿o vos te creés que me voy a quedar en mi casa sentada?’, le contesté. Y eso fue lo que hice y sigo haciendo.

LA IMPORTANCIA DE LA MEMORIA

Elia le otorga una gran importancia a la tarea de construir la memoria y dar a conocer su testimonio para que la historia no se repita.

Cuando voy a las escuelas a hablar, siempre digo lo mismo a los chicos: Yo les voy a contestar lo que yo pienso, pero ustedes tienen que leer y estudiar porque no tienen que quedarse con mi palabra solamente. Tienen que conocer la historia porque es la única forma que se entienda la situación, porque yo te digo lo mismo y nada más. Entonces, hay que estudiar y profundizar y tener memoria porque un pueblo sin memoria, sea de donde fuese, pierde. Pierde el objetivo.

Elia explica la emoción que encierra dar charlas con los chicos en las escuelas y el entusiasmo e interés que muestran.

Dar charlas en las escuelas primarias es muy emotivo. Las caritas de los chicos reflejan curiosidad cuando preguntan y mucho asombro cuando respondemos. Llegar a ellos no es difícil: cuando les digo que soy una mamá que salió a pelear para saber la verdad sobre su hijo y todos los desaparecidos, eso les da pie para sus preguntas. Y estas preguntas parecen inocentes, pero son certeras. Y, cuando los miro, veo que el futuro es promisorio.

Sobre la importancia de construir la Memoria, Elia afirma:

Mantener la memoria es muy importante. Y eso es lo que yo quisiera que se consiga. No sé si lo voy a llegar a ver, pero para los jóvenes o para los que vengan es importante que tengan las cosas claras o por lo menos que las investiguen. Que averigüen verdaderamente todo lo que pasó, sin mentiras, sin ocultamientos porque, para mí, lo peor es ocultar. Estos son los hechos y hay que decir la verdad. Para mí, esa es la forma de que todo vaya adelante, porque si no te quedás a mitad de camino.

¿Cuál es su sueño?

Mi sueño es que se abran los archivos porque si los archivos no se abren no llegaremos a la verdad. No han sido solamente los militares los únicos responsables de todo lo que sucedió en el país; hubo complicidad civil. Hay importantes industriales, hay gremialistas en todo esto. Si los archivos se abrieran, ahí se puede llegar a descubrir toda la verdad. Yo agradezco todo lo que se está haciendo con los juicios, pero para mí es incompleto porque se toma a un grupo y se lo lleva de acá para allá, pero no surge otra gente de los que están implicados. Entonces, mi sueño es ese, que en algún momento se sepa bien la verdad de cómo ha sido el desastre que han hecho.

PALABRAS FINALES

Elia considera central la tarea educativa para que estas historias no se repitan.

La historia tendrá que ser verdadera y eso depende de las enseñanzas que se realicen en el área de educación. No debe haber un desaparecido más por pensar diferente. Con justicia, memoria y verdad, lo conseguiremos.

JOSEFINA GARCÍA DE NOIA

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Josefina García nació el 6 de julio de 1921 en la Ciudad de Buenos Aires. En el año 1941, se casó con Juan Carlos Noia y tuvieron cuatro hijos: Alicia (1942), Daniel (1944), María Lourdes (1946) y Margarita (1953). En 1976, dos de sus hijos, Alicia y Daniel, emigraron a Australia. A pesar de la situación del país, María Lourdes decidió quedarse.

El 13 de octubre de 1976 Lourdes fue secuestrada en su domicilio junto con su marido Enrique Mezzadra, mientras que su hijo Pablo, de dieciocho meses, fue dejado en manos de una vecina. En ese tiempo, se había recibido de psicóloga y ejercía la docencia en la Universidad de Morón.

A partir de ese momento, Pepa Noia inició un camino incansable en la búsqueda de su hija: recorrió el Ministerio del Interior, comisarías, cuarteles, iglesias, embajadas y los edificios de la Armada, de la Fuerza Aérea y del Ejército. Formó parte de las catorce mujeres que por primera vez se reunieron en Plaza de Mayo el 30 de abril de 1977 para reclamar por el paradero de sus hijos desaparecidos y fue una de las fundadoras de la agrupación Madres de Plaza de Mayo.

El 5 de julio de 2010, Pepa Noia fue reconocida como 'Ciudadana Ilustre' de la Ciudad de Buenos Aires, reconociéndole de esta manera su lucha incansable e ineludible en la defensa de los Derechos Humanos. Falleció el 31 de agosto de 2015, a los 94 años. Para recordarla, compartimos un

reportaje que le realizó el Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires en 2012.

A mi modo de ver, la Plaza es de las Madres. Y es de los desaparecidos. Hasta qué punto será de las Madres que los restos de Azucena (por Azucena Villaflor) fueron cremados y sus cenizas fueron esparcidas allí por voluntad de su hija.

LA HISTORIA DE PEPA

Josefina García, Pepa, nació en 1921. A los veinte años, se casó con Juan Carlos Noia, con quien tuvo cuatro hijos. El 13 de octubre de 1976, su hija María Lourdes fue secuestrada junto con su marido. A partir de ese momento Pepa cambió su rutina y se dedicó exclusivamente a la búsqueda de su hija.

Yo me llamo Josefina García, pero todos me dicen Pepa. Noia es el apellido de mi marido. Tuve cuatro hijos: mi hija mayor, Alicia, que está en Australia; Daniel, que estaba en Australia y falleció hace seis años; Margarita, que es secretaria de Derechos Humanos de la CTA, y María Lourdes, que está desaparecida. Además, tengo muchos, muchos nietos, tanto acá como en Australia.

Mi hijo Daniel en 1976 se fue a vivir a Australia porque lo mandó la Ford, donde trabajaba. Como estaba muy bien, llamó a todas sus hermanas para que vayan allá. Mi hija mayor se fue. Pero María Lourdes no quiso, dijo: 'Si todos nos vamos, qué va a ser del país'. Alicia se fue el 3 de octubre de 1976, y a María Lourdes la secuestraron diez días después, el 13 de octubre.

En 1976, María Lourdes, la tercera hija de Pepa y Juan Carlos, estaba casada con Enrique Mazzadra, con quien tenía un hijo, Pablo, de dieciocho meses. Pepa cuidaba a su nieto los días martes y fue precisamente un martes el último día que vio a su hija.

Los días martes ella venía a casa y me dejaba al nene, Pablo, que en ese momento tenía dieciocho meses. Se quedaba a comer y después iba a la facultad a dar clase. Era una costumbre, por entonces, comer fideos los jueves y los martes yo hacía bifés a la criolla. Un día me dijo ella: ‘No me hagas más bifés a la criolla, cambíame el menú’. Y le respondí: ‘Tenés razón’. Cuando ella se fue, yo me quedé con el nene y cuando cruzó la calle yo la llamé y le dije: ‘¡Lourdes!’. ‘Sí, mami’, me contestó. ‘Cuidate por favor, eh’, le dije. ‘Mami, sí, estate tranquila’, me contestó. Al otro día se la llevaron. Esa fue la última vez que hablé con ella. Nosotros sabíamos lo que estaba pasando porque Lourdes nos contaba lo que sucedía con algunos de sus compañeros. Ese fue el último día que hablé con ella. Después no la vi más.

Lourdes era una joven comprometida con su tiempo. Trabajaba como psicóloga y como docente y tenía una militancia que demostraba su búsqueda por un mundo más justo y solidario. Fueron estos ideales los que atacaron los responsables del Terrorismo de Estado en la última dictadura cívico-militar.

Tenía muchos amigos, que muchas veces llamaban a su casa. Tenía un sobrenombre, pero no me acuerdo ahora. Ellos preguntaban por ese sobrenombre y yo decía: ‘No, acá no está, está equivocado’, y punto. Ellos se daban cuenta, porque me conocían, que no quería hablar por teléfono.

A Lourdes se la llevaron los de la Marina, pero al tiempo los de Policía entraron al quinto piso, los golpearon y revolvieron todo. Les dijeron que buscaban a María Lourdes. Cuando pudieron hablar, los vecinos del quinto dijeron que la persona que buscaban era del piso de abajo y que se la habían llevado, pero le dejaron la casa destrozada. Buscaban a Lourdes y eran otros.

Durante el operativo, Lourdes y su esposo Quique fueron secuestrados. Pablo, su hijo, fue entregado a una vecina.

Quique fue liberado al poco tiempo, mientras que Lourdes aún permanece desaparecida.

En el departamento de Lourdes quedó todo tirado por todos lados. Cuando el cerrajero abrió la puerta, lo primero que dijo es: '¿Qué pasó acá?', sacó un cigarrillo y lo prendió. 'No se preocupe, tengo permiso de la comisaría', le dije. Me cambió la cerradura, pero no le gustó nada. Estando Lourdes, ellos vieron todos los libros que había. Una mamá agarró los libros, los empaquetó y los tiró en el río. Después me decía: '¡Qué pena, cada vez que me acuerdo de los libros que tiré al río...! Podría haberlos guardado en algún lado'. Lo único que pusieron bien, arriba de la mesa, fue el cuadro de Perón y Evita. Se llevaron a ella y a él también, pero al nene no. Yo pienso que debía de ser un grupo de tareas nuevo porque si no se lo hubieran llevado. Se lo hicieron dejar a la vecina. Lourdes se lo entregó a la señora. No dejaron ni que lo vistiera, lo acababa de bañar. Uno de ellos le dice: 'Llevá el chico a la cocina, sacalo de acá'. Lo que les llamaba la atención eran unos paquetes que había con las cosas de mi hijo Daniel, que se había ido a Australia y habían quedado las cajas con platos, cubiertos. Ellos querían saber por qué estaba eso ahí. Eso fue lo que contó Quique cuando lo largaron un tiempito después. A ella no.

Con la entereza y el valor que las Madres han demostrado, Pepa inició su búsqueda y su lucha por los Derechos Humanos.

Nunca, nunca, van a decir: 'la vimos llorar a Pepa'. Yo lloraba cuando salía a la calle, cuando iba en los colectivos, me sentaba a fumar y lloraba. Pero delante de ellos nunca, jamás lloraba. Cuando iba a los ministerios decía: 'No hay que mostrarles el dolor que uno tiene'. Ni bien salía, lloraba como una desgraciada todo el camino. La gente te miraba, pero qué

importa, vos no pensabas que te estaban mirando. Pero delante de ellos no. Jamás.

EL RECUERDO DE MARÍA LOURDES

Pepa recordó a su hija con la ternura y la emoción de todas las madres, quien nació el 21 de noviembre de 1946 en la Ciudad de Buenos Aires. Así relataba algunas anécdotas de la infancia y adolescencia de María Lourdes.

Le elegí nombre porque en esa época yo iba mucho a la iglesia de Lourdes y pensaba: 'cuando tenga a la nena le voy a poner Lourdes'.

¿Cómo era de chiquita?

Para empezar, ella era hincha de River. A ella le gustaba salir con las chicas, le gustaban los gatos. De más grande, le gustaba ir a las peñas. Iba a las iglesias en que había peñas a la nohecita. Mis hijos eran buenos chicos. Pero María Lourdes me daba trabajo en la escuela. Un día me dijeron que la mandara al psicólogo, ella tenía siete años, y la psicóloga me dijo: 'Señora, la felicito. Usted tiene una hija que es toda una intelectual'. Me hacía venir loca con la escuela: no hacía los deberes, se los hacía hacer al hermano, pero ella pasaba de grado igual. Cuando terminó la escuela, me acuerdo que era la mejor amiga de todas, la mejor alumna. ¡Y pensar que yo mil veces fui a hablar con la maestra por ella! Porque era así, pero era muy inteligente Lourdes. Ninguno de mis hijos me ha dado trabajo, pero Lourdes era diferente. No es que tuviera problemas, ella era así, y además era muy buena. Todos en sus cosas eran distintos, cada uno tenía su manera de ser, pero no eran malos, no se peleaban entre ellos nunca. Lourdes jugaba con las muñecas, le gustaba mucho, tenía un bebito, ella lo vestía, lo desvestía lo acostaba... Nunca me dieron mayor trabajo.

¿Dónde vivían?

Yo vivía en un conventillo, tenía siete piezas. Cuando los chicos eran chicos, vivimos en la calle Austria, a cuatro cuadras de Las Heras y a cinco de Santa Fe. Ahí, donde vivía (Almirante Isaac) Rojas. Yo lo conocía, también a la familia. A la tarde mandaba a los chicos a la escuela e iba a trabajar. Mi marido se enojaba porque, en realidad, no precisaba trabajar ya que en la municipalidad pagaban bien. Mi marido había sido boxeador y dejó de boxear cuando nació mi hija Alicia. Después fue barrendero municipal. Era uno de los trabajos que estaba bien pago, pero yo quería comprarle zapatitos blancos con suela de cromo a mi hija y por eso trabajaba.

¿Lourdes era de compartir con sus compañeros, en sus fiestas de cumpleaños en su casa?

La querían todos, tenía muchos amigos. Cuando eran chicos no iban a ningún lado y después, cuando empezaron las peñas, ahí sí. Lourdes iba a las peñas de la Iglesia con Alicia. Una vez, ya más grande, fue a un baile de primavera con unas amigas. Iban a elegir a la reina de la primavera y la llevaron a Lourdes y a Alicia. Estaba todo arreglado para que saliera princesa la hija de la señora de la casa. Pero salió Lourdes, la eligieron a ella. ¡Nunca más las miró esa señora! Porque el premio tenía que ser para su hija. Cuando llegaron a la mañana ¡yo me quería morir! ¡Lourdes con la banda puesta, y un cheque de 500 pesos! Y nunca más las invitaron a ninguna de las dos. La eligieron porque Lourdes era rubia de ojos azules. Ya de chiquita, desde que nació, tenía una piel muy especial. Me acuerdo que todos decían ‘¡pero mirá la piel que tiene esta nena!’, y la llevaban por ahí para mostrarla. Cuando eran más grandes, la casa donde vivíamos tenía un gran patio, largo, y hacían bailes ahí, como se usaba en aquellos tiempos. Venían los chicos, los amigos, y

bailaban ahí, en el patio. Y después, también recolectaban plata para los chicos pobres. Siempre andaban así.

¿Qué música o cantante escuchaba?

A ella le gustaba toda la música. Iba mucho a las peñas, yo la dejaba ir. Escuchaba folclore. Me acuerdo que un día estábamos cenando en un lugar cerca de casa y ella se va a otra mesa a hablar, andaba de aquí para allá porque todos la conocían y de pronto se puso a cantar en una mesa. ¡Nos queríamos morir! Me acuerdo que después nos pagaron la cena. La queríamos matar ese día.

¿Estaba enamorada?

Iba a los bailes, a las peñas y tenía noviecitos, pero no le duraban mucho. Después, más grande, en la facultad, sí tenía novio, se llamaba Fernando. Un día se separaron y él se fue a Misiones. Mucho tiempo antes de que se la llevaran, salió en el diario que en Misiones habían herido a un muchacho que se llamaba Fernando López. Muy grave estaba y ella estaba loca por ir para allá a ver qué había pasado. El muchacho se curó, nos llama por teléfono cada tanto. Después conoció a otro chico, Quique, con quien se casó. Yo nunca me metía. Se casaron, que íbamos a hacer

¿A qué colegio iba en la secundaria? ¿Le gustaba estudiar?

Iba al liceo de señoritas de la calle Santa Fe. Un día estaban por echar al rector y ella organizó salir a la calle y pelear para que no lo echaran. Cuando supe que estaban en la calle fui volando a ver qué pasaba. ¡Me quería morir! Y no lo echaron al rector, todo el colegio salió a la calle. Ella tuvo escarlatina cuando estaba a mitad de año y le faltaban pocos días para quedarse libre, pero al final como era buena alumna la dejaron continuar. El primer

año lo terminó bien, pero se llevó Inglés y Zoología, que no le gustaba. Después dio libre segundo año. Tenía una profesora, me acuerdo, que me decía siempre: 'Doña, usted no sabe el mal que le está haciendo a su hija, por la edad, cada cosa a su edad'. Pasó a tercer año y lo dio bien. Cuarto año lo hizo libre y el quinto año lo hizo normal. Hizo el ingreso a la facultad y había que pagarle a una profesora, yo la llevaba a Devoto. Fue así como entró a la facultad con dieciséis años. A ella le gustaba estudiar. Después, también trabajó en una librería. Cuando se casó, terminó la carrera de psicología. Estando casada, iba y venía. Por la noche estudiaba.

Fue así como siendo muy joven, Lourdes mostraba ser una adolescente que defendía sus ideas, con una capacidad e inteligencia poco habitual para los chicos de su edad. En tres años, cursó el secundario y con tan solo dieciséis ya era una estudiante universitaria.

LA BÚSQUEDA Y LA LUCHA CON LAS MADRES

Para comienzos de los 70, Lourdes ya se había recibido de psicóloga y además de abrir su consultorio, compartido con otros dos compañeros, comenzó a trabajar en 1973 en DINEA (Dirección Nacional de Educación para Adultos). A su vez, daba clases en la Universidad de Morón en la Carrera de Turismo. En 1974, nació Pablo, su hijo. María Lourdes tenía tiempo para todo: el trabajo, la familia y la militancia.

María Lourdes es secuestrada junto a su marido el 13 de octubre de 1976. Tenía 30 años y un bebé de dieciocho meses. Al día siguiente de la desaparición, Pepa recibe la noticia e inmediatamente inicia su búsqueda.

Me vinieron a avisar a la mañana. Vino la mamá del marido de Margarita. Se para en la cocina, me mira y dice: 'Pepa, yo te

lo tengo que decir'. Yo la miro. Dice: 'Anoche se llevaron a María Lourdes'. Durante mucho tiempo yo sentí como si esa señora tuviera la culpa de que se llevaran a Lourdes. Luego, me cambié, me fui y no paré más. Fui a la comisaría porque era algo muy serio. El que estaba en la puerta de guardia me preguntó: '¿Qué busca, qué quiere?' y me dio una rabia... 'Busco al oficial', le dije, pero ellos querían saber. Me tocó un oficial bueno dentro de todo. Me contó que tenía que hacer un hábeas corpus y le pregunté qué era eso. Me dijo: 'Yo se lo voy a hacer'. Él lo hizo, pero no puso ningún dato, ponía rayitas donde iban los nombres. 'Usted esto lo hace y pone lo que sabe que pasó con su hija, pero por favor no le diga nada a nadie'. Y así fue. Después, tuve que ir otra vez para pedir permiso para abrir el departamento.

Pepa, como todas las madres, comenzó la búsqueda en soledad y, poco a poco, se fue encontrando con otras madres que, como ella, intentaban averiguar el paradero de sus hijos. Pepa fue una de las primeras catorce mujeres que recorrió la Plaza de Mayo aquel 30 de abril de 1977. Pero, además, fue la primera en llegar: estaban ella y las palomas.

En la Iglesia Stella Maris, una señora se para en medio del pasillo largo que tenía y, pese a que estaban los guardias pidiendo los documentos, dice: 'Señoras, señores, nosotros lo que tenemos que hacer es ir a Plaza de Mayo a reclamar por nuestros hijos, como hicieron nuestros mayores' y siguió hablando pero yo no escuché más. Un señor buscó una fecha y eligió el 30 de abril. No nos dimos cuenta de que era sábado, ¡no había un alma!, nadie, pero se eligió así. Ella habló mucho. Ese día también estuvo Marcos Zuker. Pobre, el cura le dijo que al hijo lo habían matado y salió llorando, ¿sabés cómo lloraba? Al tiempito lo llamó el hijo, era mentira. Él lo agarró y lo mandó a Brasil. Cuando vinieron los de la OEA, el chico dijo: 'Me voy a Buenos Aires a presentar la denuncia en la OEA'. Chau, ahí sí lo bajaron.

¿Cómo fue ese primer encuentro en la Plaza de Mayo?

Yo llegué muy tempranito, dos horas antes de la hora que acordamos. No había podido dormir en toda la noche. Fui a la plaza, no había un alma. Eran las palomas y yo, ese día había muchísimas. Yo esperaba y fumaba. Al ratito llegaron las otras mamás. Había una chica que era del Partido Comunista, pero no quiso dar el nombre, y estaban las tres hermanas de María Adela. Después dijimos: ‘Vamos el viernes’ y así empezamos a ir los viernes. Ya vino un poquito más de gente y fue aumentando. Había una mamá que se llamaba Nora a la que le habían llevado una hija que se estaba por casar, le llevaron todos los regalos. Ella dijo: ‘¿Por qué no venimos los jueves? El viernes es día de brujas’. Y quedó los jueves. Ella falleció. Así empezó. Empezamos a dar las vueltas porque no podíamos quedarnos quietas, los policías nos hacían caminar. Nos decían: ‘¡Circulen, circulen!’.

Pepa también recuerda el día en que Astiz se presentó ante las madres con el nombre falso de Gustavo Niño, diciendo que tenía un hermano desaparecido. A los pocos meses, se dieron cuenta de la traición de la que habían sido objeto.

En el mes de octubre apareció (Alfredo) Astiz. Decía que tenía un hermano desaparecido y que su madre estaba muy enferma, por eso venía a la plaza. Y las madres lo cuidaban como si fuera su hijo. Azucena (Villafior) le decía: ‘No vengas, es peligroso. Vos decime dónde te llamo, cuando hay que firmar algo, te aviso’. ‘No, yo no tengo miedo’, nos decía. No tenía miedo, fue un vendido. No me acuerdo de los rostros, se me borran las cosas, pero lo que no se me borra es la imagen de la piba que vino el primer día (me dijeron hace poco que la habían matado) y la de Astiz. Pienso y lo veo: con una chomba blanca, de media manguita, parecía un pibe jovencito, haciéndose el Don Juan. Él siempre atrás de Azucena y se había hecho muy amigo de Remo. Remo era un muchacho que había sido seminarista. Íntimos se

hicieron, lo llevaba a todos lados. El 8 de diciembre se lleva a las Madres de la Iglesia Santa Cruz y el 10 va a Sarandí a buscar a Azucena. También se la lleva. A Remo lo va a buscar a la casa. Remo lo llevaba a asados, a reuniones de amigos, a todos lados y este tipo... No, no. Si lo pensás, no te entra en la cabeza. ¿Cómo, brindándole toda la amistad que le brindó, entregarlo así? Remo nunca apareció. Las que aparecieron son las madres en General Lavalle. ¡Qué cosa rara! Las tiran del avión y aparecen juntas, menos una monjita. Aparecen las tres mamás, con Azucena cuatro. Todas ahí en la playa. Al tirarlas en el mar, una puede ir para acá, la otra para allá, pero ellas fueron juntas. Cuando dijeron que estaban ahí, los antropólogos vieron que eran ellas. Las mamás, Azucena, la monjita y una piba que era catequista, una cosa así. No se supo quiénes eran los muchachos, pero, las madres juntas con la monjita. Y la otra monjita no, no sé dónde la tiraron. Así aparecieron sus cuerpos.

¿Cómo fue que decidieron usar el pañuelo blanco?

En el 78 íbamos a ir a Luján, nunca habíamos salido tan lejos y dijimos: ‘¿Cómo nos vamos a conocer?’, porque cada una iba por su cuenta, y una de las Madres dijo: ‘Nos ponemos un pañal en la cabeza’. Nos pusimos un pañal para encontrarnos todas las madres. Después ya nos quedamos con los pañuelos.

¿Cómo eran las marchas en la época de la dictadura?

En la época de la dictadura íbamos a la Plaza. Primero, íbamos y nos corría la policía. Una mamá dijo que eran los militares, pero nunca, nunca nos corrió un milico. La policía era la que nos corría. Nos corría por un lado, nos íbamos, entrábamos por otro... Después empezamos a juntarnos y éramos tantas que ya los vigilantes hablaban con nosotras. Uno nos dijo un día: ‘Cada vez que vienen los jueves me da una bronca porque yo no entré a

la policía para correr a mujeres'. Un día veníamos para la Plaza, se acercan dos tipos caminando y nos dicen: 'No vayan a la plaza, la policía les está sacando los documentos'. Y fuimos para allá. Con el tiempo, un día hablando de si te acordás de aquellos dos que nos pararon, dos de civil. Era enorme la cantidad de documentos que tenían y llegó una orden de la comisaría 2ª para que los devuelvan. Y nadie los quiso aceptar. Muchas veces pasó eso. De ir a las comisarías y quedarse afuera. Otras entraban. ¡Estaban furiosos! Devolvieron los documentos, les tomaron los nombres y las echaban. Las madres nos reíamos por el fastidio que les daba a los tipos todo eso. A la semana siguiente, vuelta otra vez a empezar. Así era la cosa, no era tan fácil. La primera vez que llevaron presas a las Madres, creo que llenaron cinco colectivos 60. Y otro grupo que queríamos meternos en las casas, pero no nos dejaban entrar. Por suerte había un parking de autos, nos llamaron de ahí y fuimos. Ahí nos quedamos unas cuantas. Cuando se va a la policía y se lleva los colectivos nos reíamos, nos hacíamos comentarios y en eso aparece mi marido que me andaba buscando. Fuimos a la comisaría a esperar que salieran. Esperamos hasta que salió Nora (Cortiñas). Salió a la medianoche. A Azucena la soltaron también, pero no le soltaban al hijo y a la nuera y dijo: 'Hasta que no salen ellos, yo de acá no me muevo'. Con mi marido y Nora nos fuimos para Castelar, era medianoche ya. No sabés las veces que Nora ha estado adentro en la comisaría, presa. Y yo esperándola. En cuántas cosas hemos andado las Madres, escapando, corriendo...

¿Qué otra anécdota nos puede contar de su búsqueda?

¿Sabés lo que hizo un día Nora (Cortiñas)? Fue a la Mansión Seré (centro clandestino de detención, en Morón). No le dijo nada a nadie. Vino a casa y me dijo lo más tranquila: '¿Sabés de dónde vengo?'. Le contesté: 'Yo te mato, ¿estás loca?'. Me quería morir.

Me contó: ‘Fui a la Mansión Seré. Me puse a caminar para el lado de la casa, miraba para todos lados. Entonces sale un tipo que dice: ¿qué busca señora?’. ‘Mi hermano quiere poner un geriátrico y se vende el predio y lo quiere comprar’. Hablaba fuerte para que me escucharan los de adentro. Yo vi que me espiaban por una rejilla. Y él: ‘No señora, está equivocada’. ‘No, cómo voy a estar equivocada si me dijeron bien’, le decía Nora. ‘No, mire, vaya a la municipalidad y averigüe bien. Va a ver que esto no se vende’. Al final, se fue. Después vino a mi casa y me contó lo que pasó. Yo le dije: ‘¡Cuando sepa Carlos te mata!’. Ella era así; es así. Otro sábado venía de la peluquería y dice: ‘Pepa, en la peluquería dijeron que hay un lugar donde ayer mataron unos chicos’. Y fuimos allá. Empezó la caminata. En los negocios preguntábamos: ‘Nos dijeron que acá mataron a unos chicos ayer’. ‘Sí, pero, sabe qué pasó señora’ te contaban. ‘Secuestraron a una señora y no la querían soltar, entonces fue la policía y los mató’. ‘¡Qué cosa, qué barbaridad!’. Seguíamos caminando. ‘Me dijeron que’ otra vez: ‘No señora’. Todos nos decían lo mismo. ‘¿Qué hacemos?’, pensamos. Y estábamos paradas delante mirando la casa porque sabíamos cuál era la casa y dijimos: ‘Vamos a la delegación’. Yo nunca le dije a Nora ‘dejame hablar a mi’. Tomamos un colectivo y fuimos.

¿Sabés dónde era la delegación? Vos mirabas así era todo campo, en medio del campo, una cosa chiquita, ahí era la delegación. Y sale el policía: ‘¿Qué buscan?’ Y respondí: ‘Mire, nos dijeron que habían matado a unos chicos acá y nosotros buscamos a nuestros hijos’. Nos mira y nos dice: ‘No, estén tranquilas, nada que ver’. Y nos contó lo mismo que nos contaron en el otro lado. Que habían secuestrado a la señora de no sé quién. Nada que ver. Se hizo de noche y a la vuelta, llovía. ‘Un día de estos nos matan a nosotras’. Y así era la vida de Nora y la mía... Yo he ido a muchos lados con Nora, ella me

venía a buscar y salíamos a San Miguel. Es impresionante los lugares donde uno ha ido, lo que pasa es que se te borra mucho.

¿Qué pudo reconstruir sobre el destino de María Lourdes?

Nada. Se la llevaron y chau. No sé a dónde. Les voy a contar algo que no dije: cuando se llevaron a Lourdes, todavía las Madres no nos juntábamos, iba a la ESMA porque sabía que podía estar ahí. Caminaba por esa cuadrita hasta cerca de donde estaban los milicos. Siempre me acuerdo que pasaban los Ford Falcon a toda velocidad y entraban. Yo me paraba y decía: Me gustaría ser 'Hechizada'. Hechizada era un programa de brujas que había en televisión, que movía la nariz y se le cumplía el deseo. Decía: 'No seré hechizada para que te revuelques en la calle'. Y el auto corría y entraba a la ESMA. Muchas, muchas veces fui. Sola, en aquel tiempo andábamos solas. Y un día no fui más porque igual lo único que veía era pasar autos.

¿Estuvo en la ESMA?

Estuvo ahí, por lo que dijo Quique (esposo de Lourdes). Una vez, no sé a dónde fui, tomé el tren que pasaba por ahí y miraba para ese lado, para la ESMA, y se veía adentro el jardín. Me acuerdo que miraba por la ventanilla y se veía para adentro. No se veía nada, se veía nada más que el jardín, las paredes y nada más. Pero uno miraba igual...

PALABRAS FINALES

Muy poco fue lo que Pepa pudo reconstruir sobre el destino de su hija, pero siempre guardó en su memoria el último recuerdo:

Cuando ella se fue y le dije: 'Cuidate'. 'Sí, mami, estate tranquila'. No se me olvida nunca: ¿Quién iba a decir lo que ocurriría después? Nunca soñé que iba a pasar eso. No. Es impresionante. Hay algo que yo recuerdo, que no se puede contar en realidad, porque dicen: 'ésta está loca'. Yo estaba acostada y no podía dormir. Escuché un grito terrible como un lamento. Lo escuché en la pieza. El lamento pasaba y se iba. Y dije: 'Es Lourdes'. Como que se moría, le pasaba algo, gritos. Nunca más sentí lo mismo. Una vez sola me pasó. Pienso que sería cuando murió. Pero siempre recuerdo los gritos porque decía: 'No puede ser'. No estaba soñando, nada que ver. Yo nunca pensé que me iba a pasar una cosa así. Ni a mí ni a todas las madres.

HAYDEÉ GASTELÚ DE GARCÍA BUELA

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Haydeé Gastelú es madre de Horacio García Gastelú, estudiante universitario secuestrado el 7 de agosto de 1976 a los 21 años. Haydeé se casó con Oscar García Buela, con quien tuvo tres hijos: Alicia Ester, Horacio Oscar y Diego Fernando.

Horacio fue estudiante del Colegio Nacional Buenos Aires y posteriormente comenzó sus estudios universitarios en Ciencias Biológicas en la Universidad de Buenos Aires. En 1976, se encontraba haciendo el servicio militar en Bahía Blanca. Estaba de licencia en Buenos Aires cuando fue secuestrado en la casa de su novia, junto a ella.

A partir de ese momento, Haydeé comienza su búsqueda siendo una de las catorce mujeres que por primera vez se reunieron en la Plaza de Mayo el 30 de abril de 1977. Es una de las fundadoras de la Asociación Madres de Plaza de Mayo y actualmente Vicepresidenta de Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

Luego de 25 años, gracias al trabajo de los antropólogos forenses, Haydeé logró encontrar el cuerpo de su hijo y los responsables fueron enjuiciados y encarcelados. Así pudo saber que Horacio fue una de las treinta víctimas de la masacre de Fátima, hecho ocurrido entre el 19 y el 20 de agosto de 1976.

A pesar de los años transcurridos, Haydeé '*sigue luchando y de pie*'. Porque si bien, como ella dice, en el caso de su búsqueda logró Verdad y Justicia aún queda algo por hacer:

Sigue faltando que en la realidad se cumplan los sueños por los que mi hijo dio la vida. Y ahí estoy, tratando en los años de mi vida, de seguir luchando para eso, para que se logre esa realidad.

*Este mismo sol que nos
enumera dará de comer a
nuestros hijos
lo poco que sepamos
procurarles, en su incendio
de soledad
camina esta distancia apenas
olvidada como tejió la luz de
enero juntos después de enterrar
a los más queridos empujando
la sangre con indiferencia.
Horacio Oscar García Gastelú*

LA HISTORIA DE HAYDEÉ

Haydeé era una madre dedicada a la crianza y educación de sus hijos cuando la tragedia invadió su hogar el 7 de agosto de 1976. Ese día, su hijo Horacio, fue secuestrado en la casa de su novia transformándose en una de las víctimas del Terrorismo de Estado. En ese momento, Horacio se encontraba realizando el servicio militar.

Desde un principio lo registraron en calidad de 'observado'. Que yo sepa no militaba en ninguna organización, pero era egresado del Colegio Nacional Buenos Aires, que estaba muy politizado, y se ve que con eso alcanzaba.

Horacio era egresado del Colegio Nacional Buenos Aires y era estudiante de Ciencias Biológicas en la Universidad de Buenos Aires. Antes de desaparecer, les había comentado a sus padres que le resultaba sospechoso el trato que tenían hacia él y que creía que lo estaban investigando. Había sido dado de franco desde el 26 de julio al 11 de agosto y debía presentarse nuevamente en Baterías, Bahía Blanca.

El 7 de agosto de 1976, un grupo armado irrumpió en la vivienda de Ada, la novia de Horacio, en la localidad de Banfield.

Aparentemente, habían saltado por la tapia del Juzgado de Menores que limitaba con su casa. A Horacio y su novia los encapucharon y los llevaron para hacerles algunas preguntas. Eso les dijeron.

A partir de ese momento, ambas familias presentaron su hábeas corpus sin recibir respuesta alguna. Haydeé y su esposo hicieron la denuncia en el Comando de la Armada, ya que su hijo debía presentarse a los pocos días en el servicio militar. Haydeé, poco a poco, comenzó a encontrarse con otras madres que como ella buscaban el paradero de sus hijos. Fue una de las catorce mujeres que se reunieron el 30 de abril de 1977, por primera vez, en la Plaza de Mayo.

Fueron años muy difíciles, de una soledad tremenda, porque nadie te quería escuchar. Para nosotras fue muy importante encontrarnos. Y a partir de nuestra búsqueda se consolidó nuestra amistad. Yo soy una de las catorce que ese día de abril nos encontramos en la Plaza. Desde entonces aprendí que todo el que tenga un problema, lo mejor que puede hacer es unirse. Y fuertemente, porque ayuda en la vida. Fue así como luchamos para que en el país subsista la Memoria y poder llegar a la Verdad y a la Justicia, que era nuestra meta.

EL RECUERDO DE HORACIO

Haydeé es madre de tres hijos. La mayor, Alicia, nació con un serio problema de salud que determinó que su dedicación y atención giraran en torno a ella. Horacio nació el 24 de abril de 1955. Más tarde, llegaría Diego.

Mi hijo Horacio vino al mundo después de una hija muy enferma, así que ya vino marcado a llenar un lugar muy especial en el hogar. Igual, fue un chico especial, muy sensible. Fue muy compañero de nosotros y muy sensible en relación a todo lo social. Dentro de sus mismos compañeros de colegio, siempre se destacó por estar ocupándose del más necesitado, tal vez por haber sido marcado por su hermana, que al llegar al mundo ya contaba con problemas de salud.

¿Cómo era Horacio de chico?

Horacio era muy responsable, de chico fue muy estudioso, muy buen hijo, muy buen compañero. Siempre ha sido el abanderado de su colegio primario y también del Colegio Nacional Buenos Aires, donde fue un alumno brillante. Familiarmente, yo creo que vino marcado, vino con una predisposición a ocuparse de los problemas del mundo y a tratar de arreglarlos.

¿Qué cosas le gustaban?

Él se dedicaba a la fotografía, leía muchísimo, se pasaba prácticamente todo el día leyendo. No era un chico futbolero, a pesar de que se crio en San Justo, que era un pueblo, donde estábamos en calle de tierra y donde permanentemente se jugaba al fútbol. Él era bueno para estudiar y para la pintura y las fotos. Se dedicó muchísimo a la fotografía, hizo exposiciones en su momento en el colegio. Sus temas preferidos eran los niños, los ancianos y el trabajo. Tengo fotos sacadas por él en

las que hay ancianos en la plaza, chicos jugando en el suelo, una persona muy mayor cruzando una calle. Y también se dedicaba muchísimo a la lectura. Además, ya había cursado varias materias en la Facultad de Biología y trabajaba en una firma exportadora seis horas por día. Me di cuenta de que guardaba el sueldo porque evidentemente estaba juntando dinero para formar su hogar cuando saliera de la conscripción.

Como la mayoría de los jóvenes de su tiempo, Horacio participaba de las actividades políticas en el colegio y tenía un fuerte sentido de compromiso social. Sin embargo, la violencia de la época se hizo sentir entre sus compañeros.

Siendo alumno del Nacional Buenos Aires, participaba de los movimientos estudiantiles que en ese momento florecieron en el país. Y en 1974 perdió a su mejor compañero. Al compañero de toda la secundaria del Nacional Buenos Aires, que fue asesinado y velado en el mismo Colegio debajo de un gran cartel que decía Montoneros. De este velatorio, participó casi todo el colegio, menos mi hijo porque nosotros del gran susto y el dolor que teníamos nos abrazamos a él y nos quedamos toda la noche junto a él en el dormitorio. Mi marido se enfermó del gran disgusto que tuvimos y Horacio estaba muy apenado.

Sin embargo, los jóvenes como Horacio continuaron defendiendo sus ideales e intentaron, como explica Haydeé, “arreglar los problemas del mundo”.

Eso creo que terminó de marcarlo a él y a todos sus compañeros. Esa lucha por la que estaban todos compenetrados y unidos creo que los unió mucho más. Yo le decía: ‘Es que estás tratando de arreglar los problemas del mundo’. Y así como madre me sentía que estaba muy condicionado por la presencia de su hermana, esa pasión por arreglar. Tanto que cuando estudió Biología yo lo cuestioné porque pensé que estaba marcado por la presencia de su hermana. Sin embargo, hubo varios de sus

compañeros que estudiaron Biología. Y hoy, gracias a los ADN y al avance de la ciencia, puedo decir que soy una de las pocas Madres privilegiadas que rescató los restos de su hijo.

¿Cuáles eran los sueños de Horacio?

El sueño de Horacio era arreglar el mundo. Y todos esos jóvenes compartían el mismo sueño. De eso nos dimos cuenta mucho después cuando nos encontramos las Madres a raíz de la desaparición de nuestros hijos. Fuimos descubriendo que eran como hermanos. Que tenían los mismos ideales, que tenían los mismos sueños, que realmente eran hermanos en la vida. Eso tal vez fue una gran sorpresa para nosotras, el encontrarnos con que realmente los mejores sentimientos eran los que compartían estos chicos que se habían llevado.

LA BÚSQUEDA DE HORACIO

Al igual que todas las Madres, Haydeé acompañada por su esposo Oscar, realizó numerosas presentaciones en todos los ámbitos posibles.

Todos seguíamos los mismos pasos. Acudimos a Organismos Internacionales, establecimos varios hábeas corpus en Provincia y Capital Federal, golpeábamos puertas en todos lados, pero nunca encontramos una respuesta certera.

Haydeé fue una de las fundadoras de la Asociación Madres de Plaza de Mayo y al día de hoy sigue unida a las Madres - Línea Fundadora.

En el año 2001, el grupo de Antropología Forense esclareció el destino de Horacio y les devolvió a sus padres los restos de su hijo. Ahí supo que Horacio había sido una de las treinta víctimas de la Masacre de Fátima ocurrida entre el 19 y el 20

de agosto de 1976. A 35 años de este acontecimiento, Haydeé Gastelú leyó estas palabras en la Plaza de Mayo:

Desde hace más de 35 años, y por todo el período de la dictadura, el edificio de Coordinación Federal fue un Centro Clandestino de Detención, Tortura y Exterminio de ciudadanos y ciudadanas de este país. Todos ellos, jóvenes, adultos, hombres y mujeres que, aunque no se conocieran, tenían sueños en común y la mayor parte de ellos una vida de compromiso militante con su pueblo.

Sabemos puntualmente con mayor detalle sobre 30 de estos compañeros, ya que eran nuestros familiares. Después de más de veinte años de búsqueda incesante, pidiendo por Verdad y Justicia y gracias al Equipo Argentino de Antropología Forense, tuvimos la fortuna de poder reconstruir su historia y recuperar sus restos.

Todas y todos los que pasaron por allí fueron torturados, violados. Los tenían en condiciones infrahumanas, encapuchados y engrillados. A los 30 los sacaron la madrugada del 20 de agosto de 1976 en un camión, semi atontados y drogados. Los llevaron hasta la localidad de Fátima, partido de Pilar, donde en un camino de tierra y casi descampado los mataron a todos...

Todo el pueblo de Fátima quedó horrorizado y muerto de miedo. Silenció este horror durante muchos años y cuando la Verdad vio la luz y los huesos empezaron a hablar pudimos empezar a juntarnos y a salir del silencio.

Por eso, hoy estamos aquí para decirles a nuestros compañeros y compañeras que reivindicamos su lucha por un país libre con Justicia y Soberanía. Y junto a todas y todos ustedes que nos acompañan queremos gritar que por ellos, los 30.000, y por todos los compañeros detenidos desaparecidos no olvidamos, no perdonamos, no nos reconciliamos.

EL LEGADO DE HAYDEÉ

A lo largo de todos estos años, Haydeé fue planteándose nuevos desafíos para seguir en su búsqueda:

En cada etapa de la búsqueda, yo tenía un sueño diferente. Primero era tener noticias de mi hijo y las tuve.

Después, mi sueño fue, una vez que supe lo que le ocurrió, tener sus restos y enterrarlo, llevarlo a San Justo a su pueblo natal y ponerlo donde tengo las cenizas de mis abuelos, de mis padres, donde está toda la familia. Y lo logré.

Mi sueño después fue justicia y lo logré, o logré parte; no me bastó. Logré que la gente que esa noche estaba en Coordinación Federal, que es donde estaba Horacio, se hiciera cargo y estuviera condenada. Hoy están con cárcel común y cadena perpetua. Yo ya pasé por esa etapa de la justicia, fui querellante con mi marido, los dos querellamos.

Pero salí de ahí con una sensación de vacío. Porque si bien había cumplido cierta etapa de mi vida, notaba que me faltaba. Yo quería que la realidad fuera un hecho por el que tuviera sentido que mi hijo haya dado la vida. Que hubiera comida para todos los chicos, escuela para todos los chicos, es decir, un mundo con menos desigualdad, un mundo con más integración social.

Hoy, su desafío es lograr que los sueños de Horacio puedan plasmarse en la realidad, a eso dedica su tiempo y esfuerzo.

Es por eso que sigo de pie y luchando. Y para que todas las madres tengan la suerte que yo tuve porque saber cómo fue su fin y cómo se lo provocaron para mí fue bueno. Finalmente, la vida me mostró que la verdad es liberadora. Luego la justicia, porque para mí la justicia era un paraguas que nos amparaba a todos. Y la justicia la logré, al menos en forma parcial, por lo menos para su caso. Pero me sigue faltando que en la realidad se

cumplan los sueños por los que mi hijo dio la vida. Y acá estoy, luchando para eso, para que se logre esa realidad.

Haydeé rescata el apoyo permanente de su familia en los momentos difíciles.

Horacio cumplió sus sueños, fueron truncados, pero fueron sueños muy lindos. En mi caso, me siento muy acompañada por los recuerdos de Horacio, de sus sueños, y por Diego –mi hijo menor–, que junto a su esposa y sus hijas es, en este momento, la alegría de nuestro hogar. Es lo que nos da la fuerza para seguir adelante. Con mi marido, que por suerte me acompaña, tengo 60 años de casada y como yo le digo ‘lo más rescatable de mi vida es mi pareja, que es un buen compañero y un buen padre’.

¿Qué les diría a los chicos de hoy?

Que participen, que tengan los ojos muy abiertos. Que sepan que eso que sucedió puede volver a suceder. Que el mundo lamentablemente a veces repite muchos hechos y hay que tener muy en claro en qué estamos y para dónde vamos. Cada uno tiene que tener conciencia de lo que está haciendo y para qué lo hace. Entonces, mi consejo para los jóvenes es que tengan los ojos muy abiertos, que estudien, que trabajen y que luchen.

¿Qué nuevos proyectos comparte con las Madres?

Como dice mi amiga Vera Jarach, somos optimistas y seguimos de pie. Y seguimos en la ESMA, ese lugar de horror ahora seguirá abriéndose para realizar cosas llenas de vida. Y ahí las Madres tenemos un proyecto muy lindo que consiste en crear en el edificio que nos tocó una Escuela de Música popular y gratuita para que pueda asistir la gente que no pueda estudiar música. De esta forma, transformaremos el lugar asociado con la muerte en algo como la música, que está llena de vida.

PALABRAS FINALES

Después de tantos años desde aquella primera ronda de las Madres, al día de hoy, Haydeé continúa su camino y confía en los tiempos que vendrán.

En este momento, noto una gran apertura de la juventud, que estos años participa mucho más, porque durante mucho tiempo se implantó el miedo. No solo la juventud nuestra, la juventud de nuestro país, sino en general la juventud del mundo. Y eso es buenísimo, es muy promisorio, es para lo cual trabajamos nosotras las Madres: que la Memoria se mantenga, que la Verdad sirva y que la Justicia sea una realidad. Esas tres cosas nuestras son las que nos mantienen paradas, las que nos mantienen con ganas de seguir luchando y además, creo, nos da salud. Yo creo que las que estamos, estamos bien porque nos mantenemos luchando.

SCHEJENE MARÍA (SARA) LASKIER DE RUS

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Schejene María Laskier de Rus, conocida como Sara Rus, nació en 1927 en la ciudad de Lodz, Polonia. A los doce años sufrió la violencia del nazismo siendo trasladada con su familia al gueto de Lodz. Más tarde, sufrió condiciones de vida infrahumana en el campo de concentración de Auschwitz y, por último, fue llevada a Mauthausen, lugar donde fue liberada. Cuando finalizó la guerra, Sara y su esposo Bernardo, sobrevivientes de los campos de concentración, emigran a la Argentina con la ilusión de iniciar una nueva vida y construir una familia.

Sara logró tener dos hijos, superando las dificultades orgánicas consecuencia de un cuerpo deteriorado por su prolongado paso por los campos de concentración. Fue así como el 24 de julio de 1950 nació Daniel y cinco años más tarde, Natalia.

En 1977, una vez más, Sara fue víctima de la violencia del Terrorismo de Estado: el 15 de julio, su hijo Daniel fue secuestrado en la Comisión Nacional de Energía Atómica, donde desarrollaba tareas de investigación científica. A partir de ese momento, Sara inicia su búsqueda realizando innumerables gestiones a nivel nacional e internacional.

Hoy, Sara es miembro de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora y de la Asociación Sobrevivientes de la Persecu-

ción Nazi, encarnando su doble condición de sobreviviente del genocidio nazi y víctima de la última dictadura cívico-militar en Argentina. Es un ejemplo por su persistencia en la búsqueda por la Verdad y la Justicia, que, a pesar del dolor vivido, lleva un mensaje esperanzador:

En todas las experiencias que les cuento a los jóvenes, desde cómo fue mi vida en Polonia, la terrible vivencia de la guerra, hasta la pérdida de mi hijo desaparecido en 1977, lo que principalmente quiero legarles es un mensaje de amor.

Yo lucho por no olvidar. Lucho por la Memoria. Para que jamás los nazis, los de allá y los de aquí, tengan la fuerza que han tenido. La memoria es lo más importante. Si no tenemos memoria, las cosas vuelven a pasar.

LA HISTORIA DE SARA

Sara ha sido víctima y sobreviviente de una doble situación de persecución y violación a los Derechos Humanos. Primero, en su país natal, fue llevada junto a su familia a Auschwitz, luego de permanecer en el ghetto de Lodz, donde vivió en condiciones infrahumanas. Muchos años más tarde, aquí en Argentina, fue víctima del Terrorismo de Estado, sufriendo la desaparición de su hijo Daniel durante la última dictadura cívico-militar.

Luego de sobrevivir a los campos de concentración y ser liberada en Mauthausen, decidió radicarse en nuestro país en búsqueda de un futuro mejor, sin persecuciones.

Con mi marido nos conocimos en el ghetto. Yo era una niña de trece o catorce años que se enamoró de un hombre de veintiséis años. Me encontré después de la guerra con él, vinimos a Argentina y pudimos formar una familia. Eso fue lo que más soñábamos nosotros. Debido al hambre y a las consecuencias

de los campos de concentración, mi cuerpo había quedado muy dañado y me habían diagnosticado, en un principio, que no podría tener hijos. Pero, a pesar de lo que me decían, pude tener un hijo y una hija: Daniel y Natalia. Gracias a Dios, más tarde tuve dos nietas.

Llegar a la Argentina no fue tarea fácil. Sara, su madre y su esposo Bernardo debieron atravesar un camino sinuoso hasta poder establecerse en la ciudad.

Oficialmente, no podíamos entrar a la Argentina. Teníamos que pasar ilegalmente con un barquito, juntar un poco de plata para darle a una persona que nos cruzara la frontera. Éramos diez. Nos llevaron a Clorinda, Formosa. Nadie hablaba castellano. Y el señor con el que habíamos arreglado se fue. Nos dejó solos, de noche, con lluvia. Hasta que vino un policía a caballo con un rifle. Sentó a mi madre arriba del caballo y a mí me dio el rifle. Nos llevó a su casa a los diez, con su mujer y no sé cuántos chicos. Allí nos dieron de comer. Pero al otro día nos llevaron en micros a Formosa y nos metieron en la cárcel. En la cárcel había más de cien personas. Después dividieron el grupo, algunos fuimos al templo y otros a casas particulares. Preguntábamos cómo podíamos hacer para ir a Buenos Aires. Nos decían que nos iban a mandar de vuelta a Paraguay. Sabíamos que existía Eva Perón y que ella hacía mucho por la gente, por lo que mi marido se atrevió a mandar una carta en polaco a Eva Perón. Ahí le contó nuestra historia. Por suerte, le llegó y la hizo traducir. Después, nos mandó a decir que no nos asustemos y que nos iban a mandar pases para ir a Buenos Aires. Efectivamente, después de un tiempo nos mandaron los pases a todos los que estábamos allá. Y nos vinimos a Buenos Aires.

Al llegar a Buenos Aires, debieron empezar de nuevo. Bernardo comenzó a trabajar como anudador textil. Con

esta nueva vida, querían llegar a ser padres, por lo que Sara consultó a un médico para ver si tenía posibilidades. Allí le dieron esperanzas. Su cuerpo había sufrido mucho, pero podía llegar a reponerse. Tuvieron dos hijos. Daniel nació el 24 de julio de 1950 y Natalia en 1955.

Tener a Daniel fue complicado porque mi cuerpo estaba deteriorado. Pero resistí. Era un chico hermoso y desde chiquito fue brillante en el colegio. Se recibió de lo que él quería. Fue físico nuclear. Hasta el año 1976 estuvo conmigo. Fue un hijo muy esperado por mí. Después de unas vivencias que tuvimos a través del Holocausto tan terrible, poder llegar a tener un hijo y una hija fue increíble. Y mi yerno, mi hija y mis nietas están totalmente identificados con mi dolor, saben lo que me pasó a mí en los campos de concentración, jamás escondí mis vivencias.

Daniel fue secuestrado el 15 de julio de 1977, a las 14:30 h. Salía de su trabajo en la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) cuando fue detenido. Lo subieron a una camioneta y nunca más se supo algo de él. Hasta el momento, no hay testimonios fehacientes del paradero de Daniel luego del secuestro.

Fue un día como todos los días, un viernes y había prometido al padre que venía a las 12 del mediodía para hacerle algunas tramitaciones. Pero ese día no volvió a casa. Ahí nos pusimos atentos. Llamé a mi yerno y a mi hija. Les dije que había pasado algo porque Daniel no volvía a casa. Teníamos antecedentes de un amigo que había desaparecido una semana anterior también de la Comisión Atómica. Estábamos dando parte a los hospitales porque uno no sabía lo que pasaba, y empezamos a averiguar. Ahí nos enteramos que ese mismo día habían llevado a varias personas de la Comisión de Energía Atómica.

En total, fueron detenidos-desaparecidos veinte científicos de la CNEA. Ese mismo día, sus colegas Gerardo Strejilevich y Nélica Barroca también fueron desaparecidos.

EL RECUERDO DE DANIEL

Sara recuerda a su hijo como un muchacho muy alegre y cariñoso. Recuerda que desde niño fue muy inteligente y ya de pequeño mostraba su pasión por la física y la matemática.

¿Cómo era Daniel?

Era una persona alegre, inteligente, cariñosa. Le gustaba estar con amigos. Siempre dispuesto a ayudar a sus compañeros en las tareas del colegio. Sus materias preferidas eran Física y Matemática. A los doce años, presentó una clase en su colegio primario del átomo y ciencias atómicas, que es algo insólito para un nene de esa edad. Luego de la clase, el director me escribió una nota que decía: ‘Después de dar una clase a los alumnos de sexto y séptimo grado, dio una clase a todos los maestros. Presente, el director’. Justamente lo menciono porque siguió su carrera hasta el último momento con ese afán de ser un físico nuclear.

¿A qué le gustaba jugar?

Mi hijo de chico era muy compañero de sus amigos y siempre tenía la casa llena de amiguitos para darles una ayuda para el colegio, en matemáticas mayormente. Era un muchacho alegre, era aficionado y amante de Boca de chiquitito y le interesaba mucho escuchar y homenajear a su cuadro favorito. Y de muy chico ya estaba distinguido por los maestros como mejor alumno y mejor compañero del primario. También le gustaba jugar

con coches, robots, juegos de armar. En su tiempo libre, jugaba al fútbol con los amigos del barrio.

¿Cuál era su comida preferida?

Milanesa con papas fritas. De todos modos, mi hijo se adaptaba a cualquier comida, le gustaba la casa y estar con su hermana. Quería mucho a su familia y con la comida la verdad jamás tuve problemas, todo le gustaba, así que era un muchacho de mucho corazón y todo lo aceptó con mucho amor.

¿Qué música o cantante escuchaba?

La verdad es que en mi casa se escuchaba mucha música clásica, y él la compartía con nosotros. En particular, le gustaba el rock y era fanático de The Beatles.

¿Estaba enamorado?

Mi hijo era un muchacho muy bonito y todas las chicas se enamoraban de él. Siempre me decía: 'No, mami, todavía no tengo tiempo para eso, todavía soy joven, no me interesa', pero justo antes de desaparecer conoció a una jovencita y se puso de novio, y desgraciadamente no pudieron llegar a nada. Se llama Estela.

¿Cuál fue el mejor momento que pasó con su hijo? ¿Cuál fue el mejor regalo que él le hizo?

El momento más emotivo que pasamos juntos fue cuando en 6° grado, el maestro Johns le dio un premio por mejor alumno y mejor compañero. Mientras presentaban este premio, Daniel no sabía que el destinatario sería finalmente él. El regalo que más recuerdo es una hermosa planta que nos regaló a mi marido y a mí por nuestro aniversario.

LA BÚSQUEDA DE SARA

Daniel se dedicaba con mucha pasión a la investigación del efecto de la energía atómica en los materiales. Un dato llamativo luego del secuestro de Daniel es que tres días después de haber desaparecido, Sara recibe la notificación de que había sido despedido de la CNEA. Esto muestra la complicidad de las autoridades de esta Comisión, quienes conocían de antemano lo que estaba pasando.

Mi hijo fue llevado saliendo de la Comisión de Energía Atómica. Después de mucho tiempo, nos han informado que en ese momento apareció una camioneta como de lavandería y bajó gente uniformada y lo llevaron. Después de esas averiguaciones, empezó la marcha por los lugares de Derechos Humanos, por el Ministerio del Interior, empezamos a mandar cartas a donde podíamos, mandamos al mismo presidente de la Nación, tengo respuestas directas del presidente, mandé incluso una carta al mismísimo Papa Juan Pablo II (también polaco) y me respondió que estaba haciendo todo lo posible por encontrar a mi hijo. Todas las madres obteníamos las mismas respuestas en los mismos lugares: que están sorprendidos, que no lo encuentran, que no lo pueden ubicar. Con cinismo, era increíble escuchar que nadie sabía nada ni tenía ninguna responsabilidad. La cuestión es que hasta hoy en día jamás tuvimos una contestación positiva sobre dónde lo llevaron. Nos han dicho que lo llevó la Marina, pero eso es todo.

Además, Sara, en su condición de sobreviviente de Auschwitz, se presentó en la Embajada de Israel reclamando su atención y ayuda en la búsqueda. Finalmente, se unió a otras madres que como ella buscaban a sus hijos y familiares.

Creo haber cumplido un rol importante en Madres. Tenía amigas que se dejaron estar totalmente. Ya no les interesó la vida.

Yo intentaba hablar con ellas y su familia y les contaba mi historia. Les decía: ‘Mirá, si yo sigo viva después del Holocausto y después de haber perdido a mi hijo, entonces se puede seguir luchando’.

Sara forma parte de Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora, donde junto a otras madres continúa en la búsqueda de sus hijos. Recuerda que su lucha fue muy dura, fueron muchos años sin encontrar noticias de sus hijos, lo cual afectó a muchas de ellas en lo más profundo. Sara es una mujer muy optimista. A pesar de haber sufrido el Holocausto y la pérdida de un hijo, sigue creyendo en la vida.

Yo creo que esto –refiriéndose a su lucha en Madres– es lo que Daniel hubiese querido. No sé de qué manera lo mataron y torturaron. En el momento en que me llevaron a mi hijo, mi madre, que estuvo conmigo mucho tiempo, dejó casi de hablar. No le interesó más la vida. Murió con su dolor.

Yo lucho por no olvidar. Lucho por la Memoria. Para que jamás los nazis, los de allá y los de aquí, tengan la fuerza que han tenido. La memoria es lo más importante. Si no tenemos memoria, las cosas vuelven a pasar. Mi madre me decía, cuando estábamos en Alemania: ‘Vas a ver que todavía vamos a tener un pan sobre la mesa’. Y yo pensaba ‘¿en qué mesa?’. Si no teníamos mesa. Yo digo que la vida es linda porque si pasó todo eso y tengo una mesa y puedo recibir visitas, puedo servir y estar rodeada de amor... qué más se puede pretender. La vida es hermosa, si uno no quiere vivir, es fácil morirse.

EL LEGADO DE SARA

Sara tiene como objetivo personal, para reponerse de tanto dolor y construir Memoria, hacer público su relato.

Cuando me preguntan de dónde saco tanta fuerza, hay una sola respuesta: los chicos. Los jóvenes a quienes van dirigidas

mis experiencias, mis pensamientos, mis reflexiones. Ese contacto con ellos es el que me da fuerza para seguir adelante. Yo tengo mis recuerdos bien adentro. Y todavía puedo pensar, puedo contar. Y mientras pueda contar, lo voy a seguir haciendo.

Yo me propuse hablar y justamente el testimonio mío lo transmito para influir en los más jóvenes, para que sepan una verdad que muchos niegan. Cuando uno sufrió en su propio cuerpo tantas humillaciones y pudo salir de eso, debe contarlo. Solo así se les puede dar a los más jóvenes la fuerza necesaria para que estas cosas no se vuelvan a repetir jamás.

Sara ha participado, con mucho entusiasmo, en las actividades que el Programa Educación y Memoria realizó en las escuelas de la ciudad. Recuerda las mismas como una oportunidad de dejar “un mensaje de amor”.

En todas las experiencias que les cuento a los chicos, desde cómo fue mi vida en Polonia, la terrible vivencia que tuve que pasar en la guerra, hasta la pérdida de mi hijo desaparecido en el año 77, en todos esos momentos lo que principalmente quiero legarles es un mensaje de amor. Creo que ellos también lo entienden así; se nota cuando me miran y a través de las preguntas que hacen.

Ver sus caras escuchando mi relato con tanto interés y tanto sentimiento, me restituye la confianza en el futuro. Es importante para mí poder transmitirles mi deseo de justicia y memoria para que los horrores tanto de la masacre nazi como del terrorismo de Estado en la Argentina nunca se olviden.

PALABRAS FINALES

Sara siempre se despide de los encuentros con los estudiantes con una sonrisa, destacando el rol que los jóvenes toman en esta lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Lo que les pedimos a los jóvenes es que sigan nuestros pasos en la lucha por reivindicar los Derechos Humanos. Las heridas permanecen abiertas en tanto y en cuanto no se haga justicia. Por eso, mi deseo es que ellos sigan luchando con el compromiso y la apuesta por un mundo mejor, más justo y solidario con el otro.

CARMEN LORÉFICE

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Carmen Loréfice es la mamá de Jorge Aggio, detenido-desaparecido el 31 de julio de 1976. Jorge nació el 15 de enero de 1947, en la Ciudad de Buenos Aires. De niño se destacaba por su capacidad de aprendizaje. Realizó los estudios primarios en el Instituto Bernasconi y el secundario en el prestigioso Colegio Nacional Buenos Aires. Posteriormente, estudió Analista de Sistemas en la Universidad de Buenos Aires.

En 1976, estaba casado, tenía dos hijos –un niño y una niña– y trabajaba en un cargo jerárquico en una empresa americana. Fue elegido como delegado sindical por sus compañeros. El 31 de julio de 1976, a la edad de veintinueve años, es secuestrado y se transforma en una de las 30.000 víctimas del terrorismo de Estado.

A partir de ese momento, Carmen inicia un largo camino por la Verdad y la Justicia, formando parte del grupo de Madres de Plaza de Mayo. En 2010, el grupo de Antropología Forense logró identificar los restos de Jorge y reconstruir su destino. Fue ahí cuando pudo constatar que Jorge fue una de las treinta víctimas de la Masacre de Fátima, hecho ocurrido entre el 19 y el 20 de agosto de 1976.

A pesar de haber encontrado la verdad en su historia, Carmen continúa su accionar junto a Madres de Plaza de

Mayo - Línea Fundadora, transmitiendo con el amor y la dulzura de una madre la trayectoria de su hijo:

Hablar de mi hijo es cosa de todos los días. Es el recuerdo permanente, es el dolor permanente, es sentir su falta. Es ponerme contenta cuando está en la foto y después lo veo diluirse... se va. Hablar de mi hijo me da alegría. Todos los recuerdos que tengo de mi hijo son buenos, desde que era así chiquitito hasta que se lo llevaron.

Soy una Madre de Plaza de Mayo Línea Fundadora. Voy a detallar los momentos más terribles que en la vida me tocó vivir, como es la tremenda pérdida de un hijo. Los momentos más crueles que una madre nunca podrá sobrellevar, ni olvidar. La angustia sumada al llanto cuando me enteré de que mi querido hijo había desaparecido. No entendía nada, hasta que me desperté a la realidad. A pesar del tiempo transcurrido, siempre me invade esa angustia de madre a la que le falta su hijo. Ese hijo que era el orgullo de su mamá, que a los 23 años ya era analista de métodos y sistemas. Estaba casado, tenía dos hijos, era todo amor y ternura.

LA HISTORIA DE CARMEN

Carmen Loréfica es una de las Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora, quien dejó de ser tan solo un ama de casa y mamá luego de la desaparición de su hijo, Jorge Enrique Aggio, el 31 de julio de 1976.

Era un ama de casa que tenía sus hijos que estudiaban. Era un hogar común y no sabía lo que quería decir la palabra desaparecido porque no la conocía. No se sabía nada todavía. Los medios de comunicación no decían nada. Hasta que un día, veo a mi marido en mi casa muy temprano, como que no había ido a trabajar. Le pregunto qué le pasaba, si teníamos visitas...

Pero no sabía cómo decírmelo. No se animaba porque yo ya había tenido un problema del corazón. ¿Cómo le explicaba a una mamá que el hijo no estaba y que no sabía dónde estaba?

Mi hijo hacía cuatro o cinco días que no se presentaba al trabajo, no se presentaba en su casa. Él ya era padre y tenía dos hijos y ellos sabían lo que pasaba con el papá, la que no sabía nada era yo. Y esperaron un poco a ver si aparecía, pero como no aparecía y yo preguntaba mucho por él –porque él me llamaba todos los días por teléfono– me lo tuvieron que decir a la fuerza. Ahí caí enferma como una semana y un día no sé qué me pasó pero dije ‘me voy a levantar’. Porque en algún lado tenía que estar y yo tenía que buscarlo. Fue ahí cuando me dijeron: ‘No, mamá, está desaparecido’. ¿Cómo desaparecido? ¿Quién conocía esa palabra? Ninguno. Porque en ninguna parte del mundo se conocía la palabra ‘desaparecido’.

Y así empezó mi lucha. Íbamos al Ministerio del Interior y ahí sigo conociendo a algunas madres que estaban, como yo, desesperadas buscando a sus hijos. Y empezamos: ¿qué hacemos, qué no hacemos? Y un día nos empezamos a reunir, así fue como empezamos con nuestra presidenta Azucena Villaflor a quien después secuestraron y mataron. Otro día dijimos: ‘Vamos a ponernos algo en la cabeza que nos identifique, que demuestre que somos alguien en la plaza, algo tenemos que hacer’. Bueno... alguna buscó un pañal de su hijo, otra un pañuelo, no eran estos pañuelos, era solamente algo blanco en la cabeza. Cada vez éramos más, dábamos la vuelta a la pirámide. Y así empezó nuestra lucha pero no fue fácil.

Con sus 85 años, la lucha de Carmen permanece intacta y continúa soñando con una sociedad más justa y sin olvidos.

Hace tantos años que estamos luchando. Ahora estamos juzgando a los criminales. Y algunos ya tienen su condena, otros no. Porque queremos para ellos cadena perpetua en cárcel común.

Por eso es que estamos luchando. Y lo seguiremos haciendo hasta que nos dé la fuerza (...) Y vamos a seguir luchando para que ustedes vivan mejor y para que esto nunca más se vuelva a repetir.

RECORDANDO A SU HIJO JORGE 'PICHE'

La infancia y la adolescencia

Le decíamos Piche. El padre se lo puso de chiquito. Creció y le quedó Piche, pero después, cuando era más grande, venían los compañeros de la facultad o del colegio y a él le daba vergüenza. Entonces nosotros dijimos: 'No le vamos a decir más Piche, lo vamos a llamar Jorge'. Pero para mí siguió siendo Piche, mi Piche.

Para un día de reyes le regalamos una guitarrita chiquitita. A partir de ahí, estaba todo el día, todo el día, no terminaba nunca con su guitarrita. Él hizo guitarra de chico y de grande aprendió sin ir a ningún profesor. Él iba a todos los recitales de Los Chalchalersos y después cantaba con su guitarra igual que Los Chalchalersos porque tenía una voz privilegiada. Y cantaba en las fiestas, en todos lados. Eso sí, nunca dejó sus estudios...

Una vez, el maestro de él me mandó a llamar, cuando terminó 6° grado en el Bernasconi. Yo le pregunté si había hecho algo malo y me dijo: 'No, yo la llamo porque le quiero dar un consejo, y la verdad que se lo doy con todo el corazón porque yo no acostumbro llamar a la mamá de mis alumnos, pero este chico se lo merece. Usted tiene que mandarlo al mejor colegio o institución que haya acá en Buenos Aires porque tiene una mente privilegiada'. Yo le dije que no conocía ninguna institución, que ni sabía dónde mandarlo. 'Bueno, haga una cosa, pregúntele si quiere ir al liceo militar o si no mándelo al Colegio Nacional Buenos Aires'. Y un día le digo: 'Vení Jorge, vamos a sentarnos. Me llamó tu maestro y me dijo que te tenía que poner en un colegio bueno y me dio dos opciones para elegir. ¿Te gustaría entrar al liceo militar?'

'No mamá, no me gusta'. 'Entonces vas a ir al Nacional Buenos Aires. Es el mejor colegio que hay en la República Argentina. Lo que sí, vas a tener que estudiar mucho antes de entrar'. Dijo: 'Bueno, yo voy a estudiar, voy a entrar a ese colegio'. Lo mandé a preparar en unas materias. A él le toco latín y qué te cuento que cuando salió tenía tanta emoción. Me abrazó, me besó y me dijo: 'Mamá, entré'. Lloré de alegría, el padre también se puso tan contento. Yo era muy feliz, fue una época muy linda.

SU CARRERA, COMPROMISO Y DESAPARICIÓN

Luego de su paso por el Colegio Nacional Buenos Aires, Jorge Aggio decidió seguir la carrera Analista de Sistemas en la UBA.

Él quería hacer computación, analista de métodos y sistemas. En aquel entonces no había muchos, dos o tres había, nada más. Eso muestra de los años que estoy hablando. Bueno, hizo el curso, terminó el curso sin trabajar, sin nada, nada más que los cursos. Cuando terminó ya manejaba las máquinas que venían de Alemania y al año ya era ejecutivo de la compañía. Sí, era un privilegio de mente.

En su paso por una compañía norteamericana, sus compañeros lo eligieron delegado gremial y a partir de allí, su compromiso y sus convicciones lo convirtieron en una voz 'peligrosa'. Una voz que tenía que ser silenciada, como tantas otras, ya que no era acorde con los intereses de quienes habían tomado el poder por la fuerza.

Pero, ¿qué pasó? Ahí hubo un problema. Un día le dice una chica: 'Señor, ¿no nos hace un favor? Usted que acá está como el mandamás, necesitamos un delegado porque ganamos muy poquitito nosotras'. Y bueno, lo nombraron delegado de la compañía. Empezó a trabajar, pero en sus horas libres defendía a las chicas. Iba a la CGT, se peleaba con Otero, con la CGT, porque

tenía bastante labia. Pero tenía mucha bondad, todo le daba lástima. Si no le hubiese dado lástima, no le habría pasado lo que le pasó, a él se lo llevaron por delegado. No quedó ningún delegado.

Padre de dos hijos, Jorge Enrique Aggio desapareció a los 29 años de edad cuando fue interceptado yendo a trabajar.

Tenía veintinueve años. Trabajaba en una empresa norteamericana, pero un día no volvió. ¡Yo no sabía que desaparecía gente, no sabía que los torturaban! Era feliz con mi marido y mis hijos. Teníamos una familia bien formada. Creo que no ha habido otra dictadura tan brutal y tan salvaje como esta. Los chicos que se llevaron eran chicos pensantes. Estaba prohibido pensar. Por eso se los llevaban. No sé si mi hijo militaba, nunca me dijo nada. Tenía una familia, era casado y tenía dos chiquitos. Ellos querían menos chicos muertos de hambre, una sociedad más justa, eso sí lo sé. Pero parece que le costó caro. Muy caro. Yo quiero que esto nunca más vuelva a pasar.

LOS RESTOS DE SU HIJO

El jueves 15 de abril de 2010 se dio una conferencia en la sede de Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora para anunciar que el equipo de antropología forense había dado con los restos de Jorge Enrique Aggio.

Yo tuve la suerte de ser una iluminada de Dios porque en abril de 2010 los antropólogos encontraron los restos de mi hijo. Fue una mezcla de dolor, de alegría, de muchas cosas. Fue largo, después de muchos trámites, de juicios, de ir a Comodoro Py y a Tribunales para que me lo entregaran. Ahora tengo la dicha de tener un cajoncito en mi casa, en un altar que yo le formé donde yo hablo con él, pero no es lo mismo. Es una dicha porque sé lo que le pasó, dónde estuvo, todo. Pero no es lo mismo tener un cajoncito que tener el hijo de uno porque mi hijo estaba lleno de

ideales, lleno de vida, luchaba por un país mejor donde hubiera menos pobres y menos ricos y pensaba, era pensante. Estaba prohibido eso, muy prohibido, no se podía pensar, ellos no querían un escenario pensante, les molestaba. Por eso desaparecieron todos los pensantes. Por eso no están, no están entre nosotros ahora. Pero están igual, están entre cada uno de ustedes y mi hijo me está mirando desde el cielo, no desde mi casa donde está.

Su dolor es el mismo, pero ahora se afianza en una materialidad que le da más fuerzas para seguir adelante con la búsqueda de otros hijos.

Yo, en este momento, lo primero que hago cuando me levanto es abrir una puertita. Le doy un beso y le digo 'buen día hijo'. Y a la noche hago lo mismo. Y eso me da mucha angustia porque yo quisiera tenerlo frente a mí. Por eso digo, en los chicos, veo el reflejo de mi hijo. Así es que nos levantamos a la mañana, con fuerzas, pensando que hay que ir a Madres porque tenemos un compromiso. Hay que seguir adelante luchando y pensando que las madres tienen que recuperar también, a otros hijos.

Así, para Carmen hablar de su hijo es hablar de ella misma, ya que ante todo es una Madre, con todas las letras.

Hablar de mi hijo es cosa de todos los días. Es el recuerdo permanente, es el dolor permanente, es sentir su falta. Es ponerme contenta cuando está en la foto y después lo veo diluirse... se va. Hablar de mi hijo me da alegría. Todos los recuerdos que tengo son buenos, desde que era así chiquitito hasta que se lo llevaron.

EL LEGADO DE CARMEN

En su compromiso incesante, Carmen recorre las escuelas legando su testimonio para que los chicos dialoguen con su pasado reciente y construyan una mirada crítica y, ante todo, propia de lo ocurrido.

En cada uno de ustedes me da la impresión de verlo a mi hijo. Yo estaba siempre muy orgullosa de mi hijo porque era muy buen estudiante y yo pienso que la mamá de ustedes tiene que estar orgullosa de cada uno de ustedes. Tienen que estudiar mucho. Y sobre todo los más grandes tienen que escuchar con atención esa grave historia que sufrimos cuando sus maestras les expliquen. Hay días especiales para explicar lo que pasó con nuestros hijos, ustedes tienen que escuchar y después analizar. Analizarlo para que nunca más vuelva a pasar lo que pasó en este país.

Con la sensibilidad y simpatía que la caracteriza, Carmen dio respuesta a cada una de las preguntas que le hicieron acerca de su pasado y su presente. Como madre y abuela, no escatimó en consejos ni palabras reflexivas para dejarles a los chicos, a los padres y a los docentes un mensaje de amor, de lucha y de justicia.

¿Qué siente cuando va a una escuela?

Cuando voy a una escuela, lo primero que veo es a mi hijo sentado en el suelo. El día que fui al colegio de Soldati (N. de A.: actividad impulsada por el Programa Educación y Memoria en el marco del Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia, el 23 de marzo de 2009, en la Escuela N° 20 D.E. 19, Carlos Alberto Carranza), cuando pasaban los abanderados y vi a todos, dije: ‘Ahí está mi hijo’. Eso es lo que no puedo superar, pero voy, no dejo de ir a ninguna escuela ni ningún establecimiento carcelario, aunque yo me emocione y me haga mal. Es como volver a vivir la etapa que yo viví, es como reencontrarme con mi hijo. Cuando hablo de mi hijo, siento orgullo por lo que fue y por lo que sigue siendo para mí y porque la historia lo va a decir alguna vez, por algo lucho. Entonces, siento admiración, siento un profundo dolor de tener tanta admiración, de poder recordarlo a cada momento y el no tenerlo.

¿Cuál es el significado del pañuelo blanco?

El pañuelo blanco es un símbolo universal porque este pañuelo está reconocido en todo el mundo. Por eso es de Madres nada más y Abuelas. Fuimos una vez a una peregrinación a Luján donde había mucha, mucha gente y dijimos: ‘Bueno: ¿cómo hacemos para identificarnos entre nosotros? Pongámonos un pañuelo en la cabeza’. Y ahí usamos los pañales, que en ese momento eran de tela, no eran como ahora escritos, ni nada. Madres de Plaza de Mayo es una organización que es conocida y reconocida en el mundo entero como un ejemplo de mucha persistencia, de mucha lucha y, a pesar de haber sufrido en carne propia tanto dolor, es una organización reconocida por no haber hecho nunca algún acto de venganza.

¿Qué consejo les daría a las madres de hoy?

A las mamás de ustedes, a las mamás de hoy, les daría el consejo mío, vendría a ser: educar bien a sus hijos, llevarlos por un camino; amarlos, darles mucho amor (que es lo que necesitan). Que sean sinceros, que sean nobles, que sean amigos de sus amigos, que quieran mucho a sus padres y mucho a la gente. Ese es el consejo que yo les daría a todas las madres de hoy.

PALABRAS DE DESPEDIDA

Campanas de fin de año, dedicado a mi hijo Jorge

*Y se escucharon campanas
Anunciando el fin de año
Diferente a otros
Este fue sin llantos
Con una madre erguida
Endurecida ante el engaño
Con soberbia y el orgullo*

*De haberte yo engendrado
Amparada en la juventud
Como la tuya cuando
Te arrancaron de mi lado
Esa noche del pasado.
Quiero contarte hijo mío
Cómo te sentí a mi lado
Esas veinticuatro horas
Que las madres velamos
Estabas a mi lado me pareció
Que habíamos caminado juntos
Por eso mis gritos de justicia
Que se sumaban al llanto
En este diciembre tan caluroso
A un paso de fin de año
En cada muchacho te veía reflejado
Y al abrazarme junto a ellos
Te estaba abrazando.
No me acobarda el cansancio casi ni cuenta me di
Que todo había pasado
Pero me sentí viva de gritar
Hasta el cansancio, acompañada por las madres
Y los muchachos
Quizás sea ese el motivo que al recordarte
No hubo llanto estás siempre a mi lado
Caeré mil veces y otras tantas me levantaré
Pero venceremos, nuestro será el triunfo final
Y llenaremos la Plaza de Mayo de Madres con
Nuestros hijos.
Aparición con vida hijo, mamá no olvida.
Carmen Loréfice, 2 de enero de 1983.*

LIDIA ESTELA MERCEDES -TATY- MIY URANGA DE ALMEIDA

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Lidia Estela Mercedes Miy Uranga, “Taty”, es madre de Alejandro Almeida, detenido-desaparecido el 17 de junio de 1975, durante el gobierno de Isabel Perón. Alejandro fue una de las víctimas de la Triple A. Nació el 28 de junio de 1930 en la Ciudad de Buenos Aires. Se casó con Jorge Almeida, con quien tuvo tres hijos: Jorge, Alejandro y María Fabiana.

Alejandro nació el 17 de febrero de 1955. En el momento de su secuestro, a la edad de veinte años, trabajaba en Télam y en el Instituto Geográfico Militar y cursaba el primer año de Medicina en la Universidad de Buenos Aires. El 17 de junio de 1975, Alejandro salió de su casa al anochecer y nunca volvió. Taty pertenecía a una familia vinculada al ámbito castrense, razón por la cual su búsqueda se inició siguiendo sus contactos y su grupo de influencia. Pero, poco a poco, fue dándose cuenta de otra realidad y comenzó a transitar por otros espacios.

En el año 1979, Taty se unió al grupo de mujeres que conformaban las Madres de Plaza de Mayo y desde ese momento su búsqueda estuvo asociada a la lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia y la Defensa de los Derechos Humanos.

Una madre hace cualquier cosa por su hijo, pero no porque seamos heroicas; fuimos y somos madres con instinto visceral, con una tenacidad que nos permitió conseguir muchas cosas, como que se apresara y se juzgara a varios –no todos– los genocidas que se llevaron a nuestros hijos.

El 25 de abril de 2011, fue reconocida como Personalidad Destacada de los Derechos Humanos por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires. Actualmente, es miembro de la Asociación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

*Si la muerte me sorprende
de esta forma tan amarga, pero honesta,
si no me da tiempo a un último grito
desesperado y sincero
dejaré el aliento, el último aliento,
para decir te quiero.
Alejandro Almeida*

LA HISTORIA DE TATY

Taty es Lidia Estela Mercedes Miy Uranga, tiene enormes ojos marrones y un pañuelo blanco que anuda a su cuello desde hace más de treinta años. Taty es una de las Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora que busca a su hijo, desaparecido en pleno gobierno constitucional, el 17 de junio de 1975.

Nací un 28 de junio de 1930 en el barrio de Belgrano. Mi padre, Carlos Vidal Miy, fue un oficial de Caballería de origen salteño; y mi madre, Alicia Uranga, era de una familia muy tradicional de Paraná, Entre Ríos. De hecho, mi tío, Raúl Uranga, fue gobernador durante la presidencia de Arturo Frondizi y fue quien hizo el famoso túnel subfluvial.

Éramos cuatro hermanos, tres mujeres y un varón. El varón fue coronel y mis hermanas se casaron con oficiales de Aeronáutica. Yo me casé con Jorge Almeida, el único civil de la familia con dos hermanos de Caballería. En fin, toda una familia militar.

Taty vivió rodeada de militares tanto desde su propia familia como de parte de su familia política. De su infancia, recuerda los momentos felices vividos en la provincia de Mendoza y en Buenos Aires.

Los pases de mi padre siempre eran Mendoza, Buenos Aires, Mendoza. El primer viaje a Mendoza fue cuando a mi padre, por delatar a un oficial de intendencia por defalco, lo castigaron y lo mandaron a Campo de los Andes, un pueblito de la cordillera. Allí tuve una niñez extraordinaria con nieve hasta la nariz, con caballos, andando a pelo.

La adolescencia también fue estupenda entre Buenos Aires y San Rafael. Después, ya en 1945 nos vinimos definitivamente a Federico Lacroze y Cabello. Cuando mi papá compró la casa nos dijo: 'Miren, he comprado aquí porque me han asegurado que llegará el subte'. ¡Cuando se inauguró la estación Olleros, brindamos con mi hermana por mi papá!

La familia de Taty pertenecía a un grupo social acomodado. Pero ella destaca principalmente como característica de su infancia y juventud el amor que le brindaron sus padres.

Yo reconozco que mi familia tenía una posición social buena, pero sin ningún tipo de delirios. Teníamos la niñera y una mucama, pero siempre con los pies en la tierra. Mis padres nos dieron mucho amor y cariño... siempre nos decían que eran de avanzada porque había un gran cariño y respeto, no temor. Yo creo que esa niñez, adolescencia y juventud me sirvieron para lo que después me tocó, he tenido una familia muy unida y lo seguimos siendo.

Al terminar el secundario, se recibió de maestra. Ejerció la docencia pocos años y luego llegaron los hijos.

Mi hermana y yo íbamos al Normal N° 1. En esa época, para ser maestra, había examen de selección en tercer año y a mí no me alcanzó el puntaje, así que terminé recibéndome de maestra en el Normal N° 7, de Corrientes y Yatay. Fui de la única camada, la de 1950 'Año del Libertador General San Martín', que en lugar de hacer cinco tuvimos que hacer seis años de magisterio. Pero justamente estando en 6° conocí a Jorge, con quien nos casamos en 1953. Llegué a ejercer de maestra de grado unos años, pero después no seguí estudiando... Yo quería seguir Medicina.

Taty y Jorge Almeida tuvieron tres hijos: Jorge, Alejandro y María Fabiana. El 17 de junio de 1975, la tragedia golpeó a su familia.

Alejandro tenía veinte años cuando lo detienen y desaparece la noche del 17 de junio de 1975. Estaba cursando primer año de Medicina y trabajaba en Télam. Al día siguiente iba a tener un parcial y me avisó que no iría a trabajar. Salió de casa, dijo que enseguida volvía y nunca más lo volví a ver. 'Esperáme, ya vengo'. Eso fue lo último que me dijo Alejandro. Lo último que supe de él. Al día siguiente, pregunto a los porteros, a los vecinos, y me entero que había habido una razzia muy grande en un bar de Santa Fe y Scalabrini Ortiz. Después de muchos, muchos años, me enteré que militaba en el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

A partir de ese momento, Taty inicia una larga búsqueda en la que, entre otras cosas, comienza a descubrir a su propio hijo y, con este descubrimiento, a encontrarse con ella misma.

EL RECUERDO DE ALEJANDRO

Alejandro nació el 17 de febrero de 1955, una calurosa madrugada en Buenos Aires. Sus amigos lo llamaban ‘El Principito’.

Tengo tres hijos, Jorge, Alejandro y Fabiana. Alejandro Martín Almeida está detenido desaparecido. Él tenía veinte años y lo desaparecieron. Muchas personas decían y dicen aún hoy: ‘Por algo será’. Nosotras les contestamos con mucho orgullo: Sí, fue por algo. Fue porque ellos asumieron un compromiso político y social, luchaban por un mundo mejor.

Alejandro Martín Almeida había trabajado como cadete de la agencia Télam en la sección de publicidad, tenía veinte años, trabajaba en el Instituto Geográfico Militar y estaba cursando primer año de Medicina cuando fue secuestrado y desaparecido por la Triple A.

A pocos días de su secuestro, Taty encontró entre las pertenencias de su hijo una libreta con poemas que reflejan sus ideales, su compromiso militante y el amor a su madre, entre otros. El siguiente poema fue escrito por Alejandro el 13 de enero de 1975, seis meses antes de su desaparición.

*Si la muerte me sorprende lejos de tu vientre,
porque para vos los tres seguimos en él,
si me sorprende lejos de tus caricias
que tanto me hacen falta,
si la muerte me abrazara fuerte como recompensa
por haber querido la libertad,
y tus abrazos
entonces solo envuelven recuerdos,
llantos y consejos
que no quise seguir,
quisiera decirte mamá que parte de lo que fui*

*lo vas a encontrar en mis compañeros.
La cita de control, la última, se la llevaron ellos,
los caídos,
nuestros caídos,
mi control, nuestro control
está en el cielo,
y nos está esperando.
Si la muerte me sorprende
de esta forma tan amarga, pero honesta,
si no me da tiempo a un último grito
desesperado y sincero,
dejaré el aliento, el último aliento,
para decir te quiero.*

Diez años después del secuestro de su hijo, Taty participó junto con un grupo de Madres, de una actividad en Ciudad Universitaria, como homenaje a los estudiantes detenidos-desaparecidos. Allí, por primera vez, conoció a algunos de los compañeros de su hijo, que le brindaron detalles de su actividad política y le hicieron saber que fue gracias a Alejandro que muchos de ellos están vivos y pudieron exiliarse porque si bien él sabía sus nombres y direcciones, nunca habló.

En 2008, Taty publicó el libro *Alejandro, por siempre... amor*, que recoge recuerdos, testimonios de familiares, amigos y comentarios de lectores además de los 24 poemas hallados en la agenda de Alejandro. Taty explica de esta manera su decisión de darlos a conocer:

Hace tiempo que entendí que nuestros hijos son parte de la historia de todos. Es importante que se conozcan estos textos que dejó mi hijo como testimonio de la sensibilidad de su generación.

LA BÚSQUEDA

Alejandro forma parte de los 2000 detenidos desaparecidos antes del inicio del gobierno militar, víctima de la Triple A.

Hay que recordar y remarcar que ese horror del terrorismo desde el Estado no empieza en el 76, sino en un gobierno constitucional, aunque, yo digo, no democrático, dado que entre el 74 y el 75 hay dos mil detenidos desaparecidos y asesinados; y de los seiscientos centros clandestinos que hubo en dictadura, tres ya funcionaban en 1975. Obviamente que después del golpe ya es un plan perfectamente organizado.

¿Cómo fue vivir el secuestro de tu hijo y luego la dictadura, en el marco de una familia militar?

En mi entorno familiar eran todos militares, antiperonistas, gorilas y todo lo que te puedas imaginar, y yo era una de ellas... ¡los pelos me salían por todos lados! Tanto que Alejandro siempre me abrazaba y me decía: ‘Esta gorilita de mierda, cómo la quiero’...

A mi tío Raúl lo persiguieron y lo metieron preso por ser radical. A mi papá, Perón no lo asciende a coronel por no ser peronista... A mi hijo Alejandro se lo llevan en el 75, durante el gobierno de Isabel... Para mí, la culpa de todo la tenían los peronistas...

Yo me movía en ese entorno... Cuando se llevan a Alejandro, yo lo fui a ver a Harguindeguy, que había sido oficial de mi padre y jefe de uno de mis cuñados. Agosti había sido compañero de uno de los maridos de mis hermanas y Galtieri fue jefe de mi hermano... Harguindeguy me decía: ‘Señora, son los peronistas’, y yo decía: ‘¡Claro!’.

Poco a poco, Taty comenzó a mirar la realidad con nuevos ojos, guiada por la lucha de su hijo Alejandro. “Ale-

jandro me parió a mí”, exclama Taty para dar cuenta de esta transformación.

Hasta que empecé a aterrizar y a despabilarme. Por eso yo siempre digo que estoy feliz de haber parido a mis tres hijos, pero que Alejandro me parió a mí, parió a esta Taty que salió de la nebulosa, que ya no es más gorila, aunque tampoco soy peronista. No tengo ningún partido, como las Madres. Aunque sí hacemos política porque nuestra lucha es política, pero no partidista. Alejandro parió a esta Taty que hasta que me den las fuerzas, ahí seguiré.

¿Cómo fue ese aterrizaje?

Tremendo. El costo fue alto, pero reaccioné. Empecé a cerrar puertas, a bajar persianas y dentro de mi ignorancia empecé a despabilarme. Encontré una agenda de Alejandro y en las últimas hojas estaban sus poesías. Yo no sabía que escribía. Una de ellas era como una despedida, por si algo le pasaba.

A medida que fue pasando el tiempo, Taty pudo comprender que su búsqueda no era individual, sino colectiva y se unió a las Madres de Plaza de Mayo.

Tiempo después, ya en 1979, escucho de las Madres y averiguo. Hasta que una tarde me fui a la Plaza de Mayo. La policía venía a provocar y las madres decían: ‘Caminen, caminen’. Después nos fuimos con mi hija a la calle Uruguay, donde estaba Madres. Ahí se me acercó María Adela Antokoletz y solo me preguntó: ‘¿A vos quién te falta?’. Así nos juntamos las tres madres que nos faltaban hijos del 75: Esther Sánchez, Nelly Stagnaro y yo. Me di cuenta de que no era la única. No importaba ni religión, profesión, clase, nada, nos unía la desaparición de nuestros hijos. Así aterricé violentamente. Me di cuenta de que no era la única. Acá estamos todas unidas por nuestros hijos.

¿Y qué pasó con sus conocidos?

Cuando me integro a Madres, yo dejé atrás todas mis amistades. Yo los dejé atrás, nadie me dejó a mí. Y me metí. Estoy segura de que donde esté Alejandro estará orgulloso de esta 'gorilita de mierda', como me diría cariñosamente.

Todas las Madres en un comienzo imaginaban que sus hijos estaban detenidos e incommunicados. Con el correr de los años, comprendieron lo que había ocurrido.

Creo que las Madres tomamos real conciencia de que nuestros hijos no estaban detenidos e incommunicados recién en el año 82. De ahí que gritábamos: 'con vida los llevaron, con vida los queremos', porque creíamos que estaban vivos. No se nos pasaba por la cabeza lo que estaba ocurriendo. Era una cosa que no lo podíamos aceptar.

NORA MORALES DE CORTIÑAS

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Nora Morales de Cortiñas es la madre de Carlos Gustavo Cortiñas, detenido desaparecido el 15 de abril de 1977 en la estación de Castelar, Buenos Aires. En el momento del secuestro, Gustavo era estudiante universitario, tenía 24 años, estaba casado y tenía un hijo pequeño.

A partir de la desaparición de su hijo, Nora comienza su incansable búsqueda entendiéndola desde un principio la necesidad de una lucha colectiva. Es co-fundadora de Madres de Plaza de Mayo y de la Asociación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

Actualmente, es Psicóloga Social. Es titular de la cátedra libre Poder Económico y Derechos Humanos de la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA y titular de la materia curricular y optativa Poder Económico y Derechos Humanos para la carrera de Contador Público en la Facultad de Ciencias Económicas. Además, ha dictado cursos en universidades, colegios secundarios, centros de estudios y asociaciones de profesionales, organizaciones civiles, sindicales y vecinales. La búsqueda de la verdad y la justicia la ha llevado a participar en numerosos congresos, seminarios y debates en los temas de derechos humanos, mujeres y de la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA)

y de las Naciones Unidas (NU). La Universidad Libre de Bruselas le otorgó el título de Doctora Honoris Causa en 2000, al igual que la Universidad Nacional de Salta en el año 2003. Es integrante de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares Detenidos Desaparecidos (FEDEFAM).

Luego de todos estos años, su lucha continúa:

Los treinta mil desaparecidos van a descansar en paz si la lucha continúa, si sabemos toda la verdad de lo que pasó, si hay justicia con condena perpetua y efectiva para los genocidas en cárceles comunes, si no olvidamos. No pudieron cortar todas las flores, la verdad empieza a emerger desde la tierra.

Su hijo Carlos aún permanece desaparecido.

La Memoria es la base de la lucha, es lo que da el ánimo de seguir, la búsqueda de la verdad y la justicia tiene que ser todos los días hasta lograr que se sepa sobre las víctimas y lo que ocurrió para poder llegar a la justicia.

LA HISTORIA DE NORA

Nora Cortiñas es la mamá de Carlos Gustavo Cortiñas, detenido-desaparecido el 15 de abril de 1977. Gustavo era estudiante de Ciencias Económicas en la Universidad de Morón y trabajaba en el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censo). Fue secuestrado en la Estación de Castelar, provincia de Buenos Aires, cuando tenía 24 años.

Yo fui una mujer tradicional, una señora del hogar. Me casé muy joven con Carlos Cortiñas y tuvimos dos hijos: Carlos Gustavo y Marcelo Horacio. Mi marido era un hombre patriarcal, él quería que me dedicase a la vida familiar. En ese entonces, yo era profesora de alta costura y trabajaba sin salir de mi casa, enseñándoles a muchas jóvenes a coser. Vivía todo muy naturalmente, como me habían educado mis padres.

Como muchas Madres, Nora cambió su rutina familiar en forma drástica con el secuestro de su hijo.

Gustavo salió una mañana como todos los días y no llegó más. Era el 15 de abril de 1977. Tenía 24 años, una esposa y un hijo muy pequeño. Lo secuestraron en la estación de tren, mientras iba camino a su trabajo. Esa noche, un operativo militar y policial allanó mi casa, en donde estaba mi nuera. Afortunadamente, a ella no le hicieron nada. Fue un milagro teniendo en cuenta que en la mayoría de los casos, al no encontrar a la persona buscada, se llevaban a cualquier familiar en represalia.

Perder un hijo es siempre una tragedia, pero hay que elaborarlo para no quedar prendida en ese laberinto y poder ayudar a quienes están en la misma situación. La soledad nunca es buena receta si se quiere saber la verdad.

Fue así como Nora salió a buscar a su hijo Gustavo. Pero inmediatamente tomó conciencia de que su búsqueda no era individual, sino colectiva. En este cambio de perspectiva, Nora destaca el rol que cumplió Azucena Villaflor.

Azucena Villaflor fue la que lanzó nuestra proclama inicial: ‘Todas por todas y todos son nuestros hijos’ ¿Qué queremos decir con esto? Es una promesa implícita de las Madres: nuestra lucha no es individual, es colectiva. A lo largo de estos años, si no fuera por esta filosofía, hubiese sido muy difícil afrontar tantas adversidades: varias madres murieron, otras debieron criar a sus nietos por la desaparición de los padres. A algunas compañeras les desaparecieron todos sus hijos, a otras les quitaron la posibilidad de criar a sus nietos porque esos niños también fueron secuestrados junto con sus padres y mantenidos en cautiverio, hasta que los asesinos de sus familiares se los apropiaron y después los registraron con una identidad falsa. Solo la fuerza que te da el conjunto permite seguir la búsqueda.

Fue en esa búsqueda colectiva donde Nora encontró un nuevo sentido para su propia vida. De esa madre ama de casa dedicada a su hogar, Nora pasó a ser una Madre de Plaza de Mayo.

Nosotras ya no somos madres de un solo hijo, somos madres de todos los desaparecidos. Nuestro hijo biológico se transformó en 30.000 hijos. Y por ellos parimos una vida totalmente política y en la calle. Los seguimos acompañando, pero no de la misma manera como cuando estaban con nosotras: revalorizamos la maternidad desde un lugar público. Somos Madres a las que se nos sumó un nuevo rol y en muchos de los casos no estábamos preparadas para ello. Transmitimos algo más de lo que antes les transmitíamos a nuestros hijos: el espíritu de la lucha y el compartir otras luchas. En fin, aprendimos a dar y a tomar. Esa necesidad por entender la historia de nuestros hijos fue la que nos mantuvo enteras, la que nos llevó a ocupar espacios hasta ese momento desconocidos por nosotras.

EL RECUERDO DE CARLOS GUSTAVO

En el momento de su secuestro, Gustavo tenía veinticuatro años, estaba casado y tenía un hijo pequeño, Damián. Había trabajado en la Comisión Nacional de Valores entre el 6 de octubre de 1970 y el 25 de julio de 1974, y luego en el INDEC.

Como muchísimos jóvenes, Gustavo sentía un fuerte compromiso social que lo había llevado a desarrollar una militancia social en la Villa 31 en el barrio de Saldías. Ahí conoció al Padre Mujica y comenzó a participar de su obra.

Sabía de la militancia política de Gustavo y de su trabajo solidario en barrios humildes. Él no nos ocultaba nunca nada. Se casó siendo un muchacho, cuando estudiaba Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires, a los 21 años de edad.

Se vivían tiempos difíciles y violentos en la Argentina de los 70. Antes del golpe militar del 24 de marzo de 1976, el drama ya se había instalado en la familia Cortiñas.

Mi marido le dijo a Gustavo que se fuera con la esposa y el hijito. Ellos no querían. Decían: 'No hacemos nada malo'. Es que tomaban la militancia como algo normal. Ayudaban en los barrios más pobres de la zona Oeste. Había empezado con Mujica, en las villas de Retiro y de Saldías. En el 74, después que lo matan, empieza Gustavo a militar a fondo en la zona de Morón. En 1975 secuestran al cuñado de Gustavo y a partir de ese momento decide vivir un tiempo en clandestinidad, pero después ya no. Vino a vivir a casa, con la esposa y el nene. Parecía que la cosa se estaba encaminando. No nos imaginábamos esa crueldad y esa criminalidad como fue después del 24 de marzo de 1976. No imaginábamos de ninguna manera que iba a haber desapariciones. Era como que caían presos y que ya nos iban a decir dónde estaban. Cuando cae Gustavo, en abril del 77, también pensábamos que iba a aparecer. A uno no le entraba en la cabeza que un día no te llegarías a despedir de tu hijo y no lo verías nunca más. Era imposible de entender. Mi nuera quedó con el nene, viviendo con nosotros. Y de Gustavo no supimos nada de nada.

Gustavo era estudiante universitario de Administración de Empresas, Ciencias Económicas, en la Universidad de Morón, luego de estudiar en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. Gustavo es recordado por sus compañeros de trabajo y de militancia como “un muchacho muy alegre, trabajador y muy inquieto, frente a todos los temas los cuestionaba e indagaba hasta que se formaba su propia opinión. Una vez que aclaraba sus dudas y tomaba una postura ante la situación, no había nada que lo desviara de la decisión que asumía, es decir, no era un improvisado y sí era firme y consecuente con aquello que asumía como propio”.

Nora siempre reivindicó la lucha colectiva por las víctimas del terrorismo de Estado. Durante muchos años prefirió no detenerse en menciones individuales.

Siempre tuve prudencia, pensaba en los chicos que no tienen madre ni padre, nunca había hecho ningún recordatorio público de mi hijo. Siempre estuve ahí por los 30 mil, nunca por él, nunca busqué ni un papel. Ahora en casa encontré su test vocacional, sus notas del Colegio Inmaculada, en Castelar, donde se recibió de bachiller humanista. Ahí pusieron una baldosa con los desaparecidos que estudiaron allí y está su nombre, pero es lo único que había hasta ahora.

Desde el 15 de abril de 1977 a las nueve menos cuarto de la mañana, momento en el que Gustavo fue secuestrado, hasta el día de hoy, sus restos no fueron encontrados, ni se pudo obtener información alguna sobre su paso por algún centro clandestino de detención.

LA BÚSQUEDA Y LA LUCHA CON LAS MADRES

Era difícil soportar la angustia que significa la desaparición forzada de nuestros hijos sin saber por qué ni adónde. Yo tenía un nieto chiquito y no hallábamos palabras para explicarle qué había pasado con su padre. Fue atroz. De a poco nos fuimos ayudando con las madres, unas con otras, y así creció el grupo, con el dolor.

Nora participó de las reuniones del primer grupo de Madres, desde los comienzos de la organización.

El 30 de abril de 1977, nuestro primer día, éramos muy poquitas y todas estábamos atravesadas por el miedo y la angustia. Mientras averiguábamos por el paradero de nuestros hijos nos íbamos encontrando con mujeres y hombres en la misma situación. Entonces comenzamos a juntarnos para descubrir las causas, para consolarnos. No nos unían opiniones políticas

ni religiosas, sino la tragedia, la búsqueda incansable. Ahora bien, desde el inicio, en vez de estar quietas decidimos rondar. No obstante, durante los cuatro primeros meses de reuniones lo que hacíamos era estar paradas. Las vueltas comenzaron casi por orden de la policía que nos hacía circular. La razón fue muy simple: como el estado de sitio no permitía que las personas se juntasen en las calles, se nos ocurrió caminar alrededor de la plaza. Fue Azucena Villaflor la que propuso esa idea. Allí podíamos expresar nuestro dolor, nuestra angustia y la gente al vernos se iba enterando de lo que estaba sucediendo.

¿Por qué eligieron los jueves para la ronda de las Madres?

Desde el principio, siempre fuimos mujeres. Quizás, el horario elegido no permitió que los hombres nos acompañasen por sus obligaciones laborales ¿Por qué elegimos jueves? Fue una decisión azarosa. Una madre contó que en la tradición popular los días que se escriben con R traían mala suerte: entonces quedaban solo lunes y jueves. El primero era imposible, ya que nosotras teníamos tareas pendientes del fin de semana por ser amas de casa. Por ejemplo, lavar la ropa. Entonces decidimos por el jueves. Y en cuanto a la hora, se eligió el momento de mayor concentración de gente, justo a la salida de sus oficinas. Así fue nuestro comienzo: rondar los jueves a las 15:30.

¿Cómo se organizaban en la búsqueda de sus hijos?

En los primeros tiempos fue muy importante Azucena Villaflor para la organización de las tareas. Era una madraza, totalmente. Traía en borrador una carta para el Papa, o para la Conferencia Episcopal, o para los milicos. Primero era eso, un borrador que leíamos y terminaba en carta, porque aunque lo trajera en papel manteca, papel de cera, no importa, firmábamos ese mismo. No se modificaba nada, así como estaba. Y después nos traía una

carta para los milicos. Entonces decía ‘para la Marina, para la Aeronáutica, para el Ejército’, y traía tres hojitas. Entonces, a ver, ‘Tres madres van a tener que ir al Ministerio de Guerra’, ‘Tres madres van a ir a la Marina’. Las pocas que éramos –en ese momento éramos pocas–, tres acá, tres allá y elegíamos. Era un operativo grupal bien parecido a la psicología social elaborada por Enrique Pichon Rivière. Yo después fui a aprender Psicología Social porque las estudiantes de la escuela donde se enseñaba esta carrera tenían que hacer sus monografías y venían a hacerlas con nosotras. Y decían: ‘Ustedes en la práctica hacen lo que Pichon Riviere enseña en la teoría’.

Fue así como en forma espontánea fueron apareciendo líderes naturales que fortalecieron la organización del grupo. Además, fundamentalmente, lo que movilizaba a este conjunto de mujeres a unirse y agruparse era el profundo dolor por la pérdida del hijo o de la hija y la imperiosa necesidad de encontrar a los seres queridos.

Pero en ese momento no nos dábamos cuenta de que lo que en realidad hacíamos era repartirnos los roles para decidir quiénes hacíamos la cola para el hábeas corpus, quién iba a cada lado. Fue una organización muy espontánea. Nos reuníamos para repartir las tareas y después nos juntábamos para ver cómo le había ido a cada una. Que además cada una elegía: ‘Mira, yo voy acá’. Después, nos reuníamos y una decía: ‘Bueno, a ver, quién va a hablar’. ‘Yo voy a hablar de los bebitos que buscamos’. Por ejemplo, iba una madre que buscaba a la nuera o a la hija que se la habían llevado embarazada. ‘Yo voy a hablar de las mujeres embarazadas...’. Y, entonces, íbamos las tres. En realidad, por muchos años nosotras no tuvimos roles formales, sino que éramos así.

Nora recuerda con mucho cariño y admiración a Azucena Villafior y reitera el valor que tuvo su liderazgo ligado a sus características personales.

Azucena era la madre líder por naturaleza porque ella venía a la Plaza y cuando llegaba ya inspiraba poder. Una mujer generosa, que dejaba hablar, dejaba opinar y tomaba opiniones de todas. En ningún momento era autoritaria, para nada. Era totalmente abierta y muy espontánea. Ella siempre lograba que las cosas se decidieran entre todas. Además, no se pensaba en presidenta ni en nada, era propiamente un liderazgo natural y espontáneo.

¿Cuándo empezaron a usar el pañuelo blanco?

Recién en 1980, empezamos a usar el pañuelo blanco en la cabeza con el nombre y apellido del familiar desaparecido bordado. Fue en la peregrinación hacia la Basílica de Luján, convocada anualmente por la juventud católica. Era nuestra oportunidad: la Basílica estaba repleta y, en especial, de jóvenes. Llevábamos folletos para repartir y frente a tanta multitud debíamos identificarnos. Surge en su momento, como una forma de reconocernos entre nosotras. En realidad, cuando comenzamos a utilizarlo no era un pañuelo, sino un pañal de bebé; todas teníamos alguno en las casas por nuestros nietos. Así, sin quererlo, fundamos el símbolo de las madres. La identificación del nombre del desaparecido posibilitó que se acercaran aquellas personas que disponían de información sobre el paradero de nuestros hijos.

¿Estaban solas las Madres en la ronda de los jueves o se sumaban otras personas?

Al principio, muchísima gente nos miraba con cierto recelo. En los primeros años, estábamos muy solas. Nadie rondaba con nosotras. Teníamos inconvenientes con los otros organismos de Derechos Humanos, algunos de ellos estaban integrados por gente de partidos políticos y tenían otras formas organizativas y otros compromisos. Pero poco a poco la gente se fue sumando.

Fue un largo recorrido, la angustia de todos los días, el pensar que mañana va a aparecer, que nos van a decir dónde están. Cuando nos reunimos las Madres, fue un hito muy importante porque fue saber que todos los hijos y las hijas eran iguales, tenían los mismos sueños. Eran todos militantes. El que no era un militante de base de iglesia, era de un centro de estudiantes, sindicalista o un profesional; todos compartían el ideario del país que querían. Así, nos fuimos fortaleciendo, cada una en su dolor muy profundo. Nos costó un tiempo bastante largo entender por qué se los habían llevado. Después, supimos que era para implementar un sistema económico neoliberal. No entraba en nuestras cabezas que para llevar un plan económico había que llevarse miles y miles de mujeres, de varones, de niños, torturar y asesinar vilmente; esas muertes terribles que íbamos conociendo, que los tiraban al río, al mar.

¿Alguna vez tuvo miedo?

En ese momento, la prioridad era salir a buscar a mi hijo, y entré en una especie de locura. Pero de bajar los brazos no, ¡nunca! Y miedos pasamos todas... me llamaban, me amenazaban, me decían que me iban a meter presa, me trataron mal. Además, como yo soy muy extrovertida, cada vez que iba a la comisaría me trataban de cabecilla y la amenaza siempre era muy fuerte. Después, me llamaban a mi casa, me amenazaban, me pintaron todo el barrio con el nombre 'madre terrorista', todo el nombre completo. Pero yo seguía igual.

Todo este proceso de búsqueda compartida significó un antes y un después en la vida de las Madres, que en todos los casos implicó un crecimiento personal significativo.

Tuvimos que acostumbrarnos a la vida pública, a las nuevas relaciones, a que nuestra intimidad ya no fuese la misma, a viajar mucho, a tener otro lenguaje, a prepararnos para la

discusión con gente del poder, a hablar en los medios de comunicación y a ser reconocidas por la calle. Yo diría que nos hicimos mujeres públicas. Mi caso lo ejemplifica: de ser un ama de casa, fui creciendo y capacitándome hasta lograr el título de Psicóloga Social. Ahora, soy titular de la 'Cátedra Libre Poder Económico y Derechos Humanos' de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires.

NORA HOY

Luego de 40 años de lucha, Nora se sigue planteando nuevos desafíos en la defensa de los Derechos Humanos.

Nuestra causa ya no es solo la búsqueda de nuestros familiares, sino también la conquista por la liberación de las mujeres, el respeto a la libre determinación del cuerpo, a las minorías de opción sexual, religiosas y culturales. Es doloroso decir que el desprendimiento de la vida doméstica y privada y el salto a la vida pública se llevó a cabo porque tu hijo o hija está desaparecido. Pero ya no se vuelve atrás.

Nora considera muy importante la tarea de construir la Memoria en las escuelas y lleva cada vez que puede su testimonio a los estudiantes de los colegios.

Pienso que llevar relatos a la escuela de lo que vivimos durante el Terrorismo de Estado es importante y significativo. Se ha avanzado en muchas cuestiones, como en la realización de los juicios, pero todavía queda mucho camino por recorrer. Es valioso que la educación dé cuenta de estos recorridos porque la escuela no es únicamente un lugar para leer y escribir. Es un espacio de pensamiento donde los chicos deben informarse. Por eso, hay que llevar y transmitir la historia de nuestro drama, siendo cuidadosas al contarlo, relatando lo que hablamos de acuerdo a la edad de los chicos. Ahí es cuando surgen sus

interrogantes y, desde las preguntas que hacen, se nota lo que reciben del relato. Por eso, considero que el relato directo de las Madres a los niños es la mejor forma de que les llegue la verdadera historia. Entonces, no hay que parar, tenemos que seguir por este camino, abriendo el relato hacia los niños y jóvenes.

¿Cómo evalúa los avances respecto a la lucha por Memoria, Verdad y Justicia en Argentina?

Los 41 años de búsqueda y de lucha hicieron también que podamos llegar a estos días con juicios que van esclareciendo todo lo que nosotros venimos denunciando hace años. Los juicios demuestran un avance concreto, aunque también tienen sus fallas en las formas. Hay condenas, algunas mejores que otras, pero nuestra sensación es que la impunidad se va terminando de a poco.

PALABRAS FINALES

En cada relato, Nora reivindica el compromiso social que sostenían los jóvenes como su hijo y se suma a esos sueños colectivos:

En todos estos años, el pueblo nos acompañó a veces silenciosamente y a veces con más fuerza. Nos acompañó el pueblo, nuestra familia, nuestros nietos y eso fue indispensable para nuestra lucha. A nosotros no nos bastan ni los monumentos, ni los actos, ni los monolitos, ni los parques, nosotros seguimos extrañándolos. Los desaparecidos no se reemplazan con nadie, pero nuestra lucha no hubiera sido posible sin la ayuda y la compañía del pueblo trabajador. De otra manera, no hubiéramos podido llevar el gran dolor que significa la pérdida de un hijo que luchó por un mundo mejor. El gran compromiso que asumimos es el de seguir levantando en alto los ideales por los que ellos lucharon y por los que luchan tantos compañeros todos los días.

AURORA MOREA DE PEDRINI

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Aurora es la madre de Susana Pedrini, arquitecta y docente universitaria detenida-desaparecida junto a su marido, José Daniel Bronzel, y su suegra, Cecilia Podolsky de Bronzel, el 27 de julio de 1976. A esta tragedia que atravesó la familia de Aurora, se le sumó el secuestro y desaparición de Antonio Juan Lucas Mosquera, esposo de su hija Noemí, a mediados de diciembre de ese mismo año.

Mi hija Susana se recibió de Arquitecta a los 23 años. Ella y su esposo, José Daniel Bronzel, trabajaban como docentes en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires. Ninguno era militante. Estaba embarazada. Los secuestraron junto con su suegra, Cecilia Podolsky de Bronzel. Todos desaparecidos. Los antropólogos encontraron en el año 2000 a mi hija y, un año más tarde, a José en lo que se conoce como la Masacre de Fátima. Su cuñado Antonio Juan Lucas Mosquera, esposo de Noemí, también está detenido-desaparecido desde el 17 de diciembre de 1976.

Aurora inició inmediatamente la búsqueda de sus seres queridos, pero tuvieron que pasar muchos años para que pudiera acercarse a la verdad. El equipo de Antropología Forense le confirmó que Susana y su marido fueron asesinados el 20 de agosto de 1976 en la masacre de Fátima, Pdo.

de Pilar, Prov. de Buenos Aires. Ese día, veinte hombres y diez mujeres que fueron secuestrados por fuerzas militares y policiales dependientes del Cuerpo I de Ejército fueron ejecutados en un camino vecinal cercano a la localidad de Fátima. Para muchos, esta fue la matanza más brutal perpetrada por la última dictadura militar. Susana estaba embarazada de dos meses y medio cuando fue asesinada.

Cecilia ‘Chola’ Podolsky de Bronzel era la mamá de José Daniel. Fue secuestrada junto a su hijo y a Susana. Tenía 51 años de edad y era ama de casa.

EL RECUERDO DE SUSANA

Susana nació el 28 de julio de 1947. Su secuestro ocurrió un día antes de que cumpliera 28 años. Así la recuerda su hermana Noemí: “Susana era mi hermana mayor y mi referente. Me enseñó a apreciar la buena música y me transmitió su sensibilidad estética. Todo en ella era armonioso, desde su persona hasta los detalles de su casa. Siempre fue muy responsable. Desde adolescente fue seria y retraída, muy estudiosa, estaba siempre en el cuadro de honor. Alrededor de los 23 años, se desplegó y afloró su alegría. Amaba la vida. Irradiaba luz”.

LA LUCHA CON LAS MADRES

En 1976, cuando desaparece mi hija, mi yerno y mi consuegra, yo no sabía lo que estaba pasando en el país. Me llaman y me dicen que habían entrado en el departamento de mi hija y se habían llevado. Me dijeron que eran como cinco o seis coches Falcon que pararon y que cuando bajaron del edificio estaban esposados con las manos atrás y encapuchados. Cuando fui

al departamento, vi que les habían revuelto todo y les habían robado un montón de cosas. Yo no sabía qué decir ni hacer. Empecé a buscar a dónde podía ir. Yo estaba sola completamente, mi hija Noemí ya estaba casada y no vivía conmigo. Por fin, se me ocurrió ir al Buenos Aires Herald. Me recibieron muy bien, les conté la historia. Al día siguiente, lo primero que hago es comprar el diario y veo que estaba en la tapa, pero estaba en inglés y yo de inglés no sé una palabra. Entonces ese mismo día me fui desesperada a preguntar por qué había salido en inglés y me explicaron que no podían sacarlo de otra forma.

Así continuó la lucha, mi vida y mi desesperación. En una oportunidad, había 20 o 25 Madres en Plaza de Mayo y Chela Mignone me dijo: ‘¿Aurora, no querés ir a la Plaza que las Madres se reúnen?’. Yo no sabía nada de las Madres, pero como era jueves fui por primera vez a la Plaza y me dijeron que no me acercara a nadie, que teníamos que caminar y hacer que miráramos cualquier cosa. Entonces yo caminaba, miraba, daba la vuelta, no hablaba con nadie y hubo un momento en que me quedé mirando una estatua y se me acercan dos policías y me dicen que tome asiento. Yo en ese entonces no era muy tranquila y les digo: ‘No, no tengo ganas de sentarme. Yo estoy paseando’. ‘Bueno, usted tiene que sentarse o salir de la Plaza’, me contestaron. Y yo con mi carácter fuerte les dije: ‘Si ustedes quieren que yo salga de la Plaza, saquen a toda esa gente que está sentada –que era mucha gente mayor– y entonces yo voy a salir. Pero yo no me voy a mover ni me voy a sentar’. Entonces, me agarraron del brazo y me llevaron a un coche de policía. Yo estaba contenta, no tenía miedo porque pensaba que quizás podía ver a Susana. En eso, me acompaña una Madre, que quiso venir conmigo, Marta Vásquez, y me dijo: ‘Yo voy con vos, Aurora’. Nos tuvieron ahí horas, nos tomaron las huellas digitales, no nos decían nada. Yo les decía que lo

único que quería saber era por qué se habían llevado a mi hija. Ellos se reían entre ellos.

Fue así como la búsqueda de Aurora, que un principio fue solitaria, se volvió colectiva al encontrar a otras madres que como ella estaban buscando el paradero de sus seres queridos. Tuvieron que pasar 23 años de lucha y búsqueda ineludible para que pudiera llegar a conocer el destino de su hija.

Cuando supe por Mignone que había empezado el trabajo de los antropólogos, le pedí la dirección porque yo sentía que mi hija quería que la encontrara y yo quería encontrarla. Entonces fui a ver, en 1986 o 1987, no me acuerdo el año. Me recibieron maravillosamente porque siempre fueron así. Nos han contenido muchísimo a mí y a mi hija. Nos sacaron sangre y nos dijeron que iban a investigar. Cuando los antropólogos me llamaron que habían encontrado los restos de Susana, fue en el año 1999. Habían pasado 23 años de lucha. Ellos empezaron por la Masacre de Fátima y la casualidad fue que la primera muestra de ADN que ellos mandaron a analizar a Francia era de mi hija. Entonces, inmediatamente lo mandé al hermano de mi yerno a que diera sangre también para ver si encontrábamos a José y a la mamá. Ellos encontraron a José, pero me dijeron que no había restos de personas grandes. Por lo tanto, a mi consuegra no la pudimos encontrar. Cuando ellos me entregaron los restos de Susana, fue más doloroso que cuando Susana desapareció porque en ese momento yo no esperaba que estuviera viva, pero fue un golpe muy fuerte.

EN NOMBRE DE MI HIJA

Luego de más de treinta años de lucha, Aurora sigue su camino junto con las Madres de Plaza de Mayo - Línea

Fundadora en el reclamo por la Memoria, la Verdad y la Justicia. Actualmente, una calle del centro de Pilar lleva el nombre de su hija Susana.

Mi hija siempre me decía que ella quería dejar algo para el día de mañana: 'Para que se sepa quién soy', decía ella. No pudo tener a su hijo y su obra no pudo dejarla. Pero un día me llamaron de Pilar, Osvaldo Pugliese, diciéndome que querían poner su nombre a un Boulevard. Yo le dije que sí, encantada. Después, les pedí que agregaran que Susana Elena Pedrini de Bronzel era una de las víctimas de la Masacre de Fátima, para que en el día de mañana se supiera quién era. También se hicieron homenajes en Fátima. Nos invitaron muchas veces, yo estuve muy agradecida a Osvaldo por lo que hizo porque por lo menos quedó el nombre de mi hija en algún lado.

EL RECLAMO DE JUSTICIA

Yo espero que todos los responsables terminen presos en cárceles comunes. Yo nunca deseé que los maten, que hagan lo que hicieron con todos los nuestros, con los 30.000 detenidos desaparecidos. Lo que yo quiero es que sean enjuiciados uno por uno y los metan en cárceles comunes y los cuiden para que no se mueran. Que se pudran en la cárcel. Que lleguen a los 100 años. Eso es lo que yo deseo.

MARTA OCAMPO DE VÁSQUEZ

*Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora
Fue presidenta de Madres de Plaza de Mayo - Línea
Fundadora. Integrante de Memoria Abierta y de la
Federación Latinoamericana de Asociaciones de Fa-
miliares de Detenidos-Desaparecidos (FEDEFAM)*

Marta Vásquez creció en la ciudad de Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. El 3 de octubre de 1946 se casó con José María Vásquez, diplomático de carrera. Siguiendo los destinos de su marido, Marta formó su hogar en distintos países del mundo mientras criaba a sus hijos: José María, Luis Alberto, Rafael Marcelo, María Marta, Raúl y Gustavo.

El 14 de mayo de 1976, su hija María Marta fue secuestrada junto a su marido César Lugones por un grupo de tareas de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). En ese momento, María Marta tenía 23 años, estaba embarazada, era psicopedagoga y realizaba apoyo escolar en una Villa de Bajo Flores.

Marta comenzó entonces el largo camino por la búsqueda de su hija y su nieto. En 1977, integró el grupo fundador de Madres de Plaza de Mayo y poco a poco se fue constituyendo en referente indiscutida en la lucha por los Derechos Humanos. Participó en numerosos Congresos en el interior del país

y en el exterior, extendiendo las palabras de las Madres en la búsqueda de la Verdad y la Justicia. Entre 1999 y 2003, presidió la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos (FEDEFAM).

También presidió la organización Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora y desde allí exclamó con orgullo:

Durante el largo camino recorrido, nuestra lucha no decayó y cada vez hubo más logros. El pueblo nos acompaña cada vez más, día a día. La juventud nos escucha y quiere oírnos. Son nuestra esperanza para el futuro. Cuando ya no estemos, sabemos que esta, la lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia, va a perdurar en nuestra Argentina.

Marta falleció el 18 de noviembre de 2017, a los 90 años, y para honrar su memoria compartimos un reportaje que le realizó el Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires en 2012. Su hija María Marta, su yerno y su nieto permanecen desaparecidos.

Las Madres estamos recorriendo un largo camino todavía. Y, en distintos momentos, hemos tenido prioridades. Ahora que vemos tantas cosas que ya han pasado y que se han cumplido, nuestra inquietud es la esperanza de ver quiénes van a seguir nuestra tarea, nuestros pensamientos, nuestro accionar. En todos estos años, las Madres salimos a la calle sin saber lo que íbamos a hacer, pero realmente alguien nos iluminó. Nosotros decimos siempre que fueron ellos, nuestros hijos, quienes nos marcaron el camino y poco a poco hemos llegado a este punto. Hoy la Memoria nos resulta indispensable para el futuro. No se puede perder, es nuestra esperanza de aquellos que nos van a seguir, que van a enseñar a la juventud, a los niños. Cuando vamos a las escuelas, es el futuro el que nos está hablando.

MARTA Y SU FAMILIA

Marta nació en Bahía Blanca, pero apenas a los tres años su papá, Rafael Ocampo Giménez, por entonces abogado y fiscal, fue nombrado juez de La Plata. Hacia allí partió toda la familia y allí vivió Marta hasta los 18 años, cuando un nuevo cargo de su padre, esta vez como interventor de la provincia de La Rioja, los vuelve a mudar.

En La Plata estaba muy contenta, tuve una adolescencia muy feliz y con muy buenos recuerdos. En aquella época, las cosas eran muy distintas, vivíamos de fiesta en fiesta, siempre en reuniones que se hacían en casas y clubes. En uno de esos almuerzos, en una estancia cerca de La Plata, conocí a mi marido, José María Vásquez. Nos pusimos de novios y a los dos años nos casamos. Él murió cuando llevábamos 47 años de casados.

Su marido era diplomático y por su trabajo vivieron en distintos países del mundo. ¿Le gustaba esa vida?

¡Me encantaba! Nosotros tuvimos seis hijos, María Marta fue la cuarta y era la única mujer. Primero mi esposo fue nombrado diplomático en Italia y allá nacieron los tres primeros. Luego en Argentina, nacieron otros dos, y el último fue en Chile. Íbamos con la casa a cuestas para todos lados y, en general, en cada sitio estábamos cuatro años. Mirá si me gustaba esa vida que, aún hoy, cada tres años me entra una desesperación que tengo que salir, cambiar de lugar. Hace poco me puse a contar y llegué a la cuenta de que nos mudamos diecisiete veces de casa.

¿Y qué hacía usted en esos lugares?

Yo me dedicaba a los hijos y a acompañar a mi marido. Con José María éramos muy unidos. También ayudaba mucho a los chicos, los traía, los llevaba. Después se convirtió en uno de

los padres de Plaza de Mayo, aunque siempre temeroso de que me pasara algo.

RECORDANDO A MARÍA MARTA

María Marta fue la única hija mujer del matrimonio Vázquez-Ocampo. Con la ternura de una madre, surgieron estas palabras desde el corazón que la recuerdan en la inocencia de su infancia y los ideales de su adolescencia.

Mi hija se llama María Marta Vázquez de Lugones y nació el 28 de diciembre de 1952. Era la única mujer entre cinco varones. María Marta era increíble. Era psicopedagoga. Ella estudió en Perú y terminó quinto año en Argentina porque nos vinimos para nuestro país.

De niña, ¿a qué le gustaba jugar?

María Marta era una niña muy femenina; yo me preocupaba porque se criaba entre cinco varones, pero ella siempre tuvo sus amiguitas. Jugaba como todas las nenas de su edad: a las muñecas, a las mesitas y siempre tenía alguna amiguita en la casa o iba ella de visita. Era la princesita de la casa a la que todos los hermanos querían. Y, obviamente, era la debilidad de su papá.

¿Cuál era su comida preferida?

María Marta no tuvo problemas para la comida. Se come mucho a la italiana en nuestro país, y los domingos era la reunión familiar y siempre había pasta.

¿Qué música o cantante escuchaba?

María Marta cuando terminaba el secundario y empezó su carrera de psicopedagoga, junto con sus compañeras, animaban fiestas infantiles, ella tocaba la guitarra. Después se dedicó a cantar

folclore, y la verdad es que la música que escuchaban los chicos de esa época era la de los Beatles. A mí a veces me molestaba porque decía que hacían mucho ruido, pero ahora me encantan.

Cuéntenos alguna travesura que recuerde

Bueno, después de tanto tiempo, pareciera que nuestros hijos eran perfectos. Yo me acuerdo una vez, cuando María Marta tenía dos años, que vivíamos en Vicente López, en una casa. Y un día salgo al patio y no la encontraba. Entonces la empiezo a buscar. ¿Dónde estaba? ¡Estaba caminando por la cornisa de la terraza! ¡Casi me dio un soponcio! No sabía cómo hacer, llamé a los hermanos y uno de ellos despacito se acercó y la agarró. De mis hijos varones, tengo miles de travesuras, pero de ella no muchas.

¿Cómo conoció María Marta a su marido?

María Marta en esa época ya se había recibido de psicopedagoga y apenas conoció a las monjas empezó a misionar en el Sur, en la zona de Maitén y en Lago Puelo. Así conoció a su marido, César Lugones. Se casaron el 15 de septiembre de 1973. Hacían el mismo trabajo, tenían las mismas ideas. Después de un tiempo, se desilusionaron de cómo actuaban algunas personas, autoridades. Ellos llevaron hasta molinos para enseñarles a los mapuches a trabajar la tierra. Pero después supieron que las autoridades se quedaban con las cosas que ellos llevaban. Eso aportó a que se fueran y pasaran a militar en la Juventud Peronista. María Marta, César y varias de las chicas que secuestraron trabajaban en la villa del Bajo Flores con chicos y jóvenes. Construyeron una guardería para que las madres pudieran ir a trabajar. Ellas hacían apoyo escolar y cuando faltaba una maestra me llamaba desesperada y me decía: ‘¿No podés venir?’. Yo soy maestra, pero nunca había ejercido...

¿María Marta era la única que militaba de sus hijos?

No, el día de Ezeiza, 20 de junio de 1973, mis seis hijos estaban allí. El más chico tenía 12 años. No me hagas acordar... Yo iba en el auto con mi marido hacia Ezeiza y me enteré del tiroteo por la radio. Me volví loca. Dejamos el auto y empezamos a caminar por la Ricchieri. Era la una de la mañana y no sabíamos nada de ninguno de los chicos. Escuchábamos radio Colonia a ver si decían algo. Por suerte, no pasó nada con ninguno de ellos. A media noche, mi marido y Emilio Mignone (fundador del Centro de Estudios Legales y Sociales, CELS) salieron a buscarlos y finalmente a la madrugada supimos que estaban bien.

LA DESAPARICIÓN Y LA BÚSQUEDA

El golpe de Estado encontró a Marta y a su marido lejos del país, en México. María Marta llevaba casi tres años de casada cuando la sorprendió la violencia del terrorismo de Estado.

Después, vino el golpe. A mi hija se la llevaron el 14 de mayo de 1976 a las tres de la mañana junto con su marido César Amadeo Lugones. Fue de los primeros secuestros. Estábamos en México porque mi marido estaba de Ministro Consejero en la Embajada argentina. Nos llamaron a las cinco de la mañana para avisarnos. No entendíamos nada. No sabíamos lo que estaba pasando. Me avisó uno de mis hijos: ‘Mamá, se llevaron a María Marta y a César’. Pero yo no sabía qué quería decir ese ‘se llevaron’. Entonces le pasé el teléfono a mi marido y salí corriendo a despertar al menor y a buscar otro teléfono para escuchar lo que hablaban.

Nunca imaginamos lo que pasó. A los chicos se los llevaron en un inmenso operativo que empezó a las once de la noche y terminó a la madrugada. Se llevaron a siete muchachos. En

ese grupo también estaba Mónica Mignone. Ellas eran compañeras de colegio.

¿Cómo cambió su vida la desaparición de María Marta?

El primer año no me moví tanto. Se movía mi marido. Él estaba muy relacionado, era amigo de militares, de aeronáuticos y de otras fuerzas, y cuando teníamos destinos internacionales siempre estábamos con ellos... Así que para nosotros todavía fue más doloroso ver la actitud que tuvieron. A mí fue como si se me bajara una cortina y esos 43 años de diplomacia no existieran más. A la cancillería solo volví como Madre de Plaza de Mayo. No quería ni ver a las mujeres de los diplomáticos que se juntaban en las reuniones... Algunas hasta dejaron de saludarme. Lo mismo con algunos parientes. Salvo mi papá, que nos apoyó en todo a las Madres. Era el abuelo de Plaza de Mayo y como vivía cerca de la Plaza a veces nos juntábamos en su casa.

¿Usted sabía qué estaba pasando con los chicos que desaparecían?

No, ninguna de nosotras lo imaginaba. Fue muy duro todo ese tiempo. Durante los primeros ocho años, yo estaba convencida de que María Marta volvería, que le estaban haciendo un lavado de cerebro. En 1984, vinieron periodistas de Italia y se quedaron duros cuando yo les dije con vehemencia que estaba segura que mi hija iba a volver. Hasta me molestó. Con el tiempo, me pregunté qué habrán pensado de mí... Fue duro saber la verdad, en realidad lo que imaginamos que pasó porque es poco lo que sabemos hasta ahora.

Cuando se la llevaron, María Marta estaba embarazada...

Sí, pero yo me enteré bastante después. No lo sabía. Después fui conociendo lo que decían algunas amigas, incluso me lo dijo

una médica que atendió a mi hija y que me encontró mucho después a raíz de una entrevista en la radio. Estaba de muy poquito. Ya en 1996, supe lo que dijo Adolfo Scilingo (represor de la marina, el primero en hablar públicamente sobre los ‘vuelos de la muerte’). Él dijo que el bebé habría nacido. Pero yo tengo muchas dudas. Llega un momento en que no sabés qué pensar... La búsqueda del nieto me resulta algo que nunca va a llegar. Hubo unos chicos que podrían ser, pero que se negaron a hacerse los estudios. Incluso a uno yo lo fui a ver, me presenté, pero el chico no quería saber nada. Le dije que no venía a quitarle su felicidad ni su familia, que solo quería contarle la verdad, que sus padres fueron excelentes personas. A la edad que tengo, me gustaría encontrarlo antes de irme...

SU LUCHA EN MADRES DE PLAZA DE MAYO

Al igual que la mayoría de las Madres, la noticia de la desaparición de su hija cambió completamente la rutina familiar. En los inicios, el dolor de la búsqueda fue transitado en soledad, pero, poco a poco, las Madres fueron acercándose y nucleándose llegando a transformarse en un movimiento social de renombre internacional.

¿Cómo se unió a las Madres?

Me acerqué a la Plaza de Mayo al mes que comenzaron las rondas. Me avisó Chela Mignone, mamá de Mónica, con quien éramos muy compañeras. Me dijo: ‘Mirá que hay madres que van a la Plaza’. No le hice caso. Volvió a decirme y fui. Desde entonces, estuve siempre en la ronda de los jueves.

Así describió Marta Vásquez la lucha de las Madres en un comunicado emitido por Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora el 30 de abril de 2011:

Nos cuesta llegar a comprender el tiempo transcurrido desde el 30 de abril de 1977, día en que salimos a buscar a Nuestros Hijos arrancados brutalmente de sus familias. Nunca más supimos de su destino. Entraron en un cono de sombras.

Por ellos, a 34 años, seguimos caminando y luchando hasta que rompan el silencio los responsables y sus cómplices de las atrocidades cometidas cuando se aplicaba el Terrorismo de Estado, responsable de 30.000 Detenidos-Desaparecidos, miles de asesinados, torturados y vejados permanentemente mientras nos dominó la dictadura militar iniciada el 24 de marzo de 1976.

Pasaban los años. Seguimos dando vueltas y pronto sentimos que ya no buscábamos solo a nuestros hijos, sino que ‘todos eran nuestros hijos’. No preguntábamos a quienes se acercaban a la ronda ni discriminábamos por religión, raza o política. Todas éramos como hermanas, nos consolábamos mutuamente y nos sosteníamos para avanzar y despertar conciencias.

Nos persiguieron. Secuestraron a tres Madres, entre ellas nuestra fundadora, Azucena Villaflor de De Vincenti, y a las monjas francesas. Les costó la vida. Fueron arrojadas al mar desde un avión. Nos llamaron ‘Madres de Guerrilleros’. Qué equivocados estaban.

Pasaban los años. Nuestra lucha de simples mujeres amas de casa fue cambiando. Aprendimos que la denuncia debía extenderse al exterior, fuimos escuchadas y comprendidas en Europa y en los Organismos Internacionales que defendían los Derechos Humanos. Recorrimos parte del mundo, asistimos a congresos, seminarios, reuniones internacionales. Así se enteró el mundo del horror que vivíamos en Argentina.

Pasó el Mundial del 78. El día de la inauguración, pensábamos que íbamos a estar solas en la Plaza. Qué gran sorpresa nos llevamos. Había muchísima prensa, cámaras, periodistas de todo el mundo. Fueron días muy difíciles para nosotras, sobre

todo el final. Todos festejaban. Otros hijos también. Nosotras llorábamos. No podíamos entender.

Pasaban los años. Para reconocernos comenzamos a usar el pañuelo blanco en Luján, símbolo que ha recorrido el mundo y que nos recuerda siempre que nuestros hijos están a nuestro lado. No se han ido. Nos inspiran y nos dan fuerzas. Ellos nos guían.

Sus ideales se han hecho carne en nosotras y nos preocupamos por los chicos que mueren por desnutrición, por la falta de trabajo, la falta de atención médica, los problemas de los pueblos originarios y de todos aquellos que son excluidos y cuyos derechos son negados.

Nunca perdimos la esperanza de que triunfe la Justicia y nuestra lucha continuará hasta conocer toda la Verdad: por qué se los llevaron, quién dio la orden, quién la ejecutó y queremos conocer su destino final para darles digna sepultura y seguir reivindicando su lucha.

Con el gobierno de Néstor Kirchner, la lucha por los Derechos Humanos, la Paz y la Libertad comenzó a reinar. Fueron anuladas, en agosto de 2003, las leyes de impunidad y nuestro país comenzaba a cambiar. La defensa de los Derechos Humanos fue considerada política de Estado. Pudimos ver lo que ahora continúa: cómo la lucha contra la impunidad y el olvido avanzan día a día.

Dijo Pasquini Durán: 'Las Madres son una fuerza de vida que abrió en la conciencia social la brecha por donde colaron anhelos de Verdad y Justicia (...) Pese al interminable camino que anduvieron aún está pendiente la primera razón de ser: esos chicos y chicas nacidos de sus entrañas que de pronto desaparecieron de sus vidas devorados por la crueldad planificada de un puñado de verdugos. Son las maestras que nos enseñan con

su ejemplo, para una nueva Argentina. Una nueva Argentina como soñaban sus heroicos hijos Detenidos-Desaparecidos’.

Nos cuesta aún creer que durante el largo camino recorrido nuestra lucha no decayó y cada vez hubo más logros. El pueblo nos acompaña cada vez más día a día. La juventud nos escucha y quiere oírnos. Son nuestra esperanza para el futuro. Cuando ya no estemos, sabemos que esta, la lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia, va a perdurar en nuestra Argentina.

El reclamo de las Madres no se quedó circunscripto al ámbito nacional, sino que desde un principio intentó cruzar las fronteras del país extendiendo la protesta a ámbitos internacionales. Esta lucha, que ya lleva más de 40 años, aún perdura.

Usted llevó la palabra de las Madres al exterior ¿cuáles fueron las manifestaciones más destacadas?

Yo participé en numerosos Congresos en el interior y exterior de la Argentina, representando a la Asociación de Madres, como ser en el Primer Congreso de la Federación Latinoamericana de Asociaciones de Familiares de Detenidos Desaparecidos (FEDEFAM) en Costa Rica en enero de 1981. También estuve presente en el Coloquio de París de 1981, imágenes que quedaron grabadas en mí para siempre. Lo que viví entonces fue completando el largo camino recorrido y permitiéndome adquirir nuevas experiencias. He asistido en diversas oportunidades a reuniones de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas. En 1999, fui elegida presidenta de la FEDEFAM, cargo que desempeñé hasta noviembre del 2003.

Actualmente, soy presidenta de la Asociación Madres de Plaza de Mayo - línea Fundadora. No solo me gusta viajar, sino que me gusta todo lo que es el derecho internacional, las normas de Naciones Unidas. Además de llevar nuestra historia

y nuestra lucha, uno de los grandes logros de los organismos de varios países fue la Convención Internacional para la Protección de todas las Personas contra las Desapariciones Forzadas, votada por Naciones Unidas, que, entre otras cosas, declara la desaparición forzada de personas como un crimen de lesa humanidad. Esto es muy importante: no es lo mismo que un hijo se muera de una enfermedad o que sea víctima del terrorismo de Estado. La desaparición forzada es un delito de lesa humanidad porque es un delito contra la humanidad, un delito permanente, un delito que no prescribe. Yo suelo decir que el delito es permanente de la misma manera que el dolor de un familiar, de una madre o padre es un dolor permanente. Y no nos lo pueden cambiar. Cuando sepamos la verdad, quizás tengamos el consuelo de saber, pero por ahora el dolor siempre permanece.

¿Cómo es la situación de las Madres en la actualidad?

Hoy tenemos la suerte de poder decir que las Madres no caminan solas. Tenemos mucha gente alrededor. Tenemos mucha gente del pueblo que asume nuestra lucha, que la comprende y la defiende. Por eso decimos que no hay que parar, hay que seguir. No hay que perder la esperanza. Nuestra vida es esta: la defensa de los Derechos Humanos para que reinen en el mundo, que haya paz y que haya justicia. Y que esto se cumpla en todos los países del mundo. Es la única manera de que nuestros pueblos puedan vivir en paz.

Nosotras estamos viejas, seguimos y seguiremos hasta el fin de nuestros días. Y estamos felices porque tenemos quienes tomen la posta. Está la asociación HIJOS y la asociación Hermanos. Cuando uno tiene esta lucha dentro de sí, no la puede dejar. Uno se puede alejar temporariamente, pero no la puede dejar.

EDUCACIÓN Y MEMORIA

Construir la memoria en el ámbito educativo es uno más de los desafíos que asumen las Madres. Marta, como muchas de sus compañeras, transitó las aulas y los salones transmitiendo su historia a las nuevas generaciones y dando testimonio de su vida y de su lucha.

Siempre es una fiesta ir a los colegios, nos maravilla, volvemos con una alegría muy fuerte en el corazón. Cuando vamos a las escuelas con las Madres, el vínculo que se establece con los chicos y docentes es impresionante y nos genera una emoción increíble. Volvemos completamente contentas de lo que vemos, de lo que sentimos, porque realmente es una sorpresa dialogar con los chicos: cómo se interesan, cómo saben, cómo nos reciben, las muestras de cariño y respeto que nos brindan. Y esto no ocurre solo con los alumnos de primaria: recuerdo que una vez me invitaron a un jardín de infantes y quedé asombrada con esos chiquitos.

Esto nos da la pauta de que realmente vamos bien: con educación, la historia no puede repetirse. Estamos más tranquilas, pensamos que no va a haber más dictaduras, que el 'Nunca más' es posible.

Respecto a la escuela, se nota que hay un trabajo desde los contenidos y es mérito de los maestros y directores. De todos modos, aún hay escuelas donde los directores o los maestros no opinan como a uno le gustaría que opinasen y donde la reflexión sobre estos temas es más difícil. Hay resistencia: a muchos maestros les cuesta hablar de lo que pasó. En definitiva, depende de la voluntad de los docentes.

Los maestros deben seguir adelante cada día más con esta tarea, no tienen que cambiar. Para nosotras es una gran tranquilidad pensar que el futuro está en manos de esta excelente

juventud. Nuestros nietos, bisnietos y todos los jóvenes deben reflexionar y comprender lo que pasó a partir del 24 de marzo de 1976: la angustia que pasamos y seguimos pasando por no saber por qué se llevaron a nuestros hijos e hijas y cuál fue su destino final.

PALABRAS FINALES

La enseñanza de su hija María Marta.

A mí me da orgullo mi hija, pero al mismo tiempo me da pena no haberla entendido antes. Eso me quedó, la comprendí cuando no estuvo...

Después de que se la llevaron, yo iba a la casa grande que teníamos a limpiar y cuando agarraba el plumero o el trapo empezaba a llorar. Porque ella me decía siempre: ‘Mamá, ¿de qué sirve tanta limpieza y tanto orden? Hay otras cosas más importantes’. Siempre me lo decía y la verdad que tenía razón... La memoria no puede olvidarse, tiene que estar siempre presente para todos nuestros hijos, que ofrendaron la vida por su pueblo, porque hubiera un país con libertad, con paz y bienestar para todo el pueblo. Eso lo deseaban nuestros hijos y eso lo pedimos hoy nosotras.

ENRIQUETA RODRÍGUEZ DE MARONI

Madre de Plaza de Mayo

Enriqueta es madre de cuatro hijos. El 5 de abril de 1977 dos de sus hijos, Juan Patricio Maroni y María Beatriz Maroni, fueron secuestrados junto a sus respectivas parejas. La esposa de Juan Patricio fue liberada días después. Los dos hijos de Enriqueta y el esposo de María Beatriz, Carlos Alberto Rincón, permanecen desaparecidos.

Su conmovedora historia aparece reflejada en esta carta que ella misma escribió en 1998:

“Soy madre de cuatro hijos, dos de los cuales son detenidos desaparecidos. Pertenezco a las Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

A 22 años del golpe, sigue vigente el reclamo de verdad y justicia y se hace imprescindible la reivindicación del ‘detenido-desaparecido’ ya que no se le dio derecho a defensa.

¿Que significaron las desapariciones en el pasado y en el presente? Se quiso instaurar un plan de horror junto a un plan económico de marginalidad creciente, castigando al que pensaba distinto, siendo las fuerzas de seguridad los ‘mesiánicos’ que salvarían a la patria.

Aquí hubo un plan siniestro hecho por individuos que hicieron del secuestro, detención, tortura y luego desaparición un ‘modo de vida’ durante varios años, los más oscuros de la historia argentina y una generación que se comprometió con la historia de su tiempo y de su pueblo”.

Y continúa:

“La categoría del ‘detenido-desaparecido’ sigue aún vigente y cobra toda su dimensión, cuando esa categoría, la personaliza, tiene nombre y apellido, no es un N.N. y más aún ese nombre y apellido es el de tu hijo.

A nivel oficial nadie nos ha dicho qué pasó con ellos, el ¿cómo, por qué, quién y cuándo?

El grave problema de los desaparecidos golpeó a la conciencia de toda la comunidad, los principales afectados son sin duda los familiares y entre ellos los hijos, hace 21 años niños y hoy adolescentes, jóvenes. Nosotras las madres exigimos permanentemente verdad, justicia y castigo para todos los culpables.

Tenemos todo el derecho del mundo a saber qué ha sido de nuestros seres queridos, desde ese mundo del silencio a la que los han condenado a ‘vivir’, golpean a nuestra conciencia y les decimos que no claudicaron nuestros reclamos de justicia, nuestra búsqueda de verdad, nuestra memoria y nuestro amor por ellos.

Juan Patricio y María Beatriz, junto a su esposo, fueron secuestrados de sus respectivas casas, en horas de la madrugada por fuerzas de seguridad pertenecientes al 1º cuerpo de ejército al mando del general Suárez Mason.

Supimos que estuvieron en el Club Atlético uno de los tantos centros clandestinos de detención”.

EL RECUERDO DE MARÍA BEATRIZ Y JUAN PATRICIO

Así presenta Enriqueta a sus hijos:

María Beatriz fue a la escuela primaria en San Francisco de Sales, a la secundaria en María Auxiliadora y se recibió de Asistente Social en la Universidad de Buenos Aires. Trabajaba

en el centro de salud de Mataderos. Estaba casada con Carlos Alberto Rincón (quien fue secuestrado con ella). Tenía 23 años cuando desapareció.

Juan Patricio fue a la primaria también en San Francisco de Sales y a la secundaria en el Colegio de los Hermanos Lasalle. Estudiaba sociología en la UBA y trabajaba en Aerolíneas Argentinas. Estaba casado. Tenía una hija, Paula. Desapareció a los 21 años.

María Beatriz y Juan Patricio eran muchachos muy religiosos. Querían poner en práctica las lecciones del Evangelio y no solo predicarlas. Participaban en movimientos de jóvenes católicos y se preocupaban por las grandes injusticias sociales en Argentina. Por eso fueron desaparecidos.

CON LAS MADRES

Actualmente, Enriqueta sigue su lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia desde la Agrupación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora. Su relato, junto con el de dieciséis compañeras de lucha, forma parte del video documental “Madres” realizado por Eduardo Félix Walger, que narra las historias de estas madres y su lucha por los Derechos Humanos, la justicia y la igualdad. Sobre este trabajo, Enriqueta expresa:

En este testimonial, lo que nosotras queremos presentar es la verdadera historia del terrorismo de Estado y las consecuencias de su crueldad. Es una historia contada desde la verdad, por los actores reales que la sufrimos. No es la historia oficial, pero esperamos que sobreviva como la verdadera historia, hecha por nosotras a través de los 30 años.

Margarita Maroni, hermana de María Beatriz y Juan Patricio, ha acompañado a Enriqueta en su lucha y actualmente

integra la Agrupación Herman@s de Desaparecidos por la Verdad y la Justicia.

SIEMPRE JUNTAS

“Soy Margarita, hermana de María Beatriz, hermana melliza, tenía 23 años cuando se la llevaron de su casa junto con su marido. Y de Juan Patricio, que con 21 años desapareció de la casa de mis padres. Lo de hermana melliza para mí es todo un tema porque lo viví como una mutilación. Compartí todo con ella, desde el vientre materno hasta los juegos, las amistades y el pupitre de 1° grado a 5° año. Esta sensación de mutilación y de horror es una de las razones por las que durante muchos años viví esto en silencio, acompañando a mi mamá, pero desde el desgarró. Me dediqué a engendrar vida, mis hermosas cuatro hijas, en una necesidad compulsiva de dar vida. Creo que eso me ayudó a sobrevivir. Yo tenía tres meses de embarazo cuando se los llevaron y recuerdo como si fuera hoy cuánto de duro se me ponía el vientre de tanto dolor. La noche anterior, María Beatriz había estado conmigo regalándome los primeros pañales que luego estrenaría mi hija Valeria al nacer. Yo despertaba a la noche sobresaltada con la sensación de estar muriéndome también. La relación de hermanos es simétrica, es lo más par y creo que esta relación es la razón por la cual no hemos podido accionar, porque nos hemos quedado paralizados en el dolor, en la asfixia del horror”.

VERA VIGEVANI DE JARACH

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Vera Vigevani nació en Italia. Sus primeros diez años transcurrieron en un pequeño barrio de Milán. A los once años de edad emigró junto con su familia a la Argentina, perseguidos por las leyes fascistas de Mussolini. En Buenos Aires, realizó los estudios secundarios en un colegio italiano y siendo muy joven se casó con Jorge Jarach, ingeniero judío italiano que, al igual que ella, había escapado de Italia.

Luego de trabajar en una fábrica de pulóveres, se convirtió en una periodista de la agencia ANSA –Agencia de Noticias Italiana–, lugar en el que permaneció por más de cuarenta años. El 19 de diciembre de 1957 nació Franca, su única hija, a quien crio y acompañó en sus dieciocho años de vida, transmitiéndole los valores de la libertad, la esperanza y la solidaridad. El 25 de junio de 1976, Franca fue secuestrada por el gobierno militar y aún permanece desaparecida.

A partir de ese momento, Vera comenzó un incansable camino en su búsqueda, transformándose en un referente en la lucha por los Derechos Humanos tanto en el plano nacional como en el plano internacional.

Es integrante de la agrupación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora y de la Fundación Memoria Histórica y Social Argentina. Es coautora, entre otros, de los libros *Tantas voces una historia, judíos italianos en la Argentina 1938-1945* y *Il silenzio infranto*, dedicado a los ítalo-argentinos durante

la dictadura militar Argentina. Además, publicó el libro *Los chicos del exilio* y participó en varias películas que tienen como línea argumental la dictadura militar argentina. Entre sus muchas actividades, dedica su tiempo en forma preferencial a la tarea de transmitir la Memoria en los colegios a los jóvenes, difundiendo un mensaje esperanzador en la búsqueda de la verdad y la justicia.

La historia puede repetirse, pero el secreto para que no pase es el siguiente: nunca ser indiferentes y estar preparados para poder reaccionar a tiempo.

LA HISTORIA DE VERA

Vera nació en Italia y desde pequeña sufrió las consecuencias de la violencia e intolerancia fascista. Su familia debió emigrar a Argentina. Aquí pudo crecer, estudiar y desarrollarse personal y profesionalmente.

Me llamo Vera Vigevani de Jarach, soy italiana nacida en Milán. Vine a la Argentina en 1939 después de las leyes raciales de Mussolini. Yo soy judía-italiana. Una pequeña cantidad de judíos-italianos se refugió en la Argentina.

Yo tuve muchísima suerte en mi vida porque tuve un compañero fantástico. Me casé muy joven con Jorge Jarach, que también era italiano. Durante muchos años no tuvimos hijos, por eso cuando decidimos tenerlos estábamos muy entusiasmados con la idea de ser padres. Nuestra hija Franca nació el 19 de diciembre de 1957. Llegó a nuestro hogar, siendo muy esperada, después de ocho años de matrimonio, en una familia de la burguesía –más o menos intelectuales–, mi esposo ingeniero, yo periodista, por lo cual desde el principio fue una niña muy adorada y que tuvo muchas posibilidades de aprender y gozar de la vida. Creo que fuimos padres muy compañeros de nuestra hija.

Fue hija única y constituimos un trío que tuvo características muy peculiares. Los tres éramos muy amantes de la montaña –nosotros dos, sobre todo–, ya que nuestros orígenes tanos corresponden a lugares de montaña. Fuimos campamenteros desde siempre, también con Franca y con sus amigos.

La alegría de Vera de esos tiempos se vio opacada por la violencia del Terrorismo de Estado. El 25 de junio de 1976, su hija Franca fue secuestrada en la vía pública. No se tienen datos exactos ni del lugar ni de las circunstancias del hecho.

El 25 de junio era viernes y nosotros habíamos ido a Tigre a pasar el fin de semana, como lo hacíamos generalmente. El novio de Franca nos avisa y a partir de ese momento empieza nuestra búsqueda.

Tuvieron que pasar muchos años para que Vera pudiera reconstruir el destino de Franca.

Mi hija Franca tenía dieciocho años cuando fue secuestrada y desaparecida. Yo supe su destino, el lugar donde la llevaron, hace muy pocos años. Mi marido no lo supo, falleció ya hace muchos años, en 1991. Hasta entonces, solo había versiones nunca comprobadas y, finalmente, supe que su destino fue la ESMA. Una persona que la conocía, que colabora mucho con los antropólogos forenses y que se decidió a hablar, me dijo que la había visto allí, que pudo hablar con ella, me contó algunas cosas. Así que yo de golpe tuve algunos datos y fue buenísimo poder contar con ellos porque la incertidumbre, no saber, es lo peor. Supe que duró muy poco en ese lugar, duró menos de un mes. Cuando terminó el secundario, una de las actividades que realizaba era ir una vez por semana a un taller gráfico donde aprendía. Creemos que la secuestran en un café que se llama Exedra, en Córdoba y Carlos Pellegrini. Ella llama por teléfono a su novio y le dice que había perdido su cartera y sus documentos y que va a procurar encontrarlos. Esto es lo último

que aparece antes del secuestro. Lo que supimos después es que el 25 de junio y en los días cercanos fue secuestrado un grupo de cinco personas que compartían con Franca la pertenencia a un pequeño grupo sindical de gráficos.

En la ESMA, ella no estuvo en “capucha”, ni en “capuchita”, sino en el sótano. Y como necesitaban lugar porque seguían entrando centenares de nuevos secuestrados, empezaron los vuelos de la muerte. Hay cruces de fechas que lo demuestran, esto de la entrada y del asesinato de los que estaban. La otra cosa que supe y que fue muy importante para mí fue saber que en ese momento no tenían miedo, no sabían qué podía pasarles. En cambio, la gente que secuestraron después sí lo sabía. La persona que la vio y que habló con ella me dijo que en ese momento pensaban dos posibilidades: una de ser legitimados, pasados al Poder Ejecutivo, y la otra de ser liberados. Nadie, en ese momento, pensaba lo peor. Todos fueron torturados al empezar, pero el miedo del destino final no lo tenían. Y en el caso de Franca, una mujer que estuvo detenida con ella me dijo que estaba entera y que hasta tenía sentido del humor. Decía que ella que era gordita no necesitaría hacer un régimen para tener buena silueta porque ahí no les daban casi nada de comer. Había ánimo todavía de hacer chistes, todos los que estaban ahí en ese momento estaban enteros.

A partir del momento en que Vera y su marido toman conocimiento de la desaparición de Franca, comienza la incansable búsqueda de su hija tanto en el ámbito nacional como internacional.

EL RECUERDO DE FRANCA

Como todas las Madres, Vera recuerda con orgullo a su hija desde la plenitud de su juventud, con los sueños, proyectos

e ideales propios de una generación que se comprometía con la sociedad y con su tiempo.

Evidentemente, una mamá es siempre parcial, pero yo no creo serlo mucho si digo que fue una niña excepcional y una adolescente verdaderamente maravillosa, que hubiera aportado mucho a la sociedad y, desde luego, a sí misma y a su familia. Desde muy niña, demostró tener distintos tipos de posibilidades, potencialidades, creatividad. Cuando terminó sus estudios secundarios, hubiera podido optar por el teatro –ya que había estudiado algo de teatro–, la música –porque hacía música–, las letras –porque escribía–, pero lo que había escogido era Ciencias de la Educación, al menos por las últimas conversaciones que tuvimos. Ella estaba convencida, y lo repetía en forma constante, que para cambiar el mundo había que partir de la educación. Era una chica apasionadísima, sedienta de conocimientos, era una alumna excepcional –fue abanderada del Colegio Nacional Buenos Aires, con un promedio casi de 10–, pero también participaba de las asambleas, mesas de trabajo, tomas del colegio, era delegada en el centro de estudiantes. Todo lo que significaba participación y, en cierta manera, rebelión, dejando de lado el solo meterse en los libros para acompañarlo con la acción.

Franca era una chica muy alegre, sensible, pero que podía pasar a momentos de gran tristeza. Era muy solidaria y había entendido perfectamente que este mundo, con tantas injusticias, no era una condena eterna, sino que esa realidad podía cambiarse. Esperaba esa transformación y luchó por ello, poco tiempo porque su vida fue cortada. Franca estaba convencida de esto, como lo sigo estando yo. Acepto que no se puede ser del todo optimista, pero creo que hay posibilidades siempre de mejorar las cosas y que vale la pena tratar de hacerlo. Creo que también podría haber sido una buena abogada porque era amante de la justicia, desde muy pequeña marcaba el sentido de la justicia en muchas cosas.

¿A qué colegios fue Franca?

La escuela primaria la cursó en Granadero y San Martín, cerca de nuestra casa, en la zona del hipódromo. Era un colegio muy lindo, que había pertenecido al Jockey Club y que luego pasó al Estado. Allí también fue abanderada y se destacaba en los estudios y en la participación. El secundario lo hizo en el Colegio Nacional Buenos Aires. Es un colegio atípico, digamos, de elite, pero liga a sus alumnos para toda la vida. Además, hay otra cuestión que me liga particularmente a ese colegio, ya que cuando me tocó a mí pasar a un secundario en la Argentina, mi padre quería que yo fuera al Colegio Nacional de Buenos Aires y no fue posible porque era solamente para varones. Las cosas de la vida hicieron que, de todos modos, ese fuera mi colegio luego, ya que estoy constantemente trabajando allí con el tema de la Memoria.

¿Qué otras cosas le gustaba hacer?

Hacía teatro, escribía y además pintaba. Mi marido era ingeniero, pero tenía gran vocación por la pintura, así que Franca empezó a dibujar y pintar de muy chica, mi marido le enseñó mucho. También amaba muchísimo la música. Desde chica fue al Collegium Musicum, tocaba muy bien la flauta dulce y también la flauta travesera.

¿Qué tipo de música le gustaba? ¿Qué cosas le gustaba leer?

La música clásica le gustaba muchísimo, pero también le gustaba la música que había en ese momento. Rock nacional, Almendra. Los Beatles eran el summum. Y leía muchísimo. En mi casa se hablaba italiano con ella, así que tenía una buena cultura italiana. Su abuela le hizo leer los clásicos italianos. Nunca pensamos en mandarla a un colegio italiano porque no queríamos que fuera a una escuela separada del resto de la sociedad y además considerábamos que tenía que ser argentina.

¿Qué anécdotas nos puede contar de su hija?

Franca a los once o doce años ya leía los diarios todos los días. Había discusiones y ella siempre tenía conciencia de lo que eran los problemas del mundo y de que había posibilidades de cambiar las cosas, tenía un gran espíritu crítico. Nada le venía del todo bien y eso se vio cuando empezó la militancia en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Ella, al principio, participaba de varias cosas, pero no adhería a ningún sector, aunque al final formó parte de la Unión de Estudiantes Secundarios, pese a que no era peronista de alma, nosotros no lo éramos.

Les cuento otra anécdota que da una idea de ella y de la familia. Primer año, el profesor de matemática llama a mi marido porque quiere hablar con él. Jorge se preguntaba qué pasaría para que un profesor lo llame. Va y el profesor le dice: 'Mire, tengo que decirle que su hija es una excelente alumna, pero hace una cosa que no puedo permitir. Cuando ella termina los problemas, le está soplando a todos los compañeros y eso no puede ser'. Lo hacía porque tenía ese espíritu de compañerismo. Entonces, mi marido le dice: 'Mire, profesor, yo no le voy a decir absolutamente nada a mi hija porque yo le enseñé a ser solidaria. No le voy a decir nada, pero le hago una sugerencia a usted. Cuando vea que termine, si quiere, mándela afuera. Yo no le voy a decir'.

¿Estaba enamorada?

Mi hija era muy apasionada. Tuvo dos novios, que siguen siendo como hijos para mí. Uno vive en España, se casó y estamos siempre en relación, y el otro vive en la Argentina, también se casó. El de España es un fotógrafo, trabaja en Reuters, y ha hecho una cosa excepcional también porque cuando se creó la CONADEP (la Comisión Nacional sobre Desaparecidos, que se creó con el primer gobierno democrático) y comenzaron las inspecciones en aquellos lugares donde hubo prisioneros clandestinos, él se

ofreció como fotógrafo y fue a todos esos lugares. Él era el novio en el momento en que la secuestraron; fue muy doloroso para él, pero lo hizo. Hay toda una colección de fotos que pasaron después a Memoria Abierta y hay una muestra que se hace cada tanto que se llama “Nunca más”, donde están las fotos que hizo este muchacho junto a otros fotógrafos. Son personas que forman parte de mi familia. Yo no tengo otros hijos, ni nietos por supuesto, pero tengo nietos adoptivos.

¿Tenía muchos amigos?

Sí, Franca tuvo muchos amigos que venían a casa, que venían con nosotros al Tigre, a la montaña, a todos lados. Ella era una figura que aglutinaba, esa es la palabra. Yo lo descubro hasta ahora, con personas que no conozco. Cada tanto me llama alguien que la conocía que me dice esto, los profesores también, se hizo muy amiga de algunos profesores que después se exiliaron. Muchos de sus amigos siguen siendo amigos míos. Te doy un ejemplo, pero vale por todos: su amiga íntima, la amiga del corazón y de la militancia también, es Ana Gelar, compañera del Colegio Nacional Buenos Aires. Ana se exilió después de que se llevaron a Franca. Todo su grupito de amigas, cuando desapareció Franca, se fue y, de esa forma, se salvaron, por suerte. Estuvo en España muchos años y después volvió a la Argentina. En cierto momento, en el Colegio se rememoró todo. En el 96 hubo un acto muy importante y se volvieron a juntar los alumnos y algunos docentes. Desde que volvió, vive a pocas cuadras de mi casa y junto a Betty Ruiz –que era del Carlos Pellegrini– hicimos un libro sobre los chicos del exilio. Fue una cosa muy especial porque no habían hablado nunca estos chicos, los adolescentes, y no fue fácil romper el silencio. Hubo catarsis, hubo lágrimas en muchas entrevistas. Y bueno, ella es como si fuera una hija mía. Las veo constantemente, estamos siempre juntas y de la misma manera con otros amigos de Franca.

LOS IDEALES DE FRANCA

Lugar

*A la mañana paso
cerca de un sitio rodeado de muros
altos grises tristes sucios
de carteles, de vote lista azul
un día miro adentro
es una villa miseria.*

*Gente
más gente.*

*Vestida de tela barata
desnuda de felicidad*

*Una chica me ofrece limones
“cien la docena, cómpreme”.*

Tiene trece años, más o menos mi edad.

*Un almacén ruinoso,
con ratas, con suciedad
con microbios funestos.*

*Es un sitio rodeado de muros
sucios de crímenes humanos
que son solo los nuestros.*

Franca Jarach

Ya de pequeña, Franca mostraba su sensibilidad social y desarrollaba sus ideales por una sociedad más justa e igualitaria.

Franca tuvo una militancia dentro de un colegio muy politizado, en el que alternaron períodos de grandes restricciones con otros de libertad y gran democracia. Fue en este en el que Franca y sus compañeros tuvieron oportunidad de participar en proyectos de transformación dentro del colegio. El sueño o la utopía era que todas las ventajas que estos estudiantes tenían

por su origen social y el tipo de educación que recibían pudiesen llegar a todo el pueblo.

Por ejemplo, hubo una toma del colegio en defensa del rector, en la que Franca participó, que para ellos fue una gesta. Y es interesante la reacción que hubo en mi casa porque el padre de Franca estaba asustado y decía: 'Vos no tenés que hacer la toma, es peligrosa'. Él también en su época había sido un militante contra Perón, en toma de universidades, y estuvo cinco o seis días en (la cárcel de) Villa Devoto. Entonces le dice: 'Papá, vos también estuviste en tomas y siempre lo contás, de la misma manera ahora lo hago yo'. Argumento perfecto, nadie le pudo decir absolutamente nada. Finalmente, el papá lo aceptó, era lógico que participara en la toma pese a los eventuales peligros. En ese momento no fue tan grave, aunque después sí. Franca hacía valer sus ideas: en otra oportunidad, era ya al final, ella junto a otros compañeros participaron de una asamblea prohibida, por lo que fueron suspendidos, prácticamente echados, del colegio. Después, los reintegraron y todos entraron al colegio, pero ella dijo: 'Yo no vuelvo a este colegio'. La habían ofendido. Y dio libre en el Liceo N° 9, casi sin prepararse, los diez exámenes y le fue bárbaro. También figura como desaparecida en ese colegio. Esta era su personalidad y estaba muy convencida, como todos los militantes de esa época, de que se podía lograr ese cambio, era un proyecto de toda la juventud, era más que una esperanza. Su militancia posterior fue muy corta, de pocos meses. Ella desaparece el 25 de junio de 1976.

¿Cuáles eran sus ideales?

Ella creía que el mundo se podía cambiar por uno más justo. Lo mismo que pienso yo en la actualidad, aunque por otras vías. La democracia no será perfecta, pero da la posibilidad de participar, de actuar, se pueden lograr cosas pacíficamente.

SU BÚSQUEDA

Franca desaparece el 25 de junio de 1976 e inmediatamente comienza su búsqueda, que tuvo como punto de partida el Taller Gráfico donde Franca trabajaba y llegó a diferentes esferas del ámbito internacional.

Uno de los primeros lugares donde fue mi marido era a ese taller para ver si sabían algo, pero no sabían nada. La búsqueda tiene una historia similar a todas, pero en nuestro caso fue así: primero a la policía por búsqueda de paradero, también hospitales, inclusive la morgue y después empiezan los pasos a nivel nacional oficial, en el Ministerio del Interior, el Primer Cuerpo de Ejército, la Marina, a nivel internacional Amnesty Internacional, la Cruz Roja, la OEA, senadores y diputados de los Estados Unidos –era la época de Jimmy Carter–, la Embajada norteamericana y, en nuestro caso, la Embajada italiana, en la que al principio no hubo una buena acogida. Las puertas de la Embajada estaban prácticamente cerradas. Pese a ello, nosotros pudimos entrar y contamos con una persona que nos recibió y que trató de ayudarnos, pero, básicamente, nos daba cartas o nos vinculaba con personas de la Iglesia, desde pequeños curas vinculados con los militares hasta las autoridades eclesiásticas y, por supuesto, el nuncio apostólico. Yo me moví por el lado italiano, estuve dos veces con el presidente Sandro Pertini, que estuvo dos veces con el Papa. También mi marido fue a la DAIA y a la Embajada de Israel. Todos prometían, todos decían buenas palabras y nada pasó, como en todos los casos.

La nacionalidad italiana y su trabajo como periodista para una agencia italiana le permitió a Vera alcanzar otros espacios y llevar su reclamo a otros ámbitos. Su búsqueda solitaria de los comienzos poco a poco se fue transformando en una búsqueda colectiva.

Antes de ir a la Embajada Italiana, habíamos hecho otros intentos: por ejemplo, me llamó un amigo desde Italia, director de un diario, y nos preguntó si habíamos ido al CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales). Yo le pregunté qué era el CELS y él desde Italia lo sabía. Fuimos a hablar con Mignone en el CELS y también nos dirigimos a todos los organismos de derechos humanos del país y a nivel internacional, a través de amigos, que nos trataron de ayudar desde otros países. Yo como trabajaba en ANSA, la agencia de noticias italiana, iba a todas las conferencias de prensa extranjeras con cartas para los militares, para los eclesiásticos, imploraba. Estuve en Italia, fui a reuniones, conocí a Primo Levi, en fin, tuvimos mucha solidaridad y en el país tuvimos una cosa muy importante que fue conocer a las personas que estaban en nuestra misma situación. Se creó una especie de hermandad entre nosotros.

¿En ese tiempo nunca tuvo ninguna noticia de ella?

¡Sí! Falta lo más importante que es un llamado de Franca. Quince días después de su desaparición, estábamos en casa con mucha gente que se solidarizaba con nosotros y suena el teléfono, mi marido atiende y es ella. Franca dice: ‘Papá, estoy detenida en Seguridad Federal’. No era verdad, a la luz de lo que supe después. ‘Me dan comida, me dan abrigo y me dan medicinas si las necesito’. El papá le pregunta: ‘Franca, decime, ¿cuándo te tengo que ir a buscar?’. Entonces ella dice: ‘Papá, tengo que hablarte en castellano –porque nosotros hablábamos en italiano en casa–, te van a avisar’. Y después dice: ‘¿Cómo está mamá; como está mi novio? Nos vamos a ver pronto’. Y termina la comunicación. Esta es la última vez que escuchamos la voz de mi hija, lo tengo grabado, ya que en ese momento ya teníamos un equipo para grabar. Estos eran llamados para confundir a las familias y para que no siguiéramos buscando, pero eso lo

entendimos mucho tiempo después, en ese momento realmente pensábamos con mi marido: 'Bueno, nos van a avisar'.

Pero la espera se volvió indefinida. Franca aún permanece desaparecida.

EDUCAR EN LA MEMORIA

Para Vera es muy importante la tarea educativa de transmitir la Memoria. Es por eso que recorre las escuelas contando su historia cada vez que se lo requieren.

¿Por qué y para qué sirve transmitir la Memoria en las escuelas?

Esa es una pregunta clave. Si no creyera en eso, no haría lo que hago. Es mi empeño mayor. Creo que la Memoria como tal es una de las principales fuentes históricas –aunque haya también otras–. Nuestra memoria puede ser parcial, pero aporta y queremos que sirva a futuro. Cuando decimos 'Nunca más' es porque creemos que, aunque no sea una garantía, el 'Nunca más' da la posibilidad de conocer lo que pasó, de conocer ciertos síntomas, de conocer ciertas situaciones que preceden las dictaduras, de peligro, de sistemas totalitarios. Estamos tratando de inducir a no ser nunca indiferentes, dejar de lado el 'no te metás', ser activos y, puesto que yo confío en estos canales posibles, les pido a todos que los utilicen y eviten que las historias se repitan. Está demostrado que las historias no serán nunca iguales, pero muchas veces se repiten, desgraciadamente. Mi propia historia lo demuestra: mi abuelo, que se quedó en Italia, no quiso venir, decía que 'no le iba a pasar nada'. Y fue deportado a Auschwitz. No hay tumba, no hay cuerpo, no hay nada. Y después de muchos años, a mi hija le pasó lo mismo: secuestrada, torturada, asesinada, desaparecida. Hay muchos ejemplos en la historia de repetición.

¿Qué rol cree que debe jugar la educación para que las historias no se repitan?

Su rol es fundamental. Por ejemplo, desde hace un tiempo es obligatorio en los colegios recordar ciertas fechas: el 24 de marzo como el día del Golpe Militar, el 16 de septiembre como el día en que se recuerda la Noche de los Lápices y otras. Esos son motores, pero no basta porque tendrían que complementarse con talleres, con visitas especiales, con distintas actividades –cosa que hacen en algunos colegios–. Entiendo que el trabajo que realizamos sobre Memoria permite vincular a los chicos de hoy con las historias familiares, con las historias de estos jóvenes, saber quiénes eran y por qué luchaban. Ni subversivos, ni asesinos, como querían mostrarlos nuestros enemigos. Tampoco héroes: eran chicos, como todos, alegres, apasionados, con sus potencialidades, con sus defectos. Eran personas que, en cierto momento, entendieron que había que luchar por sus ideas, por las posibilidades de mejorar el mundo, se abrió un camino. Hubo una tragedia, una dictadura que truncó esas vidas, pero los caminos están. Y recuperar estas historias de vida es fundamental. Desde mi experiencia, estamos llevando adelante un intercambio entre un Liceo de una universidad italiana de Ferrara y el Nacional Buenos Aires. Vinieron varios grupos de chicos, de Roma, y luego van a ir chicos argentinos. Intercambian las historias de los dos países, de los dos colegios, pero esencialmente se ocupan de derechos humanos. Y dentro del tema de los derechos humanos enfocamos uno en particular que es el tema de las inmigraciones y exilios. No solamente la historia de las inmigraciones de los italianos en la Argentina o los argentinos a Italia por razones económicas o políticas, sino desde el punto de vista de qué sucede cuando estas inmigraciones son atacadas y surgen los racismos, las discriminaciones. Todas estas cosas que están sucediendo, que sucedieron en el

pasado y que suceden ahora. Allá en Italia sucede en este momento y es un desastre y acá sucede también con los inmigrantes que vienen de los países más pobres. El mundo es uno y cuando la gente emigra –y no es fácil emigrar porque queda rastro para toda la vida– hay que ayudarlos, no echarlos ni tratarlos mal.

¿Cuál debería ser el rol de los docentes con el tema de la memoria?

El rol es convocar la Memoria, por un lado, con los que la pueden aportar, y en nuestro caso será mientras estemos vivos. La memoria también está en los documentos, está en los libros, está en las películas. Hay mucho material sobre la memoria, pero no basta. Esa memoria debe servir para que las cosas no se repitan y para mostrar que ciertos caminos, esos cambios que soñaron, están ahí. Están pendientes. Cada docente debe encontrar su vía, sabe cómo enseñar y puede inventar formas nuevas, desde el teatro, el arte. El docente sabe, tiene su profesión en la mano. Yo no se la puedo sugerir, no soy docente, yo soy periodista. Volviendo al intercambio que mencioné antes, al grupo que vino fui yo quien los llevé a la ESMA y al Parque de la Memoria. Eran adolescentes de dieciséis o diecisiete años y se sintieron muy fuertemente tocados. En la ESMA por la tristeza de entender lo que había pasado allí, pero en el Parque entendieron la importancia de esos nombres inscriptos que demuestran lo que siempre hemos dicho, de cuántos miles y miles fueron las víctimas y de que eso para siempre va a ser recordado con posibilidades de reflexionar, de discutir, de hablar y de actuar.

¿Cree que desde el Estado se está trabajando el tema de la memoria como se debiera?

A mí me parece que se está haciendo bastante. Digo también que nosotros, los organismos de Derechos Humanos, tenemos

nuestra responsabilidad y hacemos lo que podemos. Creo que se está haciendo bastante. La ESMA, por ejemplo, es una potencialidad, o el Parque de la Memoria, que nació –de alguna manera– desde el Nacional Buenos Aires. Cuando se puso una placa escultura con los nombres de los desaparecidos, Marcelo Brodsky, que es un ex alumno, fotógrafo, me llamó por teléfono y nos reunimos en su estudio cuatro o cinco personas. Y él propuso que, si bien había lugares, universidades, colegios, donde estaban escritos parte de unos grupos de desaparecidos, era necesario un espacio que representara a todo el país. Él decía que tenía que ser asociando al arte como expresión. Yo dije: ‘Si es la ciudad, que sea junto al río’.

Bueno, ahí nació esta idea, se llevó a los organismos y se hizo un proyectito, que fue entregado el primer día que se reunía la nueva Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Fue así como se convirtió en un proyecto de ley, se votó, se aprobó y así nació el Parque. Ya tiene 12 años, con grandes dificultades siempre porque nada es fácil.

¿Qué sintió cuando vio la placa recordatoria del Parque de la Memoria?

Fue muy fuerte. Para todas las madres fue muy fuerte eso, pero lo necesitábamos. Necesitábamos que estuvieran esos nombres, que a nosotras nos causan un impacto emocional muy fuerte, pero que sabemos que ese mismo impacto fuertísimo siente quien lo visita, verlos todos juntos, y eso hace reflexionar. Para mí ese Parque es algo vital y ojalá que dentro de 50, 100 años, todavía tenga este sentido profundo que yo le asigno. En la mayoría no hay tumbas, no hay posibilidad de tumbas, el epitafio a veces no dice más que fecha de nacimiento y fecha de muerte, pero a veces dice alguna frase. Los epitafios son la constatación de la muerte, es la realidad de la muerte. Y es muy

necesario, en el caso de los desaparecidos, tener esa realidad. La inscripción en piedra es como la inscripción de la tumba, aunque claro que no es lo mismo. Tiene más fuerza aún porque son miles y miles. Y demuestran un hecho histórico, te muestran lo que fue el terrorismo de Estado. Antes de que existiera el Parque, nosotros hacíamos actos ecuménicos arrojando flores al río, pero hoy se hace ahí. La importancia de la cercanía del río, todo se conjuga ahí.

PALABRAS FINALES

Con su infinita sabiduría, Vera expresa este mensaje final para los jóvenes:

Mi testimonio es como un mensaje que puede dar una abuela: Sigán siempre adelante. Sueñen, porque no es malo soñar. Proyecten, porque es bueno proyectar. Únanse, porque es bueno estar unidos en todas las cosas. La amistad es uno de los dones más grandes de nuestra vida, otro es la libertad y otro es la solidaridad. Todas estas cosas juntas pueden hacer que una vida tenga un largo desarrollo, tenga verdaderamente un sentido.

AURORA ZUCCO DE BELLOCCHIO

Madre de Plaza de Mayo - Línea Fundadora

Aurora Zucco nació el 7 de enero del año 1922. Es descendiente de italianos. En 1945 se casó con 'Pir' Bellocchio, músico, con quien tuvo ocho hijos: Luis, Julio, Marcelo, Irene, Daniel, Eduardo, Fernando y Cecilia. Uno de sus hijos, Eduardo, falleció teniendo un año de edad. Otra de sus hijas, Irene, fue víctima del terrorismo de Estado que se impuso en la Argentina entre 1976 y 1983.

Aurora sintió la violencia de la última Dictadura cívico-militar en el seno de su familia cuando, el 5 de agosto de 1977, su hija Irene es secuestrada junto a su pareja, Rolando Víctor Pisoni. El hijo de la pareja, Carlos, de treinta y siete días, fue entregado por los secuestradores a una vecina quien lo restituyó a Aurora. Irene, en ese momento, era estudiante de Arquitectura y delegada bancaria.

A partir de entonces, Aurora asume la crianza de su nieto Carlitos y comienza una incansable búsqueda que se extiende tanto en el ámbito nacional como internacional.

Aurora, luego de 35 años, continúa su lucha por la Memoria, la Verdad y la Justicia como miembro de la Asociación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

En el año 2009, publicó su autobiografía en el libro *Pelear la Vida*. A los ochenta y siete años de edad, había logrado des-

cribir el panorama familiar como muestra de las tragedias del siglo, en el que se pueden apreciar los trágicos años de la Dictadura cívico-militar desde la aguda mirada de una madre que no se dejó vencer por la pérdida. Como señala en su Libro *Pelear la vida*: “(...) ante la desaparición de Irene no me resigné. Y el corte con la inercia de la resignación me permitió también llevar adelante, progresivamente, otras rupturas. Desde la actitud de búsqueda y lucha por encontrar a Irene y de hacerme cargo de Carlitos, hasta asumir el deterioro real y definitivo de mi relación con Piri. Desde mi radical cambio en cuanto a la visión de la Iglesia como institución sin perder mi fe hasta una reacción mucho más firme de enfrentamiento con las actitudes de mi familia. Y, especialmente, el fin de la resignación implicó transformarme de madre abnegada de siete hijos en Madre de Plaza de Mayo”.

En 2011, fue galardonada como ‘Personalidad Destacada de los Derechos Humanos’ por la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires como reconocimiento a su trayectoria en este tema. El 15 de octubre de 2015, Aurora falleció a los 93 años. Para honrar su legado, compartimos un reportaje que le realizó el Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires en 2012.

En prisión, su madre y sus lágrimas

*Hoy estás sola, pero tu corazón está acá.
Yo te recuerdo, capullo rosa cuando naciste.
Flor hermosa, cuando creciste...
yo le juego a tu hijo,
Y sé que lo sientes.
Cuando me llama mamá, te llama...
Cuando lo acuno o le canto para calmarlo
Y se duerme...*

*Estás a mi lado, con él y yo te abrazo,
Y te cobijo también en mis brazos,
niña mía, en tu Día.*
Aurora Bellocchio

LA HISTORIA DE AURORA

Aurora Zucco de Bellocchio vivió dedicada a su familia y a su marido. Desde joven tenía un maravilloso talento por el arte, pero sus obligaciones la alejaron de su vocación.

Yo nací el 7 de enero de 1922 en Buenos Aires. Mi padre era italiano. Yo siempre fui un poco artista, me gustaba dibujar, escribir, hacer diseños. Estudié Dibujo y Artes Decorativas en la escuela nocturna del Ruiz de los Llanos. Ahí hice dibujo, pintura, pirograbado, tallado durante casi tres años. Sé que hubiese podido ser una buena dibujante o pintora, pero finalmente dejé por la presión de mi padre y por mi noviazgo con Piri, quien luego fuera mi esposo. Piri era músico. Tocaba en una orquesta de jazz y viajaba con sus giras de tanto en tanto. Tuvimos ocho hijos: Luis, Julio, Marcelo, Irene, Daniel, Eduardo, Fernando y Cecilia. Eduardo murió siendo un bebé.

Aurora se casó en 1945 y entre 1946 y 1958 nacieron sus ocho hijos. Irene nació el 30 de mayo de 1952. Cuando terminó el secundario, Irene quiso estudiar arquitectura, pero por dificultades económicas de su familia no pudo hacerlo en ese momento y comenzó a trabajar en un banco.

En 1976, Irene tenía una pareja que estudiaba Arquitectura. Cuando él desaparece, Irene entra en la clandestinidad. Estuvo viviendo en distintos lugares hasta que finalmente consigue un departamento donde vivían dos estudiantes. Yo me encontraba con ella en la calle, o en una galería o en una confitería. Un día nos encontramos con Irene y con Roly 'su nueva pareja' y me

dice que estaba embarazada. ¡Se la veía tan contenta! Nunca imaginamos que pasaría lo que luego sucedió.

Bajo la clandestinidad de sus padres, nació Carlitos el 29 de junio de 1977.

Me llamó Roly para que fuera a verlo al Hospital Posadas. La última vez que vi a mi hija fue el 21 de julio en la casa de mi hermana. Ella estaba feliz con su bebé. Ese día pensé que pasaría mucho tiempo hasta que volviera a ver al bebé. Sin embargo, a Carlitos lo vi, pero a ella nunca más.

El 5 de agosto de 1977, un grupo de tareas secuestra a Irene y a Roly y deja a su hijo Carlitos en manos de una vecina.

Lo de la detención fue terrible, pero nunca nos imaginamos, en ese momento, que iba a terminar con su desaparición. Irene desapareció junto con Roly el 5 de agosto de 1977 por un grupo de tareas que llegó a su casa alrededor de las cinco de la tarde. En ese momento, tenían un bebé, Carlitos, que dejaron en manos de una vecina con la orden de entregarlo a los abuelos. Esta vecina tuvo la valentía de entregármelo. Recuerdo que el día que secuestran a Irene había sido un día gris y yo sentía una extraña sensación de tristeza sin saber exactamente por qué. El día siguiente fue un día lluvioso. En eso, una mujer golpeó fuertemente la puerta de casa. ‘Familia Bellocchio’, preguntó. ‘Sí, ¿qué pasa?’, pregunté alarmada. Y entonces le veo un bulto en los brazos, con una mantita tejida. Me pregunta si lo conozco y, obviamente, le contesto que es mi nieto. Me pide los documentos y cuando veo al nene pienso ‘le pasó algo a Irene’. Con esa mujer había una señora con un moisés que se puso a llorar. ‘¿Qué pasa?’, pregunté. ‘Lo que sucede es que mi hermana (me decía que esa era la hermana de ella) me dice que no lo entregue, que no quiere, que el nene llegó sin papeles, pero yo toda la noche estuve hablando con ella porque la orden era que lo trajéramos a los abuelos’. Me lo dieron de ‘mala gana’, me dijeron que el

bebé había llorado durante toda la noche y todavía no paraba. Mi hija Cecilia me dijo: 'Bueno, tenelo vos', y yo lo tuve en los brazos, pegado al corazón, ¿vos me creés? Se durmió y se calló. Yo dije, porque es la verdad, que ese bebé nunca se iba a separar de mi corazón. Ahí fue cuando la señora, al verme llorar desconsolada, comenzó a contarme que a mi hija y a su marido se los habían llevado en un procedimiento y que ella era una vecina a quien simplemente le habían dado la orden de devolver el bebé.

Con el temor de que le arrebataran a su nieto, Aurora siguió los pasos que le indicaban para tener la custodia del bebé.

Como a Carlitos me lo habían entregado sin documentos, dos días después fui al Hospital Posadas, donde había nacido, para reclamar su partida de nacimiento. Una amiga que trabajaba en Minoridad me alertó: 'Si el nene vino sin papeles, el mismo grupo que te lo envió te lo puede sacar'.

El golpe que significó para Aurora el secuestro de su hija implicó un cambio rotundo en su rutina y a partir de ese momento comienza una búsqueda incansable por el destino de su hija a la que se le sumaba la responsabilidad por la crianza de su nieto.

Con el golpe que significó la pérdida de mi hija Irene, tuve la fuerza necesaria. El fin de la resignación implicó transformarme de madre abnegada de siete hijos a Madre de Plaza de Mayo.

EL RECUERDO DE IRENE

Con el amor de toda madre, Aurora recordó a Irene desde las anécdotas de la infancia y de la juventud

Mi hija Irene nació después de tres varones. Fue la cuarta, la mimada. Luego tuve tres varones más y otra hija. Siempre pienso que ella fue la alegría en nuestra casa. Irene era preciosa, era muy juguetona, muy rápida, muy inquieta, muy buena

con sus hermanos y ellos muy buenos con ella. Además, era muy divertida. Sabía bailar y cantar muy bien, tenía una muy bonita voz. Tenía muchos amigos y amigas. En la adolescencia, a Irene le gustaba salir con sus amigas. Yo le daba mucha libertad. Era muy enamoradiza. Se enamoraba tan rápido como se desenamoraba. Eran amores muy profundos y muy repentinos.

¿Cómo era Irene cuando era chica?

Era alegre, muy alegre, muy divertida, muy buena hija, en el sentido de que ante cualquier problema decía: ‘Mami, lo hago yo’ o ‘te ayudo’. También era un poco peleadora porque decía que como ella era mayor le tenían que obedecer. Era muy juguetona, cantaba bien, era muy inquieta, llena de amigas, muy bonita. Estudió en el colegio La Anunciata de Villa Urquiza y fue buena alumna, buena compañera.

¿Cuál era su comida preferida?

Yo soy una madre a la antigua que hacía la comida de familia italiana: fideos con tuco, ravioles, bifés, pan de carne al horno; ella comía bien. Irene sufría mucho de los oídos cuando era chica.

¿Qué música o cantante escuchaba?

En mi casa se oía música de jazz porque mi marido, el papá de Irene, era músico de jazz. Pero igual la generación mía lo único que tenía para escuchar siempre era la radio, no había televisión. Algunos tenían discos, pero por lo general era la radio. Yo soy de la época del tango, pero me modernicé cuando mis hijos varones empezaron a escuchar todas las letras hermosas, por ejemplo, ‘La Balsa’ o la de esta escritora famosa que murió en el mar, Alfonsina. Mi hija tocaba la guitarra y cantaba y mis hijos todos cantaban. Así que como recuerdo es un recuerdo emocionante y muy hermoso.

¿Qué travesura recuerda de su hija?

Yo recuerdo que en esa época tenía amigas muy queridas con diez hijos, ocho hijos, entonces cuando uno crecía nos pasábamos la ropa de las nenas o los varones. Un día, viene una de las hijas de mi amiga y trae unos vestidos de ella, uno blanco de organdí muy bonito. Al otro día, hacía un frío terrible y yo como una santa fui a misa temprano. Vivíamos en el barrio de Villa Urquiza y cuando vuelvo, doblo la esquina y veo una nena que salía de un departamento corriendo, con un frío de cero grados, vestida de organdí blanco. Pensé: ‘ay, esa madre no la habrá visto a la nena cómo salía’. Cuando llego a casa, pregunto por Irene y me dicen: ‘Se fue a misa’, así que busqué un tapado y me fui corriendo a buscarla. Estaba en misa, todo el mundo mirándola porque era hasta cómico y ridículo. Otra travesura de Irene, es un poco más escandalosa: como vivíamos en un departamento del 2° piso, a la tarde después de todas las cosas que uno les hace hacer a los chicos en vacaciones –la siesta, algún deber, tomar algo fresco– bajaban a la vereda a jugar. Entonces, viene la encargada y me dice: ‘Señora, baje y vaya a ver cómo está su hija en la calle’. Estaban los hermanos y vi a una nena que corría desnuda, ¡se había desnudado! Tenía tres años, se había desnudado y corría de una punta a la otra por la vereda, así que tuve una chica alegre por suerte.

Aurora recordó con mucha alegría los tiempos de la infancia de su hija y entiende el compromiso y los ideales que defendía.

Por eso creo que las madres no idealizamos a nuestros hijos, tuvimos hijos muy valiosos en todo sentido, en el amor a su familia, en el deseo de ayudar. Ella había estudiado en el secundario y había ido becada a la UADE hasta que después conoció a un novio. Ella siempre quiso seguir arquitectura y entonces este muchacho, que ya se recibía, la convenció, así

que cuando desapareció estaba en 2° año de arquitectura y su compañero en 4° de ingeniería.

LA BÚSQUEDA

Irene tenía 25 años cuando fue secuestrada y su pequeño bebé solo pudo compartir con ella 36 días. A partir de ese momento, comenzó la búsqueda sin fin, sin hallar respuesta alguna.

Luego del secuestro, ¿tuvo alguna noticia de Irene y de Roly?

Sí, una semana después del secuestro, mi esposo atendió el teléfono y muy impresionado me avisó que era Roly. Cuando comencé a hablar, reconocí claramente su voz. Me pidió que llevara en forma urgente a Carlitos al Hospital porque tenían que hacerle un estudio pendiente muy necesario por una enfermedad que Carlitos tenía al nacer. Le pregunté por Irene y me dijo que estaba bien. No pudo decirme nada más. Fue el único contacto que tuve de ellos. Siempre pensé que Roly exageró el estado de salud de Carlitos para verificar si su hijo se encontraba con nosotros.

Luego de ese único llamado, Aurora se contactó con un abogado, quien la ayudó a redactar un hábeas corpus y un escrito para presentar en la seccional 10ª.

El mismo día en que presentamos el hábeas corpus, nuestro abogado nos aconsejó que la denuncia en la seccional 10ª la hicieran mi marido y la mamá de Roly. No yo porque tenía a cargo a Carlitos y si a la policía se le ocurría detenernos ponía en riesgo la guarda de mi nieto. Después le propuse a mi consuegra que fuésemos al departamento de nuestros hijos.

Con autorización de la policía, pudo sacar las cosas del bebé, pero no pudo tocar ninguna otra cosa.

Muy rápidamente comencé a entender que lo que a mí me pasaba no expresaba un caso aislado. Formaba parte de una

realidad instalada por la Dictadura que, a pesar del silencio de los medios, se hacía evidente a través de comentarios e informaciones que circulaban por todos lados.

Aurora no dejó puerta donde golpear junto a sus compañeras de ronda.

Fui a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, al Centro de Estudios Legales y Sociales, la Liga por los Derechos del Hombre, el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos, Familiares de Detenidos y Desaparecidos... A todos esos organismos les llevaba copia de lo que había sucedido y en todos me anotaban. En esa época, éramos muy ingenuas y pensábamos que nuestros hijos estaban presos en algún lugar.

¿Qué pudo reconstruir sobre el destino de su hija?

En el 80, un sobreviviente me buscó y me contó que había conocido a mi hija en el Centro Clandestino de Detención conocido como 'Club Atlético' y me contó el diálogo con ella: 'Estoy tranquila porque sabemos que mamá tiene al nene', cuenta que le dijo. Aparentemente, ellos estuvieron allí hasta el 20 de septiembre y en esa fecha los 'trasladaron'.

Entre 1981 y 1984, Aurora se fue a Barcelona, España, con su nieto Carlitos. Allí vivió con su hijo Fernando, que se había exiliado hacía un tiempo. Desde España, Aurora continuó su lucha llevando su testimonio en defensa por los Derechos Humanos. Cuando regresó al país, retomó su reclamo de Memoria, Verdad y Justicia desde la Asociación Madres de Plaza de Mayo - Línea Fundadora.

EL LEGADO DE AURORA

A pesar de los años y los difíciles momentos que le tocó atravesar, Aurora mantuvo los recuerdos intactos. Con la

lucidez de una mujer, madre y abuela que vivió intensamente, compartió sus enseñanzas con los jóvenes.

En toda esta larga vida mía he visto de todo. He visto caer gobiernos, he visto matar gente, he vivido desde la época del derrocamiento de Yrigoyen. Viví todos los Golpes de Estado; algunos momentos felices o importantes, pero este país está signado por la muerte y por el odio. Lo que había antes, en esta época antigua, eran las palabras amistad y honradez. La gente era honradísima y el vecino quería tanto al otro vecino. Y el compañero de escuela ayudaba al que menos sabía o al que menos entendía. Y las maestras eran sabias, eran verdaderamente sabias. Como el mundo cambió, la enseñanza cambió como el mundo. Los que hemos estado viendo desde la generación de los hijos nuestros, el tiempo en que estudiaban, colegios del Estado, colegios religiosos. Se me ocurre a mí que todos tienen ganas de saber, de conocer, pero sobre todo de entender. Nosotras no queremos darles clase de nada, pero sí explicar que si hubiéramos tenido un pueblo verdaderamente honrado, un pueblo verdaderamente amigo del vecino o del pariente, un pueblo que ayudara al más necesitado, no hubiera pasado lo que pasó.

De esta forma Aurora destaca la importancia de la tarea educativa para construir una sociedad solidaria y reflexiva.

Por eso reitero lo importante que fue para nosotros la escuela del Estado. Esa escuela que formaba seres humanos, enseñaban todo lo que habían aprendido en las escuelas normales. Nos enseñaban a cantar, a reír y de veras a ser los mejores compañeros. No es que yo añore eso, yo deseo que ojalá suceda que poco a poco ustedes aprendan a querer y a escuchar mucho a los maestros. Porque el maestro de lo que más voluntad tiene es de enseñar para que ustedes aprendan no solo un montón de materias, sino a amar la vida y defender la vida, defender al ser humano y no caer en tentaciones de odio, de dividir a la gente en un estilo o

en otro. En lo que realmente se llamaría el valor de la vida y de la felicidad, que es el saber, la amistad, el deber y el amor.

Como síntesis de su vida, Aurora expresa en el último capítulo de su libro autobiográfico *Pelear la Vida*:

“Ya dije que para mí las caídas, las muchas que tuve en mi vida, fueron algo así como expresiones en la acción física de momentos de desborde, en los que no podía con el peso de situaciones que me abrumaban. (...) Tuve caídas espaciadas y otras en seguidilla. De todas ellas, conseguí levantarme. Tampoco me caí con la desaparición de Irene. Ya conté que, al igual que el resto de las Madres, tuve capacidad de transformar el dolor en voluntad de pelear. (...) Pero, mirando el recorrido, pienso que la capacidad para no caerme surgió también de otras condiciones, menos precisas, que tienen que ver con mi personalidad, algunas de las cuales ya estaban presentes en ella y otras a las cuales tuve que ir construyendo desde ella.

Durante la mayor parte de mi vida me la pasé obedeciendo. En mi adolescencia y juventud, fue la obediencia a los mandatos familiares, sobre todo de mi madre. (...) En esa etapa también se consolidó mi formación religiosa (...) Todos los impulsos por salir de ese esquema los reduje a mi mundo más íntimo: mis lecturas, mi inclinación por lo bello, mi gusto –en un medio adverso y con pocas herramientas– por adquirir conocimiento y desde ahí relacionarme con otras culturas, mis preocupaciones sociales que chocaban con la visión de mi familia. Pero, hacia fuera, pese a algunos intentos fallidos por cambiar situaciones, todo fue obedecer: a mi familia, a mi marido, a los curas. (...)

Pero ante la desaparición de Irene no me resigné. (...) el fin de la resignación implicó transformarme de madre abnegada de siete hijos en Madre de Plaza de Mayo: a dar-

me cuenta de que lo que me pasó a mí formaba parte de una realidad de muchos, de una realidad social, política, económica y que mi respuesta a esa realidad individual no podía hacerse desde mi condición de madre, sino de Madre de Plaza de Mayo.

Todo este proceso fue liberador en un sentido, pero muy doloroso. Por el dolor de la desaparición de Irene, por el dolor de las rupturas. Pero también permitió, en un plano personal, que pueda pararme desde otro lugar. Y en un plano social, aportar un pequeño granito de arena a la lucha por la verdad y la justicia”.

PALABRAS FINALES

Aurora escribió muchos poemas para su hija. “Cuando hay sol y cielo azul” lo escribió en la playa el primer verano después de la desaparición de su hija Irene.

*Cuando hay sol y cielo azul se acongoja mi corazón
porque pienso que estás encerrada
y gris de tristeza.
Cuando veo a una pareja con su hijo
los miro con respeto y con dolor.
Pienso que te sentirás como vacía, y llena de agonía
Cuando llevo a tu hijo
por la calle, y lo miran todos, tan azules los ojos,
tan vivo y saludable, yo gritaría:
¡A él le faltan sus padres! Y él va creciendo,
lleno de gracias,
y vos y Roly no lo ven cuando da besitos,
y pega grititos, y a mí me llama mamá...
Aurora Bellocchio*

LOS NIETOS VAN A LA ESCUELA

Nietos restituidos

Cada nieto restituido es un “hermano” que descubre la Verdad sobre su propia historia y con ella recobra la Identidad. Desde los primeros nietos restituidos en 1979 hasta el día de hoy, más de 100 casos se han logrado resolver con la tenacidad y la consecuencia que solo han conseguido las Abuelas. Aún falta recuperar la identidad de alrededor de 400 jóvenes, la búsqueda continúa.

Cada día que pasa es uno más en el que la mentira se mantiene viva, apropiándose de la verdad en la vida de más de 400 jóvenes y en las de sus hijos, las nuevas generaciones de argentinos.

Esos jóvenes son nuestros hermanos y nosotros sí les podemos decir que recuperar nuestra verdadera identidad nos permitió ser nosotros mismos y no lo que otros quisieron que fuéramos, primero, asesinando a nuestros padres y, luego, cambiando nuestra identidad.

Los que hoy podemos saber quiénes somos y quiénes fueron nuestros padres, también sabemos que ellos nos dieron la vida y que jamás y bajo ninguna circunstancia nos abandonaron.

Solo sobre la base del conocimiento de la verdad de los acontecimientos ocurridos a nuestros padres sabremos y podremos construir una sociedad más sólida, sin mentiras y con la verdad a la luz.

Nosotros hoy somos libres porque podemos elegir qué hacer con esta historia, ya que haber recuperado nuestra iden-

tividad no nos convirtió nuevamente en cautivos de alguien, sino todo lo contrario: nuestras familias respetan nuestros derechos y cada uno genera el vínculo que quiere con ellas.

Somos libres porque recuperamos lo que nos robaron, porque pusimos las cosas en su lugar y así pudimos entender nuestro ADN, ese que nadie pudo cambiar... Si en algún momento de nuestras vidas nos ocultaron cuál era nuestro origen, hoy lo sabemos y podemos hablar en primera persona de eso; hoy somos capaces de construir con esa historia un futuro.

El derecho a la identidad es un Derecho Humano y, como tal, es irrenunciable. Es tan importante como el derecho a la vida, a la libertad y a la integridad física. Nadie debe decidir si quiere o no ejercer ese derecho porque es el Estado el responsable de garantizarlo y preservarlo.

Carta abierta de nietos restituidos y hermanos que buscan a sus hermanos y hermanas nacidos en cautiverio - 01/11/2009.

Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad

La tarea de la CONADI fue clave en la resolución de muchas de las búsquedas de las Abuelas de los últimos años. Su Coordinadora, Claudia Carlotto, explica de esta forma su origen y funcionamiento:

La CONADI es un organismo estatal, creado en 1992 por ley de la Nación en cumplimiento de los artículos 7°, 8° y 11° de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño. Estos son los llamados “artículos argentinos”, que preservan el Derecho a la Identidad de las personas, especialmente de los menores de edad. Este organismo se creó por pedido de las Abuelas de Plaza de Mayo, con el objetivo de que, desde el Estado, se ayude en la localización y restitución de la identidad de los hijos de desaparecidos por razones políticas. Sin embargo, esto no obsta que también trate cualquier otro caso de un menor de edad con su identidad vulnerada. Y así es que tenemos alrededor de 200 casos de personas adultas, mayores, a las que hemos asesorado y contribuido en su búsqueda.

Para cumplir su objetivo, la CONADI puede utilizar diferentes procedimientos.

La herramienta fundamental de la que disponemos es que podemos ordenar las pericias de análisis de ADN en el Banco Nacional de Datos Genéticos sin una orden judicial, o sea, sin necesidad de abrir una causa en la Justicia. Después de evaluar el caso, podemos pedir la orden con solo la conformidad del

presentante y la fundamentación de esa orden de ADN; con lo cual, evitamos que cada uno de estos jóvenes que crea ser hijo de personas desaparecidas tenga que abrir una causa en la Justicia y afrontar un tema tan delicado, tan personal y privado en los tribunales.

El servicio de búsqueda de identidad de la CONADI es confidencial y gratuito.

Este es un servicio público, abierto y gratuito. Además, nosotros también ofrecemos un tratamiento confidencial, con absoluta reserva de la identidad de la persona que se presenta, y hay, asimismo, una investigación documental previa, que puede derivar o no en un examen de ADN, que también es absolutamente confidencial.

Conocer la Identidad no solo es un derecho básico de las personas, sino que además la falta de claridad sobre el origen deja secuelas difíciles de resolver.

Desde nuestra experiencia, hemos visto diferentes consecuencias de la falta de claridad de la identidad: por ejemplo, no poder concluir una carrera, no poder formalizar un matrimonio, tener graves crisis al ser madres las mujeres y padres los varones. Un sinnúmero de dificultades que nos indican que el derecho a la identidad es un derecho básico y fundamental, tan importante como el derecho a la vida y el derecho a la libertad. Porque uno no es libre ni tiene una vida real si no puede conocer su origen. Esto lo vemos en personas de sesenta, setenta años, que no han podido terminar de cerrar su vida si no averiguan su origen. Y llegan, tal vez en un estado desesperado, después de treinta o cuarenta años de saber que su identidad no era la real, diciendo que antes de seguir adelante, o antes de llegar al final de sus vidas, necesitan resolver ese origen tan existencial.

Toda esta experiencia nos sirve, además, para devolver a la sociedad, con esta experiencia tan dura, mecanismos

para evitar que esto se siga repitiendo. Porque a partir de la desaparición de menores por razones políticas, y de ver el sufrimiento de esos niños, que son criados en la mentira y que después, tal vez, a los nueve o diez, veinte, y ahora treinta años, se enteran de que su origen biológico fue otro; y al ver el sufrimiento y ver lo dificultoso que es procesar toda esa información, nosotros también intentamos elaborar nuevas herramientas para que el Estado, como Estado, garantice la identidad de las personas. Trátese, por ejemplo, de lo que es la ley de identificación del recién nacido, el control de las amnistías y todo tipo de inscripciones extrajudiciales, incluyendo las adopciones por cesión directa. Ese montón de cuestiones que hoy permiten en la Argentina, que todavía, al día de la fecha, el derecho a la identidad sea vulnerado en porcentajes mucho más altos que los aceptables.

La búsqueda de las Abuelas y la tenacidad de su reclamo permitió el avance en numerosos aspectos entre los que se destacan los científicos, legislativos y éticos.

Las Abuelas son un ejemplo de que desde el dolor y desde el horror se puede reconstruir, y además se puede dejar un legado a la sociedad: el índice de abuelidad, la creación del Banco Nacional de Datos Genéticos, el cambio de jurisprudencia con respecto al tema de la adopción y la sustracción de menores, los cambios del Código Penal, y del Civil también, son un montón de herramientas que quedan para que en el futuro nuestra sociedad esté más protegida contra estos abusos.

Finalmente, es muy importante el rol de la educación y de los docentes en esta tarea.

La escuela es un pilar fundamental para crear una sociedad mejor y sacar de este horror una enseñanza que nos haga mejores como país y como sociedad. Nuestro mensaje, para hoy, es que hay que actuar con la verdad. A veces, la verdad no es

una verdad fácil de decir. A veces, no es simpático informar a un niño sobre determinadas cuestiones de la vida: que por qué no vive con su mamá, o por qué no vive con su papá, o por qué no ve a sus abuelos o que en realidad está siendo criado por una familia que no es la familia que lo engendró. No es fácil, pero es mucho peor el ocultamiento, cuando veinte años después nosotros vemos a esos jóvenes en crisis, en crisis graves. Además, el nuevo fenómeno que estamos observando es que los hijos de ellos son los que están empezando a venir, a ejercer el derecho a la identidad de sus padres. Por eso, lo mejor es seguir el camino de la verdad.

Claudia Carlotto

JOSÉ SABINO ABDALA FALABELLA

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

José Sabino Abdala nació el 27 de julio de 1974. Es hijo de Susana Falabella y José Abdala. El 16 de marzo de 1977, con tan solo dos años y ocho meses tuvo que enfrentar su secuestro y el de sus padres en su domicilio de la ciudad de La Plata. Junto con ellos, fue secuestrada también María Eugenia Gatica Caracoche, una niña de trece meses que se encontraba circunstancialmente bajo el cuidado de sus padres.

Los niños fueron llevados a la Comisaría 5^a de La Plata y de ahí a la Brigada Femenina, donde fueron entregados a diferentes familias. María Eugenia fue apropiada por un comisario y recuperó su identidad en 1984. Sabino fue apropiado por un matrimonio de San Justo, que lo anotó como hijo propio, nacido el 7 de agosto de 1976, con el nombre de Federico.

Las primeras dudas de Sabino comenzaron entre los ocho y los diez años. En ese momento, descubre que no es hijo biológico de quienes decían ser sus padres.

En 1992, Sabino fue localizado por las Abuelas de Plaza de Mayo. Su filiación fue confirmada en 1993 una vez realizados los análisis inmunogenéticos en el BNDG. En 1998, la justicia le restituyó su verdadera identidad.

Sabino colabora con las Abuelas de Plaza de Mayo para encontrar a los cuatrocientos nietos y nietas que aún faltan recuperar:

Yo colaboro con las Abuelas. Los nietos tenemos que darles una mano a las Abuelas, ellas se ponen contentas con nosotros y se sienten contenidas.

Susana y José, sus padres, continúan desaparecidos.

Siempre es mejor el camino de la verdad, aunque sea doloroso, te libera.

LA HISTORIA DE SABINO

José Sabino Abdala es hijo de Susana Falabella y José Abdala. Perdió su identidad el 16 de marzo de 1977, cuando fue secuestrado junto a sus padres. Así presenta su historia:

Me llamo Sabino Abdala y nací el 27 de julio de 1974. Mis papás militaban en La Plata. En marzo de 1977 cayó una patota de la policía y secuestró a mis padres, a mí y a María Eugenia Gatica, que era una nena chiquita que ese día se había quedado en casa al cuidado de mis papás. Yo tenía dos años y medio en ese momento y María Eugenia tenía un año y un mes. A nosotros nos llevaron a una brigada femenina y nos repartieron. María Eugenia es llevada a la casa de un comisario y logró recuperar su identidad en el año 1984. A mí me entregaron a una familia de San Justo que tenía relación con la Brigada de San Justo. Mi supuesto 'papá' era doctor y mi 'mamá' era encargada de una clínica. Ellos me anotaron como hijo propio.

Sabino fue apropiado por un matrimonio mediante una partida de nacimiento apócrifa en la cual figuraba como fecha de su nacimiento el día 3 de agosto de 1976, con el nombre de Federico Gabriel.

Mi infancia fue feliz. Yo empecé a dudar de mi identidad porque no era parecido a mis hermanos. Ellos son rubios y yo no. Entonces empecé a preguntar y me dijeron que era adoptado, pero que me habían anotado como hijo propio para que tuviera los mismos derechos que mis hermanos. En ese momento, si bien fue un cimbronazo, la explicación me pareció razonable y todo quedó ahí. Pero, por detrás, había una gran mentira...

Fue gracias a la observación y el compromiso de un profesor que Sabino inició el largo camino de recuperación de su identidad.

En el año 1992, en quinto año del secundario, tuve un profesor de Educación Cívica que vino a hacer una suplencia. Él tenía relación con las Abuelas de Plaza de Mayo. Cuando me vio en las clases, enseguida me encontró muy parecido a una foto que había visto de mi papá en la casa de las Abuelas. Fue así como presentó el caso y ellas comenzaron una investigación. Un día, me encuentro con mi primo –que yo no sabía que era mi primo– y me pregunta algo. Mi tía estaba más alejada. Ellos inmediatamente me vieron igual a mi papá, pero no me dijeron nada porque temían que me fuera del país o algo así.

La causa que investigó la retención y el ocultamiento de José Sabino se inició a partir de una denuncia hecha por la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, que sostenía que Federico podía ser en realidad José Sabino Abdala. La sospecha se confirmó al poco tiempo.

En el año 1993, cuando volvía de unas vacaciones, mi mamá adoptiva me mostró un papel que decía que había posibilidades de que fuera hijo de desaparecidos y me citaban para hacerme un análisis de sangre. Yo accedí, pero no entendía la situación. A fines de ese año, me confirmaron que era Sabino Abdala y que efectivamente era quien ellos estaban buscando. A fines de 1993, conocí a mi familia: tres abuelos, primos y tíos.

A partir de ese momento, comienza una etapa complicada para Sabino: por un lado, tenía que entender y aceptar su nueva situación, por otro lado, se inicia un fuerte conflicto entre ambas familias.

Luego comenzó una pelea contra mí mismo por mi identidad. Tardé dos años en querer recuperar mi nombre. Además, de un día para el otro, era dos años más viejo. Pero lo más complicado fue que quedé en el medio de las dos familias: mi familia biológica y mis apropiadores. Cuando yo recupero la identidad, automáticamente se inicia un juicio por mi apropiación ilegal.

Poco a poco, Sabino empieza a descubrir su propia historia con el acompañamiento de los suyos.

En 1999 me fui acercando a Abuelas y poco a poco fui escuchando otras historias. Hablar sobre esto me ayudó a hacer catarsis y me permitió entender lo que me pasaba. Ahora ayudo a recuperar a los cuatrocientos nietos y nietas que faltan.

EL REENCUENTRO CON SU HISTORIA

Lo primero que recupera Sabino es su historia: Susana, su mamá, nació el 10 de agosto de 1949 en Mercedes, provincia de Buenos Aires, y tenía 27 años en el momento del secuestro. José, su papá, nació en la misma ciudad el 2 de octubre de 1951, tenía 24 años cuando desapareció. Estaban casados y tenían un hijo de dos años y medio, José Sabino. José era estudiante de sociología y trabajaba en una estación de servicio, Susana era instrumentadora quirúrgica.

La familia fue secuestrada el 16 de marzo de 1977 a las 12:30 del mediodía mientras se encontraban comiendo el almuerzo, en su domicilio en la calle 6 y 167 del barrio Los Hornos. Personal vestido de civil y militar rodeó la manzana. Golpearon a José, lo encapucharon y lo introdujeron en el baúl

de un auto. A Susana la pusieron en el asiento de atrás de otro auto, junto a Sabino y María Eugenia, la niña de trece meses a quien se encontraban cuidando casualmente. Luego del secuestro, saquearon la casa y se llevaron todas las pertenencias.

Fueron llevados todos a la Comisaría 5^{ta}. Los niños lloraban y estaban desesperados. A eso de las seis de la tarde, un policía agarró a cada uno de los niños bajo el brazo y se los llevó. Fueron llevados a la Brigada Femenina de Investigaciones, que era usada para el tránsito de chicos. El Comisario Silva finalmente se llevó a María Eugenia –a la que llamaba Marcelita– y se la apropió.

¿Cuáles fueron tus sentimientos cuando te enteraste que eras hijo de desaparecidos?

Primero, negación. No quise recuperar mi identidad enseguida. Estaba muy confundido. Lo peor fue cuando aparecieron los abogados. Yo no sabía dónde estaba parado.

La primera vez que me encontré con mi abuela, yo sentía como si fuera una película. Era como si le pasara a otra persona. Eso me pasó el primer tiempo, era como que me ponía una máscara para actuar con unos u otros. El problema es que no podía hacerme cargo de lo que pasaba porque era muy doloroso.

¿Cómo fue la reacción de tus padres y hermanos adoptivos con la noticia?

Cuando recuperé la identidad, comenzó el juicio a mi mamá adoptiva, ya que mi papá adoptivo ya había fallecido. Mis hermanos me decían que hiciera lo que tenía que hacer. Yo intenté hablar muchas veces con ella, pero siempre ocultó la verdad. Así que dejé que actuara la justicia. El juicio fue muy duro y llevó siete años. Ella estaba acusada por falsificar mi partida de nacimiento y por ocultarme. En ese momento, yo me sentía en el

medio entre las dos familias: mi familia biológica y la adoptiva. Finalmente, le dieron tres años de prisión excarcelable.

¿Por qué cuando reciben la notificación no hay resistencia de tu familia adoptiva?

Cuando llegó la citación para el ADN también llegó una nota donde tenía fotos de chiquito en las que era rubio, y mi mamá no creyó que yo fuera Sabino Abdala, pero eso lo pusieron a propósito mis abuelas para que yo vaya. Igual yo iba a ir a hacérmelo, porque era totalmente consciente de que tenía que hacerlo. Era chico, tenía diecinueve años, pero sabía lo que había pasado en la Argentina. Después, por supuesto que cuando el ADN dio positivo mi mamá adoptiva tomó otra actitud, que fue ponerme en el medio de las dos familias. Entonces, yo empecé a recibir los tiros de los dos lados. Si mi mamá adoptiva hubiera visto una foto de mi papá biológico, imagino que se hubiera resistido...

¿Nadie se había dado cuenta de que eras dos años más grande de lo que decían?

Había una especie de complicidad civil. Cuando yo empecé el primario, mi mamá le pidió a la directora que no hiciera demasiadas preguntas. Lo mismo pasó en el secundario. Me mandaron a un colegio que no era el que yo quería, pero podían garantizar que no preguntaran nada. Hay que entender que en este país costó mucho hablar de la Dictadura porque había mucho miedo. Y cuando hay miedo hay silencio.

¿Qué sentiste al no crecer con tu familia?

El tema de los afectos familiares es muy complicado. Con el secuestro, tuve un shock muy fuerte. Mis hermanos mayores cuentan que cuando llegué no hablaba y tenía mucho miedo a

la oscuridad. Y ahora el vínculo es con mis abuelos o tíos, pero es complicado porque si uno no vivió algo no es lo mismo.

Antes de que supieras que eras adoptado, ¿sentías que te faltaba algo?

Sí, sentía que algo me faltaba. Por eso no pudieron ocultarme todo mucho tiempo.

SABINO HOY

Actualmente Sabino colabora con las Abuelas de Plaza de Mayo para encontrar a los cuatrocientos nietos y nietas que aún no lograron recuperar su identidad.

Yo colaboro con las Abuelas. El último spot de las Abuelas lo armé yo. Estudié cine y algo sé. Tuve la idea de que los nietos pongan la cara en la televisión y que digan quiénes son. De esta manera, los nietos le hablan a quienes tienen dudas sobre su identidad, apelando a ellos para que avancen en su búsqueda. Los nietos tenemos que darles una mano a las Abuelas, ellas se ponen contentas con nosotros y se sienten contenidas.

Actualmente, ¿tenés relación con tu mamá adoptiva?

Con mi mamá, sí, a veces. Pero como me ocultó tantas veces la verdad, algo se rompió. No tengo rencor, la sigo queriendo. Ella ya fue juzgada por este tema, así que ya está.

¿Qué pensás hoy en día de los militares?

Yo miro hacia el futuro. Me parece muy bien que los estén juzgando ahora. También quiero saber dónde están los cuerpos de mis padres. Es importante que nos den los datos para encontrar a los nietos y los cuerpos de los desaparecidos. Sin los cuerpos, no puede haber duelo, no se puede cerrar la historia.

¿Qué te inspira para ir a los colegios?

El estar con ustedes, que me pregunten. Además, lo bueno es compartir mi historia porque a lo mejor hay alguna persona a la que le sirve para despertar alguna duda o avanzar en sus propias preguntas.

¿Volviste a ver a tu profesor del secundario?

Sí, al principio estaba enojado con él porque no me dijo nada. Pero me contaron que en muchos casos, cuando la familia apropiadora sospecha algo, saca a la persona del país o la oculta. Así que, después le agradecí porque él fue el motor que llevó adelante el encuentro. Sin su aporte hubiese sido más difícil.

PALABRAS FINALES

En este último tiempo, mi vida cambió profundamente. En primer lugar, porque me pude hacer cargo de mi historia y de quién soy. Si no te hacés cargo de tu pasado, no podés construir nada de tu vida. Por eso me costó tanto todos esos años. Uno va aprendiendo con los años...

MARTÍN AMARILLA MOLFINO

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Martín nació el 17 de junio de 1980 en el Centro Clandestino de Campo de Mayo. Su mamá Marcela Molfino y su padre Guillermo Amarilla –ambos oriundos de la provincia de Chaco– habían sido secuestrados ocho meses antes, el 17 de octubre de 1979. A partir de ese momento, Martín fue apropiado y anotado como hijo biológico de un agente de inteligencia del ejército.

De pequeño, Martín empezó a dudar sobre su identidad. Al principio dudaba de ser hijo biológico de quienes se decían sus padres y más adelante, en la adolescencia, comenzó a pensar que podría ser hijo de desaparecidos.

En 2007, se acercó a Abuelas de Plaza de Mayo, pero la primera búsqueda no dio resultados positivos. Su madre dio a luz ocho meses después del secuestro, su cuerpo desapareció y su familia nunca supo de su embarazo. Un testimonio de un ‘arrepentido’ le permitió a las Abuelas continuar con la búsqueda y enlazar la historia de Martín con sus padres Marcela Molfino y Guillermo Amarilla, hoy desaparecidos.

Fue así como dos años después, el 2 de noviembre de 2009, Martín recuperó su identidad, constituyéndose en el nieto restituido N° 98.

A partir de ese momento, Martín se reencontró con sus tres hermanos, quienes habían sido secuestrados junto con su madre y fueron devueltos a sus abuelos en Chaco a los pocos días, y una muy amplia familia, que agasajó desde el primer momento al nuevo integrante.

Cuando me abracé con mis hermanos, sentí que por primera vez tenía algo para toda la vida.

Descubrí muchas cosas idénticas a mis padres, como el acordeón, la guitarra, la manera de sentarme y de caminar. Y todo eso me produce mucha alegría y mucha felicidad. Porque eso también tiene que ver con la construcción de la identidad: verse en el espejo, en la sangre de uno y ver que los pies tienen raíz.

LA HISTORIA DE MARTÍN

Mi nombre es Martín Amarilla. Soy hijo de Marcela Molfino y Guillermo Amarilla. Yo recuperé mi identidad el 2 de noviembre de 2009 después de un largo proceso de dudas y preguntas...

Ya de niño tenía dudas sobre mi identidad. Al principio, suponía que podía ser adoptado, pero, con el paso de los años, comencé a preguntarme si era hijo de desaparecidos.

Lo particular de mi historia es que yo en 2007 hice mi análisis de ADN en el Banco Nacional de Datos Genéticos y no coincidía con ningún perfil genético. Pasaron dos años hasta que coincidió con mi familia biológica.

A mí me apropiaron el día en que nació, el 17 de junio de 1980. Yo nací en el Centro Clandestino de Campo de Mayo. A mis padres los secuestran el 17 de octubre de 1979 en la zona oeste del Gran Buenos Aires: a mi mamá la secuestran en San Antonio de Padua junto a mi tío paterno, tres hermanos míos y dos primos; y a mi papá lo secuestran el mismo día en Ramos Mejía, que es, casualmente, la ciudad en donde me tocó criarme...

A esto se suma, en 1980, que a mi abuela la secuestran en Perú, la traen a Argentina y aparece muerta en España. Esto es posible por el Plan Cóndor, que es un plan de exterminio y colaboración para toda Latinoamérica que agrupaba a diferentes países con gobiernos dictatoriales. Por este acuerdo, las Fuerzas Militares podían atravesar las fronteras para detener a lo que ellos llamaban ‘delincuentes subversivos’.

En 2009, cuando finalmente me encuentro con mi familia, me encuentro con mis hermanos, mis primos, mis tíos... Todos son chaqueños, son una gran familia chaqueña. De parte materna, somos 60 personas, de parte paterna, 200, hace poquito ya nació el 201.

¿Qué significó para vos recuperar la identidad? ¿Qué fue lo que te hizo dudar sobre tu identidad?

En primer lugar, fueron cuestiones personales, algo bastante primario, instintivo: yo no me sentía en mi lugar, sentía que no estaba en mi manada. Y además aparecieron cuestiones que después se fueron haciendo más concretas. Por ejemplo, si mi apropiadora tenía la edad suficiente como para tener hijos. Y la respuesta es que no la tenía porque en esa época tenía cincuenta años y en ese momento eso era imposible, ¡la ciencia tampoco estaba tan avanzada como para la fertilización asistida! Además, tampoco encontraba ninguna foto de su embarazo: yo buscaba por todos lados fotos de ella embarazada y no podía encontrar ninguna. Y otro elemento más era la profesión de mi apropiador, que era personal de inteligencia en el ejército durante los años de dictadura. Nunca me contaron nada, ni siquiera que era adoptado. Pero después, cuando empecé a crecer y veía que no caminaba parecido a ninguno de los dos, que no me reía parecido a ninguno de los dos, que no tenía ningún rasgo en común con ninguno de ellos, comencé a hacerme preguntas. Porque

no había nada, ni en lo físico, ni en la manera de encarar y ver muchas cosas de la vida cotidiana que nos acercara. Yo miraba el mundo en forma muy diferente de cualquiera de ellos dos.

Afortunadamente, y gracias al esfuerzo de las Abuelas de Plaza de Mayo y toda la gente que colabora con el trabajo de ellas, logré recuperar mi identidad.

Cuando comenzaste a investigar y a tener todas esas dudas, ¿lo hiciste en secreto? ¿Te ayudó alguien?

Sí, lo hice todo en secreto, nunca les pregunté a mis apropiadores nada de nada. Nunca me atreví. Quizá yo en ese momento tenía bastante miedo. Cada paso que daba, me costaba horrores, pero cada logro que tenía para mí era un paso muy grande. Entonces, lo hice todo sin que lo sepan. Mi apropiador murió cuando yo tenía catorce años, así que la mayor parte del proceso lo hice estando solo con ella –en referencia a su apropiadora–. Recién se enteró cuando ya había dado la conferencia con las Abuelas y yo ya había conocido a mi familia. Pero se enteró a través de mí de todos modos. Fui yo quien se acercó y lo hablé con ella. Pero todo el proceso lo hice sin que se entere de nada.

Antes de 2007, ¿pensaste en hacerte el análisis de ADN? ¿Tenías dudas sobre tu identidad?

Tenía dudas desde unos cuantos años antes. La primera vez que pensé en la posibilidad de ser hijo de desaparecidos fue por un profesor de literatura del secundario al que yo iba, que era más bien de formación católica. En ese colegio, estaba terminantemente prohibida cualquier conversación de parte de los profesores sobre esos temas. Este profesor, clandestinamente, nos llevaba a la biblioteca y nos pasaba películas como ‘La Noche de los Lápices’ y otras películas sobre la dictadura. Y era como un secreto que teníamos entre ese profesor y nosotros.

Esto ocurrió en el 96 y 97 porque a ese profesor lo tuvimos en 4° y 5° año del secundario. Ahí fue cuando se despertaron en mí las primeras dudas, no de si yo era hijo biológico porque de eso siempre tuve dudas, sino de si era hijo de desaparecidos. Las primeras dudas me surgieron con este profesor, ese fue el primer puntapié.

EL REENCUENTRO Y LA SORPRESA DE SU FAMILIA

La historia de Martín es atípica porque en el momento de contrastar el ADN de su sangre con la totalidad del Banco de Datos Genéticos no había ningún grupo familiar positivo. Sin embargo, dos años después, la historia cambiaría.

Cuando la secuestran a mi mamá nadie sabía que ella estaba embarazada, entonces nadie de mi familia dejó sangre en el banco genético porque no pensaban en buscar a nadie con vida. Pasó a través de los procesos judiciales de un montón de causas y con el tiempo terminaron llegando a la conclusión de que el joven que se había acercado en el 2007 a hacer una denuncia coincidía con unas declaraciones según las cuales una mujer, Marcela Molfino, había dado a luz en el 80 en Campo de Mayo. Fue así como le piden a la familia Amarilla y Molfino una prueba de sangre que luego cruzan con la mía. Obviamente, dio positivo. Y un día recibo un llamado de la CONADI que me cita para 'darme más información', eso fue lo que me dijeron. En ese momento, me encontré con la hija de Estela de Carlotto, Claudia Carlotto, y me empezó a contar la historia de una familia. Me hablaba de mi abuela, de mi mamá, de mi papá y me terminó diciendo que la familia de la cual me hablaba era mi familia y que estaban todos en la Casa de las Abuelas de Plaza de Mayo. Me preguntó si los quería ir a conocer y le dije que sí, por supuesto. Fuimos y en el camino sentí un vacío de 10

minutos de taxi, de no entender qué era lo que estaba pasando. En el trayecto, Claudia me seguía hablando y hablando y mientras tanto yo trataba de imaginar cómo era la cara de mis hermanos. Cuando llegué a la Casa de las Abuelas, la primera que me recibió fue Estela que estaba en la puerta y me invitó a que pasara. Después, Estela abrió una puerta y yo pensé que unas tres personas que había más allá eran mi familia. Pero no, Estela me corrigió y cuando abrí la puerta correcta me encontré con un montón de personas ¡Parecían una hinchada de fútbol! Habían venido como sesenta familiares míos desde el Chaco. Y cuando me encontré cara a cara con ellos, no fue necesaria una presentación, tampoco hubiese sido necesario el ADN porque somos todos muy parecidos.

¿Cómo fue la reacción de tu apropiadora?

En un principio fue una ruptura muy fuerte que se produce. Después de un tiempo lo tomé como algo que ya había pasado. Yo no sabía la verdad, pero ella sí la conocía. Se puede discutir hasta dónde sabía ella de la historia completa. Pero mi postura frente a ella fue en un principio de seguir diciéndole mamá. Después fui dejando de decirle mamá y empecé a verla cada vez menos. Y ahora la sigo viendo menos, pero me interesa saber cómo está. Eso es algo contra lo que no me planteo qué hacer, sino que más bien estoy abocado con todas mis posibilidades en la reconstrucción o la construcción de mi vínculo con mis hermanos y con mi familia. No me voy a forzar ni con romper la relación con ella ni con continuarla y lo que vaya sucediendo que sea en forma paulatina y para donde tenga que ir.

¿Cómo era tu relación con tu apropiador?

La relación con él era un poco particular, digamos que él era una persona muy particular porque él era una persona violenta.

Conmigo nunca fue violento, en realidad fue violento en mentirme y robarme. Eso en sí ya es un objeto de violencia porque quien se roba un bebé es absolutamente violento y virulento. Pero, en lo que tiene que ver con la relación cotidiana, él no era violento, pero sí era un tipo que tenía problemas con su adicción al alcohol. Entonces, se hacía difícil la convivencia. En el día a día, la violencia mayor era hacia mi apropiadora. Digamos que cuando estaba sobrio era una relación normal y cuando no estaba sobrio, no. Él murió cuando yo tenía catorce años, pero el caso de su muerte fue algo que también me llamó la atención porque realmente no me dolió como la muerte de un padre. Entonces eso fue algo que me provocó más dudas todavía. Yo pensaba: ‘uno por la muerte de un padre supuestamente tiene que sufrir, que estar triste’, pero a mí no me pasaba eso. Sufrí quizás los primeros días, pero sufrí menos que por cualquier otra cuestión, como un desengaño amoroso, pero no como la muerte de un padre.

MARTÍN Y EL LARGO CAMINO POR RECONSTRUIR SU HISTORIA

A partir de la recuperación de su identidad, Martín destinó toda su energía a reconstruir sus lazos familiares y construir relatos que le permitieran acercarse a sus padres. Guillermo Amarilla y Marcela Molfino se conocieron en 1972, en la agrupación Juventud Peronista (JP). En 1975, en Resistencia, Chaco, nació Mauricio, el primer hijo de la pareja; en 1977, en Capital Federal, nació Joaquín y en 1978, estando en el exilio en Francia, nació Ignacio. En mayo de 1979, regresaron al país y se instalaron en la provincia de Buenos Aires, donde fueron detenidos y desaparecidos hasta el momento.

¿Qué pudiste reconstruir de la historia de tus padres?

Como tengo la suerte de tener una familia muy numerosa, tengo mucha gente que me puede contar y ayudar a construir la imagen de mis viejos. Mi hermano mayor, que tenía cuatro años en ese momento, también algo me pudo contar. Mis tíos, sus compañeros de militancia me ayudaron a construir su historia. Además, tengo fotos, grabaciones y hasta un video de él y grabaciones con la voz de los dos. Es decir, bastante material es el que tengo a mi alcance para poder conocerlo. La historia de ellos me la van contando en el día a día. Tal vez al principio estaba muy interesado por su historia militante. Después, de a poco, eso fue cambiando y queriendo ir a lo más sutil o lo más importante, qué significaba despertarme a la mañana y tener a mi papá conmigo o a mi mamá conmigo. Esos pequeños detalles que uno busca, algo que ya venía buscando desde antes y no sabía dónde, por suerte, ahora tengo dónde encontrarlo y eso es muy importante para mí.

¿Averiguaste algo sobre su militancia?

Mi papá era un militante de la Juventud Peronista del Chaco, el NEA. Desde muy chico comenzó a militar y a los veintidós años ya era un referente de la JP del NEA. Fue uno de los fundadores de Montoneros. Tengo el orgullo de que él haya vuelto en el avión con Perón. Después, mi mamá era del peronismo de base, que al poco tiempo pasa a la Juventud Peronista. Los dos militaban en el Chaco, en diferentes barrios del Chaco. Y cuando empieza el problema con la Triple A, en 1975, se vienen para Buenos Aires por una cuestión de anonimato porque en el Chaco se conocen todos y era más fácil estar en Buenos Aires. Después, más allá de la militancia, pude descubrir muchas cosas en común. Él era guitarrero, tocaba la guitarra, cosa que también yo hago. Ella tocaba el acordeón, cosa que también yo hago. A él le gustaba el helado de limón, como a mí, que me encanta...

¿Cuál es la similitud que más te impactó?

Lo del acordeón fue muy fuerte porque yo me compré el acordeón antes de reencontrarme con mi familia. Dos o tres meses antes más o menos. Y el día que me encuentro con mi familia estábamos reunidos en esa gran mesa y una tía materna me preguntó qué hacía. Y le digo: 'Toco música, hace poquito me compré un acordeón'. Y ahí quedaron todos en blanco, pasados, porque mi mamá tocaba el acordeón. Entonces, me empezaron a hacer un montón de preguntas que yo empezaba a responder y encontramos un montón de cosas muy chiquititas que teníamos en común. Como el acordeón, la guitarra, la manera de sentarme, de caminar, que son idénticas. Pero eso me produce mucha alegría y mucha felicidad, porque eso también tiene que ver con la construcción de la identidad: verse en el espejo, en la sangre de uno y ver que los pies tienen raíz.

¿Pudiste saber qué pasó con tus hermanos cuando los secuestraron?

A mis hermanos los llevaron a una especie de guardería. Mi hermano más grande recuerda muchos chiquitos y que por la ventana veía muchas mujeres policías. A mis tres hermanos y a mis dos primos los devuelven en la casa de mi abuela paterna. Y, por esas coincidencias de la vida, a ellos los devuelven un 2 de noviembre de 1979 y a mí las Abuelas me devuelven un 2 de noviembre del 2009, exactamente treinta años después.

¿Cuál es la relación que tenés ahora con tus hermanos?

Con mis hermanos tenemos una relación realmente muy buena. Todavía seguramente no está armado el vínculo, yo nunca fui hermano, yo había sido hijo único toda mi vida. Entonces, lo más parecido que había a un hermano para mí era un amigo. Pero lo primero que me pasó cuando me encontré con mis hermanos

fue que por primera vez sentí que había algo para siempre. Y eso genera un vínculo muy fuerte, quizás podemos llamarlo superior, no sé. Pero, por suerte, tenemos una relación muy buena, estamos armando el vínculo. A las bolitas ya no vamos a jugar, pero podemos jugar a la pelota, ¡somos jóvenes todavía!

¿Qué pérdidas sufrió tu familia con la Dictadura?

La familia de mi papá era una familia muy numerosa, ellos eran once hermanos, en donde mi papá era el anteúltimo. Un primo mío, Rubén Amarilla, fue el primer castigado de la familia, el primer desaparecido de la familia. Militaba para la JUP, a los dieciocho años lo secuestran en Rosario, estaba haciendo una pintada en una esquina y de él no se supo nada más. Después, continuaron persiguiendo a un tío mío, Miguel Ángel Amarilla. Fue detenido en Buenos Aires como preso ilegal, un desaparecido más del 79. Él ya no estaba militando, estaba totalmente disgregada su organización, los habían liquidado a todos y a los que no habían liquidado estaban dispersos por diferentes lugares. Entonces, en el 79 lo secuestran a mi tío en Buenos Aires, después lo llevan a Chaco, donde hoy funciona la Casa de la Memoria de Chaco. Previamente a eso, lo llevan a una comisaría en Chaco. Un día fue un tío mío a ese lugar y le lleva ropa y cigarrillos, haciendo ver a los militares y policías que él sabía que estaba ahí, pero fue sin preguntar nada. Lo dio como una certeza. A partir de ese momento, lo tuvieron que ‘aparecer’. Por otra parte, mi abuela, después de lo que pasó con mi mamá y mi papá, fue a Ginebra y denuncia ante las Naciones Unidas lo que estaba pasando acá en la Argentina y en toda Latinoamérica. Y después se encuentran cartas del Batallón 601 preguntándole a la CIA qué hacer con Noemí Esther Gianetti, qué hacer con esa mujer que era mi abuela porque ya era una persona visible, que había estado haciendo denuncias a nivel mundial. Entonces

la CIA le responde que tenía que aparecer muerta en un país neutral. Así es como a ella la secuestran en Perú, la traen a la Argentina y la asesinan en España.

¿Cuál era la tarea de ella dentro de la organización?

Digamos que la casa de mi abuela era una gran casa donde recibía a gente de todas las organizaciones, tanto a las peronistas revolucionarias como a las de izquierda, porque en la familia había miembros de esos dos sectores. Entonces, ella lo que hacía era amasar las pastas para todos. Yo valoro mucho lo que ellos hicieron y estoy orgulloso de la militancia de mis viejos y de toda mi familia. Por el otro lado, mi viejo empieza a trabajar con las Ligas Agrarias. Él estuvo en Tucumán un tiempo, donde estableció una relación muy firme con las Ligas Agrarias. Luego volvió al Chaco escondido escapando por el monte y llegó con quince o veinte kilos menos. Cuando llegó al Chaco, lo recibió un tío mío que es el que me cuenta todo esto. Y ahí se reencuentra con mi mamá, con la que ya habían tenido a un primer hermano mío. Luego de un paso por Buenos Aires, en el que nace mi segundo hermano, se exilian en Francia. En Francia tienen a mi hermano más chico y vuelven a Buenos Aires con mi hermano de seis meses. También tengo una prima que fue detenida en la dictadura, Alejandra. Ella estuvo mucho tiempo exiliada en París. Se volvió y ahora está asentada con su compañero en Córdoba. Mi familia es así, están por todos lados.

En 2007, cuando los estudios te dieron negativo, ¿te resignaste y pensaste que podías ser hijo biológico de tu apropiadora o seguiste la investigación por otro lado?

Justo estaba en la casa de un amigo en Córdoba cuando me dieron esa noticia. Lo primero que sentí es que era un alivio y pensé 'quizás fue todo una locura mía, quizás fue mi imaginación'. Es

decir, me echaba la culpa. Esos dos años fueron años sin forma, donde ya no me preguntaba nada, no buscaba nada. Me había quedado con esa respuesta, sin estar conforme. Porque en el fondo yo sabía que no estaba donde tenía que estar, ese sentimiento seguía en mí. Esos dos años sentí un vacío muy grande, fue una época muy difícil. Yo acepté la noticia y no busqué más. Realmente, fue dura esa noticia, pero por suerte ya pasó.

MARTÍN HOY

Martín es un joven plenamente feliz por haber develado sus sospechas. Lejos de haberse quedado atrapado en la historia de su apropiación o de lo que no pudo ser, mira el presente y el futuro con renovados desafíos y optimismo.

La verdad es que en el momento del reencuentro sentí mucha alegría, mucha felicidad. Y hoy estoy en ese proceso, en este momento de descubrir las pequeñas cosas que había entre mis padres y en sus propias vidas. Y esto es gracias a que pude recuperar mi identidad porque la verdad libera. La mentira nos hace presos de algo de lo que además no tenemos ni un mínimo de culpa. Y esa liberación cuesta dolor porque la verdad no siempre es linda, pero la verdad es lo más sano que hay.

Cuando te acordás de la vida que tuviste, ¿sentís rencor o ves superada esa etapa?

Lo veo como algo superado, olvidado no porque fue parte de mi construcción. Después, hubo una ruptura en esa construcción. Y hoy lo veo como algo verdadero, como algo que pasó, pero sin rencores. En un principio sí sentí esas cosas y me hizo daño a mí mismo, no me sirvió. Hay pocas posibilidades ante esta situación: o uno se queda lamentándose por lo que podrían haber sido treinta años con tu familia biológica o se entrega a construir con esa

familia biológica, con esa nueva vida, que es mi nueva vida. Lo otro sigue presente y no nos olvidamos, y por eso no nos cansamos de seguir buscando nietos, por todo lo que vivimos. Quizás fueron años que hoy puedo ver como una cebra, ni blanco ni negro...

¿Te trazaste algún proyecto hacia el futuro cuando recuperaste tu identidad?

Varios proyectos. Y los primeros estuvieron relacionados con mi familia. Encontrarme cara a cara con ellos, disfrutar con ellos, preguntar, charlar, conocer sobre mi familia. Con los que están y con los que no están preguntar y construirlos también. Ese fue mi primer objetivo.

¿Tuviste la oportunidad de ver a ese profe que te hizo picar el bichito de la curiosidad? ¿Qué le dirías si lo vieras?

No lo volví a ver pero lo estoy buscando... ¿Qué le diría? Principalmente, le agradecería porque él tuvo muchísimo que ver en esta historia. Me encantaría que siga dando clases y que siga haciendo lo mismo con sus alumnos porque esos jóvenes pueden llegar a tener las mismas dudas sobre su identidad que tuve yo.

Hoy Martín busca a aquel profesor que le abrió el camino hacia los suyos, hacia su verdad. Aquel profesor que, desafiando las normas institucionales, hizo lo que su conciencia le marcaba que era su deber: enseñar el pasado reciente desde una práctica pedagógica comprometida con su tiempo. Y con esta acción sembró la duda. Y, guiado por esta duda, Martín recuperó su historia y su identidad.

PALABRAS FINALES

Al igual que sus 'hermanos', los otros nietos restituidos, Martín siente un profundo afecto por las Abuelas de Plaza de Mayo.

La Casa de Abuelas es un lugar donde nosotros, los nietos, nos sentimos realmente muy respetados, muy contenidos. Cada uno de nosotros es un nieto para todas las abuelas y todas ellas son nuestras abuelas para nosotros. De la misma manera, cada nieto es nuestro hermano. Las Abuelas brindan muchísimo amor en lo cotidiano, en el día a día y son un ejemplo para nosotros. Ellas tienen un objetivo muy claro, siempre apoyándose en el gran amor que tienen. Esto las ha llevado a encontrar 105 nietos, dejarnos un camino ya armando, un camino allanado para nosotros, los nietos, que somos los que seguimos buscando junto a un montón de otra gente. Cada mirada de ellas nos muestra el amor y la comprensión. No hay palabras para describir lo que son las Abuelas.

JUAN CABANDIÉ ALFONSÍN

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Juan nació el 16 de marzo de 1978 en la ESMA. Su mamá, Alicia Alfonsín, de tan solo diecisiete años, y su papá, Damián Cabandié, de diecinueve años, habían sido secuestrados el 23 de noviembre de 1977 en el barrio de Congreso de la Ciudad de Buenos Aires. Juan pudo estar solo veinte días con su mamá. A partir de ese momento, fue apropiado y anotado como hijo biológico de Luis Falco, personal de inteligencia de la Policía Federal, y su esposa.

A medida que fue creciendo, se fueron profundizando sus dudas sobre su identidad y en el año 2003 se acercó a la Casa de las Abuelas de Plaza de Mayo en busca de una respuesta.

Finalmente, el 26 de enero del 2004 recibe la confirmación de que es hijo de Alicia Alfonsín y Damián Cabandié, constituyéndose en el nieto número 77 restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo. A partir de ese momento, se reencuentra con sus abuelas, sus tíos y primos y comienza el largo camino por reconstruir su identidad.

Desde la adolescencia, Juan había tenido compromiso político realizando acciones solidarias con los sectores sociales más vulnerables. A partir de la recuperación de su identidad, su militancia se profundiza.

Esta es otra coincidencia con mis padres. Uno de mis objetivos es pensar un país con inclusión social para todos. Y seguir

pidiendo Justicia, Verdad y Memoria. Porque la Memoria es fundamental para el crecimiento de un pueblo.

En el año 2007, asume un lugar como Legislador de la Ciudad de Buenos Aires por el Frente para la Victoria.

Su historia fue difundida por la canción ‘Yo soy Juan’, de León Gieco, y por el programa ‘Televisión por la Identidad’, que le dedicó el segundo de sus tres capítulos. Sus padres, Alicia y Damián, aún continúan desaparecidos.

Si pudiera hablar con mis viejos, les diría que se queden tranquilos, que soy lo que ellos querían: una persona que continúa con la lucha que ellos iniciaron.

LA HISTORIA DE JUAN

Juan es hijo de Damián Cabandié y Alicia Alfonsín. Nació el 16 de marzo de 1978 en el Centro Clandestino de Detención que funcionaba en la Escuela de Mecánica de la Armada mientras su madre estaba en cautiverio. Solo pudo compartir veinte días con ella. A partir de ese momento, fue sustraída su identidad y fue anotado como hijo propio del matrimonio Falco. En 2004, recuperó su identidad. Es el nieto N° 77 restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo. Dos meses más tarde, el 24 de marzo de ese mismo año, en el Día Nacional por la Memoria, la Verdad y la Justicia, Juan participó de un acto oficial en el cual la ESMA pasaría a constituirse en espacio de la Memoria, y leyó un emotivo discurso que tuvo amplia difusión a nivel nacional e internacional. Así presentó su historia en ese momento:

“En este lugar le robaron la vida a mi mamá. Ella está desaparecida.

En este lugar idearon un plan macabro de robo de bebés.

Acá hubo personas que se creyeron impunes, jugando conmigo y sacándome la identidad.

Tuve mucho tiempo de búsqueda, y hace dos años, sin tener elementos fuertes, le puse nombre a lo que buscaba. ‘Soy hijo de desaparecidos’, dije.

Encontré la verdad dos meses atrás, cuando el análisis de ADN confirmó que soy hijo de Alicia y Damián.

Ahora soy Juan Cabandié Alfonsín.

Soy mis padres, Damián y Alicia.

Mi madre estuvo en este lugar detenida, y yo nací aquí dentro, pero el plan siniestro de la dictadura no pudo borrar el registro de la memoria que transitaba por mis venas y me fue acercando a la verdad.

Bastaron los quince días que mi Mamá me amamantó y nombró para que yo le diga a mis amigos, antes de saber quién era mi familia, que me quería llamar Juan, como me llamó mi Mamá durante el cautiverio en la ESMA. En algún lugar estaba guardado.

Mi madre aquí dentro me abrazaba y nombraba, así dicen los relatos de las compañeras que hoy pueden contarlo.

Fui su primer y único hijo, y tanto a ella como a mí nos hubiese gustado estar juntos. Pero lamentablemente unas manos impunes me agarraron y me sacaron de sus brazos.

Hoy estoy acá, 26 años después, para preguntarles a los responsables de esa barbarie si se animan a mirarme cara a cara y a los ojos y decirme donde están mis padres. Estamos esperando la respuesta que el punto final quiso tapar.

Este es el principio de la verdad, gracias a una acertada decisión política, pero no basta si no se llega hasta lo más profundo. La verdad es libertad, y como queremos ser íntegramente libres, necesitamos saber la verdad total.

Gracias a mi familia que me buscó incansablemente.

Gracias a las Abuelas y la lucha por la verdad.

Gracias a los que fueron sensibles por esta lucha, y me ayudaron a recobrar mi identidad.

Gracias a los que apostaron a la vida en un contexto de tanta muerte. Y por sus relatos y ayuda estoy acá parado.

Gracias a los que piensan y luchan por una sociedad más justa.

Gracias a los que apuestan por la verdad y la justicia.

Por los cuatrocientos chicos que aún faltan recuperar.

Por los casi diez chicos que nacieron en la ESMA, y aún no lo saben.

Por los que están dudando y sufren.

Que nunca más suceda lo que hicieron en este lugar.

No le podemos poner palabra al dolor que sentimos por los que no están.

Que Nunca más suceda esto. Nunca Más. Gracias”.

LA BÚSQUEDA DE SU IDENTIDAD: ‘YO SOY JUAN’

El 26 de enero del 2004 fue un día clave para Juan. A partir de ese momento, ‘Mariano Andrés Falco’, el nombre que le habían dado sus apropiadores, quedó atrás para volver a ser ‘JUAN’, tal como lo había llamado su madre los pocos días que pudo compartir con ella.

‘Yo me quiero llamar así, Juan’, le dijo a sus abuelas y tíos biológicos en el primer encuentro. Sin embargo, no era la primera vez que utilizaría este nombre. Durante su infancia y su adolescencia, había elegido para sí el nombre de Juan y tenía sueños en los que su madre en penumbras lo acunaba y amamantaba llamándolo Juan. Pero el camino hacia su verdad se había iniciado unos años antes, cuando las dudas sobre su procedencia se volvían cada vez más fuertes.

Algo me decía que no pertenecía a ese ambiente; yo siempre me interesé por temas sociales, por los sectores más vulnerables; mi estilo no coincidía con el de esa familia. Además, en la casa no había ninguna foto de mi supuesta madre embarazada, ni mías de chico, eso me inquietaba, y me generaba muchas preguntas. ‘Ella’ me ocultó la verdad cuando se lo pregunté. Crecí con la presión de querer develar ese enigma que estaba dentro mío: el de mi verdadera identidad.

La crisis de 2001 provocó en Juan la profundización de sus dudas: el maltrato recibido en su infancia, las diferencias en las características personales con sus supuestos ‘padres’, la falta de recuerdos y registros en la familia sobre su nacimiento eran datos más que importantes para suponer que no era hijo de quienes decían ser sus padres. Pero en esa época y en esas circunstancias, Juan sabía la íntima relación que existía entre ser adoptado y ser hijo de desaparecidos.

Ser hijo adoptado, no era ser hijo adoptado simplemente. Era ser hijo de desaparecidos.

Pero a todas las razones anteriores había que sumarle algunos hechos trascendentes: entre los amigos de su infancia se encontraban los mellizos Reggiardo Tolosa. El apropiador de los mellizos, Samuel Miara, tenía relación con su supuesto ‘padre’.

En este camino de búsqueda de la verdad, Juan contó con el apoyo y acompañamiento incondicional de Vanina, su hermana de crianza, hija biológica de sus apropiadores.

Fueron pasos paulatinos. A los 23 años empezaron a surgir cada vez con más fuerzas las dudas en relación de que yo era hijo de desaparecidos. Primero fue una búsqueda solitaria, muchas horas de indagar dentro mío; después comencé a hacer una revisión de la historia de nuestro país a partir de la influencia respecto de cómo ‘ellos’ me habían educado. Finalmente, cuan-

do estuvieron dadas las condiciones internas mías, hablé con mi hermana Vanina, le formulé mis hipótesis y ella me acompañó en mi búsqueda. En un momento, ella también dudaba si era hija de desaparecidos, pero después corroboramos por su edad y su parecido físico que no. Me acerqué a las Abuelas de Plaza de Mayo para hacerme los estudios y entonces llegué a la verdad.

¿Cómo era tu vida antes de que confirmaras tu verdadera identidad?

Era una vida que intentaba estar dentro de los márgenes normales, aunque yo siempre intuí que había un enigma en mi vida, es como una posición casi filosófica. Andaba por la vida intentando dar una respuesta a algo que no tenía muy claro qué era.

Luis Antonio Falco, su apropiador, estuvo en Inteligencia de la Policía Federal. El padre fue comisario general y su hermano sigue en actividad dentro de la fuerza. Tenía un trabajo de visitador médico que encubría sus funciones más perversas. La violencia que ejercía se extendía a todo su núcleo familiar, pero en particular estaba destinada hacia Juan.

¿Cómo era la relación con tus padres no biológicos?

Nosotros llamamos apropiadores a las personas que nos criaron porque no son padres ni biológicos, ni adoptivos. Son personas que en la ilegalidad portaron un rol que no les correspondía. La relación era mala porque este hombre era de la policía federal, de la inteligencia de la Policía Federal. Tenía un trato bastante malo hacia mí. Así que no era buena. No así con Teresa, mi supuesta madre. Yo a él lo dejo de ver a los diecinueve años, cuando se divorcian. No lo veo más. Era muy violento, muy autoritario, ejercía violencia sobre la familia, o ese supuesto núcleo familiar, aunque era especialmente violento conmigo a

partir de travesuras como las de cualquier chico: se agarraba de esos elementos para ejercer la violencia hacía mí.

¿Cómo fue dejar de ser Mariano para comenzar a ser Juan?
Sentí un gran alivio porque se confirmaban mis sospechas. Recuperaba mi libertad, que había estado buscando intensamente. Porque la verdad es libertad. Entonces, sentí que empezaba otra etapa en mi vida.

¿Cómo fue tu reacción cuando te enteraste que eras hijo de desaparecidos?

Fue difícil porque yo me acerqué a las Abuelas por mi propio interés o mis dudas. Me acerqué porque pensaba que donde yo había vivido no era mi familia. Mi familia no me dijo que era adoptado o nada por el estilo. Si bien esta no era una adopción porque la adopción se hace con un juez. Entonces, yo tenía ganas de saber quién era. Mi primera reacción fue ambigua: sentí felicidad por descubrir que no era hijo de esa familia y tristeza porque el mismo día que me enteré que era hijo de desaparecidos me enteré que no iba a ver más a mis papás.

LA RECONSTRUCCIÓN DE SU HISTORIA

A los pocos días de iniciarse el año 2004, Juan tuvo la confirmación sobre su identidad. En ese momento, regresa a la casa de las Abuelas para encontrarse, por primera vez, con los suyos. Allí lo esperaban sus abuelos, primos, tíos y algunos nietos restituidos.

Recuerdo que estaba Horacio (Pietragalla Corti) y sentí un alivio tan lindo, porque era un pibe que vivió lo mismo que yo.

Lo recibieron con aplausos y abrazos interminables que le daban la bienvenida a esta nueva historia que tenía por delante.

Quise conocer todo rápido, que me cuenten de los lugares donde habían estado mis viejos, el club donde se conocieron, dónde militaban, hice la recorrida por el barrio, conocí a los amigos de mi papá. Luego me pude relajar un poco y hoy por hoy me falta conocer muchos amigos de mis papás, que van apareciendo y dicen: ‘Mirá, yo estuve con Damián o con Alicia’, y bueno, todavía me falta mucho.

En ese momento se enteró que el 23 de noviembre de 1977 fue secuestrado primero su padre, Damián, que tenía diecinueve años. Con sus llaves, un grupo que se identificó como ‘Fuerzas Conjuntas’ volvió a entrar más tarde a su casa y se llevó a Alicia, embarazada de cinco meses.

Mis papás desaparecen el 23 de noviembre del 77. En ese momento, la organización política a la que pertenecían había tomado la decisión de iniciar el pasaje a la clandestinidad. Es decir, apartarse de los lugares de origen; mis padres eran muy jóvenes, tenían dieciséis y diecinueve años, estaban casados hacía un año.

Sobre sus padres, supo que se habían conocido en el Club Colegiales. Alicia, de pelo rubio ondulado, algo tímida, jugaba al básquet. Damián pertenecía a un grupo de teatro, era fanático de River y del automovilismo. Se pusieron de novios y trabajaron juntos en la villa de Colegiales. Cuando los secuestraron vivían en Congreso. Ella estaba terminando la secundaria en una escuela nocturna y él trabajaba en ENTEL.

¿Qué fuiste descubriendo a partir de empezar a reconstruir tu propia historia?

Yo encuentro muchas coincidencias con mis padres, me identifico con sus ideales, con su gusto por alguna comida, por el amor a la naturaleza...

Sobre el destino de sus padres, Juan pudo saber que ambos fueron llevados primero al Centro Clandestino de Detención conocido como ‘El Banco’ y luego al ‘Club Atlético’. En diciembre, su madre fue llevada a la ESMA, donde fue alojada en la llamada ‘pieza de embarazadas’. En marzo nació su bebé, a quien llamó Juan.

Damián y Alicia aún permanecen desaparecidos. Juan continúa con la difícil tarea de construirlos dentro suyo y recuperar su historia de amor y de lucha en los relatos de familiares y amigos.

JUAN HOY

Otra de las coincidencias entre Juan y sus padres es su sensibilidad social y su compromiso con los sectores más vulnerables de la sociedad. Desde la adolescencia, mucho antes de saber que era hijo de Alicia y Damián, Juan comenzó a participar de actividades solidarias y a realizar acciones militantes.

¿Qué te llevó a incursionar en la política?

Básicamente siempre me interesó lo social y me gustó la política, creo que es la herramienta para transformar la vida de las personas. Esta es otra de las coincidencias con mis padres. Uno de mis objetivos es pensar un país con inclusión social para todos. Y seguir pidiendo justicia, verdad y memoria, porque la memoria es fundamental para el crecimiento de un pueblo.

Además, Juan lleva su testimonio a los jóvenes estudiantes en las escuelas transmitiendo su historia como un aporte a la construcción de la Memoria. Así explica la historia reciente:

Aquella madrugada del 24 de marzo de 1976 se produjo una interrupción del proceso democrático mediante las armas y eso como saldo dejó 30.000 desaparecidos y 500 nietos robados. De esos 500 nietos, las abuelas han hecho que recuperemos la identidad 105 jóvenes. También el saldo que dejó esta dictadura en nuestro país, la más sangrienta, es que dejó implantado un plan económico, porque a veces todos hablamos de los 30.000 desaparecidos, un hecho atroz, una vergüenza que haya sucedido esto en la Argentina, pero dejamos de lado lo que significaron las medidas económicas de aquel tiempo, esas consecuencias económicas que aún seguimos padeciendo, que implementaron un modelo económico que sustituía la producción nacional por la importación de productos extranjeros. A partir de estas medidas económicas, quedó un tendal de argentinos sin trabajo, sin dignidad, sin la posibilidad de llevar lo producido por su trabajo a sus casas y eso empezó a generar angustia, depresión, como consecuencia de la economía imperante en aquella época nefasta.

De esta manera, Juan conjuga el ayer y el hoy. Toma su historia trágica y la encierra dentro del contexto político-social de ese terrible momento histórico. Sabe que fue una víctima del Terrorismo de Estado, pero entiende que no está solo en ese dolor, sino que su historia forma parte de una historia colectiva y que la mejor manera de revertirla es apostando al mañana. Para Juan, la lucha hoy es desde un espacio de compromiso militante continuando los ideales que quedaron trancos con la desaparición de sus padres y de los 30.000 detenidos-desaparecidos.

En 2007, Juan accedió a una banca en la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires por el Frente para la Victoria y, en 2013, fue electo Diputado Nacional por la Ciudad Autónoma

de Buenos Aires. Desde estos espacios, trabaja en la construcción de un futuro mejor, tal como lo imaginaban sus padres.

Hoy, nuestra lucha tiene que servir para transformar la realidad, para hacer reflexionar a la sociedad y educarla. Y creo que se está logrando.

PALABRAS FINALES

Juan reivindica la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo y considera muy valioso y muy justo que pudieran ser galardonadas con el Premio Nobel de la Paz.

Las Abuelas tienen la particularidad dentro de los organismos de Derechos Humanos de ser las que siguen buscando la vida de tantos jóvenes y adultos. Son más de cuatrocientos los nietos que las Abuelas están buscando y me parece que eso merece que se las ponga en un lugar tan importante. Han sido homenajeadas en el mundo entero, se les ha dado la llave de ciudades, se las ha catalogado como luchadoras sociales, la ONU y la OEA las ponderan y reivindican su lucha. Son un ejemplo para muchos. Su lucha ha trascendido las fronteras. Sería un acto de justicia esa postulación y la entrega de ese premio que califica tan bien a todos aquellos que generan logros y conquistas para toda la humanidad.

JORGE CASTRO RUBEL

Nieto restituido por Abuelas de Plaza de Mayo

Hijo de Hugo Castro y de Ana Rubel, Jorge nació entre junio y julio de 1977, en la ex Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), y supo quién era a fines de 2014. Abocado a la investigación social de la organización sindical, le dio una continuidad no buscada a la historia de sus padres.

La familia Castro sabía que la pareja estaba esperando un hijo, a pesar de que aún no habían llegado a conocer a Ana, mientras que los padres de ella comenzaron a buscarla sin saber que había formado pareja y estaba embarazada. Su relación quedó confirmada tres décadas después, gracias a las declaraciones de los sobrevivientes de la ESMA y a la investigación de la CONADI.

Uno siempre lucha por ser feliz. Yo tuve una linda infancia y una adolescencia promedio, no recuerdo cosas feas. Tengo que adaptarme a algo nuevo, pero toda mi vida es real, solo que yo no conocía mis orígenes. Ahora sé quién soy.

LA HISTORIA DE JORGE

Era agosto de 2014 cuando Jorge supo que no era hijo de quienes hasta ese momento había conocido como sus padres. Como en muchos de los casos de criaturas apropiadas, en la confrontación con su entorno le dificultaron la llegada a la verdad. Hasta que quien había ocupado la figura de su padre

le confesó cómo había llegado a sus manos. Trabajaba como médico en el Hospital General de Niños “Pedro de Elizalde” y una noche de guardia recibió a un bebé prematuro que habían traído dos hombres. Junto con su mujer, decidieron quedarse con el bebé y anotarlo como hijo propio.

El 16 de octubre de ese mismo año, Jorge se acercó a la sede de Abuelas de Plaza de Mayo para comenzar la búsqueda sobre su origen y se realizó el análisis de ADN. Esperó ansioso por los resultados y cuando llegó la prueba genética, encontró la respuesta a la mayor pregunta de su vida. El 4 de diciembre, el Banco Nacional de Datos Genéticos le informó que era hijo de Ana y Hugo. Tenía 37 años y se convertiría así en el nieto 116. Supo que no tenía abuelos vivos, pero sí contaba con tíos y primos. También tenía ya dos hijos pequeños, a quienes de inmediato les cambió el apellido.

¿Cómo fue tu niñez?

Tuve una infancia y una adolescencia promedio, en las que no recuerdo cosas feas, sino recuerdos felices.

¿Por qué decidiste averiguar si eras hijo de desaparecidos?

Como nació en 1977, cuando supe que no era hijo biológico de quienes había creído mis padres, me acerqué a Abuelas de Plaza de Mayo con mucha incertidumbre, y se confirmó que soy hijo de Hugo Castro y de Ana Rubel, dos militantes de las FAL desaparecidos durante la dictadura.

¿Cómo te sentiste en ese momento?

Estuve muy ansioso por los resultados del examen de ADN y cuando llegó la confirmación genética tuve una sensación rara. Por un lado, la satisfacción de haber encontrado la respuesta a la gran pregunta ‘¿De dónde vengo?’. Pero, además, me puso

feliz que mi hallazgo, el de mi verdadero origen, haya significado una alegría colectiva: la de mi familia y la de toda la gente que esta sensibilizada con el tema.

COINCIDENCIAS SIGNIFICATIVAS

Jorge Castro Rubel se presenta como hijo, padre, amigo, sociólogo e investigador del CONICET, abriendo el abanico de características que constituyen su identidad. Desde 2012, ha trabajado como investigador asistente en el Instituto de Investigaciones Gino Germani, abocado a la relación entre el conflicto sindical y la cultura. Comenzó en este campo dos años antes de saber que era hijo de dos militantes sindicales desaparecidos por la dictadura cívico-militar. Para su tesis doctoral en sociología, se enfocó en la experiencia de organización y desarrollo sindical de los trabajadores del subterráneo de Buenos Aires entre 1994 y 2007.

Desde muy joven, se interesó por la política, ya que en su casa era un tema recurrente. Siempre sintió la necesidad de estar informado y leer los diarios. No obstante, hasta grande, no dudó sobre sus orígenes. Luego, todo fue maratónico: el 4 de diciembre de 2014 recibió el llamado de Claudia Carlotto, titular de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI), quien le confirmaba que era hijo de Ana y Hugo, un activista sindical de la organización político-militar FAL.

Nunca imaginé que iba a tener un nexo tan directo con mi objeto de estudio.

Ana Rubel nació el 27 de julio de 1949 en Resistencia, Chaco, y Hugo Alberto Castro el 1 de septiembre de 1951 en San Isidro, en la provincia de Buenos Aires. Se conocieron militando en el Frente Argentino de Liberación. Al “Cabezón”, como lo llamaban sus compañeros, lo secuestraron el 15 de

enero de 1977 tras visitar a su familia. Mientras que a Ana se la llevaron de su departamento en la ciudad de Buenos Aires uno o dos días después embarazada de dos meses. En ambos operativos intervino el Ejército, que los retuvo en uno de los centros clandestinos de detención dependiente de esta fuerza para luego trasladarlos a la Escuela de Mecánica de la Armada. Hay testigos que relataron que el parto en el que nació Jorge ocurrió un poco antes de lo previsto, en el mes de junio.

LA CONSTRUCCIÓN DE MEMORIA COLECTIVA

Como parte de una de las actividades pedagógicas que propone el Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires del Ministerio de Educación porteño, Jorge acompañó a los alumnos de 7° grado de la Escuela N° 17 “Francisco de Vitoria”, de Villa Crespo, a conocer el Parque de la Memoria. Es un espacio que homenajea a las víctimas del Terrorismo de Estado en la Argentina. Juntos, recorrieron el espacio que homenajea a las víctimas del Terrorismo de Estado en la Argentina, emplazado frente al Río de la Plata. Luego se detuvieron sobre la placa que recuerda a su madre y allí aprovechó para contarles parte de su vida.

¿Qué experimentás al recorrer este espacio?

Me afecta mucho ver los nombres de mis padres en las placas que recuerdan a las víctimas del terrorismo de Estado en la Argentina dentro del Parque de la Memoria y me duele aún más leer la palabra ‘embarazada’. Los efectos de la dictadura y de la represión siguen vigentes, las heridas siguen abiertas y los bebés siguen siendo buscados.

En diálogo con los pequeños, Jorge reconoció que todo lo relacionado con la recuperación de su identidad le llegó de

manera inesperada y que, al principio, nadie le sabía explicar bien nada.

Por eso cuesta mucho entender la magnitud del tema. Es difícil procesar semejante cambio, pero me pongo feliz una vez más cuando me doy cuenta de que la adaptación a mi nueva identidad constituye una reparación al daño que ha hecho el terrorismo de Estado.

Al finalizar la jornada, el coordinador del Programa, Claudio Altamirano, conmovido por el testimonio de Jorge y por la emoción y calidez de los niños y niñas de la escuela de Villa Crespo, manifestó: “Este es un día para agradecer: a las talleristas que ponen su amor y conocimiento en cada visita; a Jorge, quien brindó su testimonio, que supo poner en palabras su dolor y con cuidado hacernos partícipes de su historia; a los docentes, que tan bien trabajaron con sus alumnos demostrando una vez más que dentro de la escuela se construyen experiencias valiosas, conocimientos, conceptualizaciones, pensamiento crítico, y a los chicos y chicas, que con su entusiasmo y compromiso dan cuenta una vez más de que la memoria es una construcción colectiva y que estas acciones consolidan las políticas de memoria en las aulas”.

PALABRAS FINALES

Jorge considera que la relación con sus apropiadores se tornó complicada luego de enterarse de su verdadera identidad, pero no cree que su vida antes de saber la verdad haya sido una mentira:

Nadie me lo contó. Yo viví todo lo que viví. Tuve y tengo que adaptarme a algo nuevo y no es fácil, pero mi vida es real, solo que yo no conocía mis orígenes. Ahora sé quién soy. Soy esto y mucho más.

HORACIO CÉSAR PIETRAGALLA CORTI

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Horacio, hijo de Liliana Corti y Horacio Pietragalla, nació el 11 de marzo de 1976, unos meses después de que su padre fuera asesinado en Córdoba. Vivió con su madre hasta agosto de 1976, cuando fue asesinada en un operativo en Villa Adelina. Inmediatamente, Horacio fue llevado a la Clínica Mayo y a la Brigada Femenina de San Martín, donde aguardaban los niños secuestrados para ser ‘colocados’ en familias desconocidas. Fue apropiado por el cuñado del Teniente Coronel Herman Tefzlaff, quien ya se había apropiado de una niña nacida en 1976. Al poco tiempo, la familia no quiso quedarse con él y fue la empleada doméstica quien se ofreció a criarlo.

En ese tiempo, Abuelas ya había incorporado su caso a una causa ante el Juzgado Federal en lo Criminal y Correccional N° 1. Durante veintisiete años se le sustrajo su identidad, otorgándole una partida de nacimiento ilegal con datos falsos. Anotado como César Sebastián Castillo nacido el 22 de mayo de 1977, fue criado en Lugano por una familia que no era la suya.

A los catorce años, comenzaron sus dudas más profundas:

Lo más impresionante es encontrar las cosas de uno en alguien, lo que me preguntaba era: a quién me parezco.

En 2002, se acercó a la CONADI para revelar sus dudas. Mediante un análisis de ADN, el 11 de marzo de 2002, se confirmó que Horacio era hijo de Horacio Pietragalla y Liliana Corti. Ese mismo 11 de marzo era también el día de su verdadero nacimiento.

Horacio es el nieto restituido N° 75 y desde el día en que recuperó su identidad, lucha junto a las Abuelas para que otros jóvenes como él puedan recobrar su verdadera identidad.

Horacio logró recuperar los restos de ambos padres asesinados.

Yo quería descubrir quiénes eran mis padres porque conociéndolos a ellos podía conocerme a mí. Pero después me da cuenta de que la mejor manera de terminar de conocerlos era mirarme en el espejo y descubrirme a mí mismo.

LA HISTORIA DE HORACIO

Horacio es el nieto número 75 restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo. Así presenta su historia.

Mi nombre es Horacio Pietragalla Corti. Soy hijo de Horacio Pietragalla y Liliana Corti. Desde hace algunos años nada más, me puedo presentar de esta manera porque antes me llamaba César Sebastián Castillo, ya que ese era el nombre que me habían puesto las personas que me apropiaron. Mi nombre verdadero es el que me puso mi mamá apenas nació y es Horacio porque así se llamaba mi papá. Mi papá había sido asesinado cuando mi mamá estaba embarazada. A partir de ese momento, mi mamá entra en la clandestinidad, es decir, se muda y se cambia el nombre porque sabía que podían perseguirla y secuestrarla. Cuando yo tenía cinco meses de vida, hay un operativo de las fuerzas conjuntas que entran en su casa y terminan con su vida. Yo me salvé porque mi mamá me deja en una bañera. En ese momento,

a mí me llevan a la Casa Cuna y ahí permanezco hasta que me apropián, me dan otro nombre y me anotan como hijo propio de un matrimonio. Cuando matan a mi mamá, mi familia biológica pierde mi rastro y ellos por su parte comienzan con la búsqueda.

Sus dudas comenzaron a partir de la adolescencia, cuando empezó a sentir diferencias con su familia.

Mido casi dos metros y era muy distinto a mis padres, que son de baja estatura. Además, era diferente cómo me desenvolvía en la vida. Yo era recontra extrovertido y ellos son muy introvertidos. Además, mi hermana de crianza tenía una historia de su nacimiento que se contaba en cada cumpleaños. Mi mamá rompió bolsa en el taxi y nació así. Toda una historia. El día que yo cumplía años sonaba un grillo porque yo no había nacido de ella y no había ninguna historia para contar.

En esa búsqueda de sí mismo y de saber más acerca de su historia, Horacio acercó sus dudas a las Abuelas.

Éramos muy diferentes con mi familia. Ellos eran personas del norte, muy cerradas, y yo nada que ver. Y esas cosas también generan ruido. En la adolescencia, nos queremos diferenciar de nuestros padres. En ese querer diferenciarnos, empezamos a pensar que podríamos haber sido adoptados, pero cuando te mirás al espejo y ves los mismos rasgos que tu mamá o tu papá, te das cuenta de que no lo sos. Yo me miraba y no veía nada parecido. Empecé a vivir con esas dudas durante mucho tiempo. Después de casi diez años, me animé a ir a Abuelas. Siempre intenté buscar información en los vecinos, en mi barrio.

Esas dudas se hicieron más fuertes y fueron el motor para un nuevo camino: el reencuentro con su verdadera identidad.

Llegaba a mi casa, prendía la tele y veía a las Abuelas. Sentía que me estaban persiguiendo. En ese momento, tenía una novia y la persona que me crio le dijo que cuando ella se muera se venía una noticia fuerte. Y cuando me lo contó, me

decidí a ir a la CONADI. La CONADI tiene el poder de pedir al hospital la partida de nacimiento de alguien. Tiene el poder de exigirla. Entonces me acerqué a preguntar por mi identidad y a la semana y media me citaron. Ahí les manifesté todas mis dudas. Cabe aclarar que el teniente que era mi padrino se llevó a una nena, Victoria. Ella recuperó su identidad mucho antes que yo. La causa judicial empezó en 1995, pero ella no quería saber nada con su historia. A mí no me crio un militar que me inculcó una ideología. A Victoria le contaron una historia que no era la verdadera. Después, ella tuvo que entender que los militares habían sido los asesinos de sus padres. A muchos de los compañeros les cuesta romper con todos esos años de mentiras.

El 2001 fue una bisagra para los argentinos. Atravesados por una de las mayores crisis socio-económicas, la sociedad salió a las calles interpelada por distintas circunstancias. Más allá de cada caso, el 2001 marcó un quiebre que incidió en cada una de las individualidades, incluso en la de Horacio.

La crisis de 2001 nos tocó adentro a cada uno. En esa introspección, me empezó a salir la duda a flor de piel. Cansado de lo que pasaba en el país, con mi pareja pensamos irnos a vivir a Brasil. Hicimos de todo para irnos, pero antes quería saldar esa historia. Cuando fui al hospital para hacerme el análisis, mi novia de ese momento se metió en Internet en la página de Abuelas y buscando caso por caso encontró una foto de una mujer. ¡Era yo con peluca y busto! Era un bebé y era muy parecido. Cuando miré la foto, fue increíble porque por primera vez me encontraba parecido a alguien.

Las dudas no eran solo suyas. Vecinos, amigos, familiares buscaban encontrar la verdad en distintos espacios.

Bueno, cuando yo me acerco a las abuelas, me cuentan ellas que ellas también se estaban acercando a mí. Incluso, una profesora también sospechaba que yo podía ser hijo de

desaparecidos. Y había un montón de gente y de vecinos que también sospechaban.

Gracias a la búsqueda y movilización personal de Horacio, el examen de ADN y el descubrimiento de su verdad fueron más rápidos que lo esperado.

Cuando me fui a hacer el análisis genético, le mostré a la genetista y le dije: ‘Mirá, soy yo con peluca, así que cotejalo con este grupo familiar’. Y fue así que en quince días, nada más que en quince días, me dieron el resultado y me dijeron que era hijo de Liliana Corti y Horacio Pietragalla.

EL RECUERDO DE SUS PADRES

Yo quería descubrir quiénes eran mis padres porque pensaba que conociéndolos a ellos me conocía a mí. Todas las noches cenaba en distintas casas de compañeros porque cada uno me contaba cosas distintas. Fue importante ese aporte. Igual, yo sentía un vacío y por más que me contaran sentía como que no los iba a terminar de conocer. Me angustió un montón. Sentir esa sensación es bastante feo.

En sus relatos, Horacio da cuenta de la militancia de sus padres y de lo importante que es transmitir esta historia para que se revalorice la posibilidad que se tiene hoy en día de comprometerse y militar con total libertad.

Mis viejos eran militantes políticos. Estaban militando en Montoneros, y era una organización político militar. Si los chicos que ahora luchan para que los colegios sean dignos o por una vivienda hubiesen estado en los 70, seguramente hubiesen sido desaparecidos.

El compromiso político en los 70 marcó un hito en nuestro país. Se presentía la posibilidad real de poder cambiar las cosas, de pelear por una sociedad más equitativa.

Había gente comprometida políticamente. Mis viejos estaban políticamente comprometidos: mi mamá estudiaba Psicología y mi papá, Ciencias Políticas.

En sus palabras, Horacio encuentra esencial transmitirles a los jóvenes el mensaje y su deseo inagotable de justicia, que es una de las principales garantías para el desarrollo de toda sociedad democrática.

Eso es lo que nosotros no queremos que se cometa más. Si mis padres se equivocaron en algo, los militares tendrían que haberlos encarcelado y haberles hecho un juicio. Como hoy estamos haciendo nosotros con los militares. Este es un Estado democrático en donde estamos juzgando a los militares para que paguen por los delitos que cometieron. Nosotros no nos tenemos que olvidar nunca porque es importantísimo. Ustedes van a escuchar que los terroristas ponían bombas en todos lados y que los militares eran buenos, que los militantes eran malos y viceversa. Queremos que haya justicia siempre. Hay 400 jóvenes que pasaron lo que pasé yo.

Fue a través de la militancia que Liliana Corti y Horacio Pietragalla pudieron canalizar el dolor de perder dos hijos y ayudar a quienes más lo necesitaban.

Mis viejos tuvieron un hijo que nació y se murió. Después también tuvieron a María Eva que murió en el parto. Ese dolor que les generaba la pérdida de dos hijos lo sanaron con la militancia. La militancia les reparó ese dolor. Fue el gobierno genocida el que los llevó a la muerte. ¿A quién no le gusta que una persona que no tiene un plato de comida lo tenga? Creían que la gente se merecía vivir mejor. Y por eso encontraban en la militancia el reparo al dolor que les había tocado vivir.

Horacio pudo encontrar los restos de ambos padres.

A mi viejo lo encuentran en Córdoba, lo tienen secuestrado y lo fusilan y prenden fuego en el costado de una ruta. Luego lo entie-

rran como NN. También tuve la suerte de encontrar a mi mamá, que estaba enterrada en Boulogne. Yo tengo la rara suerte de ser el único hijo que encontró los cuerpos, los restos de ambos padres. Me cansé de escuchar que están todos en Europa. Después de 30 años, todavía hay muchos familiares que no pueden enterrar a sus seres queridos. En este sentido, me siento un privilegiado.

RECUPERAR LA IDENTIDAD

Horacio Pietragalla pasó veintisiete años de su vida sin saber su verdadera historia. Con dudas e interrogantes, el destino lo encontró con Abuelas.

Desde que recuperé mi identidad, elegí contar mi historia una y otra vez. En esta acción tan simple que es el relato, encontré la forma de, por un lado, ir procesando lo que estaba viviendo y, por el otro, poder contar a la sociedad que esto existió, que acá estamos. Sin duda, una de las cosas que más me gusta realizar, en consecuencia con lo vivido, es contar mi experiencia en escuelas primarias y secundarias para que los sistemas educativos tengan en cuenta el relato vivo de protagonistas de problemáticas sociales y, en este caso, sobre la última y nefasta dictadura que nos tocó vivir a todos los argentinos. Esto es de máxima importancia para los jóvenes de hoy, ya que nos da la seguridad de que estas aberraciones no se cometan nunca más. También permite que una parte de nuestra sociedad, que antes salía libremente a defender a los militares, pueda ser interpelada por un joven para recordarle que acá se cometió un genocidio. Por otra parte, es probable que en una de estas charlas pueda estar uno de los hijos de los nietos que buscan las abuelas y ellos ser los encargados de empezar a abrirles esa duda a sus padres.

Recuperar el nombre, aquel que eligió su madre y que coincidía con el de su papá, significó una marca importante

en la reconstrucción de su historia. Un símbolo inicial que abrió camino a incontables relatos acerca de su propia vida.

Ese mismo día que conocí mi identidad, empecé a conocer a mi abuela. Estela me pregunta si quería conocer a mi familia y le dije que sí. La primera que entró fue mi tía y ni preguntó dónde estaba, me vio y vino directo a mí. Yo no lo podía creer. Me abrazó. Mi tía Marta me miró, se dio vuelta y se puso a llorar contra la pared. No podía creer el parecido con mi mamá. Fuimos a comer pizza a la casa de una tía. Inmediatamente, me sentí parte de esa familia, que era mi familia. Fue increíble sentirme parte de una familia. Cuando uno se encuentra con su sangre es inexplicable. Fue uno de los mejores momentos de mi vida.

En este recorrido por saber quién era realmente, surgen nuevos interrogantes que implican un mayor conocimiento de sus padres y de sí mismo.

Entendí que para conocerlos a ellos tenía que conocerme a mí. Todas esas dudas me sirvieron para poder seguir adelante. Cuando me miré al espejo, terminé conociendo más a mis padres. Obviamente, los nietos tenemos mucha terapia de por medio. Cuando recuperé la identidad, me dijeron que tenía un año más. ¡Inmediatamente me salieron canas! Después tuve que cambiar todo, incluso toda la documentación.

El ir y venir entre su pasado y su presente lo traen a recuerdos y anécdotas incluso compartidas con sus compañeros de distintas épocas.

Hace poquito nos encontramos con los compañeros de primaria y me dijeron: ‘Yo me acuerdo que una vez trajiste el Nunca Más para mostrarnos a tu padrino. Nos decías: Ahí está’. Yo siempre buscaba una responsabilidad de esa persona. Y lo encontré: como un genocida, un violador, torturador. ¿Qué culpa tenía yo de que hayan asesinado a mis viejos y que por eso

me hayan separado de mi familia biológica? Debieron haberme entregado a mi familia en vez de regalarme como un objeto.

¿Qué edad tenías cuando el análisis dio positivo?

En mi caso es muy raro lo que pasó. Yo creía que tenía veinticinco años pero cuando recupero la identidad ya había cumplido los 27 años reales. ¡De pronto era más viejo! Porque yo nací el 11 de marzo de 1976, pero me anotaron con una partida de nacimiento falsa con fecha 22 de mayo de 1977. Es decir que nunca tuve 26 años, que es casualmente la edad de mi mamá cuando murió.

¿Cómo enfrentaste a la familia Castillo al principio?

Cuando a mí me dan la orden de hacerme el análisis es la primera vez que les digo que estaba haciendo esto. Yo me acuerdo que ese día fue muy fuerte porque no se lo esperaban. Se pusieron nerviosos. Les dije: ‘Recuerden cómo fue, piénsenlo’ y me fui a la casa de mi novia. Es más, les di un día para que cuenten la verdad. Tenían miedo de que me pudiera pasar algo. Era muy difícil. Después de 26 años de mentiras, es muy difícil creer. Tomé lo que me dijeron, pero yo saqué mis conclusiones. Ellos tuvieron problemas judiciales. ¡Se robaron un bebé! Estuvieron detenidos casi un año. En parte, sentía que me echaban la culpa a mí de lo que les pasó. Y era todo muy denso y yo quería salir bien de esto. Tenía que hacer algo positivo, desprenderme de todo lo que me hacía daño. Y me desprendí un poco de ellos. No entra en la cabeza de cualquiera que te traigan un pibe y no preguntas nada. No está bien. No es ético. Entiendo que no tuvieron la grandeza de pedirme disculpas por no decirme la verdad.

¿Volviste a hablar con alguien de la familia Castillo?

Sí, yo tengo una hermana de crianza y ella me lleva dos años. Ella fue tan engañada como yo. Ella ya tiene una hija y yo soy el

padrino. Con ella tengo la mejor onda. A veces, ella no entiende la decisión que tomé de no hablar con la gente que me crio. Desde el primer momento, nunca más les dije mamá y papá. Mis padres son Liliana y Horacio. Entiendo que se equivocaron. Si ellos me hubieran dicho la verdad, yo hubiese ido antes a Abuelas y podría haber abrazado a mis abuelos. Yo tengo una abuela que se suicidó y la otra murió por una enfermedad. A las familias también las torturaron de otra manera. A mi abuelo lo llamaban y le decían que tenían a su hijo en una comisaría. Con las familias también hicieron estragos.

¿Qué pasó con tu padrino?

Él estaba detenido cuando recuperé mi identidad. Ese caso salió a la luz antes. Pero estaba con una enfermedad en la cárcel. La pasó muy mal. Lo internaban a cada rato. Le dieron la libertad custodiada. Apenas recupero mi identidad, él ya estaba internado y al poco tiempo murió.

De la familia Castillo, ¿tenías primos o más familiares?

Sí, pero no era una familia muy unida. Mucho no se juntaban. Creo que el hecho de que yo estaba ahí produjo rupturas con la familia. Yo pienso que la familia de ellos también sabía que era hijo de desaparecidos. Yo me acuerdo que desde muy chico presencié muchas discusiones. Les trajo ruptura con su propia familia.

HORACIO HOY

El recorrer el pasado y hablar de tu historia, ¿creés que te ayuda o ayuda a los demás?

Es mutuo. No es acertado si yo digo que me ayudo a mí solo. Yo aprendí mucho en cada charla porque aprendo de mí mismo y de las preguntas de la gente. Aprendo a compartir. Es algo que

me gusta mucho. Me gusta mucho estar, se ve que tengo algo de vocación en eso, de juntarme con la gente y contarlo. Y en su momento me ayudó un montón. Ahora tal vez no me ayuda tanto como en el proceso de digerir. Eso fue en el principio. Me parece que aporta porque son testimonios y necesitás de eso, testimonios vivos. Permiten ver que lo que se cuenta, existió realmente.

Tuve la predisposición de hacer el proceso y me enteré de cosas que le tuve que contar yo a mi familia y que ellos no conocían de mis padres. En ese proceso de búsqueda, pudimos recuperar un montón de relatos de lo que fueron mis viejos. Por suerte, pude conocer a muchos compañeros que quedaron vivos y familiares. Sus testimonios me sirvieron mucho.

¿Cómo ves la situación hoy?

Hay mucha gente que está interesada. Hoy, de esto no se vuelve. Hay avances importantísimos. Que hoy un pibe pueda interpelar, me llena de alegría. Hoy, si un tipo se anima en la calle a decir que con los militares estábamos bien, puede ser interpelado por un pibe de trece años que sabe qué pasó en la dictadura. De ahí, la única posibilidad que queda es crecer. Podemos equivocarnos, pero los errores nunca van a ser tan graves como los que cometimos antes de 2000. Hoy, hay una reparación, están los juicios. Me parece que en la revisión de esa dictadura también se ve el modelo económico que había. Me arriesgo a decir que tampoco vamos a volver a esos años nefastos que tuvimos... Que el 24 de marzo sea Día de Reflexión Nacional, que el 22 de octubre sea el Día del Derecho a la Identidad y el 10 de diciembre el Día de los Derechos Humanos, impulsa a que en los currículums escolares se toquen estos temas más allá de las ideologías de los funcionarios de turno. Cuando se realiza una actividad en la escuela, después de dar mi relato, lo que más espero son las preguntas de los jóvenes, el

tener la posibilidad de estar frente a ellos y escucharlos. Poder responderles, sin duda, es una de las cosas que más me hacen crecer. Lo digo porque muchos de ellos, que son los hijos de la democracia, no se mantienen al margen de lo que pasó en los 70 y en la historia argentina, y sus reflexiones son dignas de un crecimiento no solo como individuos, sino también como un crecimiento social. Recuperar mi identidad es verdad. Siempre es positivo saber la verdad. Hoy tengo una hija que tiene seis meses y se llama Pietragalla. De otra forma, ella también tendría su identidad borrada. Ese relato es parte de esa identidad. Nos ayuda a reconstruir. Después están los casos de los jóvenes que no quieren acercarse por el temor y el miedo. Y muchos dicen que tenemos que dejarlos tranquilos. El Estado te está dando la herramienta de la verdad. Con esa herramienta podés actuar. Vos sos esta persona y tenés que seguir tu vida nueva. Ustedes mismos todo el tiempo van a estar eligiendo. Está demostrado por la cantidad de nietos que nunca quisieron hacerse el análisis y en donde la justicia intervino que con el tiempo tienen algún contacto con su familia biológica. Desde el Estado hoy hay políticas. En su momento, a las Abuelas las escupían en la Plaza y les decían que estaban locas, que sus hijos estaban en Europa.

**Ustedes, como nietos, ¿tienen contención sobre estos casos?
¿Hay un trabajo con ustedes?**

Bueno, los nietos estamos todos vinculados a Abuelas. También está HIJOS. Ellos son hijos que siempre supieron que eran hijos de desaparecidos. Nosotros estamos comprometidos porque, lamentablemente, hay cada vez menos abuelas y hay muchos hermanos que todavía estamos buscando. Muchos militamos. Y dentro de los nietos hay de todos los aspectos políticos. Para cualquier caso, Abuelas tiene el Centro de Atención Psicológica por el Derecho a la Identidad. Antes de tener el resultado de ADN

te brindan ese espacio. Sinceramente, entre nosotros somos más bestias, nos decimos las cosas más brutalmente. Nuestra parte terapéutica la dejamos para el Centro de atención psicológica.

PALABRAS FINALES

Yo siempre digo que para entender esa época hay que poner la mente en sepia. Uno no puede pensar la historia sin pensar en ponerse en ese contexto. Desde el hoy no la va a entender. ¿Qué años eran?, ¿qué pasaba? No eran años como los de ahora. Nuestros padres no conocían la democracia porque habían vivido muchos años en dictadura. Había un compromiso para cambiar la realidad que los llevó a hacer muchas cosas. Hoy todavía estamos pagando lo que los militares dejaron. No solo desaparecieron personas físicas. Hay un montón de gente que perdió la oportunidad de vivir dignamente.

LEONARDO FOSSATI

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

El 12 de marzo de 1977, Inés Beatriz Ortega, de 17 años, dio a luz a Leonardo Fossati. El parto fue en la cocina de la Comisaría 5° de La Plata, uno de los centros clandestinos de detención más grandes de la ciudad, por el que pasaron más de 200 personas. Entre ellas, hubo diez mujeres embarazadas e incluso algunos niños que fueron secuestrados junto con los padres. Por el testimonio de Adriana Calvo, que también estaba embarazada y estuvo secuestrada junto con Inés, se supo que parió atada de pies y manos, asistida por el médico policial Jorge Antonio Bergés.

Leonardo vivió toda la vida en La Plata, con una familia de civiles tras “una adopción no formal, pero sí de buena fe”. Fue comprado a una partera que les contó una historia de abandono y luego anotado como hijo biológico. Creció junto con una hermana cinco años mayor.

Mis padres de crianza eran grandes con respecto a la edad media que tenían los papas de los otros chicos y, de alguna manera, fue como si me criaran mis abuelos: me daban todos los gustos. Tuve una infancia muy feliz. Desde chiquito formé grupos de amigos en la escuela y en el barrio; jugábamos en la calle o en el Parque Saavedra. En el verano nos íbamos con mi familia de vacaciones a Mar del Plata. Todos los recuerdos que tengo de esa época son de disfrute.

¿Sabías que no eras hijo biológico de quienes te criaron?

Tengo una hermana adoptiva cinco años más grande y a los dos nos habían dicho que éramos hijos biológicos. Ella supo primero que no era así, pero no me lo contó por respetar ese secreto familiar. En la adolescencia, como una etapa de muchos cambios y cuestionamientos, empezaron a surgirme dudas. Me resultaba raro que mis papás fueran tan grandes, no encontraba un parecido físico con ellos ni con mi hermana y además teníamos muchas fotos de chicos, incluso de recién nacidos, pero ninguna de los embarazos.

¿Cómo experimentaste ese momento de dudas y averiguaciones?

Todas estas cuestiones me generaban una inquietud, pero, a medida que esa duda se iba agrandando, surgió en forma paralela una respuesta: era evidente que no era hijo biológico de mi familia y esto significaba que me había abandonado, pero que, por suerte, me habían adoptado en una casa donde tenía mucho amor y nunca me había faltado nada. Solía pensar: 'Hay una familia que me abandonó, pero otra que me eligió y me cuidó, por eso estoy tan agradecido'. Y me quedaba con eso. Me daba por satisfecho. No lo charlaba con nadie, me conformaba con esta respuesta.

¿Cuáles fueron los primeros indicios de que podías ser hijo de desaparecidos?

Yo fui papá a los veinte y ahí la cosa empezó a cambiar. Con las nuevas experiencias, no dejaba de preguntarme qué le puede pasar a una persona para abandonar a un hijo. En esa etapa, empecé a querer saber qué le habría pasado a mi mamá para que me abandonara. Y me surgieron ganas de conocerla, no para recriminarle nada, sino para tratar de entenderla e inclusive ayudarla. Para que supiera que yo estaba bien y que ella tenía un

nieto. Me pasaba algo más: le estaba heredando esta gran duda a mi hijo. Entonces, lo charlé con mi familia de crianza. Primero con una tía, que me confirmó cómo había sido todo, y después con mis viejos. Él, sobre todo, tenía temor de que supiésemos que éramos adoptados por si se perdía el cariño y cambiaba todo.

¿Cómo viviste toda esta etapa?

Fue un momento de mi vida muy fuerte no solo por la cuestión de mi origen, sino también por la paternidad; además, me separé y como la empresa que tenía mi familia de crianza había quebrado con la crisis de 2001 yo quedé bancando la parada. En medio de todo eso, no tenía tiempo para ocuparme de lo que me estaba pasando. Pero en tres o cuatro años fui haciendo pie y esta inquietud tomó más importancia.

Leonardo, entonces, fue hasta la casa de la partera en busca de información, pero había fallecido y eso le cortó las pistas en la búsqueda de su origen. Hasta que una compañera de un taller de teatro lo vio hacer una improvisación que le despertó una alarma. Se le acercó y supo que era adoptado, entonces le planteó la idea de que fuera a la sede de Abuelas de Plaza de Mayo para averiguar si podía ser hijo de desaparecidos.

Yo solo conocía los casos de hijos de desaparecidos que habían tenido más difusión y eran chicos apropiados por militares o policías. Jamás me imaginé en esa situación porque mi familia de crianza no solo no había tenido vínculo con las Fuerzas Armadas, sino que tampoco comulgaba políticamente con sus ideas; eran radicales y habían festejado la vuelta de la democracia.

LA BÚSQUEDA DE SU IDENTIDAD

No obstante, tomó la decisión de seguir el consejo que había recibido.

Como no tenía más puertas que tocar, me acerqué a la filial de Abuelas de La Plata y conté todo, con un miedo que es común: temía generarle quilombos a mi familia de crianza.

La investigación fue avanzando hasta que le ofrecieron hacerse una extracción de sangre para comparar los datos genéticos con los de las familias que estaban buscando a un nieto desaparecido. Era 2004 y los estudios demoraban bastante.

En mi caso fueron nueve meses, ¡todo un parto! Pero el 11 de agosto de 2005 supe quiénes habían sido mis padres. Recibir la noticia fue muy fuerte. Lindo y duro a la vez porque me encontré con una familia muy desmembrada a partir de la desaparición de mis viejos. Mi abuelo paterno había fallecido, se enfermó de leucemia cuando mi papá pasó a la clandestinidad y murió a los pocos meses, mientras que mi abuela tuvo un ACV al poco tiempo de la desaparición, quedó postrada y luego murió. Por eso, del lado paterno solo conocí a mi tía, quien padeció mucho la dictadura también. Fue hermoso conocerla... Por primera vez me vi parecido a alguien. Entablamos una relación muy buena y por suerte ella sigue viviendo cerca, en Villa Elisa. Por el lado de mi mamá, tenía a mis abuelos, que eran muy jóvenes; a mi tía, que es la hermana melliza de mi vieja, y también a una tía de un segundo matrimonio de mi abuela. No tengo mucha relación con esta abuela porque las cosas ni siquiera estaban bien con mi mamá... Ella y su melliza se habían ido de la casa a los quince años. Mi relación más fluida es con los primos que viven en Venezuela y con su papá, que era muy amigo de mi viejo.

¿Cómo fue recuperar tu identidad? ¿Pudiste adaptarte al cambio de nombre?

Cuando restituí mi identidad, lo primero que me vino a la mente es que ese era el nombre que quería para mi primer hijo, que finalmente se llamó Tomás. En estos casos, la Justicia actúa

y en algún momento hay que poner en orden los papeles con el nuevo apellido que te da la filiación con tu familia biológica. Pero yo elegí también el cambio en el nombre porque sentí que me representaba y venía con una historia familiar: era el segundo nombre de mi papá y el de mi abuelo. Al principio fue raro, cambiar no es fácil, pero fui notando que no me gustaba que me llamaran por mi nombre anterior y, pasado un tiempo, inclusive empecé a ver por qué les costaba adaptarse a algunas personas y lo marcaba con mayor claridad.

Inés Ortega nació el 15 de febrero de 1959 en La Plata y militaba con su hermana melliza en la Unión de Estudiantes Secundarios, mientras que su compañero, Rubén Leonardo Fossati, nació el 12 de septiembre de 1955 en la misma ciudad y militaba en la Juventud Universitaria Peronista. Los secuestraron en un operativo en Quilmes, el 21 de enero de 1977, cuando Inés estaba embarazada de siete meses. Fueron vistos en la Comisaría 5° de La Plata, donde nació Leonardo, y en el centro clandestino de detención conocido como “Pozo de Arana”. De acuerdo a testigos, Inés fue trasladada a la Brigada de Investigaciones de La Plata. Ambos continúan desaparecidos.

¿De qué modo fuiste conociendo la historia de tus padres?

¿Qué pudiste saber en este tiempo acerca de su militancia?

A través de familiares fui conociendo cómo habían sido sus infancias y adolescencias. Gracias a las Abuelas y su equipo de investigación, recibí mi archivo biológico-familiar, que tiene una serie de entrevistas a personas de mi familia, amigos de mis padres, sobrevivientes; son relatos que te permiten saber qué pensaban en el momento del reportaje y cómo vivían la búsqueda, y también conocerlos si ya no están. Después fui encontrándome con sus compañeros de militancia, que forman un grupo muy lindo en La Plata y me acompañaron mucho.

¿Qué detalles te resultaron más notables?

Cuando empecé a saber sobre las vidas de ellos me fui dando cuenta de algunas situaciones mías a las que ahora les encontraba más sentido porque no tenían nada que ver con mi familia de crianza. Yo fui a un colegio privado y ya al segundo día de clases me anoté en el Centro de Estudiantes, entendiendo que había que defender ciertas situaciones de injusticia. Me gustaba ese lugar. También había participado de marchas por la Noche de los Lápices. Entendí desde chico que había que involucrarse en las causas que a uno le parecían justas. Y cuando conocí mi origen me empecé a acordar de todas esas cuestiones.

La Comisaría 5°, donde nacieron Leonardo y otros hijos de desaparecidos, está en camino a convertirse en un Espacio de la Memoria. Fue producto del fallo favorable en el juicio del Circuito Camps, en el que Leonardo integró la querrela junto con Abuelas de Plaza de Mayo. En 2013, se logró una desafectación parcial, que se efectivizó en 2014, y desde entonces los conservadores y especialistas comenzaron los trabajos de apuntalamiento del edificio, que estaba en funcionamiento, pero tenía los calabozos clausurados. En marzo de 2018, llegó la desafectación total por lo que la comisaría se trasladó. El nuevo Espacio de Memoria se abrirá al finalizar las obras (N. del E.: a la fecha de publicación, continúan las reparaciones).

¿Qué reflexión tenés sobre la determinación de las Madres y las Abuelas al salir a buscar a sus familiares secuestrados en plena dictadura?

Fue un gran acto de valentía en el que arriesgaron sus vidas y lucharon con muy pocas herramientas. Estaban pasando un dolor inmenso, pero no se quedaron postradas en un sillón llorando. Deben haber tenido muchos de esos días; sin embargo, lo superaron y salieron a dar batalla. Son uno de los ejemplos de

vida más grandes que tengo para salir adelante a pesar del peor de los dolores. Y entiendo que todas esas familias continuaron su historia como pudieron. También aprendí a ver la fortaleza de la mujer, que tiene una naturaleza diferente. Conozco muchos casos de hombres a los que les costó más transformar ese dolor en acción. El hombre se deprime más rápido. La mujer, en cambio, es capaz de encapsular los sentimientos y volver a ponerse de pie. Yo trato de aprender de eso.

Leonardo se unió a la asociación Abuelas de Plaza de Mayo como un devenir natural de su recuperación de la identidad.

Yo trabajaba a la vuelta de la filial de La Plata, en una agencia de turismo, y me gustaba pasar de visita, compartir unos mates. Era el único lugar donde sentía que me entendían perfectamente.

Por eso, empezó a ver de qué modo podía colaborar y comenzó a participar de la difusión. Un tiempo después integró la asociación, desempeñando funciones en la sede central y representando a la asociación en distintos ámbitos hasta formar parte de la comisión directiva. Además, lleva adelante el proyecto del Espacio Memoria Comisaría 5° y representa a los organismos de Derechos Humanos en la ex ESMA.

LEONARDO HOY

¿Cómo les fuiste transmitiendo todo esto a tus hijos?

Siempre fui muy cuidadoso. Mi hijo mayor también restituyó su identidad porque tenía ocho años cuando yo recuperé la mía. Le fui explicando todo de a poco, de la mejor manera que fui encontrando. Mi mayor temor era cómo iba a tomárselo él, pero por suerte sintió que la familia se agrandaba. Y después, en la medida que se daban las oportunidades, fui tratando de contarle las situaciones por las que se habían dado esos acontecimientos con sus abuelos y aprovechaba a introducirlo en la historia reciente argentina. En ese entonces era algo que se hablaba poco

en los colegios. Tengo dos hijos más que son chiquitos: Ciro de cinco años e Inés de dos (N. del E.: edades al momento de publicación de la segunda edición, octubre de 2018). Ciro ya conoce la historia y como la adquirió de chiquito lo tiene como algo muy natural. Además, hoy hay otras herramientas para hablar con los chicos, como PakaPaka.

¿Cuál es tu mirada sobre el tratamiento de las temáticas de Derechos Humanos en las escuelas a través de programas como Educación y Memoria?

Es fundamental. Para mí, es imprescindible como base de una buena educación conocer la historia reciente de nuestro país; sobre todo esta parte trágica. Necesitamos entender desde niños que fue un golpe cívico militar y que muchas de las partes implicadas todavía están impunes. Es muy importante darlo a conocer porque esos civiles mantienen gran poder debido a su capital económico, y si no logramos transmitir esta verdad y mantener viva la memoria, sería muy fácil generar el olvido y la desinformación a través de los medios. Es un trabajo constante que tiene punto de partida pero no de llegada para que nuestros hijos y nuestros nietos no tengan que vivir algo similar.

PALABRAS FINALES

Por mis viejos siento admiración, ya que pese a su juventud tenían un compromiso enorme y sabiendo el peligro que corrían decidieron seguir adelante. Después de juntarme con compañeros de mi viejo, supe que en el centro clandestino lo maltrataron mucho, pero queda claro que no dijo una sola palabra porque no se llevaron a nadie por él. Adentrarme en sus historias hizo que me fuera sintiendo cada vez más orgulloso de ellos. No pude conocerlos, pero en su corta vida me han dejado grandes enseñanzas.

ADRIANA GARNIER ORTOLANI

Nieta restituida por las Abuelas de Plaza de Mayo

Adriana no sabe qué día nació ni tiene una certeza del lugar, pero ya conoce lo más importante: quiénes fueron sus padres. Se crio como hija única sin saber que no era hija biológica de quienes la criaron. Sabe que nació a fines de enero de 1977 y siempre festejó su cumpleaños el 27, día en que la anotaron con datos apócrifos. Se estima que su nacimiento pudo haber sido en el centro clandestino de detención conocido como “Pozo de Quilmes”. Los padres de la nieta restituida 126 fueron Violeta Graciela Ortolani y Edgardo Roberto Garnier.

Hasta los 37 años creí que tenía una vida completamente normal. Viví desde siempre y hasta hace muy poco en un departamento en Monserrat, donde tuve una infancia buena y feliz. No obstante, tenía un vacío existencial y no sabía a qué se debía. Siempre sentí una especie de soledad que no sabía si tenía que ver con que era hija única o que mis padres eran grandes y muy serios. Me sigo refiriendo a quienes me criaron como mis padres, les sigo reconociendo ese lugar. Siento que tuve cuatro papás. (N. del E.: al momento de la entrevista, Adriana llevaba siete meses con su identidad restituida).

“La responsabilidad de todos nosotros es saber que mientras estemos, las Abuelas de Plaza de Mayo van a estar. Y también Edgardo y Violeta. Ellos son quienes causaron todas estas lágrimas de enorme alegría”, Silvia Garnier, tía de Adriana.

LA HISTORIA DE ADRIANA

¿Cuáles fueron los primeros indicios de que podías no ser hija de quienes te criaron?

Entre mis diez y doce años empecé a preguntar dónde había nacido y mi mamá me dijo que fue en Wilde, algo que me sonó bastante exótico porque nosotros siempre nos movíamos por Capital Federal. Mi mamá Alicia no sabía mentir y titubeaba cuando me respondía, lo que me hacía dudar de todo. En sus ojos veía que estaba mintiendo y, es más, sentía que me rogaba que no le siguiera preguntando. Ya de adolescente, muchas veces me llamó la atención que cuando yo hacía algo que no les gustaba, me reprocharan: ‘Con todo lo que hicimos por vos, nos pagás así’. Después me puse de novia con un hombre que me llevaba 30 años y ellos se enfurecieron; me dijeron: ‘¿Qué estás buscando? Padre ya tenés’. Y, cuando todo se puso más denso, me echaron de mi casa, a los 25 años. Yo me fui pensando que no me reconocían como hija. Después se arrepintieron y volvimos a estar bien.

¿Cuáles fueron tus primeros indicios de que podías ser hija de desaparecidos?

A los 25 años, cuando nos peleamos tanto, me volvieron las dudas y recuerdo que le conté todo a un chico con el que salía. Le dije: ‘Si no fuera tan parecida a mi mamá pensaría que soy hija de desaparecidos’, sobre todo por la fecha de mi nacimiento. Hace unos años, tiempo después de la muerte de mi mamá, yo me sentía dolida y abandonada porque no se había cuidado. En una charla con una amiga suya, con mucha bronca en medio de la recopilación de las diferencias que habíamos tenido, le dije: ‘Al final, siento que soy adoptada’. Me salió desde el estómago. Y ella, enojadísima, me respondió: ‘¿Si fueras adoptada qué pasaría?’. Mucho después supe que ellos habían sospechado que

podía ser hija de desaparecidos. Mi tía, hermana de mi papá Norberto, que es una persona muy buena y sabia, me contó que cuando yo tenía unos veinte años él estaba trabajando con su taxi cuando vio un afiche con fotos de desaparecidos y observó a una chica que era un calco mío. Dicen que se angustió mucho, fue a buscar a mi mamá para que lo viera y después se lo contaron a mi tía, que les sugirió que me dijeran todo. Pero ellos habían tomado la decisión de entrada de decirme que era hija propia y guardaron ese secreto, ya sospechando que yo podía ser hija de desaparecidos. Eran de otra generación donde el valor de la identidad no estaba instalado. Pero a partir de entonces vivieron enfermándose con mil dolencias: insuficiencia renal, cáncer, problemas de tiroides, insuficiencia cardíaca.

Tras la charla con la amiga de su madre de crianza, Adriana recibió un consejo de su mejor amiga. Le dijo que evaluara la posibilidad de que el parecido físico con su familia fuera solo una casualidad y dejara abierta la idea de no tener una relación biológica. Y también se ofreció a acompañarla a la sede de Abuelas de Plaza de Mayo para plantear el caso. Ella aceptó, pero antes decidió hablarlo con su tía paterna. Por primera vez, recibió una certeza: no era hija biológica de la pareja que la había criado. Le confesó que habían ido a buscarla a una clínica de Wilde. También le contó lo del afiche con fotos de desaparecidos y la sospecha que los rondó a todos desde entonces. ‘¿Y si hay una familia esperándote?’, planteó la tía. Y la acompañó a Abuelas a hacerse los análisis.

Entre los 38 y los 40 viví en el limbo porque de entrada los estudios no dieron positivo. Seguí mi vida pensando simplemente que había sido abandonada y junté resentimiento con mi madre biológica. Hasta que un día me llamó Manuel Gonçalves Granada desde la CONADI pidiéndome que me acercara a retirar una documentación. Le respondí que no podía en ese momento porque

estaba trabajando y entonces me dijo que era muy importante y tenía que ir cuanto antes. Recuerdo que me bajó la presión porque al cortar lo primero que pensé fue: '¿Y si encontré a mi familia?'

Y así fue. Adriana, por fin, después de tanto tiempo de dudas y búsqueda, había encontrado su origen. El primer resultado no había sido positivo porque el mapa genético estaba incompleto, pero gracias al surgimiento de una nueva tecnología se pudieron ampliar los marcadores para establecer un régimen de probabilidades distinto. Esto permitió obtener datos genéticos de otros parientes que no fueran los abuelos y así se completó el mapa.

Cuando me explicaron todo, le pedí a la amiga que me había acompañado que me pellizcara porque no podía creer que fuera cierto. Me mostraron primero una foto de mis viejos saliendo de la iglesia en su casamiento. La cara larga de mi vejeo... la sonrisa de mi vieja y los ojos negros y grandes... Sí, me reconocí en ellos. 'Sos privilegiada, tenés una abuela viva', me dijo Manuel. No podía creer que a los 40 tuviera una abuela viva.

EL REENCUENTRO CON SU HISTORIA

¿Cómo fue el primer contacto con tu familia biológica?

En Abuelas me dijeron que cuando yo quisiera, sin apuro, podía conocerlos. Y les contesté que ya, sin perder tiempo. Me estuvieron buscando durante 40 años y yo durante dos, ¿qué íbamos a esperar? Me sentí bienvenida y me dejé llevar. Me siento parte de la familia porque hay un vínculo, un lazo afectivo que está presente. Están eufóricos. No obstante, hay que reconstruir todo lo que no existe en los recuerdos, ya que hemos tenido vidas separadas. Por ahora, estoy viviendo en ese desfasaje. Tengo muy buena relación con mis primas por parte de mi mamá. Me dieron 40 regalos, uno por cada año que no habíamos compar-

tido juntos. Y mi tía, la hermana de mi viejo, es amorosa. Vivió con mucho dolor la desaparición y tuvo que hacerse cargo de su padre, que se puso mal y murió poco tiempo después.

Tras la restitución de su identidad, Adriana celebró por primera vez en su vida el Día del Padre con su familia paterna, en Concepción del Uruguay.

¿Cómo fue recuperar tu identidad y encontrarte a vos misma?

Todavía lo sigo haciendo. Mi abuela quiere que use el nombre que me habían elegido mis padres, que es Vanesa, pero no lo puedo hacer por ahora. Ya soy muy grande. Entiendo lo que significa porque sería mi nombre de persona libre. Pero considero que la identidad está formada por el origen y por lo que uno ha ido construyendo. En estos casos, se trata de una identidad compleja, elaborada sobre una mentira inicial, pero con hechos verdaderos por encima, que fueron los que yo fui viviendo a lo largo de todos estos años. La persona que estudió, se enamoró, hizo amigos, fue Adriana. En mi caso, se suma otra cuestión: los dos años que pasé llena de dudas no sabía en qué fecha había nacido, quiénes habían sido mis padres, dónde había nacido, cuál sería mi apellido... Y en medio de ese mar de dudas me aferré como si fuera un salvavidas a mi nombre. 'Yo soy Adriana', me respondía para sentir que tenía algo claro.

Edgardo nació el 7 de agosto de 1955 en Concepción del Uruguay, Entre Ríos, y se mudó a La Plata para estudiar ingeniería electromecánica. Violeta era del 11 de octubre de 1953 y también estudiaba en La Plata (ingeniería química), ya que había ganado una beca. Se conocieron militando en la facultad, luego pasaron a la Federación Agrupaciones Eva Perón; Edgardo también militó en la JP y Violeta en la Juventud Universitaria Peronista. Finalmente, ambos formaron

parte de Montoneros. Se casaron el 7 de agosto de 1976 en Bolívar, cuando Violeta estaba embarazada de tres meses. Fue secuestrada el 14 de diciembre de 1976 en el barrio platense La Granja, ya con ocho meses de embarazo. Su compañero llegó a conocer la noticia del nacimiento de su hija y decidió buscarlas asumiendo enormes riesgos. El 8 de febrero de 1977 fue secuestrado en La Plata. Ambos continúan desaparecidos. Adriana se conmueve al hablar de su padre:

Es mi héroe. No sé si tuvo la esperanza de encontrarnos a mi mamá y a mí, pero sí necesitaba tener el mismo destino. Para mí están él, San Martín, el Che Guevara y después los demás próceres. Los veo en las fotos y pienso que hubieran sido unos papás geniales, jóvenes, llenos de vida. Creo que yo hubiera podido explotar más mi potencial para involucrarme en causas colectivas.

¿De qué modo fuiste conociendo la historia de tus padres?
Hablé mucho con mi tía paterna y me contó cómo era mi papá de chico, qué le gustaba hacer. Sé que adoraba a los perros y yo soy así, loca por los perros... También sé que le importaba el prójimo y hacía tareas en las villas y que odiaba profundamente a los Estados Unidos y su cultura. Por cómo me la describen, yo tengo el carácter de mi mamá: cabeza dura, extrovertida, charlatana. Y me identifico en otra cosa que me contaron: era muy varonera. Y yo igual, no me gustaban las muñecas ni la "casita", sino la pelota, los autitos y los revólveres. Sé que fue una militante muy vehemente y yo me reconozco en ese rasgo, pero con otras cosas, no con la militancia. A mí la política siempre me había resultado indiferente, a veces charlaba con mi papá Norberto, pero me aburría. Y ahora le tengo rechazo. Entiendo que gracias a la política se hacen los grandes cambios, pero se me revuelve el estómago pensando que por temas políticos fallecieron mis viejos. Sé que es un pensamiento muy simplista, pero me sale desde las entrañas.

¿Qué pudiste saber en este tiempo acerca de su militancia?

Pregunté bastante y me contaron que, como eran estudiantes de ingeniería, armaban bombas de humo para tirar en los bancos. Me lo dijo uno de sus compañeros. También quise saber si estaban armados, pero no, solo tenían estas pequeñas tareas. Yo, en cambio, cuando iba a la facultad, ni me metía porque tenía el mandato de mi casa para que fuera a estudiar sin militar. ‘No vayas a perder el tiempo’, me decían, y yo lo compré y lo incorporé.

ADRIANA HOY

¿Cómo viviste este primer Día de la Memoria como nieta recuperada?

Yo había ido varias veces a la marcha del 24 de marzo antes de saber que era hija de desaparecidos, pero esta vez me tocó ir como protagonista, como alguien a quien le pasó por la médula la historia. Fui con mucha alegría por ver que el pueblo tomó conciencia de esto, que se junta para celebrar la democracia y exigir que no vuelva a haber una dictadura. Marché con la foto de mis viejos en el pecho, con alegría a pesar del dolor. Los sentía ahí conmigo y me hizo bien participar. Estuve con mi prima y también con mis tíos de Moreno y sus hijos, en familia.

La recuperación de su identidad le abrió las puertas a Adriana para un nuevo presente en el que se piensa como protagonista de una historia colectiva que puede y debe difundir, aportando su voz para colaborar en la construcción de una memoria que garantice la verdad y la justicia. Siente que su lugar para colaborar es de la mano de Abuelas de Plaza de Mayo. *Ahí encontré mi lugar.* Junto a su abuela Blanca grabó un spot para la asociación con el propósito de buscar acercar más nietos y nietas a su verdadera identidad.

¿Qué reflexión tenés sobre la determinación de las Abuelas al salir a buscar a los nietos que habían sido secuestrados en plena dictadura?

Las admiro tanto que me quedan chicos los elogios. Con ellas, se rompió el molde. Transformaron su desesperación y su dolor en lucha y lo hicieron de la mejor manera. Es brillante. La veo a Estela de Carlotto y no puedo dejar de abrazarla, y de Delia Giovanola me vuelve loca su sentido del humor. En todo lo que emprendan, voy a estar dispuesta a colaborar porque me siento eternamente agradecida.

¿Cuál es tu mirada sobre el tratamiento de las temáticas de Derechos Humanos en las escuelas a través de programas como Educación y Memoria?

Me parece muy importante porque es parte de nuestra historia, tal vez la más dolorosa, cruel e infame. ¿Cómo puede ser que las personas que te tienen que proteger te persigan y te maten porque pensás distinto? Me rompe la cabeza imaginarme cómo sería la Argentina si no hubieran desaparecido a esas 30.000 personas. Estoy segura de que este país hubiera sido otro, con menos mediocridad. Mi papá dio la vida por su familia y eso no lo hace cualquiera.

PALABRAS FINALES

Cuando estoy con mi familia siento el calor del hogar. También me pasa con mi familia adoptiva, con mi tía y mis primas. Pero es distinto, porque ahí pesa nuestra historia, que es todo lo que no tengo con la otra parte. Con mi familia biológica están presentes las raíces. Es muy profundo... Yo salgo de ahí, pertenezco a este árbol.

MANUEL GONÇALVES GRANADA

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Manuel nació el 27 de junio de 1976. Hasta los cinco meses de edad, vivió con su mamá. A partir de ese momento, le arrebataron su identidad y fue dado en adopción a la familia Novoa en un procedimiento plagado de irregularidades.

Vivió como Claudio Novoa hasta los diecinueve años de edad, cuando es visitado por el Equipo Argentino de Antropología Forense. Allí recibe la noticia de que es hijo de Gastón Gonçalves y Ana María del Carmen Granada, ambos perseguidos y asesinados por la dictadura militar. Manuel –que hasta ese momento había vivido con la certeza de haber sido abandonado– descubrió que su familia, entre ellos sus abuelos, siempre lo habían buscado. Conoció a su abuela materna, Matilde, perteneciente a Abuelas de Plaza de Mayo, y recuperó a su hermano Gastón, músico de la popular banda Los Pericos, de la cual Manuel era seguidor.

A partir de ese momento, comienza el largo camino de reconstrucción de su identidad. Sus padres eran militantes políticos y dedicaban su tiempo a la alfabetización de adultos. Su papá fue detenido el mismo 24 de marzo de 1976 y posteriormente asesinado. Su mamá, embarazada de cinco meses, logró escapar y permaneció escondida en San Nicolás, viviendo con otra familia. Manuel tenía cinco meses de edad

cuando un 19 de noviembre de 1976 un operativo militar destruyó la casa en la que vivían. Solo él sobrevivió gracias a que su mamá pudo esconderlo y protegerlo. Permaneció en el hospital con custodia policial durante cuatro meses, hasta que el Juzgado lo entregó en adopción dejando sin efecto todos los procedimientos legales característicos en estas situaciones.

Si bien fue muy difícil para Manuel afrontar su historia –y lo sigue siendo–, él no duda de que esta fue la mejor de las opciones. Ahora sabe que es hijo de Gastón Gonçalves y Ana María del Carmen Granada.

“(…)Nos hemos olvidado de lo que en realidad queríamos: un vaso de vino, conversar, quizás llorar solos, y alguna vez sentir el viento. Solo eso, tan simple e inalcanzable. Detengámonos, hermano, y volvamos a la antigua senda, la del Hombre, y no nos apartemos nunca más”, Gastón Gonçalves, padre de Manuel.

LA HISTORIA DE MANUEL

Yo perdí mi identidad a los cinco meses de haber nacido. Mi papá fue secuestrado el 24 de marzo de 1976, el primer día del golpe militar, y mi mamá estaba embarazada de cinco meses. Vivían los dos en Capital Federal, pero militaban en la zona de Escobar y de Garín. Como ella también estaba siendo perseguida, se fue del lugar donde vivía, de su departamento en Capital, y finalmente terminamos en San Nicolás, que es una ciudad al norte de la provincia de Buenos Aires. Ahí estábamos, ocultándonos en una casa, con mi mamá sabiéndose perseguida, cuando yo nací en junio del 76. No sé donde nací, pero seguramente no en las mejores condiciones por esto de que mi mamá no podía tener una vida normal como cualquier chica embarazada que espera a su bebé y es asistida en un parto. De alguna manera, ella con

sus veintitrés años logra seguir adelante con su embarazo. Yo nací en junio de 1976 y para noviembre vivía en una casa con una familia formada por una pareja con sus dos hijitos de tres y cinco años. Ellos también eran perseguidos por la dictadura, eran de Entre Ríos y habían podido llegar a esta casa de San Nicolás, donde nos habían dado un lugar a nosotros para estar. Por lo tanto, en esa casa vivíamos seis personas.

Manuel pudo compartir pocos meses con su mamá, hasta que el horror invadió su hogar a fines de 1976, transformándose en el único sobreviviente.

El 19 de noviembre del 76, las fuerzas conjuntas del Ejército, la Policía Federal y la Policía de la Provincia de Buenos Aires, rodearon la casa. Eran cuarenta hombres y la atacaron hasta destruirla. Incluso usaron granadas para volar las puertas de la casa y ametralladoras. Las consecuencias de ese operativo fueron que mataron a todos y yo soy el único sobreviviente. Me sacaron de ahí y yo estaba con muchos problemas para respirar porque habían tirado muchos gases lacrimógenos. Me llevaron al hospital de San Nicolás y, finalmente, me internaron ahí. Los médicos me salvaron la vida y eso que, en principio, tenía que ser una estadía breve, ya que yo debería haber vuelto con mi familia biológica al poco tiempo, nunca sucedió y estuve cuatro meses en ese hospital en una sala solo. Estuve durante esos cuatro meses con custodia policial. ¡Imagínense que era un bebé de cinco meses con custodia policial! Esto grafica un poco la locura con la que entendían el llamado Proceso de Reorganización Nacional.

Manuel fue una víctima más del plan siniestro que implicó el robo sistemático de bebés. En una adopción plagada de irregularidades, pierde su identidad, es despojado de su historia y alejado de su familia biológica.

La idea del Ejército era que yo no debía volver con mi familia biológica, lo mismo pasaba con todos los bebés como yo, pero

tampoco querían que me quedara en San Nicolás porque, obviamente, a los pocos años ya me hubiera enterado de quién era, ya que todo el pueblo sabía que en ese operativo habían matado a cinco personas, entre las que había dos niños, quedando un solo sobreviviente, que era ese bebé que estaba en el hospital. Es decir que hubiese sido muy difícil poder ocultarme esa historia. Por eso, me sacaran de San Nicolás y me entregaran con otra identidad, a través de un Juzgado de Menores de Lomas de Zamora, a una familia que estuviera muy lejos de ahí. En febrero del 77, me fui con esa familia que me adoptó. Tuve una adopción muy mal hecha por parte de la Justicia y crecí con ellos sabiendo que era adoptado, pero sin tener idea de cuál era mi origen.

¿Cómo fue que supiste la verdad acerca de tu identidad?

A los diecinueve años, un señor tocó timbre en mi casa y me dijo que venía porque yo tenía una familia biológica que me estaba buscando. Durante esos diecinueve años, pensaba que me habían abandonado, que no me querían y por eso tampoco buscaba a mi familia. Yo decía: ‘Si mis papás murieron, que era lo que yo me imaginaba, ¿por qué nadie me había dado ningún dato sobre eso?, ¿por qué ningún abuelo o tío, nadie me buscaba?’. Si era así, para mí significaba que nadie me quería, me sentía abandonado y no quería saber nada de mi origen. Finalmente, este señor me empezó a contar que era del Equipo Argentino de Antropología Forense, que había comenzado la búsqueda a través de la investigación que llevaban Abuelas de Plaza de Mayo, que no solo no me habían abandonado, sino que estaba vivo gracias a que mi mamá, durante el operativo, momentos antes que la asesinen, me puso dentro de un placard con almohadas y que esto es lo que me protegió un poco de los gases. Esos mismos gases fueron los que provocaron la muerte de Fernando y María Eugenia –los otros chiquitos que estaban en la casa–, ya que para protegerlos

sus papás los habían escondido en el baño de la casa, que era el lugar que no daba a la periferia y donde no entraban disparos. Pero sí entraron los gases y ellos dos murieron por asfixia. Así que mi vida cambió para siempre: me di cuenta de que, si bien creía con cierto enojo que 'si me abandonaron, no me importa, yo ahora tengo mi vida, ya está, soy Claudio, construí algo con esto', en realidad me importaba y me pesaba muchísimo. Desde el primer momento, me sentí profundamente querido por mi familia y empecé a tener esta situación extraña de tener una mamá y un papá que no conocía, pero que eran mi mamá y mi papá. Con el tiempo, uno va entendiendo la importancia de ese vínculo directo que es el sanguíneo, que quizá como forma de autoprotección en algún momento preferimos saltar, como es el caso de otros nietos.

¿En qué te cambió conocer tu verdadera identidad?

En mi caso, el hecho de saberlo me permitió comenzar a construir algo desde una base cierta. Todo lo que había hecho antes tenía que ver con una mentira: desde lo básico que es llamarte como no corresponde hasta todo lo que hagas de ahí en adelante está sustentado por una mentira y eso es una situación muy inestable para una persona. Recién cuando uno recupera la identidad, sabe su verdadero origen, puede construir algo con cimientos verdaderos, con una base sólida. Y eso lleva mucho tiempo. Al principio, uno cree que es simplemente un cambio de nombre: 'Ya no me llamo Claudio, me voy a llamar Manuel'. La verdad es que a mí me llevó muchísimos años el trámite que tuve que hacer para recuperar mi identidad, ya que hubo que anular esa adopción irregular. Cuando el juez iba a dar la sentencia y me iba a inscribir con mi verdadera identidad, me preguntó si quería mantener el Claudio como nombre, que era el que yo usaba, por el que me conocía toda la gente, o si quería cambiarlo por Man-

uel, que era el que habían elegido mis padres para mí. Durante los años previos, yo utilizaba el apellido biológico (Gonçalves), pero conservaba el nombre adoptivo (Claudio). Era lo que podía hacer en ese momento. Pensaba: ‘De última, reconozco que soy Gonçalves, pero en el uso y costumbre la gente me sigue conociendo como Claudio’. Era difícil pensar que me llamaran Manuel. Pero ese día, cuando el juez me hizo esa pregunta, salí, me senté un ratito en la vereda, volví y le dije: ‘No, anótame solo como Manuel’. Por suerte, ya había pasado un tiempo y me había dado cuenta de que en ese acto, por primera vez, era yo quien podía hacer algo con esta historia, que era una historia que me había llevado sin que yo preguntara nada. Manuel era el nombre que habían elegido mi mamá y mi papá y podía recuperarlo, podía hacer que pasara a ser legal. Además, Manuel era el nombre que nunca tuve que haber perdido. El nombre Claudio era parte de una mentira, consecuencia de lo que decidieron otros. Poder recuperar mi verdadera identidad con el nombre que tenía que haber tenido siempre era un acto de justicia. Así fue como desde hace unos años me llamo Manuel Gonçalves Granada, ya que también pude ponerme el apellido de mi mamá. Y a partir de entonces empecé a entender la importancia que tenía esto en la vida de otros, que son los casi 400 chicos que faltan, que no saben su verdadera identidad y muchos de ellos pueden estar cerca de ustedes. Nos cuesta mucho encontrarlos porque están entre nosotros mismos y por eso es importantísimo que tomen estas historias como propias, que no lo vean solo como la lucha de las Abuelas de Plaza de Mayo, y hoy también de los nietos, que nos pusimos un poco más grandes y podemos ayudarlas. Esto es una lucha de todos, estas 400 identidades nos faltan a todos. Como sociedad, hemos avanzado en estos últimos años y hemos madurado mucho, por eso estamos muy ilusionados y sabemos que podemos contar con ustedes.

¿Tenías memoria de tu nombre, de cuando estabas en la panza o de tus primeros meses, alguna imagen?

No, pero me pasó que cuando me cambiaron la identidad me pusieron Manuel Valdes para darme en adopción. Con lo cual, Manuel era un nombre absolutamente familiar y yo lo asociaba con mi infancia, con esos primeros tiempos donde todavía no me había convertido en Claudio. Lo que sí me pasó fue tener unas imágenes muy raras entre los siete y los nueve años. Yo en esa época tenía problemas de anginas con mucha fiebre y me daban penicilina porque no podían bajar la fiebre de otro modo y en dos o tres oportunidades vi una situación en la habitación en la que estaba en ese momento con gente rompiendo todo. Después entendí que eso era lo que había pasado en aquella casa (en San Nicolás) y que se trataba de un recuerdo que estaba en el inconsciente, que yo lo traía y lo veía. Claro, que con siete u ocho años no entendía de qué se trataba todo eso, pero al recuperar mi identidad y enterarme del operativo en la casa me di cuenta de que lo que yo percibía tenía que ver con lo que efectivamente había pasado.

¿Sospechaste que podrías ser hijo de desaparecidos?

Yo tenía claro que no era hijo biológico de la persona con la que me crié. Lo que no sabía era de dónde venía. Igual, lo que no había hecho era el ejercicio de crearme hijo de desaparecidos. Creo que tiene que ver con una época en la que de esto no se hablaba como sucede hoy que se habla en las escuelas, en la televisión. A mí me encontraron a fines del año 1995 y nunca antes nos habían hablado de esto, ni siquiera en el colegio me habían hablado de la dictadura. Así que imagínense que era bastante complejo hacer el ejercicio de decir: ‘Yo puedo ser hijo de desaparecidos’. Ese cambio que hay hoy, esa oportunidad que hay de hablar de esto libremente, de decir la verdad, ponerla sobre la mesa, que

incluso ustedes en el colegio puedan estudiar este tema y que está pasando inclusive en los jardines de infantes, genera que muchos de los últimos nietos encontrados sean chicos que vinieron solos. En esos casos, ellos sí hicieron este ejercicio de dudar sobre su identidad, pensar que podían llegar a ser hijos de desaparecidos y así fue como se acercaron a las Abuelas de Plaza de Mayo. La difusión es fundamental, pero en ese momento no era así. De hecho, las Abuelas tenían un spot de televisión hacía bastante tiempo y nunca lo pudieron difundir porque no se hablaba de esto y nadie quería difundirlo. Por lo tanto, yo nunca había pensado que podía ser hijo de desaparecidos.

¿Sabían las personas que te adoptaron que eras hijo de desaparecidos? ¿Habían sospechado algo alguna vez?

El que fue mi papá adoptivo murió cuando yo tenía tres años, entonces me crié con mi mamá adoptiva, que además también murió, hace poco. La única vez que yo le pregunté, me dijo que no sabía y que solamente le habían dicho que mi mamá y mi papá habían muerto. Entiendo que mis padres no sabían mucho más que eso. Igualmente, en mi familia adoptiva tengo alguna sospecha de que alguno sí supiera. De hecho, sabía que esta causa que presenté iba a alcanzar a todos, incluso a mi mamá adoptiva, y que ella iba a tener que declarar, la iban a investigar. Eso es lo que había hablado con el fiscal y, aun siendo muy doloroso y muy difícil, decidí hacerlo: que cada uno responda ante la Justicia y que diga y pague lo que corresponda.

De parte de tus padres adoptivos, ¿tenías tíos o abuelos?

Sí, claro. Era una familia completa, había de todo: abuelos, tíos. Como pasa en todos los casos de los nietos restituidos, todos fuimos criados en familias que funcionan como familias 'normales'. Lo anormal era que nos incluyan a nosotros dentro

de ellas y que se sostenga una mentira, ¿no? Sobre todo porque esto es algo que confunde mucho a la gente porque finalmente termina diciendo: 'Bueno, si te criaron, si te mandaron a la escuela...'. Y la verdad es que si alguien quiere ser padre o madre o tío o abuelo, lo menos que puede hacer es cuidarlo y criarlo. Pero esto no puede prevalecer, ya que, si uno va analizando cada uno de estos casos, se da cuenta de que ese supuesto amor que te están dando está basado en una mentira. No hay ningún amor válido que venga desde una mentira.

LA COMPLICIDAD CIVIL

La historia de Manuel es uno de los tantos ejemplos en los que puede verse la complicidad civil en las acciones de Terrorismo de Estado. En este caso, son las irregularidades en el Poder Judicial las que alejaron a Manuel de su propia historia.

¿Quiénes son las personas que te llevan al hospital: los mismos que agredieron a la casa o algún vecino?

Los que me sacaron de la casa son los mismos que provocaron la muerte de las otras cinco personas que estaban en la casa, entre las que estaba mi mamá. Son ellos quienes entran a la casa y me llevan al hospital porque yo era un bebé. Claramente, los militares tenían un plan sistemático de robo de identidad de bebés para apropiarse de nosotros, quedarse con nosotros y si eso no era posible, garantizar que no volviéramos con nuestras familias biológicas para que no nos criemos como nuestros padres. En mi caso, no había demasiada opción: o me llevaban al hospital o me moría. Ellos me llevaron al hospital y después esto tuvo mucha trascendencia porque este operativo fue en el centro de la ciudad y había muchísimos testigos. De hecho, hoy los vecinos de esa casa son testigos en la causa que yo presenté

para que se investigue este episodio y la matanza que ocasionó. La notoriedad que cobró el hecho y que haya un solo sobreviviente llamó mucho la atención de todos. Toda la ciudad sabía lo que había pasado y los trabajadores del hospital también, por eso es que no consideraron posible que yo me quedara con alguno de los que estaban en el operativo. De hecho, varios de ellos iban al hospital a verme, incluso con sus familias, porque ya habían comenzado a generar un vínculo para después quedarse conmigo, pero la orden del Ejército fue que me vaya de ahí. Entonces, me cambiaron la identidad y me dieron en adopción.

¿Cómo hicieron tus padres adoptivos para mantener la mentira tantos años? ¿Había complicidad con otra gente?

La complicidad la tuvo principalmente el juez de menores, el secretario, el prosecretario y todo el juzgado de menores que avaló lo que había hecho en ese momento el Ejército y que usaron las instituciones, la Justicia en este caso, para blanquear esta situación y entregarme en una adopción legal muy mal hecha. Legal porque fue dentro de la institución, pero cuando uno ve el expediente de adopción está claro que hicieron todo mal: no buscaron a la familia biológica, me entregaron con un nombre falso sabiendo que era falso y después, durante los cinco años siguientes que yo estuve con esta familia adoptiva, nunca mandaron a la visitadora social, cosa que también es fundamental cuando se entrega a un chico en guarda o en adopción. Y no lo hacían para que nadie supiera dónde estaba. De hecho, yo abrí una causa hace un tiempo contra ese juez de menores y, cuando se allanó el Juzgado, ese expediente no estaba y, además, la hoja del libro del juzgado que te remite a dónde estaba se encontraba arrancada. Por lo tanto, hay varios cómplices y muchos que silenciaron. Quizá, lo más terrible era que estas personas eran funcionarios públicos, es decir, eran personas que tenían un

cargo y que deberían haberlo honrado. Yo durante mucho tiempo entendí que quizás en su momento, con la Dictadura, este juez de menores, los secretarios y todos tuvieron miedo y yo no los iba a juzgar por no haberse jugado la vida por mí. Entendía perfectamente que se hubieran callado, que hubieran tenido que bajar la cabeza o lo que sea. Lo cierto es que después del año 83 hasta el 95 tuvieron muchos años para decirle a las Abuelas: ‘Yo entregué a este chico que ustedes están buscando’, y nunca dijeron nada. Ahora, en esta causa judicial que abrí contra este juez y los secretarios ninguno mostró arrepentimiento.

EL REENCUENTRO

A partir del encuentro de Manuel con su familia, comienza un largo proceso de recuperación de la Identidad. Poco a poco, a partir de los relatos de su familia y de viejos amigos de sus padres, pudo construir su propia historia.

Yo tengo una relación muy linda con toda mi familia biológica. Se fue dando, no fue inmediato. Son vínculos que uno tiene que crear porque al principio te los presentan, te dicen: ‘Este es tu tío, esta es tu abuela’. Yo conocí solo a una de mis cuatro abuelos, a mi abuela paterna, Matilde, y es una situación extraña. Nadie está preparado para conocer una abuela a los veinte años. O, como en mi caso, que me había criado como hijo único y de repente tenía un hermano, que además tenía tres hijos, así que era tío, y todo eso es muy fuerte. No sabía cómo hacer, cómo responder a esa situación, pero, con el paso del tiempo, los vínculos se van creando. Además, hay una situación inmediata que tiene que ver con esto del vínculo sanguíneo y de tener un pasado común. Podemos ser dos desconocidos, pero, en el caso de mi hermano, venimos del mismo lugar, mi abuela es quien crio a mi papá, entonces hay una situación ya muy atada al pasado que nos pertenece a todos, que

es común a toda la familia. Y la verdad que hoy, después de varios años, todavía me queda conocer alguna parte de la familia porque no todos están cerca, algunos viven bastante lejos, pero siempre que puedo voy ampliando mis vínculos con la familia y es súper lindo. Solo cuando te encontrás con esa situación te das cuenta la importancia que tiene la cercanía del lazo familiar. A ustedes les debe pasar que tenés a tu hermano en tu casa, que es el que te molesta, con el que te peleás, pero en nuestro caso es bastante particular porque cuando nos conocimos estuvimos ocho horas hablando y nos teníamos que preguntar todo. Todo lo que ustedes saben de sus hermanos y casi no les importa nosotros queríamos saberlo del otro. Era la necesidad de recuperar eso que nos habían robado. Pero tenemos una mirada muy positiva de esto. No nos vamos a lamentar los diecinueve años que nos robaron, estamos contentos de poder estar juntos y de generar algo bueno de acá en adelante. Sobre todo, con la carga de sentir que de alguna manera tuvimos bastante suerte, ya que todos los nietos que recuperamos la identidad podemos hacer algo con esta historia, con nuestra vida, sintiéndonos dueños de ella. Pero todavía, como decía antes, faltan muchos otros jóvenes, casi cuatrocientos, que no pueden tener esa oportunidad y que están todos los días viviendo con quienes no son sus verdaderas familias.

¿Cómo fue cuando volviste con tu familia biológica, cómo fue pasar todo ese proceso emocional y empezar a saber sobre tus padres?

La verdad es que es un proceso muy especial. Nadie está preparado para recuperar la identidad, para hacer toda esa reconstrucción e ir armando ese entramado que se había cortado, del que vos habías sido separado. Entonces, incluirte en esa historia te lleva bastante tiempo. A mí me costó mucho tiempo, de hecho no lo he terminado y no lo terminaré nunca, de poder indagar y

aprender y saber. Lo que sí siento ahora –y me siento mucho más cómodo así– es que esa historia que a mí me parecía inmensa sobre mi mamá y mi papá y sus compañeros de militancia y de todo lo que habían hecho hoy la siento como propia. Al comienzo, me incomodaba sentirme parte de eso. Yo los idolatraba tanto que sentía que no me había ganado un lugar como hijo de ellos. Por eso, ante los primeros relatos de mi abuela en los que me contaba sobre mi mamá y mi papá y obviamente hablaba de dos seres maravillosos, hermosos, yo pensaba: ‘Tengo que empezar a ver a los amigos de ellos para que me cuenten otras cosas’. Y cuando me encontré con sus compañeros de militancia e incluso volví a los barrios donde ellos militaban, donde había gente que había aprendido a leer y a escribir con ellos, pasó más o menos lo mismo, me decían: ‘Son seres hermosos, maravillosos’. Y yo que no los quería idealizar, no pude. Así que siento que tengo un vínculo muy lindo con ellos. O sea, es verdad que lo que yo sé de ellos es a través del relato de terceros. Mi papá fue asesinado antes de que yo naciese y con mi mamá estuve solo cinco meses. Pero uno, a través de ese relato, va construyendo una historia y lo más importante en estos casos es tomarla como propia. Que esa mamá y que ese papá que uno tiene que construir a través de otros estén presentes. Es complejo, incluso las pocas fotos que nosotros tenemos de ellos. Todos nosotros tenemos muy poco de nuestros padres porque los militares arrasaron con todo: de la casa de mi abuela se llevaron hasta la cocina, no quedó nada. Yo tengo tres o cuatro fotos de ellos y son personas más jóvenes que yo, lo cual es muy raro. Toda esa situación es extraña porque sobrepasa la edad de sus padres y además los ve siempre jóvenes. No puedo imaginarme tener una mamá y un papá viejos porque no están. Esa es otra particularidad de esta historia, siempre nuestras mamás y papás van a ser jóvenes. Y otra cosa que pasa también es que esto sobrepasa el vínculo directo: yo siento a la

mamá y el papá de otros nietos también como mi mamá y mi papá. Cada historia de los otros es también mi familia. Es una situación rara de entender para el que no le pasó. Lo mismo ocurre con las Abuelas. Para mí, las Abuelas de Plaza de Mayo son todas mis abuelas y las siento y las quiero como mis abuelas. Y ellas también hacen eso con nosotros y nos traspasan esa situación de que todos somos sus nietos. Y nos dicen: 'Qué flaco que estás, qué gordo que estás, abrigate, por qué no tenés novia'. Todo eso hacen ellas cuando entramos a la casa de las Abuelas y, por suerte, son un montón. Es algo que nos sirve a todos: a las que no encontraron a sus nietos porque pueden sentirnos a nosotros como sus nietos y para nosotros porque es ampliar eso que nos sacaron. Es decir: 'ahora tenemos un montón de abuelas'. Es lindo eso, vencer lo que nos impusieron, pero de la mejor manera.

MANUEL HOY

Recuperar su identidad y su historia le permitió a Manuel posicionarse de otra manera ante la vida y las dificultades cotidianas. También le permitió pensar nuevos proyectos y construir su propia familia desde la verdad.

Tenés hijos, ¿cómo afecta la apropiación de la identidad a las nuevas generaciones?

Tengo una hija que se llama Martina, que tiene diez años. Martina tuvo que aprender también esta historia porque Martina nació en el año 2000 y fue anotada como Martina Novoa (el apellido de la familia que lo adoptó). A los cinco años, recién cambiamos su documento y pasó a llamarse Martina Gonçalves. Fue un momento muy lindo porque fuimos juntos a hacernos los documentos y al salir sentí que era una situación muy extraña: tener documentos nuevos, con otros nombres y ella lo tomó bien, como

algo muy natural, con una alegría que me ayudó mucho a mí. Me dijo: ‘Bueno, papá, ya tenemos nuestros verdaderos nombres, igual yo siempre me voy a llamar Martina, ¿no?’. Es que yo era Claudio y pasaba a ser Manuel y ella aceptaba el cambio, pero hasta ahí, solo el apellido. La verdad que ser papás o mamás nos ayudó mucho a entender la importancia de la identidad, pero también demuestra que el daño que se generó llegó –incluso– a esa generación. Nuestros hijos tuvieron una identidad falsa también y son chicos que nacieron en el año 2000, veintipico de años después. Por eso, es importante que esa generación también sepa la verdad, desde siempre. Ellos lo hacen todo mucho más fácil. Yo un día llevé a mi hija a la Plaza de Mayo, era muy chiquita, tenía cinco años. Le decía: ‘Vamos a ir a la Plaza de Mayo, que es la Plaza más importante del país’, y le hice toda una historia. Ella fue, miró todo y cuando subimos al auto para volver me dijo: ‘Papá, ¿ésta es la plaza más importante del país? ¡No tiene ni una hamaca!’. Entonces, con ellos todo se hace mucho más fácil.

¿Cómo es tu nueva vida?, ¿cómo la encaraste?, ¿cómo te ves con todo lo nuevo que tenés?

Mi nueva vida, la verdad, es muy linda. Es muy extraña también porque no tiene nada que ver con lo que era mi vida antes. Cuando, inevitablemente, te atraviesa una historia como esta y lo que significa recuperar la identidad, hace que cambie el sentido de las cosas, incluso los valores que uno le da a las cosas. Yo tengo amigos con los que me crie que al no ser parte de una historia como esta tienen problemas, podría decir, un poco más ‘normales’. Para mí, esos problemas que son normales para la mayoría de las personas no son problemas. Inevitablemente, la escala de valores cambia y empezás a ver las cosas desde otro lugar. No hay manera de que no te pase eso. Cuando a uno le pasa lo que nos pasó a nosotros y siente las ausencias que nosotros sentimos, lo que era un problema ya no es más un problema. Entonces, habrá

otros, habrá otras situaciones para resolver, pero creo que lo más importante y lo más sano para nosotros es hacer el ejercicio de sentirse pleno como persona y a partir de ahí poder hacer algo bueno con esta historia que es durísima, que pesa mucho, que inevitablemente está presente todos los días. No hay un día que no me piense como hijo de desaparecidos, que no piense en mi mamá, en mi papá, en lo que vivieron, en lo que les hicieron... eso es algo que no se te quita nunca de la cabeza. Y teniendo eso en la cabeza todos los días, uno también se mueve de otra manera. Pero yo, obviamente, si tengo que elegir entre quedarme con esa vida que tenía y haber continuado con ese Claudio que no sabía nada o haber afrontado lo que se vino y tener que resolver muchas situaciones complejas, volvería a elegir saber la verdad. Siempre.

PALABRAS FINALES

Para Manuel, transmitir su historia en las escuelas es un acto reparador que le devuelve la esperanza de un futuro deseado.

Me llena de esperanza que sucedan estas cosas en los colegios, que en estos espacios se hable porque yo no tuve la posibilidad que desde la escuela me cuenten la verdadera historia del país. Es muy importante que sea la escuela la que ayude a pensar en lo que pasó. Piensen que la generación de sus padres tampoco recibió mucha información, que fue la generación que padeció la dictadura y que tuvo que callarse. Así que está bueno que quizás sean ustedes los que metan el tema en la casa y que ayuden a esa generación que fue muy golpeada en la dictadura a que se anime a hablar y que rompamos ese silencio que nos fue impuesto porque es la manera más sana para una sociedad de tratar un tema tan difícil como este. Creo que hemos madurado muchísimo y que es el mejor momento para afianzar lo que tenemos y para construir un futuro que nos permita tener un país mejor.

HILDA VICTORIA MONTENEGRO TORRES

Nieta restituida por las Abuelas de Plaza de Mayo

Victoria nació el 31 de enero de 1976, en la Ciudad de Buenos Aires. Es hija de Hilda Torres, nacida el 1 de octubre de 1957, y Roque Montenegro, del 16 de agosto de 1955, ambos oriundos de Metán, provincia de Salta. Tenía menos de quince días de vida cuando fue secuestrada junto a sus padres por fuerzas de seguridad, en un operativo comandado por el coronel Herman Antonio Tetzlaff en Lanús, provincia de Buenos Aires.

A partir de ese momento, perdió su identidad. Fue anotada como hija biológica del matrimonio de Herman Tetzlaff y María Eduartes con el nombre María Sol Tetzlaff con fecha de nacimiento 28 de mayo de 1976. Gracias a la búsqueda incansable de las Abuelas de Plaza de Mayo, fue localizada en agosto de 2000 y se reencontró con su familia biológica un año más tarde. Dejar de ser María Sol y volver a ser Victoria fue un largo proceso marcado por las contradicciones y las rupturas ideológicas propias de una crianza centrada en el adoctrinamiento contra lo que sus apropiadores llamaban ‘la subversión’.

Su familia biológica supo acompañar este largo proceso de aceptación de su verdadera identidad y al día de hoy han logrado construir un vínculo sólido y sostenido, basado en el amor y la verdad. Es la nieta número 95.

Más allá de que tuvimos que atravesar una historia que es muy dura y que costó mucho, yo pienso que, si tuviera que elegir, elegiría saber la verdad. No me imagino mi vida hoy siendo María Sol. Si tuve que pasar un montón de cosas feas, valió la pena para que hoy pudiera ser Victoria.

Victoria está casada y tiene tres hijos. Sus padres permanecen desaparecidos.

Se acabó el miedo. El miedo se fue con María Sol. Yo soy Victoria.

LA HISTORIA DE VICTORIA

Antes me llamaba María Sol Tetzlaff y era hija de un coronel del ejército –Herman Tetzlaff– y de María del Carmen Eduarte, su esposa. En ese momento, yo pensaba, realmente, que lo que decían las Abuelas de Plaza de Mayo, las Madres, era todo mentira. Cuando era chiquita, me decían que ellas eran unas viejas locas, que no habían sabido cuidar a sus hijos y que ahora se acordaban cuando les faltaban y querían lastimar a la familia argentina –como la que yo tenía cuando era María Sol–, mintiendo. Gracias a Dios, las Abuelas no eran viejas locas, sino que eran mujeres luchadoras a las cuales no solamente les robaron a sus hijos, sino a sus nietos por nacer o nacidos. Yo tenía trece días cuando desaparecí. Las Abuelas iniciaron una causa judicial contra mi apropiador y recién a los veinticinco años ‘aparecí’ como María Sol Tetzlaff a 2.000 kilómetros de mi familia. La verdad es que fue bastante difícil esto. Recién hoy, diez años después de ese momento, puedo decir que me llamo Victoria Montenegro, que soy una nieta restituida y que estoy orgullosa de mis padres, mis abuelos, mis hermanos. Pero eso lleva mucho tiempo porque realmente hubo un estado terrorista que hizo mucho daño, que nos lastimó mucho, que nos robó

nuestra infancia, nuestra familia, lo que nuestros papás soñaron para nosotros y eso no es algo que uno pueda acomodar tan fácilmente. Imagínense ustedes que un día te den un papel y te digan que ya no sos esa persona que eras hasta ese momento y que las personas que vos querías, a quienes les decías mamá y papá, no son tus verdaderos padres. En mi caso, el agravante es que a quien yo le decía papá y que era la persona a quien yo más amaba en el mundo, me confirma que, efectivamente, él es la persona que mató a mis papás, al 'enemigo', y que lo había hecho para 'salvarme la vida'. Y yo, en ese momento, se lo agradecí porque sentía que realmente me había salvado la vida. Obviamente, crecí en los cuarteles y por lo tanto tenía una formación ideológica militar muy fuerte y un miedo muy grande de hacerme cargo de esa verdad como para poder llamar las cosas por su nombre. Me llevó muchos años, pero, por suerte, pude entender que a la persona a la que amaba mucho no era mi papá, era mi apropiador y que eso que yo pensaba que era un acto heroico era un crimen de lesa humanidad. Porque yo le creía cuando él decía que 'salvaba a la Patria' y me contaba que entraba y mataba al enemigo. Ellos decían que cada vez que mataban a un subversivo estaban haciendo Patria y yo, realmente, creía que eso era cierto y pude con el tiempo entender que no era un acto heroico y que no me había salvado la vida, sino que me había alejado de mi verdadera vida. Lo pude correr y pude dejar de decirle 'papá', lo cual para mí era fabuloso. Puedo decirle 'papá' a mi verdadero papá, que se llama Roque y le decían Toti, yo ahora le digo papá. Y a Hilda, que es mi mamá, pude llamarla 'mamá'. Pude encontrarme con mi familia biológica y hace diez años que estamos juntos. Tenemos una relación muy linda que crece todos los días y esto es gracias a las Abuelas, que nunca dejaron de buscarme. Hoy por hoy, los nietos colaboramos con las Abuelas para poder abrazar a los hermanos

que nos faltan y además porque muchos de nosotros ya somos papás y sabemos que no solamente es nuestra generación la que no tiene identidad, sino que nuestros hijos están creciendo con una identidad que no es la suya. Cuando a mí me cambiaron la identidad, tuve que cambiarles la identidad a mis tres hijos también. Sus nombres son su historia. Tuve resistencia, obviamente, porque ya mis hijos eran grandes, pero hoy por hoy están muy orgullosos de su apellido y de sus abuelos.

¿A qué plano pasaron tus padres anteriores? ¿Qué sentís hacia ellos ahora porque, a pesar de que todo era una mentira, fue mucho tiempo con ellos?

Yo siempre digo que lo que me entregan a los veinticinco años es el ADN. La identidad la recuperé mucho después. Recién hace dos años terminé de recuperar mi identidad. En esos años, desde el ADN, desde que me entero que esa familia que me crio no eran mis verdaderos padres al día de hoy, reacomodé muchas cosas. A veces, es difícil. Cuando la que adopta es una familia buena que lo quiso y lo quiere como su hijo, es una cosa. En el caso de algunos nietos, como en mi caso, cuando nos cría alguien de la misma fuerza, que son quienes nos apropiaban, realmente nos crían como adoctrinados. Están convencidos de que nosotros 'somos hijos de subversivos' y así nos criaban, con esa idea. En mi caso, mis apropiadores estaban siempre atentos a todo. Cosas que para ustedes son normales, como levantar un volante de algún partido político, para mí no lo era. Él se sentaba y me hablaba horas de lo peligroso que era eso. Es decir, me formaba todo el tiempo. Entonces, cuando vos te enterás de lo que me enteré yo, te lleva un tiempo correr la ideología, lo que vos considerabas que estaba bien. En un primer momento, me pasaba que él era mi papá y todo lo que decía estaba bien y todos los demás tenían la culpa: las Abuelas, el juez, todos menos él. Hasta que

van pasando los años, yo ya era mamá y tenía que hablarles a mis hijos también de lo que estaba pasando. Me acuerdo que en un momento yo les estaba hablando y digo para mí misma: 'No, esto es lo que a mí me dijeron, pero esto yo sé que no es así'. Entonces, tuve que empezar a decirle a mi hijo: 'Vos lo querés a tu abuelo –porque mi hijo mayor se crio con su abuelo- pero lo que hizo no está bien'. Entonces empezás a acomodar, a decir: 'Esto de romper una puerta no es salvar a la Patria, es destrozarse una familia'. Todo eso te va ayudando a que lo puedas correr de a poco y yo lo logré definitivamente recién hace dos años porque, hasta entonces, para mí, mi papá y mi mamá eran Herman y Mari. De hecho, cuando me notifican en el juzgado, me presento y digo que mi nombre es María Sol Tetzlaff y que era hija del coronel Tetzlaff y de María del Carmen Eduarte y que eso no iba a cambiar nunca. Con estas palabras, me presento ante mi familia biológica, que me había buscado hacía veinticinco años. Fui con esa idea de no querer a mi familia porque, para mí, mi familia biológica no existía. Mi mamá y mi papá eran únicamente Mari y Herman, lo demás era un accidente. Yo no quería esa verdad que ellos me querían contar. Pero después te das cuenta de que esa familia existe y que es tuya. Además, me pasa que me parezco a toda mi familia, eso ayuda a poder llamar las cosas por su nombre: 'Bueno, está bien, yo lo quiero –ya había fallecido mi apropiador– pero no es mi papá'. Y al correrlo pude comenzar a querer a mis verdaderos padres. A mí me pasaba eso, yo no podía querer a mis papás verdaderos porque mi papá era Herman; el otro era Toti, como si fuese un amigo. Por otra parte, las fotos que tengo de mi papá son de cuando tenía diecisiete o dieciocho años, entonces es muy difícil, porque tenés veinticinco o veintiséis años y ves a tu papá que es más joven que vos. Hoy por hoy, mi hijo mayor tiene la misma edad de mi papá cuando desapareció, entonces, a mí al menos

me resultó muy complicado. Pero la verdad es que yo festejo que pude correrlas a las personas que me criaron, pude correrlos del lugar de mamá y papá. Yo no los odio, no los odio, pero amo a mis verdaderos padres. Quiero saber todo de ellos, quiero estar con mi familia, quiero recuperar eso. No tengo odio porque si vos te ponés a pensar en lo que nos pasó, si nos ponemos a odiar, nos enfermamos y, aparte, no vamos a cambiar nada. No podemos cambiar lo que pasó y si odiamos nos hacemos malas personas, hacemos lo que hicieron ellos con nosotros y no queremos ser así porque nuestros padres nos amaron, nos trajeron al mundo y somos frutos del amor. Entonces, nosotros tenemos que ser lo que eran ellos, buenas personas. Yo no odio a mis apropiadores. Sé que no son mi mamá y mi papá. Mi mamá y mi papá están desaparecidos y es a ellos a quienes amo realmente. Sigo teniendo vínculo con mi apropiadora y cada tanto la voy a ver. Pero desde este lugar: ir, ver a mi hermana, ya que tengo sobrinos también, y nada más. La voy a ver, pero sé que no es mi mamá. Mi mamá está desaparecida.

¿Vos tenías alguna sospecha de que podías ser hija de desaparecidos?

No, yo no lo pensaba ni lo sospechaba. Yo digo que es gracioso porque mi apropiador era hijo de alemanes, Tetzlaff. Era rubio de ojos verdes y María también era rubia. Y mis papás eran salteños. Yo me acuerdo siempre que cuando iba a hacer trámites la persona que me atendía me preguntaba por el origen del apellido. A mí me encantaba mi apellido porque era raro. El de María Sol era T-E-T-Z-L-A-F-F. Entonces, cuando me preguntaban por el origen, yo decía: 'alemán'. Y la gente me miraba, claro... Y yo decía: 'alemán del norte', y la gente me seguía mirando... Yo decía eso porque mi apropiadora me había dicho que su suegro, el padre de Herman, era alemán del

norte, 'morochó', me decía. Y claro, yo había visto una foto de él en blanco y negro y era un alemán todo tallado. Para mí era así, yo no dudaba, aunque a todo el mundo le parecía raro. Pero nunca tuve dudas de que fuera hija biológica del matrimonio Tetzlaff - Eduarte. Yo me entero en el juzgado. Para mí, lo que me decía Herman en ese momento –mi apropiador– era así, no había dudas. Cuando el juez me dice 'se comprobó que no sos la hija biológica del matrimonio Tetzlaff - Eduarte', yo le planteo que no, que es mentira, que el banco genético lo manejan las montoneras de las Abuelas y el montonero del juez. No sé si ustedes ven el personaje de Capusotto, 'Bombita Rodríguez', que dice que son todos montoneros. Bueno... ¡yo era igual!, como ese personaje. Y el juez me dice: 'Tenés un 99,99 % que no sos hija del matrimonio Tetzlaff - Eduarte'. Y yo le tiro el expediente y le digo: 'Yo me quedo con el 0,01 % porque esto es mentira, porque yo soy hija de mi papá'. Después vuelvo a mi casa y estaba mi apropiador. Era la primera vez que lo iban a llevar a Caseros (a prisión). Voy y le digo: 'Vamos a pedir la contraprueba' porque yo estaba convencida de que era hija de él. Y ahí me dice que no: 'No, negra, no'. Entonces le dije: 'Vamos a pedir la excarcelación'. Es así como me entero que no soy hija de ellos, hija biológica, pero anteriormente, no había tenido dudas.

¿Cómo hicieron tus padres adoptivos para mantener la mentira tantos años? ¿Había complicidad con otra gente?

¡Sí, complicidad hubo! Por eso, ahora se está juzgando, además de las personas de la Fuerza, la complicidad civil. Yo vivía en Lugano I y II, que es un complejo de monoblocks que está en el Sur de la Ciudad de Buenos Aires. Y éramos dos los hijos de desaparecidos: estaba yo y Horacio Pietragalla, que es otro nieto que Herman, mi apropiador, se apropió. A él se lo dio a la señora que trabajaba en mi casa y por lo tanto nosotros dos crecimos

juntos. Horacito –que mide dos metros, pero yo le digo Horacito de cariño– apareció y yo, supuestamente, era un año mayor que él y creo que en realidad le llevo apenas un mes. Lina, la señora que lo crio, decía que era un bebé recién nacido y ya caminaba. En un edificio de 56 departamentos, absolutamente todos lo sabían. Lo mismo pasaba conmigo: mi apropiador me mostraba las fotos de mi bautismo: ‘Mirá, tenías cinco meses y pesabas catorce kilos’. Decían que era una beba recién nacida y era una gorda de cinco meses, seis meses, y toda la gente sabía. Cuando nosotros aparecimos, las vecinas me decían: ‘Sí, todos sabíamos. ¡Qué bueno que apareciste!’ Pero nunca nadie dijo nada. Todos sabían y lo que decían era: ‘Pero para qué te vas a meter si estás bien criada, si estás gordita, si vas al colegio’. La idea era que ya estaba y había que dejar todo así, sin hacer nada. Lo que mi apropiadora decía –y hasta el día de hoy lo sigue sosteniendo– es: ‘¿Qué íbamos a hacer, te íbamos a dar con esa familia subversiva?’. La idea era: tuviste otra oportunidad; si tus papás no están, ya está; te dan otra vida, otro nombre, otro apellido. Entonces, como a ellos no les pasaba, no les importaba. En Lugano I y II, que es enorme, todo el mundo sabía que Horacito y yo éramos hijos de desaparecidos o al menos tenían muchas sospechas. En su caso era al revés porque su mamá adoptiva era tucumana y él era un rubio, blanco, de dos metros, que no se parecía físicamente en nada... Y la gente nunca hizo nada, nunca denunció.

LA CONSTRUCCIÓN DE SU PROPIA HISTORIA

Para Victoria no fue fácil reconstruir su historia. Primero tuvo que romper con los prejuicios y sustentos ideológicos con los que fue criada por sus apropiadores. Sin embargo, el amor incondicional de su familia le dio la contención que necesitaba para recuperar su identidad.

¿Cómo fue después la relación con la familia biológica?**¿Cómo es ahora?**

Después de mi presentación horrible la primera vez que los vi en el juzgado, la relación cambió. Yo iba dispuesta a no quererlos, para mí era simplemente un trámite. Yo me había obligado a que no podía quererlos porque para mí quererlos a ellos era traicionar a los que en ese momento eran mis papás. Yo sentía eso. Y aunque fui así a ese encuentro, algo diferente me pasó. En ese encuentro, estaban todos mis tíos y dos de mis primos –ellos habían hecho un sorteo entre todos los primos que son una banda y vinieron dos–, estaban Leandro y María Julia. Mi papá era el menor de ocho hermanos, era el juguete de todos los hermanos, además son de esas familias muy unidas que si hay un cumpleaños van todos y están siempre juntos, siempre cuidándose entre todos los hermanos. Me acuerdo de que cuando termino de presentarme la veo a mi tía Irma que se le caían las lágrimas y uno de mis primos, Leandro, que es el que más habla de todos, comenzó a contarme, con mucho respeto también, que ellos me habían buscado siempre, desde el primer día, como Hilda Victoria. Y comienza a contarme la historia de mis papás, cómo se llamaba mi papá... En cambio, mi familia materna de lo primero que me habló fue de la militancia de mis padres y a mí eso automáticamente me hacía rechazarlos. Ellos no, fueron muy respetuosos, me hablaban de mi papá cuando era chiquito y me pidieron conocer a mis hijos. Bueno, ese mismo año viajamos por primera vez a Salta. Era el casamiento de mi primo, que ahora está esperando ya su cuarto bebé. Y a partir de ese momento empezamos a tener una relación hermosa. Yo me acuerdo que la primera vez que vi a Salta venía caminando por la calle y mis sobrinas –tengo sobrinas que tienen la edad de mis hijos– venían corriendo y empiezan a gritar: ‘Tía, tía’. Yo las miraba y pensé que iban a abrazar a otra persona porque yo tengo hijos

de esa edad y sé que los chicos a esa edad no mienten, primero te saludan, te estudian y después te abrazan, no hay forma de que un chico finja el cariño. Pero ellas me abrazaron y seguían gritando ‘tía, tía’, me llevaron a la casa de mi tía y empiezan a sacar un montón de fotos. Entonces, me muestran las fotos de mi cumpleaños porque ellos todos los 31 de enero me festejaban los cumpleaños, aunque, obviamente, yo no estuviera. Me decían: ‘Tía, este es su cumpleaños de cinco años, usted no estaba acá, pero este es su cumpleaños. Acá usted tomaba la comunión’. ¡Miren qué incorporada estaba yo en la vida de ellos! La sensación que yo tuve ese día fue que hacía mucho tiempo que yo no iba a ver a mi familia, sentí eso automáticamente, en ningún momento sentí que era nueva. Yo sentí que habían pasado muchos años sin ir a verlos, nada más. El cariño de mis tíos, de mis primos, de mis sobrinos me ayudó muchísimo a entender esta historia. Obviamente, junto con mi marido y mis hijos, que son los más inmediatos que tengo, los que más me contienen. Pero también el cariño de mi familia me ayudó mucho a poder reconstruir, a poder recuperar mi identidad y reconstruir mi historia y la de mis papás. Desde ese lugar, porque el abrazo que me dieron mis tíos nunca lo había tenido hasta ese momento. Tuve un montón de otras cosas, quizás materiales u otros abrazos, pero no ese, ese del corazón y, aparte, de la sangre. La verdad es que hoy con mi familia tengo un vínculo hermoso y me hace muy feliz. Tengo esa sensación de que, si bien sé que están a 2.000 kilómetros, es como si estuvieran a la vuelta. Yo los siento muy cerquita de mí a pesar de la distancia. Me hace muy feliz tener a mi familia.

¿Cómo fue pasar todo ese proceso emocional y empezar a saber sobre tus padres al encontrarte con tu familia biológica?
Yo me casé siendo muy chica, a los quince años, y fui mamá muy joven. Tengo hijos de diecinueve, dieciséis y doce años. Así que,

cuando recuperé mi identidad, ya estaba casada con tres hijos. Además, estaba muy a la defensiva de mi verdadera familia por estas contradicciones ideológicas que no me permitían estar del todo abierta a escucharlos. Lo que yo pedí al principio, lo que yo quería, era que me contaran únicamente lo que hacían mis papás cuando eran chicos o cuando eran jóvenes, pero cosas comunes, nada que estuviera relacionado a su militancia, no quería saber nada vinculado a eso porque, si me hablaban de su militancia, automáticamente los ponía de vuelta en el rol de subversivos y no podía entender que eran mis papás. A mí me llevó mucho entender que ellos eran mis papás, me llevó años entender que eran personas y poder separar eso de la subversión y recién después de ocho años pude entender que eran mis papás. Así que, yo empecé a construir esos vínculos con mis padres desde este lugar, desde preguntar cosas simples, como qué comían o qué hacían cuando iban al colegio o a qué jugaban y así pude empezar a quererlos. Hace muy poco pude estar en contacto con sus compañeros de militancia, ellos eran del ERP y lamentablemente la mayoría de sus compañeros están desaparecidos. Yo tengo, además de mi mamá y mi papá, dos tíos maternos más desaparecidos: mi tía Juana, que tenía diecinueve años, y mi tío Pedro, que tenía dieciséis. Y a mi abuela materna y a mi otra tía las expulsaron del país antes del golpe. A mi familia materna la destrozaron. Así que me llevó más tiempo reconstruir la historia. Yo hace muy poco pude conectarme con los pocos sobrevivientes de esa época que militaban con mis papás. Y este año, que es la primera vez que viajo a Salta un 24 de marzo, fui al colegio de mi papá. Yo viajé un montón de veces estos años a Metán –que es la ciudad de mis papis–, pasaba por la puerta del colegio y jamás entré a la escuela donde mi papá hizo toda la primaria. Este año fue la primera vez que pude entrar y fue muy fuerte para mí porque todavía

yo sigo acomodando estas cosas. Me encontré con compañeros de ellos, ya no de militancia porque en Metán prácticamente desaparecieron todos los chicos que militaban con ellos, pero sí del colegio. Lo mucho que te van contando o lo poco que te cuentan es atesorado para poder seguir armando la imagen de ellos. Porque encima no había grabadora, no había nada, son solo las fotos en blanco y negro y con eso uno trata de construir. Yo recién hace muy poco comencé a estar abierta a querer saber la militancia de mis papás y de estar definitivamente orgullosa de ellos y poder hacerlo sin volver a ponerlos en el lugar donde los ponía antes, ni por un instante. Ahora siento que lo puedo hacer sin miedo.

VICTORIA HOY

Actualmente, Victoria se siente plena y feliz. Logró superar sus miedos y enfrenta su vida personal y familiar planteándose renovados desafíos. Para Victoria, conocer la verdad fue un proceso absolutamente positivo.

¿Cómo es tu nueva vida, cómo la encarás, cómo te ves con todo lo nuevo que tenés?

A mí particularmente la vida me cambió de un modo radical. María Sol pensaba que lo mejor que podía hacer una mujer por el país era quedarse en su casa y cuidar a sus hijos como Dios manda, para hacer hogares constituidos, hechos y derechos. En los debates, yo decía que la culpa de todo era, justamente, porque las mujeres salían a trabajar y descuidaban sus hogares. Porque así me habían criado, ¿no? (se ríe). Y, hoy por hoy, mi pensamiento cambió. Como Victoria, me considero una mujer plena, feliz. Obviamente, mi casa ya no es lo que era antes, impecable, ahora es como la mayoría de las casas, pero

trabajo, milito, ayudo y acompaño a las Abuelas, tengo estas ganas de cambiar el mundo, digamos. También soy consciente de que somos jóvenes, pero tenemos alrededor de 40, así que tenemos nuestras limitaciones, pero estoy llena de ganas y de sueños. Y, más allá de que tuvimos que atravesar una historia que es muy dura y que costó mucho, pienso que si tuviera que elegir, elegiría saber la verdad. Es como cuando te preguntan si volverías a tener a tu hijo: cuando una es madre y tiene a su hijo, no se imagina su vida sin su hijo, no te entra en la cabeza, aunque hayas tenido que pasar mil cosas, verlos a ellos vale todo. Recuperar mi identidad para mí es lo mismo, no me imagino mi vida hoy siendo María Sol. Tuve que pasar un montón de cosas feas, pero valió la pena para que hoy pudiera ser Victoria.

¿Cómo te sentís cuando vas a las escuelas a contar tu historia? ¿Cómo te sentiste estando acá?

Me pone muy feliz y me voy muy feliz. Los chicos son el futuro, no tengo ninguna duda de que cada uno de ustedes es multiplicador de esto que es simplemente la verdad, los sueños, la justicia. Me voy con montones de preguntas que nos hicieron que sinceramente nos hace replantearnos la historia y nos hace sentir un poco más acompañados. Estamos representando a los nietos que encontraron las Abuelas, a los 400 nietos y nietas que nos faltan, pero también, no sé si no es un poquito de egoísmo mío, siento que cada vez que estoy hablando con ustedes tengo a mi mamá y a mi papá al lado mío. Y que ustedes estén acá y nos den este rato para contarles nuestra historia y que sean tan respetuosos con el silencio y con las preguntas, a mí me da muchísima felicidad. Además, los veo y veo este futuro hermoso que entre todos estamos construyendo y agradezco a los profesores y su compromiso para que ustedes hoy conozcan estas historias. Cuando yo iba al colegio, esto no existía. Por ejemplo,

en mi escuela todos sabían que yo era hija de desaparecidos y yo iba morada de la cabeza a los pies y la directora decía ‘se cayó de la escalera’, no hacía la denuncia. Entonces, esto que ustedes tienen, estos profes comprometidos son los que nos van a ayudar a llevar este país adelante, a construir ese país que soñaron nuestros padres, que es ese país que queremos para ustedes y que no tenemos ninguna duda de que cada uno de ustedes va a ayudar a construir.

PALABRAS FINALES

Yo, cuando aparecí, odiaba a las Abuelas de Plaza de Mayo. La condición que puse para conocer a mi familia era que Estela de Carlotto no se acercara, no estuviera cerca del juzgado. Yo dije: ‘Si veo a la Carlotto, me voy’. Y Estela tuvo esa grandeza que tiene siempre, como todas las Abuelas, de haberme buscado 25 años y llegado el momento se alejó para evitar cualquier situación que me pusiera mal. Pero eso ahora no importa, lo importante es que lo pude entender, lo pude procesar y que hoy estoy sumamente orgullosa de haber recuperado mi identidad, de poder ayudar a las Abuelas a encontrar a los 400 hermanos que nos faltan. Porque lo que uno siente lo sentimos todos. Es que cuando tenemos la posibilidad de abrazar a nuestras familias, de ir a Abuelas y tomar un té con ellas y estar entre nosotros, tenemos la obligación de encontrar a los 400 nietos y nietas que faltan para que ellos también tengan esa posibilidad de recibir el abrazo de sus familias y de saber que no se los abandonó, que no se los dio en adopción, sino que sus papás los soñaron y los quisieron y los amaron hasta el último segundo y que su familia los buscó siempre.

JUAN PABLO MOYANO ALTAMIRANO

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Juan Pablo nació el 26 de agosto de 1976. Es hijo de Elba Altamirano y Edgardo Moyano. Fue muy corto el tiempo que Juan Pablo pudo compartir con su papá y su mamá. El padre de Juan Pablo fue secuestrado en agosto de 1977. Su madre fue secuestrada el 14 de enero de 1978 en la localidad de Carapachay.

Juan Pablo, que en ese momento tenía poco más de un año de edad, fue literalmente arrancado de los brazos de su madre y entregado por las fuerzas de seguridad que actuaron en el operativo a una vecina de la zona. Esa familia lo entregó inmediatamente al Juzgado de Menores N° 2 de San Isidro, provincia de Buenos Aires. Este juzgado, en un procedimiento absolutamente irregular, lo dio en tenencia a una familia sin tomar ningún recaudo, razón por la cual Juan Pablo permaneció hasta 1983 en un ambiente sumamente inadecuado.

En 1983, fue localizado por Abuelas de Plaza de Mayo y el 27 de noviembre de 1984 fue restituido a su familia verdadera.

Sus padres permanecen desaparecidos. De su papá, Edgardo, pudo saberse que permaneció con vida en el centro

clandestino de detención que funcionaba en la Escuela de Mecánica de la Armada hasta enero de 1978.

Hoy por hoy, yo puedo realmente decir quién soy y quién quiero ser. Soy consciente de lo que quiero para mi vida, para mi hija y para mi país.

LA HISTORIA DE JUAN PABLO

Es hijo de Edgardo Moyano y Elba Altamirano y nació el 26 de agosto de 1976. Antes de cumplir el año de edad, su padre fue secuestrado y a los pocos meses, el 14 de enero de 1978, su madre es secuestrada en la vía pública. Él tenía casi un año y medio de edad cuando fue arrancado de los brazos de su madre y entregado en una casa desconocida.

Mi padre desapareció en 1977. En el caso de mi madre, la secuestraron un día en Munro mientras yo estaba en brazos de ella. Las Fuerzas Armadas me arrancaron de sus brazos y se la llevaron. A mí me dejaron en una casa desconocida. Le golpearon la puerta a una vecina y le dijeron: 'Le dejamos este nene, ahora lo venimos a buscar'. Pero no vinieron nunca más. Después, la señora dijo que no me podía cuidar porque yo no era su hijo. Me llevó al Juzgado N° 2 de San Isidro a cargo del Doctor Fugaretta y quedé en guarda ahí. Entonces, un día, se acercó una señora que tenía problemas con su hija porque, según ella, era una adolescente muy rebelde. Me vio que yo estaba por ahí en los pasillos del juzgado gateando y preguntó: 'Y ese nene, ¿de quién es?'. Le contestaron que no era de nadie y pidió permiso para llevárselo. Fue así como, sin ningún tipo de trámite ni seguimiento, esta señora me llevó a su casa y con ella estuve viviendo hasta el año 1983, bajo una identidad cambiada, con un apellido falso, con una vida bastante precaria, con maltratos, abusos.

Su abuela Natividad, en 1981, se acercó a las Abuelas de Plaza de Mayo para hacer la denuncia y comenzar la búsqueda conjunta. Fue así como, a partir de diferentes averiguaciones, llegaron a la casa donde vivía Juan Pablo. De esta forma, un día, en 1983, un señor golpeó la puerta de la casa de Juan Pablo y él, con seis años de edad, le abrió sin saber que ese momento cambiaría su vida.

Un día golpean la puerta. Era un señor que vendía corbatas y me empezó a dar charla. Yo tenía seis años, ¿qué corbata le iba a comprar? Y bueno, resultó ser que ese señor era mi tío. Ese fue el primer contacto que tuve con un familiar después del desastre que había pasado. Mi abuela en ese momento estaba a veinte metros viendo si era yo o no. Fueron a mi casa después de haber recibido un dato que indicaba que ahí había un chico que podía ser su nieto. A partir de ahí, las Abuelas empezaron a moverse. Ellas iniciaron acciones legales y a los pocos meses vuelven a golpearme la puerta y cuando abro estaban todas las Abuelas con los medios, con Manuel, mi tío y un montón de familiares más.

Así fue como, con sus tan solo seis años, Juan Pablo debió comenzar a trabajar con su nueva identidad y su verdadera historia.

Creo que ese primer momento fue lindo porque yo la estaba pasando muy mal afectivamente, llegando a pasar hambre, incluso. Fue bastante difícil ese tiempo. Y recibir tanto amor de golpe me encantó. Todos me preguntaban: ‘¿Qué querés que te traigamos?’, y yo decía: ‘Lápices de colores, caramelos’. ¡Y lo traían! Igualmente, por más lindo que fuera, era raro, no entendía muy bien. Un tiempo antes, mi apropiadora me había dicho que tuviera cuidado, que no le abriera la puerta a nadie porque andaban buscando a un chico que se llamaba Juan Pablo, pero que no era yo. Yo nunca le hice caso a nadie. En el 83, el

21 de julio, me fui a vivir con mi abuela. ¡Volví a mi hogar! Y desde ahí en adelante empiezo a ser Juan Pablo Moyano. Pero no termina ahí la cosa porque para mi familia paterna el hecho de que mi padre haya sido militante montonero significaba que era 'un loco desquiciado que ponía bombas'. Para ellos, estaba muy mal lo que hacía mi papá... era toda una historia muy densa, muy difícil de llevar adelante. Era complicado contar qué pasó con mis padres. Lo más fácil para mi familia, para mi tía paterna en particular, era adoptarme como hijo suyo. Ahora que soy mayor puedo analizar esto como una segunda apropiación: me ponen otra mamá.

No fue fácil convivir con su verdadera historia, ya que implicaba relacionarse con nuevos silencios y ocultamientos.

Se trataba de borrar mi historia. Si bien pude recuperar mi nombre, eso fue lo único que recuperé. Mi familia siempre trató de no mirar ese costado, de no revolver... En esa época, nos convocaban desde Abuelas con juegos. La intención de Abuelas siempre fue acompañarnos y apoyarnos en todo este proceso que es reconstruir la identidad. En una de esas oportunidades, Chicha Mariani, que era la Presidenta en ese momento, llamó a mi casa para invitarme a una de estas actividades y mi abuela y mi tía le contestaron: 'Mire, les agradecemos mucho lo que ustedes hicieron por nosotros y por Juan Pablo, pero Juan Pablo tiene que rehacer su vida y dar vuelta la página y empezar de vuelta'. Y así fue como empecé a vivir mi vida, que si bien estaba con mi familia, no tenía nada que ver con la historia de dónde yo venía.

Después de estar tantos años con una familia que no era la tuya, ¿qué se sintió encontrar a tu familia biológica?

Yo no encuentro a mi familia, sino que mi familia me encuentra a mí. En ese momento, mi primera sensación fue de alivio. Yo pasé de vivir en un lugar horrible, con una familia horrible,

a un lugar hermoso, con muchos mimos, muchas cosas. Fue una experiencia muy linda en ese momento. Más adelante, fue bastante traumático para mí. Lleva mucho tiempo de digestión. Lleva tiempo mastcarlo, procesarlo, es un trabajo bastante complicado. Es un trabajo que un nene de siete años no está en condiciones de hacer. Por eso me mentí con mi identidad y la encontré a los veintisiete, no a los siete años. Es un trabajo que lleva tiempo. Más en el caso mío, que yo estuve con mi mamá y me arrancan de sus brazos. Yo tomé la teta. Son cosas que no recuerdo, pero las viví. Todo eso está en tu cabeza y desde ya que lleva mucha terapia y mucho trabajo. Haberme vuelto a encontrar con Abuelas de Plaza de Mayo en 1996 me ayudó mucho. Hoy por hoy, me sigue ayudando y sigo aprendiendo de ellas, de los abogados, del equipo de investigación, tanto política como socialmente. Es un largo proceso. Vos encontrás a tu familia, te cambiás el nombre, pero eso recién empieza. Tenés toda una trayectoria, todo un camino por recorrer. No es algo fácil. Tienen sus complicaciones. Pero lo que tiene de bueno es que es la verdad. Pasás de vivir una mentira a vivir tu realidad. Y eso es fundamental porque es muy bueno saber de dónde venís.

¿Tu relación con tu tía siempre fue igual?

A veces recibí amor, a veces recibí demanda. Recibí amor de una persona que estaba muy enferma, que sufrió mucho. Que había perdido a dos hermanos, que no quedó bien psicológicamente. Recibí amor de una persona muy enferma que actuó en base a sus necesidades. Yo no la juzgo en absoluto, pero ha cometido muchos errores, como los cometo yo hoy como padre. Ser padre es una responsabilidad muy grande y se aprende en el momento. No tenés un manual de donde aprender. Yo no digo que mi tía no me quería, sino que simplemente me costó bastante convivir con ella.

LOS PADRES DE JUAN PABLO Y LA BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD

Elba, mamá de Juan Pablo, nació el 13 de junio de 1947 en Córdoba. Edgardo, papá de Juan Pablo, nació el 25 de enero de 1951 en Buenos Aires. Sus compañeros de militancia la llamaban 'La Negrita' y a él, 'Ricardo', 'El Negro Ricardo' o 'Capricardo'.

Mi papá y mi mamá se conocieron en Ezeiza cuando volvió Perón. Y son cosas que yo me enteré de grande. Yo tuve una adolescencia complicada... tuve muchos problemas porque nunca encontré mi lugar. Tuve problemas con mi conducta. Me echaron de no sé cuántos colegios. Yo necesitaba respuestas. Más allá de saber de quién era hijo, yo necesitaba una identidad. Después de tantos problemas de conducta, me dijeron un día: '¿Por qué no te acercás a Abuelas?'. Y yo pensaba: '¿Qué voy a hacer en Abuelas? Si yo ya recuperé mi identidad? Doce años después, me presenté y dije: 'Yo soy Juan Pablo'. Todos me recibieron con mucha alegría y cariño y ahí empecé a vincularme con ellas nuevamente y a sumarme a las actividades. A partir de ahí, recién empiezo a reconocermme como Juan Pablo, hijo de Edgardo e hijo de Elba. Estuve desde los siete años hasta los veintipico diciendo mamá a alguien que no era mi mamá. Parece mentira, ¿no? Tomé conciencia de eso y un día me senté con mi tía a conversar y a explicarle que yo la quería mucho, pero que ella era mi tía y que mi mamá era Elba. Para mí era muy difícil explicar quién era. Por ejemplo: si me llevaban preso por averiguación de antecedentes y me preguntaban... nombre de la madre y le decía el nombre de mi tía porque por adopción legal era lo correcto. Pero cuando me preguntaban por el nombre de mi padre, yo les decía que no tenía padre porque mi padre era el hermano de quien yo decía que era mi madre. ¡Imagínense!

¿Qué pudiste saber sobre lo que vivieron tus padres?

Mi papá estuvo en la ESMA y mi mamá no sabemos en qué centro estuvo. No tenemos muchos datos. No tenemos ninguna información. Mi papá era estudiante de ingeniería. Quería ser ingeniero. Después, se metió en la militancia y dejó los estudios. Lo que pude reconstruir es que era un tipo muy recto. Con un carisma de líder, según lo que me cuentan. Lo que pasa es que cuando alguien falta se lo tiende a idealizar y es así como cada vez que me hablan de mi padre nadie me cuenta los defectos. Me dicen que era muy terco. Bastante cabeza dura. Sé que fue asesinado en la ESMA. Y mucha gente me ha dicho: ‘No sabés cuánta gente está viva gracias a tu viejo. Lo único que le pudieron sacar fue el nombre’.

¿Cuál era el fin de robar bebés?

Yo creo que había una intención de quedarse con todo lo del enemigo. Los enemigos éramos nosotros. Entonces, pensaban: ‘Te saco tu hijo, me lo quedo, lo educo a mi manera para que no sea subversivo’. Creo que también hay un poco de eso. No les salió muy bien, ¿no? Gracias a las Abuelas de Plaza de Mayo, siguen apareciendo nietos y van a seguir apareciendo. La idea de ellos era un poco la de quedarse con todo. Así como se llevaban las cosas de las casas, se llevaban a los hijos. Todo. Creo que fue una especie de humillación más.

PALABRAS FINALES

Encontrar su identidad, su nombre, no fue razón suficiente para procesar y entender su historia. Fue necesario el paso del tiempo para adueñarse de su búsqueda e iniciar su propio recorrido. Este es su mensaje para los jóvenes de hoy:

Hoy por hoy yo puedo decir realmente quién soy y quién quiero ser en verdad. De todas maneras, me falta, me falta muchísimo. Pero hoy por hoy soy consciente de algo: soy consciente de qué quiero para mi vida, de qué quiero para mi hija de doce años, de qué quiero para mi país. Y está bueno eso, ¿no? Es importante conocer la historia de nuestros padres, la historia de la dictadura, de Latinoamérica. Nosotros somos un pedacito de la historia, de esta historia nefasta, de exclusión social, de responder a intereses que no son nuestros propios intereses. El tema de la identidad es mucho más profundo de lo que nosotros mismos podemos expresar. Mi mensaje es que tengan en cuenta que siempre vamos a tener enemigos. Siempre va a haber gente que no quiere que pensemos diferente, que no seamos quienes queremos ser. Fíjense quiénes quieren ser ustedes y defiéndanlo. Busquen una posición, infórmense.

MARÍA VICTORIA MOYANO

Nieta restituida por las Abuelas de Plaza de Mayo

María Victoria era una nena como tantas; le gustaban mucho los deportes, leer, dibujar y hacer manualidades. Siempre supo que no era hija biológica de sus padres de crianza, pero aun siendo niña detectaba que no le estaban diciendo toda la verdad sobre su origen. Recuerda que primero le contaron que sus padres habían muerto en un accidente, pero después cambió la explicación y le dijeron que su mamá había fallecido en el parto y su papá la había abandonado.

Esas dos versiones me generaban mucha angustia e incertidumbre. Cuando empecé la primaria, estaba mal, solía llorar y decir que quería saber qué había pasado con mi papá y mi mamá.

Su maestra de 1° grado ya la conocía porque su hijo iba al mismo grado que el hermano de crianza de María Victoria. El rol de esta docente fue fundamental en la recuperación de su identidad. De acuerdo a su testimonio, la primera señal de alarma que notó fue que el amigo de su hijo contó un día que tenía una hermana, cuando ella sabía que la madre no había estado embarazada y que en la familia había un comisario de la Policía Bonaerense. Incluso, en plena dictadura, la maestra sospechó que esa criatura podía ser una nena apropiada. Entonces, fue obteniendo información gracias a la cercanía de su vínculo en la escuela. Ya en 1982, convencida de que

Victoria podía ser hija de desaparecidos, hizo la denuncia en Abuelas de Plaza de Mayo. Luego, para mantener el vínculo, la docente pidió el grado de la niña. Así pudo tener acceso a la documentación que le solicitaban como colaboración desde Abuelas, que sumó a su relato, para que la asociación pudiera motorizar la investigación.

Abuelas de Plaza de Mayo recibió denuncias sobre un comisario de apellido Penna, cuyo hermano tenía una nena inscripta como hija propia, con una partida de nacimiento falsa firmada por el médico policial Jorge Héctor Vidal. A partir de esto, iniciaron las acciones judiciales correspondientes y en enero de 1988 los resultados de los análisis realizados en el Banco Nacional de Datos Genéticos confirmaron su lazo con dos familias que buscaban a su nieta o nieto.

Así, María Victoria se convirtió en una de las primeras nietas que recuperó su identidad. Supo que había nacido en el centro clandestino de detención conocido como “Pozo de Banfield” el 25 de agosto de 1978 y que sus padres eran María Asunción Artigas y Alfredo Moyano.

Siempre que hablo con mi maestra le agradezco que se haya animado a hacer la denuncia en plena dictadura. Y a todos los docentes les pido que, más allá de esta historia, no desaprovechen las posibilidades que tienen de ayudar a sus alumnos.

LA HISTORIA DE MARÍA VICTORIA

¿Cuál fue la primera noticia que recibiste sobre tu origen?
Yo sabía que era adoptada, pero no tenía ninguna idea de quiénes habían sido mis padres. El 27 de diciembre de 1987 llegó a la casa de la que entonces era mi familia un grupo de autoridades entre las que había policías, un fiscal y un juez más otras personas, un montón de gente. Recuerdo el forcejeo con la puerta,

cierta violencia, mientras yo estaba en mi pieza, ya que era muy temprano. Me fueron a buscar y yo no entendía nada. Entonces, el juez me explicó que pensaba que yo no era familiar biológico de mi madre de crianza y que mi familia me estaba buscando. Le contesté que yo ya sabía que era adoptada y que uno siempre tiene algún familiar, como un tío o un primo. En ese momento, supe que no iba a volver, que me estaba yendo para siempre.

La llevaron al Juzgado, donde pasó las primeras 12 horas antes de quedarse en la casa de una familia sustituta, que resguarda al menor sin que nadie conozca su ubicación más allá del juez.

¿Cómo te sentiste en ese momento?

Estaba sorprendida y confundida. Era contradictorio porque tenía algo de tranquilidad, pero me sentía rara. No me dejaron llevar nada, ninguna de mis cosas.

Le hicieron los estudios de compatibilidad y el 30 de diciembre la llevaron de nuevo al Juzgado para comunicarle que habían confirmado que pertenecía a una de las familias que buscaban nietos desaparecidos durante la dictadura.

En ese momento sí sentí desesperación porque no quería ir a conocer a personas de las que no sabía nada. De todas maneras, fue muy loco que quise preparar unas galletitas de limón para llevar cuando fuera a visitar a mis abuelos. Tenía sensaciones contradictorias. De nuevo me llevaron al Juzgado, donde había un lunch servido para que me viera por primera vez con mis abuelas. Había viajado a la Argentina mi abuela uruguaya. También estaba una tía abuela mía y recuerdo a Estela de Carlotto y Chicha Mariani.

Tras esa reunión María Victoria se mudó inmediatamente con una de sus abuelas por orden del juez y recuerda esos primeros instantes al recibir la noticia como algo duro frente

a lo que opuso resistencia, pero que debió acatar. Al día siguiente, conoció a su tía paterna y sus primas, que viajaron desde San Pablo, donde vivían.

Cuando pasaron los meses yo me adapté y ya me quería quedar. No se me habían ido las contradicciones, pero tenía ganas de quedarme con mis abuelas. Era triste porque es una historia terrible, pero esos primeros tiempos de adaptación pasaron rápido.

¿Cómo fue recuperar tu identidad siendo una nena de nueve años?

Si bien por supuesto que seguía siendo una niña, de algún modo ya era más grande que los otros chicos. Había tenido que madurar. En mis ratos libres, escuchaba mucha música y leía. Me dejaron el nombre que tenía hasta el momento porque no había una certeza con respecto al que me había puesto mi madre. Eso fue una suerte para mí, que no quería otro nombre. Aunque parezca un detalle, no lo es.

Se resolvió que viajara su abuela materna desde Uruguay para quedarse en Buenos Aires con María Victoria porque habían generado un buen lazo desde el comienzo.

Había pegado onda con mi abuela Blanca, la uruguaya, desde el día que la vi. En ese primer encuentro en el Juzgado le pedí que me hiciera upa.

Se instalaron los abuelos dos años en la Argentina y después se mudaron los tres a Uruguay, algo que para María Victoria significó un deseado nuevo comienzo. Además, le permitió vivir tranquila después de una experiencia que la había asustado, cuando su apropiadora fue por sorpresa a verla a un recital.

LA RECUPERACIÓN DE LA IDENTIDAD

¿De qué modo fuiste conociendo la historia de tus padres?

En Montevideo fue más fácil porque yo vivía en la casa donde se había criado mi mamá, con sus cosas. Pude usar incluso vestidos y sandalias que habían sido de ella. Y mis abuelos todos los días me hablaban de mamá. También había compañeros sobrevivientes y muchos vecinos que me contaban cosas. Hoy sigo investigando el destino de mis padres y además del juicio y castigo busco la verdad, y me guío por muchísimos datos que me pasó mi abuela, que fue la más consciente de la importancia de ese legado.

¿Cuándo empezaste a entender qué era ser militante y por qué lo habían sido tus padres?

Toda mi familia era militante. Mi abuelo había sido delegado obrero y mis abuelas lo hacían dentro de organismos de Derechos Humanos, ya que fueron parte de Madres y de Abuelas de Plaza de Mayo. Todos mis tíos por parte de mi madre eran militantes. En mi entorno, se reivindica esa esencia y jamás podrían plantear la construcción de su vida por fuera de sus ideas. Hoy en día las discusiones fuertes que podemos tener no son por cuestiones familiares, sino por temas políticos. Yo nunca me enojé con mis padres, por el contrario, los comprendo, los reivindico y siento un gran orgullo.

María Asunción nació el 26 de marzo de 1951 en el barrio montevideano La Teja y Alfredo nació en Buenos Aires el 1 de marzo de 1956. Ambos militaban en el MLN-Tupamaros. El 30 de diciembre de 1977 fueron secuestrados en su casa en Berazategui, en la zona sur del Gran Buenos Aires. De acuerdo a los testimonios de sobrevivientes, se sabe que los dos estuvieron detenidos en los centros clandestinos de

detención conocidos como “Pozo de Quilmes” y “Pozo de Banfield”. María Asunción estaba embarazada de dos meses y medio y se supo que el 25 de agosto de 1978 nació su beba. Ambos continúan desaparecidos.

¿Qué detalles de sus vidas te resultaron más notables?

Me llama la atención lo jovencito que era mi papá cuando empezó a militar. Fue en el año que equivale al séptimo grado de la Argentina. Sé que todo el mundo era muy maduro en aquella época debido al contexto, pero él era particularmente joven. Mis abuelos lo habían llevado de viaje a Europa para que se distrajera porque no querían que se involucrara tanto y él aprovechó para comprar allá literatura política. Era cinco años menor que mi mamá y se casó con ella a los 17. Ambos eran anarquistas y terminaron dentro de Resistencia Obrera Estudiantil. Mi mamá tenía una condición social más complicada, vivía con su familia en un barrio obrero. Mis tíos me cuentan que ella se ponía minifalda y se pintaba las uñas, aunque no se usara. Era contestataria en todos los ámbitos. Estudiaba medicina, pero después se vino con mi papá para la Argentina escapando de la dictadura uruguaya. Los sobrevivientes del centro clandestino donde estuvo me hablaron de su fortaleza moral. Me imagino lo difícil que habrá sido, sobre todo estando embarazada. Fue rebelde incluso en las peores condiciones. Y eso me gusta.

¿De qué modo retomaste sus banderas?

Como fui de las primeras nietas recuperadas, mi militancia empezó al lado de mis abuelas. Habíamos aparecido unos cuantos nietos, pero pocos querían dar entrevistas. Sin embargo, tenía que dar esa batalla porque la sociedad no entendía lo que era la restitución. De una manera testimonial, desde chica intenté concientizar sobre la problemática. Después, de más grande,

entendí que tenía que profundizar esa militancia y tener una construcción más profunda. Empecé a militar políticamente en el PTS Frente de Izquierda. Mis ideas no tienen que ver con las de mi familia, pero sí compartimos la noción de que se necesita la transformación de la sociedad. Aunque no tenga la misma mirada política de mis padres, retomo sus banderas en términos revolucionarios.

¿Qué reflexión tenés sobre la determinación de las Abuelas al salir a buscar a los nietos que habían sido secuestrados en plena dictadura?

Yo creo que su rol fue incluso más allá; pienso que con el correr del tiempo nos vamos a ir dando cuenta de lo que significa todo lo que hicieron. Salieron para buscar a sus hijos y sus nietos, algo que es muy valiente en ese contexto. Pero hicieron mucho más que eso. Son un ejemplo para las mujeres: marcaron un antes y un después en el rol de la mujer para nuestro país. Fueron transformadoras. Las próximas generaciones van a valorar todo lo que nos legaron. Mi abuela y todas las abuelas y las madres, incluso con sus diferencias, son muchísimo más revolucionarias de lo que ellas se imaginaron. Yo amo profundamente a la Abuela Mirta Baravalle y cuando hay cosas que me cuestan las charlo con ella y recupero la templanza.

¿Cuál es tu mirada sobre el tratamiento de las temáticas de Derechos Humanos en las escuelas a través de programas como Educación y Memoria?

Me parece súper importante. Quienes están en contra argumentan que son cosas del pasado porque ya pasaron un montón de años desde la dictadura, pero les digo que esto es el futuro. Hay que construir ese futuro con justicia y con verdad. Para

eso, tenemos la obligación de transmitirles estos saberes a las nuevas generaciones y permitirles así elegir su destino.

PALABRAS FINALES

Para los hijos de desaparecidos, la historia familiar y la historia de la Argentina están entrelazadas. Nuestros hijos tienen que saber por qué no hay abuelos o tíos y, para darles esas explicaciones, poco a poco se les va dando información sobre la historia. Los chicos van creciendo y se educan de esa manera. Incluso, con el correr de los años, muchas veces hay que repetir y volver a explicar algunas cosas. Pero se hace siempre con la verdad, en la medida que lo puedan entender. Yo sé bien que un chico lo puede entender porque lo viví en carne propia a los nueve años.

MARTÍN OGANDO MONTESANO

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Martín nació el 5 de diciembre de 1976 en el centro clandestino de detención llamado Pozo de Banfield, en la provincia de Buenos Aires. Su madre fue Stella Maris Montesano, una joven platense de 27 años, quien tenía ocho meses de embarazo al momento de su secuestro. Y su padre fue Jorge Oscar Ogando, de 29, oriundo de Tornquist. La pareja tenía una hija llamada Virginia, de tres años, que quedó al cuidado de su familia paterna.

Desde el comienzo, Martín fue buscado intensamente por su abuela Delia Giovanola de Califano, una de las doce fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo. En paralelo, Abuelas recibió tres denuncias anónimas, entre 2006 y 2008, sobre un joven inscripto como hijo propio, aunque en su entorno circulaba el rumor sobre su nacimiento en un centro clandestino de detención. Ese muchacho terminaría siendo Martín.

Pese a que estaba inscripto como hijo propio por el matrimonio que lo crio, él comenzó a tener dudas sobre su origen y, cuando sus padres de crianza murieron, se acercó a Abuelas de Plaza de Mayo con “fuertes sospechas de ser hijo de desaparecidos”.

Ya era marzo de 2015. Tras relatar su historia, fue contactado por personal de la CONADI y el 15 de mayo de ese mismo

año se le tomó la muestra de sangre. Este análisis se hizo a través del consulado argentino, ya que Martín vivía hacía más de una década en los Estados Unidos. El 5 de noviembre recibió la noticia que cambiaría su vida: era hijo de desaparecidos y se convertía así en el nieto restituido número 118.

“Cuando pasaron los meses y sabíamos que el bebé ya debía haber nacido, empezamos a averiguar dónde podría estar. Les pedíamos noticias a las autoridades, pero no nos daban respuesta. Entonces nos juntamos con otras once señoras que tenían hijas o nueras que estaban embarazadas cuando las secuestraron para organizar la búsqueda. Así nacimos las Abuelas de Plaza de Mayo”, Delia Giovanola, abuela de Martín.

LA HISTORIA DE MARTÍN

Tuve una infancia y una adolescencia muy lindas. Mis padres de crianza me dieron todo, me trataron muy bien y desde siempre me contaron que había sido adoptado. En realidad, no me adoptaron de forma legal, sino que pagaron por mí cuando era un bebito de días. Ellos no podían tener hijos y se enteraron de que en una clínica de Wilde podían conseguirles un bebé a cambio de dinero.

¿Cuándo empezaste a sentir inquietudes sobre tu origen?
Como era adoptado, siempre necesité saber de dónde venía. Son las dudas sobre las raíces que puede tener cualquier persona.

¿Cuáles fueron los primeros indicios de que podías ser hijo de desaparecidos?

Por la fecha de mi nacimiento, muchas veces hablamos con mi padre de crianza, Armando, de que yo podía ser hijo de desapa-

recidos. Él no lo sabía a ciencia cierta, pero lo sospechaba. Yo no quise hacerme el análisis mientras ellos estuvieron vivos porque siempre me trataron bien y no quería que pasaran por eso.

En marzo de 2015 falleció Armando y entonces Martín decidió acercarse a Abuelas en lo que se llama una “presentación espontánea”. Les contó su historia de vida y les mostró la partida de nacimiento. Luego de un tiempo de estudio del caso, se le pidió que concurriera al Consulado Argentino para realizar ahí la toma de la muestra sanguínea para el análisis.

Y unos seis meses después, cuando yo pensaba que iba a dar todo negativo, me llamaron y me dijeron que había dado positivo.

¿Cómo fue ese momento?

Me empezaron a hablar de mi familia, mi padre Jorge y mi madre Estela, y también me contaron que tengo una abuela, Delia, que es una de las fundadoras de Abuelas de Plaza de Mayo. Así fui conociendo de a poco toda mi historia y fue muy fuerte.

Así recuperaste tu identidad.

Sí. En realidad esto ocurrió a fines de 2015 y aún estoy en el proceso del cambio que conlleva. Todo toma su tiempo y no es fácil. Pero igual estoy muy contento de saber quiénes fueron mis padres verdaderos y sigo recabando información sobre ellos y todo lo que pasaron. Fue muy lindo haberme encontrado con una persona tan buena y tan especial como es mi abuela Delia.

EL REENCUENTRO CON LA FAMILIA

El primer contacto fue telefónico por la distancia que había: recibí el llamado de Claudia Carlotto, presidenta de la CONADI. Ella me contó toda mi historia y yo pedí hablar con mi abuela, que estaba ahí presente.

¿Y cómo fue ese encuentro tan anhelado?

Mi abuela se puso loca de contenta, gritaba de emoción. Desde entonces, nosotros charlamos casi todos los días por teléfono. Tenemos una relación muy linda y muy cercana. Todas nuestras primeras comunicaciones fueron vía Skype, incluso por la computadora nos vimos las caras por primera vez. Así fue como ella conoció a mis hijas y yo a mi tía Lili, la hermana melliza de mi mamá. Para mí fue muy importante haberla conocido porque es lo más cercano que tuve a mi mamá. Era una persona maravillosa. El hijo de ella, mi primo Juanjo, vive en España y es un amor de persona. He tenido mucha suerte con toda mi nueva familia.

Stella Maris Montesano nació en La Plata el 3 de septiembre de 1949 y, como tenía una hermana melliza, su apodo era “La Melli”. Jorge nació el 28 de noviembre de 1947 en Tornquist, provincia de Buenos Aires, y lo llamaban “Cogo”. Los secuestraron en el mismo operativo en su propia casa el 16 de octubre de 1976. De acuerdo a los testigos, Jorge estuvo detenido en el CCD “Pozo de Banfield” al igual que Stella Maris, quien, tras el parto, fue llevada al CCD “Pozo de Quilmes”. Ambos continúan desaparecidos.

¿De qué modo fuiste conociendo la historia de tus padres?

Hoy por hoy sigo averiguando cómo fueron ellos. No tengo claro si eran militantes o no porque mi abuela Delia y mi tía Lili me dijeron que no, pero mi hermana Vicky afirmaba que pertenecieron al PRT. También se cuenta que los fueron a buscar por un primo de mi papá al que habían agarrado unos días antes y otros piensan que pudo haber sido por un muchacho al que mis padres le alquilaban una habitación en La Plata, quien aparentemente sí tenía una militancia fuerte.

Cuatro años antes de que Martín fuera encontrado, su hermana Virginia se quitó la vida a los 38 años. Fue el 16 de agosto de 2011 en la ciudad de Mar del Plata. Hoy, su abuela Delia lucha para que los hijos que dejó conozcan a su tío.

¿Cuándo supiste sobre el desenlace de la vida de tu hermana? ¿Solés hablar de ella con tu abuela?

Me resulta difícil hablar de Vicky, me hubiese encantado conocerla y compartir nuestras vidas. La familia, los amigos y todo el mundo me habla bien de ella. Me dicen que era un ser espectacular, llena de luz, divina. Sé que se la pasaba haciendo un montón de cosas para buscarme. Ella formaba parte de la agrupación HIJOS y también acompañaba a mi abuela. Pero lamentablemente pasó lo que pasó... Y eso es un parte muy dura que me toca aceptar porque la verdad es que me gustaría mucho haberla conocido. Es un capítulo muy triste y me pone muy mal hablar del tema.

En abril de 2016, Martín fue un invitado especial en la actividad del Programa Educación y Memoria de la Ciudad de Buenos Aires en conmemoración al Día del Coraje Civil. Fue la primera actividad pública compartida por el nieto y su abuela. Concurrieron a un acto de la Comuna 15 del que participaron docentes y organizaciones barriales, culturales y sociales de los barrios de Paternal, Almagro, Caballito y Villa Crespo para homenajear a las valientes mujeres que dieron la primera ronda de las Madres de Plaza de Mayo alrededor de la Pirámide el 30 de abril de 1977. “La abuela Delia es una persona entrañablemente adorable”, manifestó Martín. Como reside en el exterior, en otras oportunidades ha participado de actividades educativas del Programa a través de mensajes grabados que, por su enorme calidez, conmovieron a todos los presentes.

¿Qué reflexión tenés sobre la determinación de las Abuelas al salir a buscar a los nietos que habían sido secuestrados en plena dictadura?

Por las Abuelas de Plaza de Mayo siento gran admiración. Son increíbles la fuerza y la valentía que tuvieron esas mujeres que, en plena dictadura, salieron a reclamar por sus hijos y sus nietos. Hacer todas las rondas con los militares alrededor, con esas armas largas a su lado... Para peor, había desaparecido una de ellas, Azucena Villaflor, pero continuaron; siguieron y siguieron con los años, hasta hoy.

¿Qué pensás de que Delia haya sido una de las doce fundadoras?

Creo que habla muy bien de ella y a mí me llena de orgullo. Apenas se llevaron a mi papá y a mi mamá, ella se empezó a mover. Primero los buscó como pudo y presentó hábeas corpus. Después, empezó a ir a la Plaza de Mayo y fue ahí cuando otra señora preguntó quiénes tenían una hija o nuera embarazada que hubiera sido secuestrada. Entonces, ella y otras mujeres salieron de la fila y ahí nomás empezó lo que sería la fundación de Abuelas de Plaza de Mayo. Y ya lleva 41 años de trabajo.

MARTÍN HOY

Vive en Miami, Estados Unidos, donde cría a sus hijas de trece y nueve años.

¿Cómo les transmitís todo esto a tus nenas?

Siempre les hablo de mi abuela, de la historia de mis padres y de mi nueva identidad, por así decirlo. Desde luego que lo hago cuidándolas mucho porque esta historia no es para nada linda, sino que tiene un montón de cosas oscuras y feas... desaparición,

tortura, muerte. Entonces trato de pensar bien cada palabra que les digo. Y si bien han hecho viajes a la Argentina, ellas nacieron en los Estados Unidos y viven ahí, por eso no están tan empapadas en el tema como otros chicos que viven y van a la escuela acá. Pero, aun así, siempre les estoy contando y mostrándoles fotos de mi abuela, de mis padres, de mi hermana y ellas los tienen presentes.

¿Cuál es tu mirada sobre el tratamiento de las temáticas de Derechos Humanos en las escuelas a través de programas como Educación y Memoria?

El hecho de que se transmita todo en las escuelas me parece súper porque un país que no tiene memoria, que no aprende de los errores del pasado, está condenado al fracaso. Por eso pienso que está muy bien que se trabaje así y los chicos tengan fresco todo lo malo que ocurrió en la historia para que no vuelva a pasar.

PALABRAS FINALES

Hace poco charlaba con mi abuela sobre su participación en una protesta que se hacía en el Congreso en la cual vi, una vez más, a una inmensa cantidad de gente ovacionándolas. Y ella me dijo: ‘Pensar que cuando empezamos a ir a Plaza de Mayo éramos apenas cinco o seis abuelas, a la otra semana se sumaron otras diez y después otras 30, hasta que fuimos un montón. Pero al principio éramos muy poquitas’. Lo que ellas hicieron fue algo único en el mundo.

GUILLERMO RODOLFO PÉREZ ROISINBLIT

Nieto restituido por Abuelas de Plaza de Mayo

El nieto de la vicepresidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, Rosa Roisinblit, nunca había imaginado que podía no ser hijo de quienes se llamaban sus padres. Desconocía gran parte de lo ocurrido durante la dictadura. Gracias a la tenaz búsqueda de su hermana y de Rosa, en 2000 conoció su verdadera identidad y pudo fundar una familia.

“Un hombre llamó a Abuelas diciendo que había conocido a un chico con una descripción parecida a la de mi nieto y justo ese llamado lo atendió mi nieta Mariana. Ese hombre se contactó con Guillermo y juntos vinieron a Abuelas. Mariana lo recibió y le dijo: ‘Creo que somos hermanos’. Después de un tiempo se hizo el análisis de sangre y coincidió con mi ADN”, describió Rosa Tarlovsky de Roisinblit.

LA HISTORIA DE GUILLERMO

Como tantos otros bebés que ya son hombres, Guillermo Rodolfo Fernando Pérez Roisinblit nació en la ex ESMA. Su madre, Patricia Roisinblit, y su padre, José Pérez, le eligieron los nombres Rodolfo Fernando y así debió llamarse toda la vida, pero por la acción de sus apropiadores vivió durante más de dos décadas como Guillermo Gómez, atravesando

una historia que, si bien fue y es suya, no era la que le correspondía por herencia. Desde aquel 15 de noviembre de 1978, sus orígenes fueron ocultados, pero no extinguidos, como se pretendió. Y a partir del año 2000, con tres nombres y dos apellidos, construye su existencia junto con sus hijos, con su identidad recuperada como pilar fundamental.

¿Cómo fue tu infancia?

Fui criado como hijo de padres separados y presencié violencia doméstica. Además, sufrí necesidades y la ausencia de la figura paterna. Fueron cosas que me marcaron en la infancia. En este mundo, donde todo es posible, yo puedo asumir que mis viejos hayan desaparecido, pero no que me alejaran de mi familia. Me quitaron la posibilidad de tener una relación, tal vez bárbara, con mi hermana. No me dejaron construir recuerdos con ella, no pude ir a la plaza con mi abuela y que me comprara golosinas, ni conocer a mi abuelo. Todo eso me lo robaron. Y no fueron solo los militares, sino que mis apropiadores, todos los días de mi vida, decidieron mantenerme en la mentira.

¿Cómo fue enterarte a los 21 años de que no eras quien siempre habías creído ser?

Yo sentía que yo no podía ser, que estaban equivocados. Sabía que había habido una dictadura, pero no que se habían robado bebés. Ante esa ausencia de información, cómo iba a pensar que yo era uno de ellos. Para colmo, me sentía hijo de mi apropiadora. Es muy difícil asumir que eso te está pasando a vos. Pero fui criado como hijo único y siempre quise tener un hermano. Por eso fui a Abuelas el mismo día que me enteré: había posibilidades de que tuviera una hermana y no lo iba a dejar pasar. El problema era que, si bien esa chica que me encontró era mi hermana, yo no consideraba que era hijo de quienes ella llamaba papás.

¿Cómo fue tu vida cotidiana esos primeros días?

Me despertaba llorando y necesitaba mirar un anillo con mis iniciales porque no tenía idea de quién era. Pero esas letras ya no eran las de mi verdadero nombre. Es como si te quitaran el suelo donde pisás y empezaras a caerte sin que te quede algo de qué aferrarte porque todo lo que te rodea es sencillamente falso. Sin embargo, las experiencias vividas son reales, lo que vos sentiste también. Yo siento que hice mi vida, pero todo está enmarcado en una gran mentira. Tal vez la mentira en comparación con todo lo vivido sea muy pequeña, pero está tan enquistada, es algo tan originario, que genera que todo lo demás se vea mal.

LA CONSTRUCCIÓN DE MEMORIA COLECTIVA

Guillermo acompañó al programa Educación y Memoria a distintas actividades educativas para contar su historia ante un gran número de pequeños.

Me resulta fácil hablarles de mi vida. Esta misma experiencia la vivo en mi casa, cuando les tengo que explicar mi historia a mis hijos. Ignacio, que es el más grande, empezó a hacerme preguntas a los cuatro años y al poco tiempo ya comprendía la figura de un desaparecido. Me preocupaba que lo tomara con tanta naturalidad y que tuviera varias cosas más asumidas que yo mismo. Se habían cortado libertades, secuestraban a algunas personas, les hacían daño y se robaban a sus hijos. Hoy hay mucho material didáctico que aborda esta temática de un modo particular, específico y cuidado. Además, los docentes están preparados para brindar esa información; hubo un cambio muy positivo en la estructura educacional. Por eso, los chicos hacen preguntas muy incisivas y se animan a hablar de cosas que algunos periodistas no preguntarían porque no tienen ciertas inhibiciones y son muy curiosos.

LA RECUPERACIÓN DE SU HISTORIA

Antes me dolía que llamaran ‘apropiadores’ a quienes yo veía como las personas que me habían criado, pero salté esa línea hace mucho tiempo. Ellos se quedaron con un pibe, lo anotaron como hijo biológico, falsificaron documentos, le suprimieron la identidad, lo quitaron de su familia... son apropiadores. Yo no los llamo mamá y papá, ni padres del corazón, ni de crianza, ni nada: son mis apropiadores.

¿Pudiste armar lazos rápidamente con tu familia verdadera?

En realidad, sentía la urgencia de armar una familia propia porque el núcleo que me había rodeado no era mi familia y para la que sí lo era yo seguía siendo un perfecto extraño. Por más que te hayan buscado por un montón de tiempo, de entrada no hay confianza, falta todo lo cotidiano. Por eso, le pedí al juez de mi causa que acelerara la restitución, ya que no podía pensar en ser padre si no tenía lo básico: el apellido. Una vez que recuperé mi identidad, pude pensar en tener hijos.

Guillermo es nieto de Rosa Roisinblit, vicepresidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, y no tiene problema en contar que antes de saber que era hijo de desaparecidos no distinguía a las Abuelas.

Cuando nos conocimos, se presentó diciéndome: ‘Yo soy tu abuela’. Y yo le respondí: ‘Ya lo sé, baba’, como le dice mi hermana desde chiquita. Y nos abrazamos. Admiro mucho a mis abuelas. A todas, pero en especial a mi abuela Rosa y a mi abuela Argentina. Rosa tiene una inteligencia, una ubicación, una concepción de la realidad y una verborragia tan especiales que la destacan de todo el mundo. Ellas tendrían que haber disfrutado de sus nietos y malcriarlos, pero tuvieron que reinventarse y salir a buscarnos con todo en contra.

¿Qué querés para tus hijos?

Que crezcan en un ambiente en el que se debata mucho la política. No sobre lo partidario, sino que tengan conciencia de que la política es un instrumento que puede modificar la realidad de las personas. Que no necesiten seguir buscando nietos cuando sean adultos. Que puedan ver que terminamos con eso y que los encontramos a todos. Que sean hombres de bien, que no renieguen de su historia y que se sientan orgullosos no solamente de mí, sino también de mis padres. Básicamente, que sean felices, que vivan en libertad, que no los engrupan con respecto a lo que fue la historia y que tengan conciencia política. Porque son cosas que a mí me quitaron.

¿Sos feliz?

Yo estoy muy contento de la persona en que me convertí y por eso estoy convencido de que saber la verdad sobre mi origen es una de las mejores cosas de mi vida. Sufro por la ausencia de mis viejos, por la impunidad con la que se manejaron cuando desaparecieron, porque no hay ningún responsable y no los tengo ni en una tumba. No poseo un solo recuerdo de ellos. Eso es terrible. Sin embargo, soy un tipo muy feliz, estoy casado, tengo dos hijos hermosos de los que me siento muy orgulloso y colaboro en la búsqueda de las Abuelas porque considero que no puede haber nadie caminando por ahí con una identidad que no le es propia.

PALABRAS FINALES

Me asumí como Rodolfo por primera vez en 2005, en el sótano de la ex ESMA. Me dijeron: 'Mirá, Rodolfo, este es el lugar donde vos naciste'. Y me di vuelta. Nunca antes había reaccionado ante el nombre y ocurrió en el lugar en donde me llamaron Rodolfo por primera vez. Me pareció increíble que cerrara así el círculo.

TATIANA RUARTE BRITOS SFILIGOY

Nieta restituida por las Abuelas de Plaza de Mayo

Tatiana nació el 11 de julio de 1973. Es hija de Mirta Graciela Britos y Oscar Ruarte. En agosto de 1977, su padre fue detenido-desaparecido en la ciudad de Córdoba. Dos meses más tarde, en octubre de 1977, su madre fue secuestrada y Tatiana y su hermana, bebé de dos meses de edad, quedaron solas en una plaza de Villa Ballester, provincia de Buenos Aires.

De allí fueron llevadas por personal de la policía a un orfanato, donde ingresaron separadas. Gracias a la intervención de una empleada que conocía que las niñas eran hermanas, pudieron ser adoptadas por la misma familia, el matrimonio Sfiligoy.

En 1980, las niñas fueron localizadas por las Abuelas de Plaza de Mayo y fueron las primeras nietas restituidas. El matrimonio Sfiligoy colaboró desde un primer momento con los familiares de las niñas y las Abuelas para esclarecer la identidad suprimida. A partir de ese momento, Tatiana y su hermana permanecieron con sus padres adoptivos con un permanente contacto con sus familias biológicas. Al alcanzar la mayoría de edad, Tatiana eligió continuar utilizando su apellido de adopción. Actualmente, Tatiana es psicóloga y colabora intensamente con las Abuelas. En el año 2007,

el programa *Televisión por la Identidad*, transmitido masivamente, dedicó el primero de sus tres capítulos a narrar su historia.

Mirta Britos y Oscar Ruarte, sus padres, aún permanecen desaparecidos.

Si me caigo, me levanto. Es mi forma de ser. Por suerte todo el tiempo pienso que si me pasó algo malo es por algo, con eso aprendo y así puedo sacar lo positivo de toda situación.

LA HISTORIA DE TATIANA

Tatiana Ruarte Britos es su nombre de nacimiento. Es hija de Mirta Graciela Britos y Oscar Ruarte. Nació el 11 de julio de 1973. Como consecuencia de la trágica dictadura cívico-militar que se inició en Argentina en el año 1976, Tatiana perdió primero a su padre y luego a su madre, que fue secuestrada en octubre de 1977. Tatiana quedó sola junto a su hermana bebé en una plaza de Villa Ballester en el momento del secuestro de su madre. Tatiana hoy es Tatiana Sfiligoy, con su apellido adoptivo. Ella y su hermana son las primeras nietas recuperadas por las Abuelas de Plaza de Mayo, en 1980. Así presenta su historia:

Cuando la secuestraron a mi mamá yo no entendía muy bien qué pasaba. Sabía que era una situación rara porque estábamos en la calle yendo para mi casa –me pasa todo como una película– y llegando a la puerta mi mamá se da cuenta de que había un operativo, que habían entrado a mi casa. Entonces seguimos de largo y nos vamos a la plaza. Ahí, en la plaza, se da cuenta de que la siguen y ella empieza a despedirse de nosotras, empieza a saludarnos, a abrazarnos. Me dijo: ‘Cuidala mucho a tu hermana’, frase que a mí me quedó como grabada a fuego.

Fue así como con apenas cuatro años Tatiana vivió el secuestro de su madre y se quedó sola en una plaza con su hermana de dos meses de edad.

Y después de ese momento, mi mamá salió caminando casi corriendo, escapándose para que no la agarraran adelante nuestro. Yo no entendía la situación, en ese momento no la entendí. Con los años y con el tiempo me fui dando cuenta de que se trataba de haber vivido el secuestro de mi madre. Y después, a partir de los doce años, empecé a comprender más la cuestión política. Qué eran los desaparecidos, quiénes habían sido. Porque yo crecí en época de la dictadura y en la primaria no se hablaba de todo esto. No había charlas y estaba mal visto decir que uno era hijo de desaparecidos, se pensaba ‘bueno, entonces algo habrán hecho tus padres para que los hayan detenido’. Por suerte, esa situación se revirtió, podemos estar acá presentes y decirlo con orgullo.

Luego del secuestro de su madre, fueron llevadas a un juzgado donde fueron puestas en adopción y adoptadas por el matrimonio Sfiligoy. Tatiana relata que fue una mujer que trabajaba en un Juzgado de Menores quien facilitó que las dos hermanas permanecieran juntas.

No la conozco personalmente, me gustaría conocerla. Sé que fue alguien del juzgado, que supongo sería una trabajadora social. Ella fue la que, supuestamente, con su ‘fallido’ le dijo a mi mamá adoptiva que la bebé que estaba por adoptar tenía una hermana más grande que era yo. Y a partir de ahí, esta familia decidió adoptarnos a las dos. Porque si no, el destino de cada una hubiera sido diferente, a mí me hubieran dado a una familia y a mi hermana a otra y ninguna de las dos nos hubiéramos encontrado, posiblemente nunca. Ese era el plan sistemático también. En donde hubo un secuestro, una desaparición, a las

chicas y los chicos que quedaban los separaban, los mandaban a diferentes familias. No es el único caso de ese tipo.

La intervención de esta mujer anónima fue decisiva en el destino de estas niñas y permitió que Tatiana pudiera cumplir con el pedido de su madre: cuidar mucho de ella.

Yo creo que esta mujer es alguien que no quiso tapar de dónde veníamos, ni a qué familia íbamos a parar. Fue gracias a ella que mis padres adoptivos pudieron adoptarnos a las dos y, de alguna manera, quedó asentada en el juzgado mucha información que generalmente se borraba del expediente. Pero fue como una hormiguita dentro de todo un sistema que se fisuró y por suerte esa información llegó a mis padres adoptivos para que estemos las dos juntas.

Tatiana conservó el nombre que sus padres biológicos le pusieron y tomó el apellido de sus padres adoptivos como una forma de agradecimiento por haber cuidado de ellas y nunca haberles ocultado su identidad. Tatiana hoy elige llamarse Tatiana Sfiligoy.

Tatiana es el nombre que me pusieron mis padres desaparecidos y es el nombre que siempre conservé. No me lo cambiaron nunca, primero porque cuando me adoptan yo ya sabía hablar, por lo que el nombre era difícil que me lo sacaran porque iba a patalear si no. Ese fue mi nombre siempre, pero lo que sí cambió es la posibilidad de que yo lleve el otro apellido. Porque como fue una adopción legal, yo podía elegir a partir de los dieciocho años cambiarme el apellido y ponerme el apellido de mi familia biológica. Con el tiempo, lo pensé y decidí conservar mi apellido de adopción porque fue una adopción legal, en la que no hubo ocultamiento, no hubo mentiras y en la que no había una apropiación. Para mí, mi nombre encierra todo porque conservo el mismo nombre que me pusieron mis padres biológicos con el apellido de quienes me criaron.

La historia de Tatiana se diferencia de las de los otros nietos en cuanto a que a ella no se le negó su identidad.

Los casos son diferentes de alguna manera, como yo decía, como el caso de Juan o el caso de Horacito, en donde hubo una mentira, una falsificación de documentación y toda una situación de tironeos entre la familia biológica y la familia adoptiva que en mi caso no se dio. Por eso, yo conservo un vínculo con las dos familias. A veces es medio raro cuando lo cuento porque para mí yo tengo cuatro padres, dos mamás y dos papás. Y a veces esto es difícil de explicar.

RECUPERAR LA IDENTIDAD

Tatiana fue siempre consciente de lo que le sucedió, de que sus padres ya no vendrían, aunque al principio no pudo entender la razón de sus secuestros. Cuenta que ella no dudó de su identidad, ya que era grande y que sus abuelas fueron quienes las encontraron, en 1980, luego de una ardua lucha en su búsqueda.

A mí las Abuelas me encuentran de muy chiquita, cuando yo tenía seis años. Yo no fui a las abuelas, las abuelas me encontraron a mí. Era una época en la que las abuelas buscaban en todos los lugares, en los hospitales, en las escuelas, en todos los lugares públicos. Hasta que dieron en el juzgado de San Martín con un expediente. Ellas tenían una fotito nuestra y éramos nosotras, así que fue fácil ubicarnos.

¿Cómo fue el encuentro con tu familia biológica?

El encuentro fue muy fuerte. El primer encuentro tuvo lugar en el juzgado, donde estaban las abuelas y estaban mis padres adoptivos también. El juez me preguntó si yo conocía a esas personas, señalando a mis abuelas. En el momento, yo miré para

abajo y fue como una negativa; en realidad, tenía mucho miedo, como les suele suceder a muchos otros nietos. El primer impacto es muy fuerte. Entonces la primera reacción siempre es negar. Pero en un segundo encuentro, que fue quince días después, yo ya estaba en brazos de mi abuela. Ya estaba volviendo a lo que hacía un tiempo atrás. Así que de alguna manera las abuelas me ahorraron el tiempo de búsqueda. Yo tuve desde muy chica a mis abuelas conmigo y pude conocer a mi familia perdida. A mí no me pasó como a muchos nietos que tuvieron ese ‘tiempo perdido’, en mi caso no fue así. Pero sí fue todo un encuentro muy emotivo, en donde yo también tenía miedo de perder algo.

Tatiana tuvo la suerte de reencontrarse con ambas abuelas biológicas y poder recuperar ese tiempo que no estuvieron juntas. Una de ellas vivía en Córdoba y la visitaba frecuentemente.

¿Cómo se llevaban tu familia biológica y tu familia adoptiva?

Muy bien. Se incorporaron enseguida a la vida familiar. Mi reencuentro con mis abuelas no fue un solo día, sino que fueron muchos días y a partir de ahí siempre las quise ver y ellas venían porque vivían en Córdoba, entonces viajábamos nosotros o ellas venían a mi casa. Y eran mis abuelas, como cuando ustedes visitan a sus abuelas, que les gusta que les cocinen, les hagan cosas ricas, algún regalito. Igual siempre uno tiene su abuela preferida. Yo puedo decirlo, ahora que no están ninguna de las dos, ya fallecieron. Mi abuela paterna siempre que venía a casa se quedaba como un mes en mi casa. Y en el último tiempo disfrutaba mucho también de sus bisnietas. Ella estaba muy orgullosa de que yo había sido mamá y venía y se quedaba conmigo.

La verdad es que las disfruté mucho a las dos, sobre todo a mi abuela paterna, mi abuela Amalia, que siempre fue una gran luchadora de los organismos de familiares en Córdoba.

Tatiana respeta la decisión de su hermana de mantener su historia en la privacidad.

Mi hermana no aparece mucho porque es una decisión de ella, ella no quiere hacer pública su historia. Trato de respetárselo. Por eso no se sabe nada de ella. Ella se crio conmigo, tiene contacto conmigo. Ahora también es mamá de dos nenes. Está viviendo afuera, ahora la estoy convenciendo para que vuelva a vivir al país. Así que bueno, en eso estamos, tratando de que vuelva.

¿Qué es lo que te sirvió de apoyo para seguir adelante?

Creo que tuve la posibilidad de tener otros padres, unos padres adoptivos que me criaron y que hicieron de padres. No hubo mentiras, no me sentí tironeada, sino todo lo contrario. Pudieron hacer la función de papás y creo que gracias a eso puedo seguir y puedo estar acá contando esto. Esa fue la mayor ayuda que tuve para poder afrontar mi historia trágica en la que quedé en la vía pública cuando secuestraron a mis padres. Fue un antes y un después ese acontecimiento. Creo que también me ayuda mi forma de ser, mis características personales hacen que, si me caigo, me levanto. Es así, me puede pasar de todo, pero, si me caigo, me levanto. Y es una característica que tengo desde muy chica, soy así. Por suerte, todo el tiempo pienso, si me pasó algo malo, es por algo, con eso aprendo y así puedo sacar lo positivo de toda situación. Eso creo que está bueno.

RECONSTRUIR SU HISTORIA

Tatiana reconstruyó con el tiempo qué fue lo que sucedió con sus padres luego del secuestro. Los recuerda de esta forma:

Ellos se conocieron cuando tenían dieciocho años, haciendo teatro en Villa Libertador, que era un lugar en las afueras de Córdoba, un barrio obrero. Los dos venían de familias de clase

media, pero habían decidido empezar a militar haciendo trabajos en las villas. Además de eso, les interesaba el teatro y el arte, a mi mamá también le interesaban los títeres.

A partir de ahí, a los dieciocho años, ellos empezaron a militar juntos y a querer construir una pareja, una familia. Eran muy activos, tenían una vida que no sé cómo les alcanzaban las 24 horas para hacer todo lo que hacían.

¿Qué cosas pudiste saber sobre tu papá y tu mamá?

Lo que yo sé lo conozco por amigos de mis padres, que me contaron cosas, quizá más de compañeros. Mis abuelas, en cambio, tenían recuerdos de ellos de más chiquitos. Mi papá era muy carismático, muy canchero, era un cordobés muy chistoso. Así es como me lo imagino yo y como me lo quisieron transmitir. Y mi mamá era como más tímida, más seria. Por alguna cuestión, se engancharon y decidieron formar una familia. Después de un tiempo, ellos se separaron.

Yo me enteré de grande que mis padres habían tenido otra bebé entre mi hermana y yo que falleció cuando era muy chiquita. Falleció de meningitis, y eso nunca lo supieron mis abuelas. Me lo contaron compañeros de mis padres. Y a raíz del fallecimiento de esta nena ellos se separaron, la pareja no resistió este golpe. Y eran muy jóvenes también... Mi mamá después formó otra pareja con Alberto Jotar, que es el papá de mi hermana. Alberto desapareció el mismo día que mi mamá.

Sobre su historia, Tatiana rescata los momentos felices y sigue planteándose desafíos hacia el futuro.

Es una historia que tiene cosas muy lindas porque es de pura vida, y también tiene cosas muy fuertes. Enterarme de esto fue un choque porque yo pensé que tenía una hermana y tenía dos. A una no la conocí. Me queda pendiente llevarle una flor a algún lugar porque seguramente ella sí está enterrada en algún lugar.

El padre de Tatiana fue secuestrado el 17 de agosto de 1977 en Córdoba junto a su pareja. Según las investigaciones hasta ahora realizadas, Oscar Ruarte fue llevado al Centro Clandestino de Detención y Exterminio conocido como “La Perla”.

El secuestro de mi papá me lo contaron y además hay testimonios de eso. Fue volviendo de un viaje que él hacía de Buenos Aires a Córdoba. Cuando llegó a Córdoba, a su casa, donde vivía con su novia, hicieron el operativo y se los llevaron a los dos. A los diez días largaron a la novia de mi papá, que no era militante. A ellos los llevaron a un centro clandestino –que se supone que es ‘La Rivera’–. A él después lo llevaron a otro centro clandestino que se supone que era ‘La Perla’. De eso no tenemos más datos, pero son suficientes para pensar que después de ahí lo mataron.

A Mariana, que fue la novia de mi papá, yo también me la encontré de grande. Fue necesario tener varios encuentros con ella porque había sospechas de que ella lo había entregado, familiarmente se corría esa fantasía. Pero por suerte me senté a charlar y me di cuenta de que ella no sabía nada en ese momento. Cuando lo conoció a mi papá y empezaron a salir, mi papá no le contaba nada. Al tiempo, le dijo que tal vez tenía ganas de empezar a militar, pero no tenía información. Por eso la largaron, porque también había un plan siniestro de dejar a algunas personas libres o vivas para que cuenten lo que habían vivido ahí adentro. Fue muy feo lo que me contó, no mucho, de lo que es estar adentro de un centro clandestino.

TATIANA HOY

Tatiana se recibió de psicóloga y trabaja en Abuelas de Plaza de Mayo en el Área de Presentación Espontánea.

Mi interés está en saber qué pasa por la cabeza del otro. Una de las cosas que a mí me interesaba cuando empecé la carrera

era saber ¿qué pasará por la cabeza de un asesino?, ¿cómo llega un asesino a ser un asesino?, ¿qué cuestiones son las que llevan a un asesino a serlo? Nunca lo pude descifrar porque es muy complejo, pero esas cosas me marcaron.

¿Te quedaste con algún recuerdo material de tus padres?

Mi abuela se mudó muchas veces después de esto y sintomáticamente no se quedó en ninguna casa por mucho tiempo. Era como que iba y venía de un lado a otro. Yo creo que por cierto temor. En esas mudanzas, los títeres y ciertas cosas se perdieron, pero hay otras que no. Tengo cartas, tengo alguna ropa, algún adorno, un cenicero que hizo mi papá con un ladrillo. Cosas que tengo de mis padres, de su infancia o juventud.

¿Qué se siente ser la primera nieta recuperada por las Abuelas?

Y, ¡es mucha responsabilidad! Yo hago un poco de mamá de todos porque soy la más grande de todos los nietos. Pero me gusta ese lugar, me da orgullo. Por un lado, sé que es una responsabilidad muy grande, pero también sé que yo elegí ese lugar y estoy orgullosa de hacerlo.

Tatiana ha contado muchas veces su historia en los colegios y entiende el valor de que estos testimonios se difundan para mantener viva la Memoria de lo que ocurrió.

Hoy por hoy creo que estar acá es para mí un orgullo. Y poder contar mi historia y que ustedes se lleven a su casa una imagen, un recuerdo, una palabra, algo, para mí es mucho.

PALABRAS FINALES

Tatiana deja en su relato un mensaje de esperanza a los jóvenes de hoy, destacando que un mundo mejor es posible.

Si bien yo vi el secuestro de mi madre, eso me permitió también de alguna manera pensar lo siniestro que fue el Terrorismo de Estado. Que fue un plan sistemático y efectivamente había gente que sabía que se torturaba, que se llevaban a mujeres embarazadas, que se las mantenía vivas para tenerlas de alguna manera de rehenes y sacarles plata a las abuelas. Fueron situaciones muy siniestras, sobre todo la matanza de chicos tan jóvenes. A veces se deshumaniza a los militares o las personas que participaron, pero aunque a veces resulte difícil de pensar, eran personas de carne y hueso que llevaron a cabo este tipo de prácticas atroces. Yo creo que lo más importante que tienen que saber es que esto sucedió realmente, no es una película de ficción. Pero esto sucedió realmente y todos fuimos parte de eso, no solamente yo, todos fuimos parte de una sociedad que se vio afectada porque quedó el miedo y quedó el terror, pero también quedó esa semillita de esperanza, de la militancia y de saber que es posible otro mundo.

ALEJANDRO PEDRO SANDOVAL FONTANA

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Alejandro jamás dudó de su identidad hasta 2004, cuando se enfrentó con la posibilidad de ser hijo de desaparecidos. Finalmente, el 14 de julio de 2006 recuperó su identidad gracias a la incansable tarea de las Abuelas de Plaza de Mayo. Es el nieto restituido N° 84. Es hijo de Pedro Sandoval y Liliana Fontana y se sabe que nació el 28 de diciembre de 1977 en el Centro de Clandestino de Detención Campo de Mayo. Solo pudo compartir tres meses con su madre y luego fue apropiado por el Jefe de Gendarmería, Víctor Rei, quien lo anotó como hijo propio nacido el 14 de abril de 1978.

La mamá de Alejandro, Liliana, tenía veinte años cuando fue secuestrada. Había nacido en Viale, Entre Ríos, era estudiante de peluquería y estaba embarazada de dos meses y medio. Pedro, su padre, era oriundo de Nogoyá, Corrientes, tenía 33 años y era albañil. Ambos tenían un importante compromiso militante.

Liliana Fontana y Pedro Sandoval fueron secuestrados el 1° de julio de 1977 mientras se encontraban en la casa de los padres de Liliana en Caseros, provincia de Buenos Aires. Testimonios de sobrevivientes relatan que fueron vistos en el centro clandestino de detención “Club Atlético” y que Liliana

fue sacada de allí al momento de dar a luz. Liliana y Pedro aún permanecen desaparecidos.

Sobre la importancia y el valor de haber recuperado su identidad, Alejandro expresa:

Nosotros tenemos una identidad comunitaria. Vamos todos recuperando esa identidad... vamos recuperando el derecho de estar libres por la calle sabiendo quién es quién.

La verdad te libera de todo... pero hay que hacerse cargo de las cosas para liberarse. Cuando te vas enterando, vas viendo todas las realidades. La identidad de uno, está comprobado, se va formando con el día a día. Pero al tener toda la información, toda la verdad, es ahí donde uno puede optar dónde dejar y dónde actuar, quedarte de un lado o del otro.

LA HISTORIA DE ALEJANDRO

Alejandro es hijo de Pedro Sandoval y Liliana Fontana. Fue secuestrado cuando se encontraba en el vientre de su madre, el 1° de Julio de 1977. Solo pudo compartir tres meses con ella. A partir de ese momento, le fue robada su identidad y fue entregado a la familia de un militar: el Jefe de Gendarmería Víctor Enrique Rei, quien lo anotó como hijo propio.

A la mañana del 1° de julio secuestran a mi tío. A la tarde, a mi papá y, porque mi mamá les dijo que quería darle un beso de despedida, se la llevan también a ella. Mi mamá tenía dos meses de embarazo en ese momento. La trasladan a Campo de Mayo. Y ahí nació yo. Me tuvieron con mi vieja tres meses porque mis apropiadores querían un bebé más grande. Le gustaban los bebés cuando ya estaban grandecitos. El 5 de abril, el hijo de mis apropiadores cumplía catorce años y yo fui su 'regalo de cumpleaños'. Eso me marcó toda la vida.

A pesar de que reconocerse como hijo de desaparecidos fue difícil para Alejandro, con el tiempo pudo hacerlo y darse cuenta de que lo que sus apropiadores hicieron con él era un delito. Actualmente, su apropiador se encuentra detenido por esta causa.

Mi apropiador no fue un '4 de copas' en lo que fue la dictadura militar. Esta persona fue a la Escuela de las Américas, fue condecorado con altos honores. Hoy por hoy, estando detenido, es considerado un soldado norteamericano.

Alejandro recuperó su identidad en el año 2006 después de haberse negado a realizar el examen de ADN y alterar las pruebas. Allí, cambió completamente su vida.

Y después, en el 2004, fue como golpearme contra una pared en la que me dijeron 'vos no sos quién sos'. Yo no tenía dudas de nada. Era como verme a mí mismo. Con mi familia, teníamos rasgos muy parecidos. Y entonces ahí es cuando la justicia llega y te da ese golpe.

Con el tiempo, supo que las Abuelas lo estaban buscando desde muy pequeño, pero nunca pudieron encontrarse con él.

En el año 2004, comenzó el tema de saber mi identidad. Las Abuelas me venían buscando ya desde el año 85. Yo tenía ocho o nueve años y se me acercó una señora a la puerta de mi casa mientras estaba jugando a la pelota. Vino y me dijo: 'Subí, que soy tu abuela'. Yo la agarré, la miré y le dije: 'No tengo abuela'. Entré a mi casa y les conté lo que me había pasado y ahí me armaron toda una historieta sobre eso que dicen todos los padres que cuando alguien extraño te habla te tenés que alejar. Y le agregaron la connotación de que en esa época se estaban robando chicos por la venta de órganos a lo que sumaron que desde hacía un tiempo habían puesto ambulancias en las puertas de los colegios. Con el tiempo me di cuenta de que todo era una mentira, un invento de ellos para que las Abuelas no

nos encontraran a nosotros. A partir de ahí, en el año 2004, la justicia vino a contarme la historia, a contarme la verdad y se tardó dos años en sacar la muestra de mi sangre. Y el 14 de julio del 2006 la justicia me dice quién era mi familia realmente. A partir de ese momento, empecé a armar ese vínculo con mi verdadera familia.

Para Alejandro fue necesario que la Justicia interviniera. Con su injerencia, Alejandro pudo enfrentarse a su apropiador y comenzar a vivir su vida como hijo de Pedro Sandoval y Liliana Fontana.

En el año 2009, hubo un juicio y eso fue la bisagra para saber el 100 por ciento de quién era yo. El juicio terminó un 27 de abril. A la semana siguiente, yo fui a ver a mi apropiador al penal de Marcos Paz para encararlo y saber la verdad. Cuando vos vas a un penal, te ponen en un sector, en un salón para esperarlo. Cuando está entrando en el salón empieza a gritar que por mi culpa él estaba ahí. Entonces yo me paro y le digo: ‘Disculpame, ¿cómo que por mi culpa vos estás acá? Que yo sepa nacer no es un delito. Lo que vos hiciste es un delito’. Y él se queda duro, perplejo, aceptando lo que yo decía. Y entonces, al ver que no me decía nada, me di vuelta y me fui. Me di cuenta de que nunca me diría la verdad.

Como dice Alejandro, el juicio fue un punto de inflexión en la aceptación de su verdad. Fue ahí cuando pudo comenzar a tomar distancia de su pasado e iniciar el camino para la reconstrucción de su propia identidad.

Siempre hago una comparación que puede ser morbosa. Uno cuando va y compra un perro lo quiere. Le compra comida, lo saca a pasear. Pero, ¿qué pasa cuando te muerde? Pasa a ser lo peor. Pasás a odiarlo. Y tenés dos opciones: dejarlo en el campo o llevarlo a la veterinaria y que lo maten. A mí me pasó eso. Cuando yo fui a verlo, lo mordí. Porque yo al principio lo apoyé.

En el juicio lo apoyé. Y después lo mordí. Y ahí es cuando él se enoja conmigo y me dice que por mi culpa él estaba ahí.

Yo siempre cuento que uno puede escuchar al otro. Te pueden contar muchas historias. Pero siempre uno tiene que estar capacitado para escuchar al otro. Pero, si uno no tiene ganas, simplemente no escucha. A mí me pasaba eso. Las Abuelas, mis tíos me contaban historias y yo hacía oídos sordos y simplemente hacía eso: ponía la cara, pero no escuchaba. Por eso, en 2009, cuando empieza el juicio, no sé si estaba preparado, pero yo sabía que mi apropiador no podía mentir. Uno corre la suerte de quedar preso por omitir o falsear información. Entonces, ahí, cuando empecé a hablar de las cosas que pasaban, empecé a comprender todo lo que hacían las Abuelas, su lucha. Y ahí fue cuando pensé: 'Bueno, tengo que cerrar esta puerta para abrir las otras que tengo por delante'. Y así fue como fui reconstruyendo mi identidad.

EL ENCUENTRO CON SU FAMILIA

Al principio, Alejandro apoyó el accionar de sus apropiadores. Pero con el tiempo, al descubrir su historia y la de sus padres, decidió reencontrarse con su familia.

Uno se va formando. Cuando pasás por algo como lo que nos pasó a nosotros, vos no te olvidás de lo que viviste. Porque eso que vos viviste es parte de tu identidad. Lo que te fortalece es saber la verdad, es poder tomar una elección. Yo, por ejemplo, tomé la decisión de estar con mi familia biológica. Por una causa natural, quiero estar con mi familia. Pero también quise, en un momento, tener un vínculo con la gente que a mí me apropió. Uno decía, si me peleo qué es lo que consigo: nada. No quería discutir porque no podía llegar al fondo de la historia. Saber de alguna forma el por qué. Ustedes, si algún día tienen ganas,

pueden ir y buscar el juicio y van a ver que mi apropiador lo primero que hace es compararme a mí con un chico en Vietnam. Y ahí me di cuenta de que me estaba contando que yo no era su hijo biológico.

Después de estar tantos años con una familia que no era la tuya: ¿qué se sintió encontrar a tu familia biológica?

Yo lo que puedo decir es que lo que uno recibe emocionalmente es un baldazo de agua fría. Y no en verano, en invierno... Imagínate que pensabas que tu viejo es tu viejo y te dicen que no lo es. Es un proceso de adaptación. Hay un nieto que tardó diez años en comprender lo que estaba pasando, de la aceptación a su verdadera familia. Más aún, cuando uno tuvo una buena vida, la vida que cualquier chico desea con una mamá, un papá, una buena educación. Vivir en un cuna de oro y que de golpe y porrazo te digan: 'Este no sos vos...'. Y te encontrás con la otra polaridad, que es una familia que perdió todo, que está destruida emocionalmente... Y cuando uno se da cuenta de todo eso, tenés que reconstruir, primero, tu persona, tu verdadera historia y encima apoyarte en tu familia y que tu familia también se apoye en vos. Los juicios te ayudan a ver lo que vos querés ver. Por eso, son emociones muy diversas. Un día estás contento y otro triste, un día amás y otro odiás a todo el mundo... La realidad es un baldazo, a veces para bien y a veces no tanto.

Alejandro destaca la importancia de saber la verdad. Ella nos permite decidir. A él en particular la verdad le sirvió para elegir qué vida llevar:

La verdad te libera de todo... pero hay que hacerse cargo de las cosas para liberarse. Cuando te vas enterando, vas viendo todas las realidades. La identidad de uno, está comprobado, se va formando con el día a día. No voy a negar mis 24 años. No voy a negar haberlos vivido donde los viví. A partir de los 26, ya

casi 28 años, al tener toda la información, toda la verdad, es ahí donde uno puede optar dónde dejar y dónde actuar, quedarte de un lado o del otro.

Alejandro considera muy valiosa la lucha de las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo. Valora especialmente el hecho de que ellas nunca hayan intentado hacer justicia por mano propia.

Yo siempre explico que las Abuelas por más de 30 años salieron a buscar la verdad. Y una cosa fundamental: siempre llegando a la verdad por medio de la justicia, por la justicia en sí. No por mano propia. Porque, a pesar de lo que les pasó a las Abuelas, jamás uno va a escuchar a una Abuela decir: 'Hay que salir a buscar justicia por mano propia'. Es más, en muchas ocasiones las habrán visto a las Abuelas caminar al lado de un represor y no han hecho nada. Siempre mantuvieron su lucha para llegar a la justicia por la herramienta que es la justicia en sí. Y cuesta, está clarísimo, pero les va llegando.

Como todos los nietos restituidos, Alejandro destaca el esfuerzo y el valor de las Abuelas.

Las Abuelas son muy diferentes. Diferentes mujeres de distintas clases sociales, de diferentes pensamientos, unidas por una sola causa. Ya llevan más de 30 años juntas y luchando. Las quisieron difamar y hacer muchas cosas, pero la fuerza de esa unión las protegió. Eso es lo que tenemos que empezar a ver en el otro. Que hay diferentes credos, diferentes pensamientos, pero cuando tenemos una causa en común hay que dejar eso de lado e ir todos juntos.

¿Cuál era el supuesto fin de la apropiación de bebés?

Hoy por hoy se está haciendo un juicio para encontrar cuál es la finalidad del hecho. Yo te puedo decir mi experiencia: por un lado, ellos pensaban que 'el hijo de un guerrillero iba a ser

guerrillero'. Pero eso era obviamente ridículo porque los hijos no tenemos por qué hacer lo mismo que los padres. Otra razón era para tapar una necesidad: había mujeres que no podían tener hijos y por eso nos apropiaban. En mi caso, cuando yo llego, el hijo de ellos tenía catorce años. Pero como ella tenía problemas de tiroideos no podía tener más hijos. Y vieron que llevarme a mí era la manera más cómoda de tener otro hijo.

ALEJANDRO HOY

Alejandro destaca la importancia de recordar, que logra que la sociedad esté cada vez más unida en la lucha por la Verdad y la Justicia.

Es muy importante la marcha del 24 de marzo no solo por la Memoria, sino porque se sumó todo un pueblo. Yo me acuerdo que me decían que es un día del dolor, pero para mí es un día de fiesta porque hay que festejar, hoy por hoy, que un 24 de marzo no está pasando lo que pasó el 24 de marzo de 1976. Por lo tanto, para mí, todos los 24 de marzo son una fiesta. Creo que se ve eso hoy. Hay estudiantes, hay familias, hay banderas políticas diversas. Están todos juntos con un solo fin: conmemorar esa fecha para que no vuelva a pasar Nunca Más. Eso explica la madurez de la sociedad. Después, puede haber miles de batallas y peleas, pero lo importante es que en momentos puntuales la sociedad está unida. A veces te van a golpear mucho y a veces no. La unión hace la fuerza. Cuando hay fuerza, no te van golpear nunca. Yo no digo justicia por mano propia. Digo Justicia por la Verdad.

En relación a los reclamos de los estudiantes, Alejandro rescata la importancia de los jóvenes de hoy por defender sus ideas.

Para mí es un honor acompañar a los estudiantes en sus reclamos y manifestaciones, porque yo los veo a ustedes y veo a mis viejos: pidiendo por sus derechos y reclamando. El que ustedes estén juntos ya los hace invencibles.

Alejandro ve en la escuela un lugar donde trabajar por la memoria. Destaca la importancia de desarrollar la temática de la historia argentina en las escuelas como parte de la construcción de la misma.

La escuela es el ámbito adecuado en donde vos debés apropiarte de conocimientos, es el lugar donde vas a reconstruir la historia con tu docente precisamente de los testimonios de los que vivieron eso. Te van a permitir a vos reconstruirlo. Esta forma también es muy válida.

Con el juicio a mis apropiadores yo pude comprender todo lo que estaba pasando. Porque hay una realidad, yo no tuve la suerte que tienen ustedes de poder estudiar este tema de la Dictadura. Con lo que respecta a la historia, yo fui totalmente analfabeto. Porque cuando uno está en la primaria estudia todo lo que tiene que ver con las fechas patrias, cuando entrás en la secundaria vas profundizando temas y vas viendo qué es lo que va pasando. Después, queda en uno profundizar ese tema o dejar que pase de largo. En mi caso, llegamos a segundo año y nos tocaba historia argentina y nos dijeron que hubo un golpe de Estado. Luego, que en 1983 llegó la democracia y se acabó. Yo llegaba a mi casa y decía: ‘Mamá, papá: ¿Qué es lo que pasó en el golpe?’. A mí lo que me dijeron es que las Fuerzas Militares, o sea ellos, tomaron el poder por un descontento del pueblo y el pueblo se puso contento cuando tomaron el gobierno porque había que reorganizar el Estado. Y después, en el año 1983, cuando vimos que el gobierno ya estaba organizado, volvimos a otorgar el mandato, devolviendo la democracia con los votos.

Ese era el ‘cuentito’ que me contaban y como para mí era mi papá el que me lo decía, yo no preguntaba más.

Por eso, es muy importante la escuela: si el docente es bueno, te va a poder guiar en esa inquietud para que vos la resuelvas porque lo importante es que cada uno encuentre sus respuestas. Y a mí lo que me pasaba era que, cuando preguntaba, no me daban la opción para indagar nada, para resolver nada. Y otra de las ventajas que hay en esta época es que hay otros medios de comunicación que antes no existían. Cuando empezó a existir internet, el acceso que hay ahora no estaba. Antes, si yo googleaba y ponía Abuelas de Plaza de Mayo, te puedo asegurar que en el 91, 92 no salía nada.

PALABRAS FINALES

Alejandro destaca el compromiso de los jóvenes en la búsqueda de la Memoria, la Verdad y la Justicia.

Con el apoyo de ustedes podemos hacer muchísimo. Porque lo que ustedes hacen es fundamental: el tema de escucharnos, el de buscar información, de saber lo que pasó, hacer preguntas para saber un poco más sobre el tema, eso ayuda. Nosotros somos los que decimos gracias porque nos invitan a hacer estas charlas que nos ayudan a pensar y a crecer a todos.

MARCOS SUÁREZ VEDOYA

Nieto restituido por las Abuelas de Plaza de Mayo

Marcos nació el 20 de diciembre de 1975. Es hijo de Hugo Alberto Suárez y María Teresa Vedoya, ambos oriundos de la ciudad de La Plata. Marcos pudo compartir pocos meses con su padre y su madre: Teresa fue secuestrada el 20 de octubre de 1976 y Hugo en la primera semana del mes de diciembre. Días más tarde, Marcos es llevado a la Casa Cuna, donde es apropiado por una persona que trabajaba allí y criado como hijo propio con documentación falsa bajo el nombre de Gustavo.

Inmediatamente después de la desaparición de Hugo y Marcos, la familia comienza la intensa búsqueda de todo el grupo familiar. Tuvieron que pasar 30 años para que pudieran reencontrarse con Marcos. Hugo y Teresa aún permanecen desaparecidos.

El 30 de marzo de 2006, guiado por fuertes dudas referidas a su identidad, Marcos se presenta espontáneamente en la Casa de las Abuelas de Plaza de Mayo, quienes lo orientan para que concurra a la CONADI (Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad) a iniciar la búsqueda de su verdad. El 22 de junio de 2006, realiza la extracción de sangre para ser contrastada con el Banco Nacional de Datos Genéticos del Hospital Durand. El 12 de septiembre recibe la confirmación de su identidad: él era Marcos Suárez Vedoya y su familia lo estaba buscando.

A partir de ese momento, comienza el largo y sinuoso camino por la reconstrucción de su identidad. *En un primer momento, sentí una fuerte traición de quien yo creía mi madre. Me sentí muy mal. Después vino una alegría enorme porque encontré mucha gente que me estaba buscando: parientes y amigos de mis viejos.*

Hoy Marcos colabora con las Abuelas para encontrar a los nietos que faltan:

Lo de las Abuelas es admirable. Muchas se fueron de este mundo sin encontrar a sus nietos. Por eso, yo estoy acá, para ayudarlas.

Cuando vi a mi Abuela y nos abrazamos, si bien yo no la conocía físicamente, en ese momento sentí que desde algún lado nos conocíamos.

LA HISTORIA DE MARCOS

Marcos Suárez Vedoya es hijo de Hugo Alberto Suárez y María Rosa Vedoya y es el nieto restituido N° 85.

Les voy a contar cómo llegué a Abuelas. A mí me criaron dos señoras: América, mi madre de crianza, y Norma, su hermana. La figura de mi papá fue un misterio en esa familia: yo siempre preguntaba por él, pero no me cerraba lo que me contaban. Decían que había muerto en un accidente, pero no había datos certeros sobre este hecho. Otra cosa que me intrigaba es que no había fotos de América embarazada. Cuando le preguntaba, ella decía que le habían robado un bolso con todas las fotos en el colectivo. Con respecto a la familia (los tíos y primos), yo me sentía de visita en todos lados: si me portaba mal, nadie me retaba, y a mí eso me parecía raro. Pero el tabú principal era el tema de mi padre. Sabiendo que mi fecha de nacimiento era en 1976, mis amigos me ayudaron y alentaron para acercarme a

Abuelas. Yo tenía muchos miedos, fantasmas, pero me dieron fuerza y me acerqué. Cuando fui a Abuelas, tuve una entrevista con un psicólogo al que le conté todas estas cosas. Recuerdo que me dijo que yo había llegado buscando un padre, pero que había encontrado una gran familia. A partir de ahí, en abril de 2006, CONADI hizo el rastreo documental para chequear si América había parido, pero no encontraron nada. Entonces, me hicieron el análisis de ADN en el Banco Nacional de Datos Genéticos y el 12 de septiembre de 2006 me informaron que era hijo de María Teresa Vedoya y Hugo Alberto Suárez.

La búsqueda de Marcos está relacionada a una serie televisiva de ficción muy popular en el año 2006, 'Montecristo', que encerraba en su trama una historia de apropiación de una hija de desaparecidos. El día que la CONADI recibía la noticia de que se había encontrado otro nieto, su foto aparecía en la novela. La actriz Viviana Saccone en su papel de Victoria, sostenía entre sus manos una foto de Marcos cuando era bebé. Esa imagen había sido cedida por las Abuelas de Plaza de Mayo a la producción del programa y había sido entregada a las Abuelas por uno de los abuelos de Marcos. Marcos no vio el capítulo ese día, pero ya había avanzado en su búsqueda.

A partir de ahí, empecé a reconstruir mi historia. Yo había nacido el 20 de diciembre de 1975, y me habían secuestrado, junto a mi padre, los primeros días de diciembre de 1976. Mi madre había desaparecido antes, en octubre de 1976. Es decir que yo había estado con mis padres casi un año. Con estos datos, fui a hablarle a Norma (América había fallecido cuando yo tenía 14 años). Ella me pidió perdón y justificó esos treinta años de mentira diciendo que era un 'secreto de familia'. Entonces, me contó que yo llegué a brazos de América por la Casa Cuna, donde ella trabajaba.

América lo había sacado de la Casa Cuna y lo había anotado como hijo propio con el nombre de Gustavo. El 12 de septiembre de 2006, Marcos recuperó mucho más que su nombre, recuperó su identidad.

Encontré a una abuela (mis otros tres abuelos ya no están), tíos, primos y hermanos (del lado de mi mamá). En estos cuatro años, conocí mucha gente que me ayudó a conocer la historia de mis padres.

EL REENCUENTRO CON SU HISTORIA

El 12 de septiembre de 2006, Marcos es citado en la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad para recibir las novedades sobre su caso. Fue en este lugar donde pudo tener acceso a los primeros datos sobre sus padres.

Su padre, Hugo Alberto Suárez, de veintitrés años, estudiante universitario, fue detenido por fuerzas conjuntas en Buenos Aires. En el momento de su detención, llevaba en sus brazos a su hijito Marcos, de quién no se separaba nunca luego de que su esposa María Rosa hubiera sido secuestrada el 20 de octubre del mismo año.

Dos días después, Marcos se reencontró con su abuela Modesta, sus tíos y sus primos en la casa de las Abuelas.

Cuando encontraste a tu familia, ¿te viste parecido?, ¿te sentiste cómodo con ellos?

Sí, claro. Cuando vi a mi Abuela y nos abrazamos, si bien yo no la conocía físicamente, en ese momento sentí que desde algún lado nos conocíamos. Luego supe que ella de chiquito me había tenido en brazos muchas veces...

El de Marcos y su abuela materna, Modesta, fue un reencuentro, ya que los últimos meses que Marcos estuvo con

su padre se habían escondido en su casa y, por lo tanto, ella compartía su cuidado. Ahí pudo saber que, apenas tomaron noticia de la desaparición de su padre, los familiares comenzaron la búsqueda en organismos del Estado, la Iglesia, hospitales, obteniendo sistemáticamente respuestas negativas. Fue el abuelo paterno, Luis Rodolfo Vedoya, quien radicó la denuncia y el pedido de búsqueda de Marcos en la Casa de las Abuelas de Plaza de Mayo. Luis Vedoya falleció en 1999 sin poder reencontrarse con su nieto.

Ese abrazo me decía que yo ya había estado con ella, es algo muy loco. Estela Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, dice que somos muy parecidos.

¿Cómo te sentiste en ese momento, al conocer tu historia?

En un primer momento, sentí una fuerte traición de quien yo creía mi madre. Me sentí muy mal. Después vino una alegría enorme porque encontré mucha gente que me estaba buscando: parientes y amigos de mis viejos.

¿Cómo te sentís hoy con respecto a la familia que te crió?

A la única que pude perdonar es a Norma porque me crio y se ocupó de mí cuando falleció América. Pero América, mientras vivió, me mintió.

¿Intentaste reconstruir la historia de tus padres?

Sí, me contaron muchas cosas de ellos y me siento muy parecido a ellos, sobre todo de espíritu. No sé si en esa época hubiera actuado como ellos, pero tengo un espíritu combativo parecido. Supe que mi mamá desapareció en octubre y yo estaba con mi papá cuando desapareció en diciembre. Vivíamos en una pensión. Lo que no pude terminar de armar es cómo llegué a la Casa Cuna. Quizás los militares me dejaron ahí, o tal vez quedé

solo en la pensión y algún vecino me llevó a la Casa Cuna. Eso aún no está claro.

En esa primera charla con su abuela, que duró más de dos horas, Marcos se enteró de que su padre era muy deportista y que jugó en Estudiantes de La Plata, además de practicar esgrima y pelota paleta. En cambio, a su madre le encantaba reunirse con gente en su casa, situación que no le agradaba para nada a su abuela. Así expresó con una pícaro sonrisa:

De mi papá heredé la pasión por jugar a la pelota y de mi mamá el fanatismo por el rock, las milanesas con papas fritas y eso de andar girando de un lado para otro con mucha gente.

¿Cómo fue la relación con tus amigos de la secundaria que te ayudaron?

Y, hablando... Yo les contaba mis dudas, de la falta de datos sobre mi padre, de las fechas. Yo tenía mucho miedo, pero ellos me impulsaron, fueron fundamentales. Creo que la razón por la que yo tardé tanto en decidirme fue para no lastimar a Norma.

¿Qué visión tenían en la casa donde creciste sobre la dictadura?

No se hablaba. Era gente del estilo 'de casa al trabajo y del trabajo a casa'. No era gente pro-dictadura, pero tal vez ante alguna situación como un robo o delito decían cosas como 'esto antes no pasaba'. Creo que ellos no sabían quién era yo porque en la Casa Cuna abandonan chicos todos los días. Tal vez sospechaban que podía ser hijo de desaparecidos, pero no lo decían...

MARCOS HOY

Cuando hablo con los chicos, al comienzo estoy muy nervioso: yo siempre estuve del otro lado. Pero con el transcurso de la

charla me relajo y me encanta conversar con ellos. Pienso que es muy importante debido a que el tema de la dictadura es un tabú, aunque gracias a los últimos gobiernos empezamos hablar del tema.

La búsqueda de los ‘hermanos’ que faltan recuperar es la luz que guía estas acciones.

Siempre es bueno que alguien escuche mi historia porque no se sabe dónde pueden estar los chicos que faltan, entonces puede servir que lo escuche un amigo de alguien que busca su identidad y de este modo comenzar a investigar sobre su historia. Es la parte que más me gusta debido a que me han llegado a preguntar de todo, hasta lo menos pensado. Y las caras de los chicos con mis respuestas y mis relatos son terribles. Siento que mi relato debe servir para abrirle la cabeza a los jóvenes que no saben nada sobre el tema y, como dije anteriormente, para ayudar a las familias de los chicos que seguimos buscando.

Recuperar su identidad y su historia le permite encarar nuevos desafíos hacia el futuro. Marcos es papá de un nene y una nena que lo acompañan en este largo camino de re-encuentros.

¿Cuál es tu mirada sobre la militancia de los años 70? ¿Vos tenés alguna militancia hoy?

Nunca me interesó mucho el tema y yo no milito. Vengo acá para que se conozca mi historia y si sirve para que a alguien se le prenda la lamparita como me pasó a mí. Yo me puedo morir tranquilo porque ya sé quién soy gracias a las Abuelas.

¿Cómo es dar ‘el paso’ para cambiar de vida?

Es muy difícil, hay miedo a lo que se viene. Te hacés preguntas como ‘¿qué hicieron?’ o ‘¿por qué llegué acá?’.

PALABRAS FINALES

Marcos colabora con las Abuelas en la búsqueda de los cuatrocientos nietos y nietas que faltan para que, como él, tengan la posibilidad de acceder a su verdad y recuperar su identidad.

Mantener el trabajo pacífico que realizan las Abuelas es la parte más difícil. Yo tengo mis broncas internas, pero no puedo descargarme con quienes me criaron porque no sabían. Pero lo de las Abuelas es admirable. Muchas se fueron de este mundo sin encontrar a sus nietos. Por eso yo estoy acá para ayudarlas.

MARIANA ZAFFARONI ISLAS

Nieta restituida por las Abuelas de Plaza de Mayo

Mariana nació el 22 de marzo de 1975 en la Ciudad de Buenos Aires. Es hija de María Emilia Islas y Jorge Zaffaroni, ambos de nacionalidad uruguaya. Solo pudo disfrutar a sus padres dieciocho meses, hasta el 27 de septiembre, cuando los tres fueron secuestrados y trasladados al Centro Clandestino de Detención conocido como Automotores Orletti.

Sus padres, María Emilia y Jorge, tenían 23 y 24 años respectivamente en el momento de su desaparición. En 1973, habían llegado a la Argentina como exiliados luego del golpe de Estado en Uruguay. Eran estudiantes del Magisterio y militantes por los derechos estudiantiles.

Mariana fue apropiada por una persona vinculada a los servicios de Inteligencia de la Policía. La anotaron como hija propia con el nombre de Daniela Romina Fucio, pero sus abuelas desplegaron una incansable búsqueda de Mariana y sus padres. María Ester Gatti, su abuela materna, inició gestiones a nivel internacional y llegó a obtener los primeros datos sobre su paradero en 1983. María Ester fue una incansable luchadora por los Derechos Humanos en Uruguay y en 1979 forma la Asociación de Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos. La imagen de Mariana bebé se transforma en un ícono de esta lucha.

Finalmente, en 1992, Mariana recuperó su identidad. Pero debieron pasar muchos años para que pudiera aceptar su

realidad y comenzara a construir lazos duraderos con su familia, que la había buscado incansablemente todos esos años.

El film documental “Por esos ojos”, realizado en 1997, refleja la búsqueda de su abuela María Ester Gatti. El libro *Los padres de Mariana. María Emilia Islas y Jorge Zaffaroni: la pasión militante*, de François Graña, reconstruye la historia de sus padres desde los testimonios y relatos de sus amigos.

Mariana encabeza la búsqueda de su hermana o hermano, ya que su mamá estaba embarazada en el momento de su secuestro. Y ha hecho suyas las palabras de su abuela María Ester: “No hay que perder jamás la esperanza y tampoco la decisión de luchar”.

Sus padres, Jorge y María Emilia, aún permanecen desaparecidos.

“Hoy hay que tener alegría por los que estamos y por los compañeros que no están. Tenemos que seguir cumpliendo en el pasado, en el presente y en el futuro. Construir un país mejor. No hay que perder jamás la esperanza y tampoco la decisión de luchar”, María Ester Gatti.

LA HISTORIA DE MARIANA

Es hija de Jorge Zaffaroni y María Emilia Islas, ambos de nacionalidad uruguaya. Nació el 22 de marzo de 1975 en Argentina, pero pudo compartir con ellos solo dieciocho meses.

Su historia permite comprender el gran plan latinoamericano represivo y coercitivo. Sus padres llegaron a la Argentina desde Uruguay, con la esperanza de encontrar un territorio donde exiliarse de la dictadura de su país. Lo que nunca imaginaron fue que dos años después, ese fervor dictatorial invadiría suelo argentino y ellos serían una de las tantas víctimas del Terrorismo de Estado.

Mis padres eran uruguayos, se exiliaron en la Argentina en el año 1974 porque la dictadura en Uruguay comenzó en el año 73. Yo nací en Argentina en marzo del 75. El 27 de septiembre del '76, nos secuestraron a los tres cuando yo tenía tan solo un año y medio. Nos trasladaron al centro clandestino de detención 'Automotores Orletti', donde yo permanecí con mi madre entre cuatro y cinco días. Ellos fueron trasladados en un vuelo clandestino a Uruguay en el que seguramente murieron y yo fui llevada por un agente del servicio de inteligencia, quien me crio como hija propia. Me cambiaron la partida de nacimiento y me cambiaron el nombre.

Vivió muchos años creyendo que era Daniela. Mientras tanto, tenía toda una familia que la buscaba, con miedo, pero sin rendirse, esperando pacientemente el momento del reencuentro. Con el retorno a la democracia, la búsqueda de Mariana se volvió pública y alcanzó una amplia difusión en los medios masivos de comunicación.

Y bueno, mi infancia transcurrió de lo más feliz y lo más tranquila hasta que retornó la democracia. Mi familia, que durante todo ese tiempo había estado buscándome, pudo hacer abierta su búsqueda y comenzaron así a salir fotos, avisos en la televisión y en los diarios. Mi abuela materna, María Ester, fue una gran luchadora por los Derechos Humanos en Uruguay. El caso de mi desaparición y la de mis padres tuvo en Uruguay una repercusión muy grande porque mi abuela materna fue uno de los estandartes de los Derechos Humanos. Es como si fuera Estela de Carlotto acá en la Argentina.

María Ester Gatti, abuela materna de Mariana, es ejemplo de lucha en el país vecino. En 1979, formó la Asociación de Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos, aglutinando, de esta manera todos los reclamos de familiares. María Ester solo había podido compartir un mes con su nieta antes del secuestro y la desaparición de sus padres. La foto de Ma-

riana fue un ícono en la defensa de los Derechos Humanos y en la búsqueda de la Verdad y la Justicia. Los primeros indicios del paradero de Mariana llegan a las Abuelas de Plaza de Mayo en 1983, pero el recorrido para reencontrarse con su verdadera identidad no fue fácil. Sus apropiadores, ante la creciente presión del caso, decidieron viajar a Paraguay para que no llegaran a Mariana las noticias de lo que pasaba en Buenos Aires.

Mis padres de crianza se sintieron amenazados por esta circunstancia y, creyendo que me iban a separar de su lado, decidieron viajar conmigo a Paraguay, donde permanecemos unos años. Al tiempo, volvimos a Buenos Aires. La búsqueda de mis familiares y abuelas había continuado durante todos esos años, hasta que en el año 1992 definitivamente mis padres de crianza fueron detenidos y yo fui llevada ante el juez, que me contó toda mi historia, me restituyó la identidad legal.

Hasta ese momento, Mariana era Daniela Romina Furci, el nombre que le habían puesto sus apropiadores. Con dieciséis años tenía que entender su historia, pero esto no fue fácil. Le llevó mucho tiempo aceptar quién era.

Todo esto no quiere decir que yo la aceptara contenta, sino que me surgió rechazar ese nombre y esa historia lo más que pude. Me instaron obviamente a que tuviera relaciones con mi familia de sangre que vivía en Uruguay, lo cual también evité todo lo que pude. Pero lentamente, y a partir de que me casé y que fui mamá, las visitas con mi familia biológica se hicieron más amenas porque la charla ya no pasaba tanto porque ellos me contaran quiénes eran mis padres y qué había pasado conmigo, sino que pasaba porque ellos querían visitar a mi hija y que tuviéramos una charla más afectiva.

Fue en 2001 cuando Mariana pudo viajar a Uruguay, reencontrarse con su familia y reconstruir ella misma su historia.

Me decidí a viajar a Uruguay en el año 2001. Yo retrasaba bastante el viaje porque no estaba preparada para todo lo que eso implicaba, dada la repercusión que había tenido mi caso.

Con el paso del tiempo, Mariana pudo acercarse, lentamente, a su numerosa familia y también a los amigos de sus padres. Esto le permitió reconstruir una nueva mirada sobre ellos recuperando nuevos aspectos de su militancia y juventud.

EL LARGO CAMINO PARA RECUPERAR LA VERDAD

Uno no ve lo que no quiere ver... A uno le cierra que con eso es feliz y lo que hay del otro lado de la duda es tan tremendo que mejor quedarte en donde estás. A eso apelamos hoy en día, que si alguien tiene alguna duda sobre su identidad, no es tan terrible pasar del otro lado y darle curso.

Eso fue precisamente lo que logró Mariana, pasar del otro lado de la duda. Y así fue como, poco a poco, pudo reconstruir su historia. Supo que su papá era Jorge Zaffaroni, tenía 24 años cuando fue secuestrado y su mamá, María Emilia Islas tenía 23 años. Ambos estudiaban Magisterio y militaban en la Asociación de Estudiantes de Magisterio en la Resistencia Obrero Estudiante. Se casaron en 1973 y vinieron a Buenos Aires cuando comienza el gobierno militar en Uruguay. Además, conoció la lucha de sus abuelas María Ester Gatti y Marta Zaffaroni, quienes la buscaron desde el primer día acompañadas por el resto de sus familiares.

De a poco, conocí al resto de mi familia, que es muy numerosa. Y hace poquito tiempo decidí encontrarme también con los amigos de mis padres para que de alguna manera me contaran cómo eran ellos desde una perspectiva que es distinta a la de los familiares. Tengo la dicha y la fortuna de tener la historia de mis padres contada en un libro, con todos los testimonios de

sus amigos, sus compañeros, sus familiares y todas las personas que los conocieron y que estuvieron con ellos.

El libro *Los padres de Mariana*, de Graña, reconstruye la historia de sus padres desde la mirada de un compañero de militancia, resaltando la trascendencia del caso en el país vecino.

¿Qué supiste sobre tus padres?

Mis padres en Uruguay pertenecían a una agrupación estudiantil en la que comenzaron a militar desde muy chiquitos, en la secundaria. Cuando llegó la dictadura, se vinieron para la Argentina y estaban trabajando con otros compañeros uruguayos que se habían exiliado acá. Estaban trabajando en la formación de un partido que se llama Partido Para la Victoria del Pueblo, que todavía existe en Uruguay. Ellos participaban en ese partido, pero no tenía acciones contra la dictadura argentina. Estaban tratando de formar un partido para luchar por la vuelta a la democracia en Uruguay y acá no eran subversivos contra la dictadura argentina, pero los que los secuestraron fueron militares uruguayos en conjunto con militares argentinos.

¿Te costó aceptar lo de tus padres y dejar de tener relación con tus padres adoptivos?

Es una muy buena pregunta, tanto me costó que no dejé de tener relación con ellos. Si bien la relación que tengo hoy en día no es la relación que tenía hace muchos años, no dejé de tener relación. En el momento en que me enteré que ellos no eran mis padres, para mí no cambió absolutamente nada. Tampoco tenía la confirmación de quién era yo, entre que yo me enteré que era adoptada y mi verdadera identidad pasaron cuatro años. Y la realidad es que para mí esa confirmación de que no eran mis padres no cambiaba en nada la relación con ellos. Insisto en que lo que yo hice en un primer momento fue negar todo y hacer como

si eso a mí no me hubiese pasado. Creo que era por todo lo que implicaba aceptar que esa historia trágica me había pasado a mí.

Mariana sigue teniendo relación con sus apropiadores, aunque prefiere no llamarlos de esta forma, ya que para ella aún la une un vínculo afectivo.

¿Cómo les decís a las personas que te criaron?

Son apropiadores técnicamente, aunque en mi caso yo fui criada con mucho amor. Mi marido, cuando yo le digo esto, me dice: ‘Lo que faltaba es que, encima de todo lo que te hicieron, te hubieran tratado mal’. Bueno, pero hubo casos en los que sí los trataron mal. Los recuerdos que tengo de mi infancia son buenos y en algún lugar eso pesa. Y la verdad es que, a mí, llamarlos apropiadores me choca, no me ofendo cuando lo dicen, pero a mí no me sale llamarlos así. También a mí me decían cosas terribles, sin decirlo directamente, de mis padres y de mi familia biológica, que es el principal reclamo que le hago yo a mi mamá adoptiva, aunque me consta que en el momento en que me trajeron ella no tenía idea de quién era yo. No tuvo ningún tipo de vinculación con el hecho, pero sí al momento en que todo esto salió no podía darse cuenta de que era yo porque la foto que se difundía era exactamente de la misma época de la que me habían traído a mi casa. Y construir todo ese relato de que mi familia no era buena, que qué era lo que querían, qué estaban buscando, que por algo les había pasado lo que les pasó, eso que lamentablemente se sigue escuchando. Hasta que un día le dije: ‘Todo lo que vos quieras, pero nada de lo que pueden haber hecho justifica lo que les pasó’. Y bueno, a partir de ese momento, no me dijo nada más.

¿Cuándo comenzaste a darte cuenta de lo que pasaba?

Yo más o menos me empecé a enterar de todo esto cuando tenía diez años, así que de alguna forma se habrá tocado el

tema. El bando en el que estaban en mi casa era muy claro. Estaba la idea de que era una guerra y lo que se había hecho era necesario. Yo no sabía qué era lo que se había hecho, pero cualquier cosa era necesaria. Y después, a medida que con el tiempo yo fui conociendo lo que pasó, es como que ya se trata con mucho respeto. Ellos saben que, si llegan a decir algo de lo que realmente piensan, probablemente yo me ofenda y me vaya. Entonces, se trata en un marco de mucho respeto, no se habla muy profundamente.

A partir de 1992, Mariana se encuentra con su familia biológica. Al principio, estos encuentros eran más distantes y fríos, pero con el tiempo encontró el afecto en ese lazo familiar que los unía. En los últimos años, ese vínculo se hizo mucho más estrecho.

MARIANA HOY

Mariana es abogada y es docente universitaria. El 5 de diciembre de 2010 falleció María Ester Gatti, su abuela que siempre la buscó y la esperó a pesar del dolor que ello implicaba. María Ester falleció acompañada de Mariana sin saber el destino de su hija y su yerno.

Hace pocos años, Mariana descubrió la posibilidad de que su madre estuviera embarazada cuando fue secuestrada y, con ello, la probabilidad de tener un hermano o hermana nacido en cautiverio. De esta manera, su lucha se complejizó, ya que no solo se trataba del reclamo por Memoria, Verdad y Justicia, sino también es la búsqueda de un ser querido, de un hermano.

Hace poco tiempo me enteré de que existía la posibilidad de que mi madre estuviera embarazada en el momento de su secuestro y, a raíz de las charlas que tuve con los nietos, y de la

experiencia de gente que también pasó por todo esto, me enteré de la posibilidad de que si estaba embarazada probablemente la hayan mantenido con vida hasta que hubiera dado a luz. Así que existe la posibilidad de que tenga un hermano o una hermana. Por eso, esta etapa de mi vida me agarra viendo si esta posibilidad es real y hay una chance de reencontrarme con mi hermano o mi hermana, que, repito, no sé si existe.

¿Cómo buscás a tu hermano?

Haciendo lo mismo que hacían mi abuela y mi abuelo: tratando de difundir el caso y sabiendo que si hay una persona que tiene dudas sobre su identidad, o si hay algo en su historia que no le cierra puede llegar a ser mi hermano. Porque de alguna manera a todos nos pasó que hay algo en lo que nos contaban que no nos cerraba. Uno puede tener una explicación, quedarse con eso y decir: ‘Me quedo con esto y no voy más allá’ o que eso te inquiete al punto de desentrañar qué es lo que hay detrás de eso. Entonces, apelo fundamentalmente a eso. Me he entrevistado con una persona que está condenada por haber participado del secuestro de mis padres (él por supuesto dice que no) para que me confirmaran si sabían o no del embarazo de mi madre al momento del secuestro. Por supuesto que me negó todo y no me dijo nada. Y trato de ver esas cosas que me pueden servir para acercarme a la verdad y aprovecharlas.

El mejor homenaje para María Ester es que hoy su nieta continúe su tarea, tal como ella la inició hace 35 años.

No sé si tengo una estantería muy armada, pero trato de hacer lo que hicieron las Abuelas y lo que hicieron mis abuelas. Dar publicidad y apelar a las personas cercanas o a la misma persona que tenga dudas sobre su identidad para que se acerque y vea que la estamos buscando con cariño, nada más que eso.

¿Avanzó el caso de tus padres en la justicia?

El secuestro y posterior desaparición de ellos se juzgó en Uruguay. Hay varios militares condenados. No sé si todos los responsables porque en realidad las cabezas visibles se saben quiénes son, pero como esas cabezas visibles no declaran ni testifican sobre lo que pasó, no se puede desentrañar más sobre lo que pasó, ni quienes específicamente hicieron todas las cosas. Acá en Argentina, se está llevando a cabo el juicio por el plan sistemático de robo de bebés, en el que muchos nietos tenemos que ir a testificar, y simultáneamente el juicio por los secuestros y desapariciones que ocurrieron en el centro clandestino Automotores Orletti. Hace un tiempo se dictó la sentencia para los primeros acusados y ahora se está sustanciando la segunda parte para la que queda como único imputado mi apropiador y en donde yo decidí no testificar.

¿Qué pensás sobre la posibilidad de obtener verdad y justicia?

Juicios hay, pero no se llega a la verdad. Es una verdad reconstruida que los fiscales tratan de armar a medida de los testimonios que tienen, pero si uno pregunta quién los secuestro, quién los torturó, no se sabe porque cuando uno pregunta nadie fue, ninguno se hace cargo de nada. No sé si va a haber Justicia completamente, pero es muy difícil que haya Verdad.

El compromiso de Mariana crece día a día y su acercamiento a las Abuelas y a los nietos ya no sufre la resistencia de tiempo atrás. Pesan, por sobre todas las cosas, las ganas de encontrar verdad y justicia allí donde fue implantado dolor, mentira y muerte.

Y bueno, en los últimos tiempos, también me he ido acercando a Abuelas a través de los nietos, a través de los cuales encontré muchos hermanos de historia, en las que si bien te-

nemos muchas diferencias en nuestras actualidades hay algo muy fuerte que nos une a todos y nos contiene y nos acompaña: haber pasado por todo esto que nos pasó.

¿Tienen relación las agrupaciones de Derechos Humanos de Uruguay y de Argentina?

Desde que volvió la democracia en el año 85, existe una organización que se llama Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos que nuclea a todos los familiares en una misma organización. Mi abuela fue una de las fundadoras de esa organización, ella viajaba muy seguida acá a Argentina y permanentemente tenía contacto con las Abuelas. De hecho, una de las primeras veces que fui a la casa de las Abuelas, Estela me decía: ‘Sí, cómo no me voy a acordar de tu abuela, si venía siempre’. Muchos viajes juntas de denuncia, cualquier noticia que había, Abuelas de Plaza de Mayo se contactaban con ella y venía para acá. Son como organizaciones parientes, para decirlo de alguna forma.

PALABRAS FINALES

Recuperar la identidad es un largo y sinuoso camino que solo conocen quienes realmente lo atravesaron. A veces, como en el caso de Mariana, se encuentra en pequeños detalles que la hacen sentir como ‘en casa’:

Creo que a mí lo más curioso que me pasó fue cuando fui a Uruguay y conocí a mi familia. Era un verano. Yo conocía a muy pocos. Estábamos en una playa y miré que todos teníamos los mismos dedos de los pies. Es un detalle tonto, pero para mí fue decir: bueno, yo pertenezco a este lugar, yo pertenezco acá. Porque después no soy muy parecida ni a los de acá, ni a los de allá, ni a ninguno. Pero los pies sí, y las orejas también. Entonces uno siente que pertenece ahí y que ese es su lugar.

LOS REFERENTES VAN A LA ESCUELA

ADOLFO PÉREZ ESQUIVEL

*Premio Nobel de la Paz en 1980
Presidente del Servicio Paz y Justicia (SERPAJ)*

Nació el 26 de noviembre de 1931 en Buenos Aires, Argentina. Estudió Arquitectura en la Escuela Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de La Plata, se desempeñó como docente por 25 años. En 1971, comenzó a involucrarse en movimientos que luchaban por la paz y la justicia.

En 1973, fundó el periódico Paz y Justicia, que pronto se convirtió en la cumbre del movimiento pacifista y de defensa de los Derechos Humanos en el área de influencia latinoamericana, y el Movimiento Ecuménico Paz y Justicia con diversos grupos cristianos. Dos años más tarde, participó en la creación de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos.

A partir de 1976, se dedicó a diseñar programas de ayuda y desarrollo para comunidades de pueblos originarios latinoamericanos, movimientos obreros y otros grupos sociales en situación de vulnerabilidad en todo el mundo. Durante 1977 y 1978, estuvo preso como perseguido político por la dictadura militar del presidente de facto Rafael Videla. Durante ese período de prisión, recibió el Premio Memorial de Paz Juan XXIII otorgado por la Pax Cristi Internacional.

En 1980, le fue otorgado el Premio Nobel de la Paz por su lucha en favor de los Derechos Humanos y al poco tiempo fue

designado miembro del comité ejecutivo de la Asamblea Permanente de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos.

Pérez Esquivel ha contribuido con numerosas misiones internacionales, como ‘Barco por la Paz a Nicaragua’, ‘Barco por la Solidaridad a Polonia’ y campañas de resolución de conflictos en Sudáfrica, Afganistán, Oriente Medio y Tíbet, entre otras. Entre sus innumerables trabajos literarios, se destaca *Caminando Junto al Pueblo* (1995), donde cuenta sus experiencias en la lucha por el ideal de la No-Violencia en América Latina.

En la actualidad, Esquivel dedica su tiempo a la Fundación Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) y al Proyecto ‘Aldea Niños para la Paz’, que asiste a numerosos menores en estado de riesgo social.

El pasado nos ayuda a comprender lo que han vivido anteriores generaciones y cada uno de nosotros. La Memoria no es para quedarse en el pasado, sino para iluminar el presente y reconstruir la esperanza.

ADOLFO, SUS ORÍGENES Y SU FORMACIÓN

Pérez Esquivel proviene de una familia humilde. Su padre fue uno de los inmigrantes que llegaron a nuestro país en busca de un mejor presente. A los diez años, comenzó a trabajar como diariero. Desde chico le gustaba mucho leer: por entonces, llegó a sus manos la autobiografía de Gandhi, uno de los libros que “le cambió la vida”.

Yo era un pibe que comía un día y dos días no. Mi padre era un inmigrante, un pescador, que llegó aquí como tantos inmigrantes, por lo que comencé a trabajar a los diez años: vendía diarios. Cuando era chico, había un librero en Plaza de Mayo a quien le compraba libros usados porque no podía comprar uno

nuevo. Un día me dijo: 'Pibe, tengo dos libros. Uno te lo regalo y el otro me lo pagás como puedas'. Y así fue, el libro que me regaló era la Autobiografía de Mahatma Gandhi. Mis experiencias con la verdad, y me marcó para siempre. El otro libro era La montaña de los siete círculos, de Thomas Merton.

Tuvo una formación cristiana que lo llevó al trabajo social en barrios pobres, villas y también en otras comunidades de Latinoamérica. En estos años, encontró a sus “maestros” de la vida.

Tengo una formación cristiana, me formé con los franciscanos. Desde chico trabajé en parroquias y en barrios. Primero lo hice en San Telmo, donde vivía, y luego también en La Boca. Poco a poco fui tomando conciencia de lo que era la pobreza, que además yo mismo la vivía porque no me regalaron nada. De adolescente comencé a viajar a Brasil, Paraguay, Uruguay, acercándome a la realidad latinoamericana. Fue mucha la gente que me ayudó a pensar, a trabajar, a encontrar los caminos. Mis maestros fueron indígenas, campesinos, hombres y mujeres en distintas partes del mundo, y hasta el día de hoy soy un aprendiz de la vida, compartiendo con la gente, eso es lo que nos hace crecer como personas. Así, uno va aprendiendo en la vida, va creciendo y va asumiendo compromisos. Desde chico lo que yo quería era ser artista –soy pintor y escultor–, no quería ser un profesional, quería formar una familia, como todos. Pero uno va tomando conciencia, va avanzando y se va comprometiendo.

El acercamiento a la problemática de las necesidades de las comunidades originarias lo llevó a diseñar un programa de ayuda y desarrollo para estos pueblos en el año 1976, cuando aún poco se hablaba de los derechos y el avasallamiento que habían sufrido a lo largo de la historia.

Tiene que ver con mi origen. Mi abuela era una india guaraní, era una mujer de la selva, por lo tanto, era una salvaje. Ser

salvaje significa ser gente de la selva. Desde chico sufrí mucha discriminación en las escuelas porque nos decían los maestros o maestras que los indios eran los vagos que no querían trabajar, que hacían malones. Pero ninguno de esos maestros decía cómo les quitaban las tierras, cómo los expulsaban, cómo los masacraban hasta el día de hoy. Entonces, para mí, era un desafío que se respete la vida de los pueblos originarios, su lengua, su cultura, su espiritualidad, el derecho a la tierra. ¿Qué significa mapuche? ‘Mapu’ es tierra y ‘che’ es persona, ‘mapuche’ significa ‘gente de la tierra’. Nosotros hemos hecho dos congresos de las lenguas: en el primer congreso de las lenguas, vinieron 640 delegados de todo el continente, desde México, desde Estados Unidos –indígenas de Estados Unidos– hasta la Patagonia. Y tratamos ahí de poner en común la diversidad cultural. Somos pueblos multilingüísticos y tenemos que saber respetarnos, apreciar la profunda riqueza de otros pueblos. No despreciarla y explotarla, como lo están haciendo actualmente. Eso es comprender el sentido profundo de la vida. Eso lo aprendí de esa mujer, mi abuela, que me enseñó a escuchar el silencio. Mi abuela nunca habló bien el castellano. Era iletrada, pero era una mujer sabia porque comprendía el sentido profundo de la vida. Uno tiene que aprender a escuchar, acercarse a la gente, educarnos no es simplemente informarnos.

ADOLFO Y SU RESISTENCIA A LA DICTADURA

Yo soy un sobreviviente de los vuelos de la muerte, de las cárceles y de las torturas. Pero, ¡cuántos chicos y chicas desaparecieron! La lucha de las Madres es la de todos nosotros. Luchamos porque tratamos de construir otro país. Los 30.000 desaparecidos no lucharon porque sí, lo hicieron para que tengamos un país mejor, para que no se nos mueran los niños de hambre y de enfermedades evitables. La pelea fue por un país soberano.

Tampoco es que los militares enloquecieron y empezaron a matar gente: se impuso un modelo de dominación en todo el continente latinoamericano. Fue una política impuesta, una política de terror, que tenía objetivos muy claros. Se buscó imponer un proyecto político, económico y cultural que llevaba fundamentalmente a robarle a las nuevas generaciones la esperanza de vida y sus sueños.

Adolfo estuvo preso entre 1977 y 1978 a disposición del Poder Ejecutivo Nacional.

Para mí fue una experiencia muy dura estar en la cárcel porque pasé por las torturas, pero también por la resistencia. En la cárcel fui un hombre libre, podían encerrar mi cuerpo, pero no podían encerrar mi espíritu, no podían encerrar mi pensamiento y mi capacidad de resistencia. Dentro de la cárcel, aprendí a ser resistente frente a las injusticias. Nunca lograron dominarme y nunca lo van a lograr. Si nos dejamos dominar por los miedos, perdemos lo más fundamental del ser humano, que es la condición de ser persona. Y los miedos hay que superarlos. Hay que seguir trabajando a pesar de todo.

¿Cuáles cree que fueron las causas para ser privado de su libertad?

Bueno, cuando me metieron en la cárcel estaba a disposición del Poder Ejecutivo. Nunca fui juzgado, nunca se me acusó de nada, simplemente me sacaron del medio como a tantos otros. A algunos los mataron, por eso yo soy un sobreviviente.

¿Pensó que ponía su vida en peligro?

Yo nunca quise poner en peligro mi vida, ni loco. ¡Sería suicida! No, lo que hice fue tratar de comprometerme con la causa de mi pueblo y punto. Sabíamos los riesgos que teníamos y la

dificultad que estaba viviendo el país. Pero yo amo la vida. No soy un suicida.

Después de estos dos años de prisión, ¿qué cambió en usted?
Nunca somos los mismos. Después de pasar esa experiencia, uno cambia en el pensamiento, en las actitudes, en los valores. Tenemos que aprender de las experiencias, las buenas y las malas, para ser mejores.

ADOLFO Y EL PREMIO NOBEL DE LA PAZ

Mientras duró su encarcelamiento, recibió, entre otras distinciones, la Memoria de Paz del Papa Juan XXIII. En 1980, recibió el Premio Nobel de la Paz por su compromiso con la defensa de los Derechos Humanos en Iberoamérica. Su discurso en Oslo, donde recibió dicha distinción, no fue difundido en los medios argentinos de entonces.

¿Alguna vez imaginó ganar el premio Nobel de la Paz?
No, en absoluto. Nunca busqué ningún tipo de premio. Vino y lo acepté, lo dije en el primer momento: no lo asumía a título personal, sino en nombre de todos los pueblos de América Latina, de todos aquellos que luchan y trabajan por la paz todos los días. A poco de cumplirse 30 años de ese premio, sigo creyendo que es un instrumento para llevar la voz a los pueblos latinoamericanos.

ADOLFO Y LA DEMOCRACIA

¿Qué es para usted la Democracia?
La democracia no es solo poner el voto en una urna. Eso es un ejercicio de la democracia, pero no es la democracia. Demo-

cracia significa que no se nos mueran los chicos de hambre, que exista el derecho a la educación y salud para todos, que haya trabajo, libertad de los medios de comunicación. Los Derechos Humanos son valores indivisibles de la construcción democrática. Ellos significan poner en práctica el ejercicio de la democracia. Si se los viola, la democracia se debilita y deja de ser democracia, deja de ser real para ser solo formal. La democracia va más allá de lo formal, es una práctica cotidiana. La democracia no se regala, es una conquista cotidiana de cada uno. Nosotros recorrimos un camino y le tenemos que pasar a ustedes la posta. Ustedes son los jóvenes que tienen que seguir construyendo con esperanza la vida de un país. En democracia, el pueblo gobierna a través de sus representantes, pero el problema es cuando nuestros representantes no gobiernan para el pueblo, sino para sus propios intereses. La democracia debe ser participativa: si queremos que el pueblo gobierne, el pueblo tiene que participar y reclamar por sus derechos.

Para el premio Nobel, la democracia es “un espacio a construir” vinculado con la recuperación de los recursos naturales, con la igualdad social y con la soberanía económica.

Y usted, ¿qué es lo que propone?

No pertenezco a ningún partido político, pero tengo claro cuáles son las alternativas. Por ejemplo, entre otras cosas, estamos reclamando, en primer lugar, que el país no pague una deuda in-moral e ilegítima. Segundo, nosotros no somos un país soberano porque no tenemos ningún control sobre los recursos. Hay que recuperar las fuentes energéticas, nacionalizar nuevamente el petróleo, el gas y la minería, impedir la destrucción de la biodiversidad del país, frenar los desmontes. Tiene que ser a través de la acción política, de la unidad del pueblo, de la conciencia social, cultural y política. Lamentablemente, no vemos esto en

los partidos políticos. Hay que cambiar esto, necesitamos una democracia participativa. ¿Por qué impiden la aplicación de la Constitución Nacional del año 1994?, ¿por qué no se convocan los plebiscitos, las consultas populares y los referéndums?

Pérez Esquivel destaca la recuperación de la soberanía de Bolivia y la reivindicación de los pueblos indígenas que lleva adelante ese país.

Evo Morales, presidente de Bolivia, un indígena aymara, está reivindicando el derecho de los pueblos originarios, está recuperando la soberanía del pueblo boliviano. Bolivia, como muchos otros países, tenía un alto índice de analfabetos y hoy la UNESCO ha declarado a Bolivia libre de analfabetismo y eso fue gracias a las campañas educativas, a las campañas de alfabetización, a un trabajo permanente. Y esperemos que en algún momento en la Argentina –que había superado el analfabetismo, pero que lamentablemente hoy tiene muchos analfabetos– podamos decir lo mismo.

También resalta el plan de gobierno de Bolivia en materia de recursos naturales

Te voy a poner como ejemplo lo que hizo Evo Morales en Bolivia. Primero, recuperó los recursos básicos de Bolivia. Estaban en manos extranjeras y los nacionalizó. Así recuperó la estructura del país. En la Argentina, en la época menemista, que fue un desastre al igual que la dictadura, se privatizó todo y se entregaron todos los recursos a las grandes empresas transnacionales. Si no tenemos recursos, ¿de qué soberanía hablamos? Para sacar el oro y la plata se necesitan dos productos altamente contaminantes, como el mercurio y el cianuro. La destrucción de los glaciares significa que el país va a estar contaminado porque el 60% del agua de los glaciares es lo que irriga nuestro suelo. El caso de la soja transgénica produce contaminación al país y la destrucción del sistema ecológico, de tal manera que

dentro de unos años va a ser tierra arrasada. Hoy, el impenetrable en el Chaco es penetrable, se le decía así por las grandes reservas naturales que hoy no existen. ¿Cómo cambiamos esto? Con participación del pueblo, con la capacidad de resistencia social –no la resistencia de ir rompiendo cosas, cuidado con eso, destruyendo no se construye–. Hay que pensar, el gran desafío es la creatividad. La rebelión de los estudiantes del 68 en París tenía como premisa ‘La imaginación al poder’ o ‘Seamos realistas, pidamos lo imposible’. Este es el desafío: hay que pensar, no se queden con lo que yo les estoy diciendo, investiguen, analicen, tengan ustedes conciencia crítica, no se dejen llevar de las narices ni siquiera por un premio Nobel. Se tienen que formar como hombres y mujeres libres. No se queden con las cadenas –que suelen ser las más peligrosas– del pensamiento único. Tengan pensamiento propio, analicen ustedes las cosas.

ADOLFO Y LOS DERECHOS HUMANOS

Los Derechos Humanos no se reducen únicamente a la Memoria y la Justicia por los desaparecidos, los torturados. Los Derechos Humanos son el derecho a que no falte un plato de comida en ningún hogar, que todos tengan educación y salud, que las familias tengan trabajo, una vivienda digna, que el pequeño y mediano productor rural e industrial tenga el lugar que le pertenece en el país.

Desde ahí podemos comprender los Derechos Humanos y de ahí tenemos también que pensar qué es lo que está pasando en nuestro país y en el resto de los países latinoamericanos. Si nos quedamos únicamente hablando de la dictadura, estamos equivocados porque todo lo que pasó durante las dictaduras tiene hoy sus consecuencias: el aumento del analfabetismo, del hambre, de la pobreza, el cierre de fuentes de trabajo. Los Derechos Humanos

tienen que ser vistos en su integridad, no únicamente para atrás: hay que ver las consecuencias del pasado en el presente.

Y, usted, ¿qué siente cuando ve a un niño al que le vulneran los derechos?

Trato de recurrir a las autoridades, a las organizaciones que realmente puedan resolver esos problemas. Uno solo no puede hacer las cosas, por eso trabajamos con organizaciones, tratamos de reclamar el derecho de los chicos y ver de qué manera ayudarlos. Un tema con el cual a veces tengo serias discusiones con los gobernantes es que quieren bajar la edad de imputabilidad de los chicos a los catorce años para mandarlos a las cárceles. Nosotros visitamos las cárceles, son depósitos humanos. Hemos entregado el informe en la Provincia de Buenos Aires sobre los institutos de menores y cárceles y es un informe muy duro. Soy el presidente de la Comisión Provincial por la Memoria, que tiene jurisdicción en la provincia de Buenos Aires, pero el problema de las cárceles es tremendo a nivel nacional. Habría que preguntar a los diputados y senadores que adscriben a este proyecto si alguien de todos ellos se acercó a ese chico de la calle y le preguntó por su seguridad. Todos queremos seguridad, pero esto no se soluciona con penalizar a los jóvenes, sino con políticas sociales, con orientación, con educación, con asistencia psicológica y médica. Nosotros trabajamos las 24 horas del día con esos chicos, tenemos programas sociales, tenemos guardia las 24 horas. Algunos de los programas se realizan con el Gobierno de la Ciudad y otros con la Provincia de Buenos Aires, y hacemos un seguimiento del accionar de jueces, de policías, del tratamiento que se les da a los chicos en las cárceles, el mal llamado 'Instituto de Menores'. Este es, entonces, un largo recorrido, llevamos más de treinta años de trabajo.

¿Qué consejo le daría al gobierno para poder estar más atentos a las necesidades de los niños?

Venimos trabajando con algunas áreas del gobierno. Creo que hay programas en el país que atienden la minoridad, pero no son suficientes. A veces, cuando me reúno con los ministros, veo que falta presupuesto, tal vez habría que profundizar mejor la tarea en los programas de orientación.

ADOLFO, EDUCACIÓN Y MEMORIA

Pérez Esquivel es educador y encuentra en la escuela y en el trabajo en las comunidades un espacio vital para “construir nuestra memoria compartida”.

La memoria no es para quedarse en el pasado. La memoria nos ilumina el presente. Porque es a través del presente donde podemos generar la vida, el pensamiento, conductas, valores. Siempre la vida de los pueblos transita entre la angustia y la esperanza. Para poder construir la memoria, tenemos que tener un sentido profundo de la esperanza porque es lo único que nos da la fuerza de poder construir una nueva sociedad. No hay pueblo sin memoria. Los pueblos sin memoria desaparecen. No hay persona sin memoria. Cada persona tiene una memoria personal y una memoria compartida. Prefiero plantear las cosas desde la memoria compartida, como lo es la educación. Por eso, es tan importante trabajar sobre la memoria en las escuelas, en las universidades, comenzar a ver nuestra historia desde la memoria compartida. Muchas veces, en las escuelas se enseña –yo llevo más de 40 años de docente– la historia como una cosa del pasado. A nuestros llamados héroes, se los pone en un bronce y se los lustra y nunca se los ve como personas con sus conflictos y sus vivencias. Esta enseñanza fue nefasta, fue mostrarnos una irrealidad. Por ello, es muy importante la

memoria: abrir estos espacios en los ámbitos educativos, en la formación docente, porque una participación activa en el proceso de enseñanza permite tener conciencia de ella. Paulo Freire sostenía, en cuanto a la interrelación del educador-educando, que nos debíamos educar juntos porque, si no, es una educación autoritaria, una educación impuesta que no es educación. Recuerdo que una vez, hablando con mi amigo José Saramago, en un encuentro que tuvimos en la Universidad Politécnica de Barcelona, dijo: 'la escuela no educa' y se armó un gran debate. Considero que la escuela informa, la escuela instruye, pero quien educa es la familia y la comunidad. Son estas las esferas en las que se establece un contacto directo, aunque muchas veces los padres derivan todo en la escuela. ¿Cuál es la participación del padre en la educación? ¿Se educa en la casa únicamente? La educación está en la comunidad. Desde ahí, podemos recrear una educación liberadora, una educación con conciencia crítica y en esto la memoria es fundamental. Es la única forma en la que podemos construir otro país: un país soberano, libre, con dignidad, donde no se mueran los niños de hambre, en el que no haya desempleados...

Como docente, ¿cómo es su relación, su comunicación, su trato con ellos?

Voy a dar un ejemplo práctico: en esta habitación cerramos la puerta y si alguien tiene que entrar tengo que abrirle la puerta. Ahora, ¿para qué abrir la puerta? El problema es para qué le abro la puerta. También puedo abrir la puerta y volverla a cerrar y no hay comunicación, no hay diálogo. Muchas veces me encuentro con los chicos, inclusive en la universidad, y tenés que despertarle el interés. ¿Cómo lo hacemos? A través de la palabra. La palabra es energía. Con una palabra podemos amar, con una palabra podemos destruir. La comunicación muchas

veces está en la mirada, el poder oír, escuchar, podemos ver sin mirar y podemos oír sin escuchar. Entonces, abrimos esa posibilidad de intercomunicación. Yo aprendo muchísimo con los chicos en la facultad, tengo un método que lo voy a compartir con ustedes. Por ejemplo, en las clases de la facultad, en cursos de 280 alumnos, de los cuales unos 30 son extranjeros, vamos a hablar de la memoria, de Derechos Humanos, de la cultura de la paz. Pero, ¿cómo podemos hablar de los derechos humanos si entre ellos no se conocen o no se miran? Lo primero que tenemos que hacer es tratar de comunicarnos, de conocernos. Decir nuestros nombres porque cuando decís tu nombre se te reconoce como una persona. ¡Qué simple! ¿Cómo nos comunicamos con los jóvenes? ¿Cuál es la relación que establecemos? ¿Estamos allá en el podio y miramos para abajo y el que está abajo mira para arriba o nos ponemos en condiciones igualitarias? No es que uno se va a transformar en el chico porque son experiencias distintas de vida, son saberes distintos, pero el chico tiene saberes. Entonces, aprendemos uno de otro.

¿Cómo se aprende y cómo se transmite la Memoria?

Nosotros somos trasmisores de la memoria. En este momento, somos sobrevivientes, pero en algún momento nosotros vamos a pasar la posta. En los pueblos originarios, hay una transmisión de la palabra y yo creo que esto es importante, no solo la escritura. Es muy importante el registro de la palabra y de la imagen. Muchas veces la historia la escriben los dominadores. Entonces hay que tratar de escribir la historia a través de las voces de los pueblos, esto que están haciendo, de recoger los testimonios, de encontrarse con realidades durísimas ¿para qué nos sirve? Para saber dónde estamos parados hoy, qué país queremos, hacia dónde vamos, cuál es ese camino de esperanza a construir porque, si no, nos quedamos en el camino de la angustia existencial.

¿Qué se lleva usted del intercambio en las escuelas?

Uno siempre se lleva cosas en la mente y en el corazón. La mirada de los chicos, la atención, el bombardeo de preguntas que comienzan a surgir en ellos, una serie de inquietudes. Los chicos en su corta edad ya tienen vivencias, buenas y de las otras, por eso para mí es importante de qué manera hacen catarsis o se comunican. Yo creo que todo esto es valioso, tenemos algo que compartir y algo que recibir. Yo siempre aprendo de los grupos humanos. Cuando voy a las comunidades indígenas, son increíbles las cosas que aprendo: a celebrar la tierra, la Pachamama es el altar y ahí celebramos, se bendicen las semillas para plantar, son estas cosas que parecen tan simples, pero tienen un sentido cósmico, profundo. Yo creo que hay que recuperar eso en la educación, el sentido profundo de la comunicación con la madre tierra, con la semilla, con el trato que le damos al agua, al hermano árbol, no castigar al animal. Y cómo nos comunicamos. Esta es la educación, no es solo el conocimiento. Es decir, vos tenés la semilla y la ponés en tierra fértil, pero no la podés forzar porque se muere. Tiene su tiempo, como todo chico, que también tiene su propio tiempo. Y no todas germinan al mismo tiempo. Esa semilla tiene que ser regada adecuadamente. No hay que ponerle demasiada agua porque la ahogás y tampoco dejarla sin agua porque la secás, esto es la atención cotidiana en la educación para que esa semilla germine, se fortalezca, crezca y dé frutos. Esa es la educación...

ADOLFO, ACTUALIDAD Y FUTURO

En la actualidad, Pérez Esquivel continúa con un intenso trabajo social desde el SERPAJ tanto en el país como en toda Latinoamérica. También promueve el proyecto Aldeas de Jóvenes. Mientras que en materia ambiental, se encuentra

abocado al diseño de una campaña internacional para conformar un Tribunal Penal Internacional sobre el ambiente. *Represento al Servicio de Paz y Justicia en América Latina. Empezamos nuestro trabajo en 1960 desde México y, actualmente, estamos en quince países de América Latina con distintos programas con las comunidades indígenas. En Argentina, tenemos dos aldeas de jóvenes para la paz, una en General Rodríguez y otra en Pilar. También trabajamos con los chicos mal llamados 'de la calle', víctimas de violencia, del paco, de la prostitución, de la persecución, haciendo un trabajo de acompañamiento y de búsqueda de soluciones. Los problemas de contaminación son gravísimos en el mundo, entonces demanda un trabajo organizado a nivel mundial. Con la academia de Ciencias del Ambiente de Venecia, vamos a lanzar una campaña internacional para la constitución del Tribunal Penal sobre el Ambiente. Por otro lado, acabamos de publicar todos los trabajos del rol de las Fuerzas Armadas en la construcción democrática, en forma conjunta con dichas fuerzas y con la Policía Federal para que sus integrantes cambien de mentalidad y estén al servicio del pueblo y no terminen siendo tropas de ocupación de su mismo pueblo. Si no hay un cambio en este sentido, no podemos construir un país. Por ejemplo, en un encuentro sobre la Memoria, en Puerto Belgrano, hablando con los almirantes, en un momento me dicen: 'Mire, Esquivel, cuando pasó todo esto, nosotros éramos chicos, teníamos dieciséis o diecisiete años. Sabemos que como integrantes de la Marina tenemos que llevar una mochila muy pesada que nosotros no la cargamos, pero como institución tenemos que asumirla'. Y eso fue muy importante porque yo les contesté: 'Miren, no podemos construir un proyecto de país si las fuerzas están ausentes, pero unas fuerzas que estén al servicio del pueblo y no como tropas de ocupación de su propio pueblo'. En lo personal, estoy trabajando con problemas de África y Asia.*

Estuve en Irak doce días después de los bombardeos de Estados Unidos y Gran Bretaña sobre la Ciudad de Bagdad, hice 3.000 kilómetros de desierto desde Jordania a Bagdad.

¿Qué lo lleva a seguir trabajando en la defensa de Derechos Humanos?

Un compromiso de vida y una necesidad porque, si no hacemos nada y únicamente criticamos sin construir, no avanzamos. Muchas veces viajo por distintas partes del mundo. Recuerdo a mi amigo Leónidas Proaño, un obispo del Ecuador (lo llamaban el obispo de los indios porque estaba mucho en las comunidades indígenas) que falleció hace varios años. Él nos enseñaba un método para alfabetizar a las comunidades: ‘juntos somos una fuerza, juntos podemos levantar esto, pero si tengo que hacer un esfuerzo mayor, necesito pedirle a cada uno de ustedes que sume su mano a la mía. Si tenemos esta capacidad de unirnos, esto tiene un nombre que es fundamental: solidaridad. Juntos podemos construir, juntos podemos crear, juntos podemos pensar, comencemos a pensar juntos’. La educación debe ser la práctica de la libertad.

¿Alguna vez van a darle la oportunidad de jubilarse?

¿De jubilarme? Sí, cuando tenga 250 años, me voy a jubilar.

PALABRAS FINALES

Adolfo transmite en cada palabra y en cada gesto sus ideas sobre la libertad y el camino que nos acerca a ella. Este relato es un ejemplo de su sabiduría:

Les quiero dejar un cuento: una maestra que luchaba por la libertad fue presa. Tenía una hija de ocho años que estaba esperando poder ir a visitar a la cárcel a su madre y le hizo un dibujo.

Eran pájaros y la niña feliz fue con eso. Cuando el guardia en la cárcel vio el dibujo dijo: 'No, los pájaros no pueden entrar, los pájaros son libres y los prisioneros no pueden pensar en la libertad'. Entonces, le rompió el dibujo y la niña quedó muy dolorida. La niña esperó ansiosamente visitar nuevamente a su madre y no le hizo un dibujo con pájaros, le hizo un dibujo de árboles, de varios árboles, y el guardia, cuando vio el dibujo, dijo: 'Sí, los árboles pueden entrar porque los árboles siempre están en el mismo sitio, en la tierra y no se pueden escapar'. Entonces la nena contenta le entregó el dibujo a la madre y le dijo: 'Mamá, te traje un dibujo de árboles'. La madre le dijo: '¡Gracias, hija, es muy hermoso! ¿Y estos pequeños frutitos de todos los colores en el árbol qué frutas son?'. Y la nena le dijo: 'Sssh, mamá, no hables fuerte porque puede escuchar la guardia. Esos no son frutitos, son los ojos de los pájaros escondidos en el follaje de los árboles', de 'Pájaros prohibidos', de Eduardo Galeano.

CECILIA DE VINCENTI

*Hija de Azucena Villaflor,
fundadora de Madres de Plaza de Mayo*

Como hija de Azucena Villaflor, una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo, quien también resultó una víctima directa de la última dictadura, Cecilia transformó su vida desde pequeña, militando y trabajando en función de la defensa de los Derechos Humanos.

Mi mamá era una mujer comprometida con su familia y con la sociedad. Siempre estaba atenta a todo lo que nos pasaba, se ocupaba de las cuestiones de la casa, nos cocinaba a cada uno de los cuatro hermanos nuestro plato preferido y también recuerdo que, como era la única hija mujer, ella me acompañaba a hacer todas las actividades que se me ocurrían: danza folclórica, guitarra, dibujo.

Además de ser una esposa y madre muy comprometida, Cecilia la destaca como una mujer que siempre estuvo atenta a lo que pasaba fuera de las puertas de su casa. La familia vivía en Sarandí, una ciudad tranquila del partido de Avellaneda, donde los vecinos se conocían. Cuando Azucena era joven, el servicio de gas natural pasaba muy cerca, pero no llegaba a su cuadra. Entonces, ella se ocupó de juntar firmas para solicitarle a la compañía que extendieran el tendido, y lo consiguió.

Y desde un compromiso social, hacía lo que podía para ayudar a los más desprotegidos por el Estado. “Están llegan-

do tus clientes”, le decían sus hijos cuando veían acercarse a unos chicos que pasaban cada tarde a buscar comida. Azucena los esperaba con algún sándwich. Siempre.

LA HISTORIA DE CECILIA

¿En tu casa estaba presente la política?

Cuando mi hermano Néstor entró a militar en la JP, en mi familia se empezó a hablar más de política y había discusiones porque mi papá le decía que no tenía sentido lo que hacía, porque creía que los pobres no se esforzaban por trabajar. Mi hermano le retrucaba hablándole de las diferencias entre las posibilidades de estudio, de trabajo, de acceso a la vivienda y a la salud... Mi mamá, en cambio, lo bancaba. Recién cuando desapareció ella, mi padre pudo repensar algunas ideas, que había sostenido incluso después de la desaparición de mi hermano.

Néstor empezó su militancia yendo a las villas a enseñar a leer y a escribir. Después, dejó su trabajo en un estudio de arquitectura (cursaba la carrera), se proletarizó y entró como operario en La Bernalesa.

Fue coherente entre su decir y su hacer.

Cecilia cumplió los quince el primer año del último Golpe de Estado, el año en que desaparecería su hermano: el 30 de noviembre el Ejército lo secuestró de su casa de Villa Domingo junto a su compañera, Julia.

A partir de la grave noticia, tanto Azucena como su esposo, Pedro, comenzaron a buscarlo. Mientras él se encargaba de hacer llamados a comisarios u autoridades con las que tuviera algún contacto, procurando obtener ayuda, ella consiguió un abogado que firmara el hábeas corpus y recorrió hospitales, destacamentos policiales y cuarteles.

¿Cómo recordás el momento de la gestación de Madres?

Sé que primero mi mamá fue a la Liga por los Derechos del Hombre y volvió decepcionada, porque le preguntaron lo mismo que querían saber los militares: dónde militaba Néstor. ‘¿Qué les importa si es peronista, radical o del PC? Lo único relevante es que nuestros hijos no aparecen’, nos dijo, enojada. Entonces, se dio cuenta de que las madres se tenían que juntar por otro lado.

Y pudieron concretarlo.

Es que en la Iglesia se sentían rechazadas por los curas, los milicos les daban siempre la misma respuesta y por necesidad transformaron todo el dolor que tenían en amor y acción.

¿Cómo hicieron para organizarse?

Mi mamá reconocía a las mujeres porque se las cruzaba en los pasillos de los cuarteles, del Vicariato Castrense, de los hospitales. Entonces, un día les propuso que se encontraran en Plaza de Mayo, ‘que es donde se juntaban nuestros mayores’. La primera reunión fue el 30 de abril del 77, un sábado, y se acercaron catorce madres en total. Pero decidieron cambiar a los jueves para que pudieran sumarse otras y para que su manifestación fuera más visible para la sociedad y la Casa Rosada.

“Azucena no te expongás, no te das cuenta del momento político que estamos viviendo”, le repetía Pedro. Y también le pedía que se ocupara de Cecilia y de Tomás, que eran los más chicos, aunque esta mujer que amaba a Evita no les retaceaba tiempo pese a sus nuevas obligaciones.

Yo la admiro por el movimiento que logró organizar, pero también porque nunca perdió las riendas de la casa, siempre estuvieron listos el mate de la mañana para mi papá, la leche para nosotros a la vuelta de la escuela y la cena casera.

¿Seguían teniendo cierta alegría a pesar de la desaparición de tu hermano?

No, eso se perdió. No festejábamos ni los cumpleaños ni fin de año. Era una casa normal, pero sin alegría.

¿Comprendías entonces la magnitud de la tarea encarada por tu madre?

No, para nada. La veía reunida con otras señoras que sabía que estaban tratando de encontrar a sus hijos, pero no tomaba consciencia de la trascendencia que iban a tener. Tampoco pensábamos que a los militares les molestaba tanto todo esto. En ese sentido, había comprado lo que decía mi mamá: ‘Somos mujeres que estamos buscando a nuestros hijos, ¿cómo nos van a hacer algo a nosotras?’.

LA DESAPARICIÓN DE AZUCENA

La noche anterior supe que algo había pasado porque la vi con los ojos llorosos y me contó que se habían llevado a otras Madres de la Iglesia de la Santa Cruz. Ella estaba angustiada porque no sabía cómo contárselo a papá.

Pero nunca llegó a hacerlo porque a la mañana siguiente, el 10 de diciembre del 77, fecha en que se publicó una solicitada reclamando información sobre los desaparecidos, Azucena fue secuestrada en un operativo en plena calle.

Hubo que avisarle a mi papá... De eso se ocupó mi hermano mayor mientras que yo busqué la libretita azul de mi mamá y les avisé a las otras madres. Antes de que mi viejo llegara, metí en una bolsa de las compras los papelititos con los nombres de los desaparecidos que habían recolectado para la solicitada y los saqué de mi casa.

Los días siguientes fueron de enorme angustia. Pedro fue el más golpeado, pero todos esperaban que en cualquier momento soltaran a Azucena y llegara de vuelta. Fue su marido quien retomó sus pasos: consiguió que un abogado firmara un hábeas corpus, iba a las marchas cada jueves y se acercaba a las reuniones con organizaciones del exterior. Con un par de años más, Cecilia consiguió un trabajo cerca del centro y ella misma empezó a integrar las rondas, tras la muerte de Pedro, ocurrida en enero de 1981.

PALABRAS FINALES

Hoy, con más de cuatro décadas de perspectiva, veo de otra manera el rol histórico que encarnaron mi madre y las otras mujeres que lucharon para buscar a sus hijos y nietos. Me parece medio increíble que se les haya ocurrido, en aquel momento y con todos los peligros que había, ir a la Plaza con el objetivo de buscar a sus hijos. Pienso que siempre comprendieron que era necesaria esa pelea colectiva, pero no llegaron a imaginarse entonces que se iba a convertir en un movimiento mundial que sentaría un precedente para la lucha de las mujeres. Me siento orgullosa de los logros que obtuvieron las Madres y todos los movimientos de Derechos Humanos gracias a su constancia y su coherencia.

NUNCA MÁS

Identidad. Educar en la memoria invita a reflexionar sobre el valor de la enseñanza de los derechos humanos en la escuela. Las historias vividas por las víctimas de la última dictadura cívico militar y registradas en el marco del trabajo escolar desarrollado en instituciones educativas de la Ciudad de Buenos Aires llegan hoy al lector como resultado de un valioso itinerario recorrido por el programa Educación y Memoria junto con las comunidades.

Claudio Altamirano, coordinador del programa, amplía y enriquece las historias contenidas en Relatos; educar en la memoria (Biblioteca del Congreso de la Nación, 2012). Lo hace por una buena razón: otros nietos y nietas han sido restituidos y nuevos proyectos pedagógicos han sido generados en las instituciones educativas que se vuelcan en esta obra.

Identidad. Educar en la memoria reúne las voces de abuelas, madres, nietos recuperados y militantes de derechos humanos. Lo hace como contribución a la formación de una ciudadanía crítica, comprometida con la plena vigencia de los valores democráticos.



Libro
Universitario
Argentino